NUNCA
DIGAS
NUNCA
JOSE URBANO

Nunca digas Nunca

Jose Urbano

Nunca digas nunca
© Jose Urbano 2023.

Primera edición enero de 2023

Maquetación:
Plataforma Publicatú (http://bit.ly/3uBK9uU)

Información legal:
La publicación de esta obra puede estar sujeta a futuras correcciones por parte del autor, así como son de su responsabilidad las opiniones que en ella se exponen. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia u otros métodos o soportes sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

A Mari Carmen, mi tata,
por ser la superheroína que me salvó la vida.
Y por enseñarme a amar y cuidar los libros.

Prólogo por Carlos Luengo

Uno de los miedos más incomprendidos de la humanidad es el miedo a lo desconocido. Bueno, siempre va a estar ahí, pero ¿de dónde nace y por qué generalmente tendemos a destruir nuestro desconocimiento?

Podríamos comprenderlo un poco más en una tarde de café y charla porque un prólogo no tiene suficiente espacio para debatirlo, sin embargo, he querido mencionarlo porque, en mi opinión, creo que ese miedo atroz que la humanidad tiene a la diversidad es por el desconocimiento. No es una simple palabra que abarque una existencia, es una palabra que abarca un mundo dentro de nuestro planeta.

Nos hemos acostumbrado a vivir siguiendo un patrón y bajo el desconocimiento, las inquisiciones, las dictaduras y las épocas recuperadoras de la libertad, nos hemos aferrado a él como única verdad de la vida.

Ahora los años han pasado y ese patrón empieza a erosionarse porque de la sombra oscura que proyectaba, empiezan a salir a la luz pensamientos, personalidades, estilos que siempre han estado presentes, pero nunca han tenido la oportunidad de brillar.

Muchas veces no es algo que se escoja, por desgracia aún hay muchas personas que luchan por evitar ser diferentes a la primera señal de que lo son, pero para los que se atreven, para los que nos atrevemos, la salida del patrón no es fácil. Es fundamental deshacerse de la contaminación mental que te estuvieron metiendo. Mirarte al espejo y perder el miedo a las palabras marimacho, maricón, gorda, calvo… Son palabras que siempre han sacado a la persona de lo que es *normal* y solo por eso la humanidad las han convertido en humillación y vergüenza.

El juicio que despierta en nosotros no es nuestro, pero nos resulta inevitable minarnos la autoestima si somos nosotros los que damos vida a esas palabras.

Si te preguntas dónde está la puerta de salida de todas esas emociones negativas que nos provoca contemplar nuestra imagen, te diría que podrías encontrarlas en dos palabras que cada vez, *Por Fin*, están cogiendo más peso en nuestras vidas:

SALUD MENTAL

Es la llave que nos abre las puertas de nuestras propias libertades y es la primera que debemos encontrar porque sin ella ¿cómo puedes pedirle al mundo que te entienda, que te comprenda, que no te juzgue,

que te valore? Se podría hacer, pero el mensaje no tendría la misma fuerza que el de una persona que de verdad se sienta libre.

Muchas veces, no puedo evitar preguntarme, ¿qué es lo que perturba nuestra salud mental?, ¿acaso es todo cosa de una pandemia?, ¿acaso es la opinión que nuestros padres tengan de nosotros?

Sí, es una parte, pero no lo fundamental. Creo que la mayor perturbación de nuestra salud mental está en aquello que nos despierta un miedo incomprensible y que tendemos a destruirlo… el desconocimiento. El desconocimiento a nosotros mismos, a aquello que nos hace diferentes.

Así que, deja de destruirte, pide una cita y conócete. Aprende que es lo que amas, pero, sobre todo, aprende a entender *lo que no* y busca la solución para vivir con ello. Y si no sigues las reglas del patrón, da gracias por ello porque si algo nos ha enseñado la muerte es que no somos nadie. Así que vivamos la vida siendo únicos.

Carlos Luengo

Capítulo 1.
Un puzle de rosas rojas

CarneFresca22 esperaba nervioso a su cita. No es que fuera su primera cita en realidad, sino que era la primera después de haber cortado con su expareja. Llevaba dos años metido en una relación estancada. Aún sentía que lo quería, pero no iba a ninguna parte. Su ex quería una relación para toda la vida, mucho más seria. Y, por el contrario, CarneFresca22 estaba aburrido y buscaba una relación abierta. La relación no acabó de una manera muy sana y aún estaban recuperándose de la amarga ruptura.

Rompieron hace unas semanas y era hora de volver a la carga. Tenía en cuenta que iba a ser raro sentir a otro chico, besarle y acariciarle, pero hoy quería que fuera el día de romper con esa barrera. Hoy iba a follar con un desconocido.

CarneFresca22 nunca había creído en las redes para ligar y, en verdad, no las había necesitado. Nunca le habían faltado los pretendientes y sus ojos azules le habían ayudado bastante en sus conquistas.

Se abrió una aplicación a los diez días de terminar la relación. Al principio lo hizo para reírse un rato y ver la cantidad de personajes que se supone que había. Y no se equivocó. Encontró de todo: gente con perfiles falsos, hombres maduros que ofrecían dinero a cambio de mandarles fotos con poca ropa, hombres no tan maduros dispuestos a pagar por tus calcetines sucios y jovencitos en busca de pollas grandes.

CarneFresca22 tuvo una mala experiencia con un señor de unos cuarenta años. El señor lo acosaba constantemente y le dijo que iba a averiguar dónde vivía y que se moría de ganas de verle en persona. Se acojonó de verdad y estuvo a punto de cerrar la aplicación. Justo antes de borrarla, recibió un mensaje de un desconocido que también quería conocerle. Antes de leerlo, hubo algo que le llamó la atención. Primero fue la foto. No se le veía la cara. La foto estaba centrada en la boca del chico y a CarneFresca22 le encantaron aquellos labios.

«¡BAH! SEGURO QUE NO ES ÉL DE VERDAD», PENSÓ.

No podía parar de mirarla y desearla. Cuando salió del embobamiento causado por esa boca, leyó por primera vez el nombre del usuario: Curioso24. Y eso le puso más cachondo todavía. Nunca le había puesto los cuernos a su ex, pero su fidelidad correría peligro si cualquier hetero curioso quisiera probar con él. Y eso fue lo que le impulsó a hablar con aquel desconocido.

—¿Curioso? —fue lo primero que escribió.

—Deseando probar carne fresca —contestó el desconocido.

CarneFresca22 no pudo evitar mostrar una risa tonta y empezó a calentarse a una velocidad de vértigo, por lo que decidió pedirle más fotos.

—Si quieres más fotos tendrás que ganártelas —respondió con la intención de provocarle.

Hablaban a menudo, de hecho, para CarneFresca22 se convirtió en una adicción. No quería resultar pesado y siempre esperaba a que Curioso24 le escribiera primero. No podía dejar de pensar en esa boca y en las ganas de verle en persona. Esperó varios días para no parecer un desesperado, pero se le adelantaron. Curioso24 le hizo el trabajo sucio.

—¿Te gustaría que nos viésemos en persona? Me apetece muchísimo…

Antes de contestarle, se puso a saltar, a aplaudir y a bailar como un loco enamorado.

—¿Te apetece venir a mi casa mañana por la noche? Vivo solo.

—Estoy deseando que llegue mañana… —respondió Curioso24 casi al instante.

No pudo dormir en toda la noche y no entendía por qué estaba tan nervioso, siempre había sido muy lanzado. Estaba obsesionado con conocer a ese chico y el miedo se mezcló con sus propios nervios. ¿Y si era un perfil falso y el chico era espantoso? O peor… ¿Y si era un señor mayor de los que pagan por tus calcetines usados? Se miró fijamente en el espejo del baño y habló consigo mismo.

«Tranquilo, maricón, tranquilo. ¡Que tú a este te lo comes con patatas! Y si ese cabrón me ha mentido, pues no le abro la puerta y punto».

Y en ese momento se le ocurrió algo. No le diría exactamente dónde vivía. Quedarían en una plaza cerca de casa y si no le gustaba el asunto, pues lo dejaba plantado. Y así fue. CarneFresca22 citó a su querido Curioso24 en la plaza que había frente a su casa. Esperó desde la ventana hasta que apareció. Miraba el reloj desde el balcón y faltaban siete minutos para la cita. Mientras observaba a la gente pasar, su móvil empezó a sonar. ¿Era él? Imposible. No le había dado su móvil aún. Su mejor amiga le estaba llamando.

—¿Qué pasa, puta?

—¡Hola, perra!

—¿Qué haces? ¿Te recojo y nos tomamos algo?

—No puedo…

—¿Por? ¿Qué tienes que hacer mejor que quedar conmigo?

—Pues follar.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Con quién?

—Con un chico que he conocido por Internet.

—¿Y no me lo cuentas? ¿De qué vas?

—Te lo quise contar el otro día, pero estaba este delante y… No

era buena idea.

—Ya… Lo está pasando bastante mal…

—¡No me ralles!

—Vale, vale.

—Bueno, te dejo que el chico está a punto de llegar.

—¿Estás nervioso?

—Un poco. Ya te contaré.

—Eso. Ya me contarás todo con pelos y señales.

—¡Que sí! No me pongas más nervioso.

—¡Adiós, puta! Te quiero.

—Yo a ti más.

Al colgar se dio cuenta de que había sido muy seco con su amiga, pero cuando CarneFresca22 se ponía nervioso era insoportable. Volvió a asomarse por la ventana. Faltaban casi tres minutos para la hora de la cita. El corazón le iba a saltar por los aires en cualquier momento y siempre que le pasaba eso era porque algo bueno le iba a ocurrir.

CarneFresca22 posó sus ojos en un chico moreno y alto que estaba parado en medio de la plaza. Por un momento, pensó que era su cita, pero estaba bastante bueno. No se lo creía. El chico vestía con unos vaqueros rotos, camiseta negra acompañada con una chaqueta de cuero también negra y zapatillas blancas. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón, el cual le hacía muy buen culo, y escribió un mensaje. El móvil de CarneFresca22 volvió a sonar y, en este caso, sí era el chico que estaba en la plaza. Había tenido una suerte increíble. Cuando le escribió la dirección exacta, CarneFresca22 se miró las manos y notó que estaba sudando. El chico leyó el mensaje y puso rumbo hacia su casa.

Tardó exactamente dos minutos y medio en llegar, pero a CarneFresca22 se le hizo una eternidad. Esperó impaciente a que sonase el timbre y cuando sonó, sus manos empezaron a sudar aún más. Se sintió absurdo y empezó a reírse solo.

Esperó unos segundos a que se le pasase la risa tonta y abrió la puerta. Y allí estaba él… Con un brazo apoyado en el marco de la puerta y con una pose tan sexy que casi le hizo mojar los calzoncillos.

—¡Pasa, guapo! —dijo sin saber si darle dos besos o no.

Finalmente, mientras el chico guapo entraba, hizo el amago de darle dos besos, pero a mitad de camino se arrepintió y quedó un momento bastante ridículo.

«¡JODER, QUÉ DESENTRENADO ESTOY!», PENSÓ.

CarneFresca22 no entendía por qué estaba tan torpe y nervioso, él siempre había ligado bastante y sin ninguna complicación. De hecho, sus mejores amigos le envidiaban porque cuando salían de fiesta era el único que siempre ligaba.

Curioso24 ya se había quitado la cazadora de cuero negra y la

había dejado encima del sillón. Con una mirada provocadora, miró a su anfitrión y se sentó con las piernas abiertas y los brazos apoyados encima del sofá.

CarneFresca22 se tropezó con la mesa y estuvo a punto de tirar el enorme jarrón que le había regalado su madre.

—¿No vas a darme algo de beber antes de comerte?

CarneFresca22 pasó de una sonrisa tonta a una risa nerviosa.

—¡Joder, sí que vas a saco!

—A eso he venido, ¿no? —dijo mientras se mordía sus labios gruesos.

—¿Qué te apetece?

—Sorpréndeme.

CarneFresca22 puso rumbo a su cocina sin saber qué darle de beber a su increíble cita. No tenía nada con qué sorprenderle. En la nevera solo tenía verduras estropeadas, un bote de aceitunas, dos yogures caducados y un poco de embutido. Y de bebida estaba incluso peor. El fin de semana anterior había hecho botellón en su casa y tenía la despensa vacía. ¿Qué iba a llevarle? ¿Agua del grifo? ¡Vaya sorpresa le iba a dar! Llegó a la cocina y esperó encontrar algo por ahí escondido.

Mientras tanto, su invitado especial se levantaba lentamente de aquel sillón tan cómodo de cuero marrón y comprobaba la puerta que daba acceso a la cocina. De fondo, escuchaba al chico hablar solo. No entendía qué estaba diciendo y tampoco le interesaba mucho. Debía actuar rápido. En la mesita de la entrada estaba la cartera de CarneFresca22, además de unas llaves y unos cuantos papeles de propaganda de comida china. Solo le interesaba la cartera. La abrió rápidamente y buscó el DNI. Sacó su móvil y le hizo una foto por delante y por detrás. Inmediatamente dejó el DNI y la cartera en su sitio, pero antes de que volviese a sentarse en el sofá, CarneFresca22 volvió de la cocina y lo sorprendió de pie mirando la casa.

—¡La casa está de puta madre! —dijo Curioso24 disimulando sutilmente y esperando que no le hubieran descubierto.

—¡No está mal! Perdona, me has pillado sin nada de alcohol. Solo tengo zumo de piña, pero si quieres bajo un momento al chino y…

—¡Déjate de tonterías! —Le quitó el vaso de la mano y lo dejó en la mesa—. No he venido aquí para tomarme una copa. He venido a otra cosa mucho mejor.

Curioso24 se quitó la camiseta mostrando lentamente sus definidos abdominales y por último el torso. En mitad del salón, Carnefresca22 se puso cachondo con el físico del hetero curioso y también se quitó la camiseta. Se acercó para besarle, pero el chico lo giró.

—Aquí mando yo.

Ø

Esa frase le calentó más aún. En su anterior relación él era el más dominante y le gustó que este chico tuviera la iniciativa. Mientras el chico guapo, del cual ni sabía su verdadero nombre, le susurraba al oído, por la mente de CarneFresca22 comenzaron a pasar pensamientos tan veloces como estrellas fugaces. El chico se le acercaba por detrás y sus labios gruesos se fundían con su cuello y se le erizaba la piel. Sus manos trepaban como una enredadera por su abdomen y pensaba que iba a darle un orgasmo en cualquier momento. Luego lo giró y le comió la boca como nadie se lo había hecho nunca. Sus lenguas y sus salivas bailaban en una danza maravillosa. CarneFresca22 no quería que parase, pero también se moría de ganas de que Curioso24 jugase con otras partes de su cuerpo. Aunque parecía que había llegado su turno. Apoyó sus manos grandes en los hombros de CarneFresca22 y lo obligó a arrodillarse. Mientras CarneFresca22 permanecía de rodillas y miraba hacia arriba, el chico se desabrochaba el cinturón que sostenía sus vaqueros rotos. Se moría de ganas de ver la polla de su nuevo ligue. Impaciente, le ayudó a bajarse los pantalones y sus calzoncillos blancos bóxer de Calvin Klein. Estaba convencido de que tendría una polla grande, ya que decían que los chicos con manos grandes solían estar bien dotados. Por fin se quitó la ropa interior y…

Pero todo estaba en la mente de CarneFresca22.

Nada de esto había pasado.

Ni pasaría.

Ø

—Aquí mando yo.

Luego, se acercó hacia él y le puso las manos en los hombros, pero no para obligarle a ponerse de rodillas, sino para que se sentase en una de las sillas del salón. La silla tenía encima una especie de cojín bastante cómodo, pero un poco hortera y lleno de lunares de colores.

—Cierra los ojos hasta que yo te lo diga —dijo Curioso24 sorprendiéndolo con sus palabras.

—¿Que los cierre?

—Eso es. Hasta que yo te avise.

—¡Joder! No me esperaba esto en la primera cita.

—Vas a flipar.

CarneFresaca22 escuchó unos ruidos extraños mientras mantenía sus ojos cerrados. Abrió un poco el ojo derecho para ver qué estaba haciendo. La situación le dio de repente mal rollo y no se fiaba. ¿Y si

le estaba robando delante de sus narices mientras estaba con los ojos cerrados? ¡Quedaría como un idiota con sus amigas! Simplemente vio que el chico estaba agachado y parecía buscar algo en su mochila. Una mochila que ni siquiera se había dado cuenta que traía.

«El chico se lo está currando», pensó con curiosidad y con morbo.

Esa no podía ser su primera vez. Desde luego que no. Así que de hetero curioso tenía muy poco. Era tan gay como él, pero no lo reconocía. Seguro que tenía hasta novia. Pobre chica. Heteros con novia que quedan a escondidas con otros tíos parecía ser la moda de la ciudad. Bueno, del mundo en general. CarneFresca22 conocía el caso de un amigo que se había follado al novio el mismo día de la boda. Cobardes que no eran capaces de reconocer quiénes eran de verdad. Estaba harto de ese tipo de hombres.

El chico volvió a acercarse a él. De hecho, se puso tan cerca que podía notar su aliento en la cara. Olía como a fresa. Seguramente había masticado un chicle antes de la cita. Además de su aliento, pudo notar una colonia del estilo de Hugo Boss y le encantó. Mientras estaba embriagado con el olor del perfume, notó cómo le ponía una especie de venda en los ojos.

—¿No te fías de mí?

—En absoluto. Tienes cara de ser un tramposo.

—Tengo más bien cara de guarra —dijo entre risas.

—¡Shhh! —susurró el chico poniéndole el dedo índice en la boca.

Después de sentir el dedo del chico, intentó lamerlo, pero se le escapó y no le quedó otra que morderse el labio inferior. Otra vez volvió a estar perdido en la oscuridad y en la intriga que le provocaba no saber cuál era el siguiente movimiento de su cita. Se sentía como en un juego de ajedrez. Juego al que no sabía jugar y odiaba. Como odiaba todo aquello que se le daba mal. Y también odiaba la palabra odiar, pero no sabía por qué se le estaban pasando tantas cosas por la cabeza y tan rápido.

Notó como el chico pasaba a su lado y se colocaba detrás. Había ido de nuevo a su mochila mágica e intuía que había cogido algo más.

—Coloca los brazos detrás de la silla.

—¿Cómo?

—¡Confía en mí! —volvió a susurrarle al oído provocando que los pelos de la nuca se le erizaran.

Esa frase tenía mucha fuerza y era difícil de contrariar. Se acababan de conocer, no sabían sus nombres ni sus gustos ni nada. Absolutamente nada. ¿Debía confiar en él? Nunca había tenido una primera cita tan intensa. Estaba deseando contárselo a sus amigas.

Por fin, decidió confiar en el chico. Más que confianza, le pudieron las ganas que tenía de follárselo. La cita era interesante como mínimo y prometía. El chico le agarró las manos con delicadeza

y fue atándoselas con una especie de cordel. Estaba tan cerca que notaba el calor que trasmitían sus torsos desnudos que parecían dos imanes deseando encontrarse. La delicadeza terminó cuando le apretó demasiado las muñecas. De hecho, soltó un ridículo, *¡Ay!*, aunque el dolor que le provocaba la cuerda desapareció con la siguiente frase de su cita.

—¿Quieres comerme la polla?

—Por favor.

—Abre la boca.

CarneFresca22 volvió a relamerse los labios y fue abriendo la boca poco a poco. Llegó hasta sacar un poco la lengua esperando encontrarse con lo que más deseaba en ese momento. Nunca había deseado tanto sentir el tacto de un pene en su boca. En lugar de eso, el chico le introdujo un trozo de tela. Lo hizo a lo bestia y estuvo a punto de provocarle una arcada. No era lo que esperaba y empezó a mosquearse. El tacto de la tela era extraño. Era una tela áspera. Sin duda, era una especie de calcetín viejo. Eso hizo aparecer una arcada un poco más intensa que la anterior y hubiera estado a punto de vomitar si un fuerte golpe no hubiera impactado contra su cara. Había recibido una bofetada. Quizá la bofetada más fuerte que había recibido en toda su vida. Y había recibido unas cuantas, sobre todo en el colegio.

Recibió no solo bofetadas, sino también empujones, amenazas y cientos de insultos. Pensaba que esa etapa había quedado atrás y que era imposible que en pleno siglo XXI pudiera tener algún problema de ese tipo. Por un momento, pensó que al chico le gustaba el sado o algo por el estilo y que quería jugar a eso. Y a él le molaba menos el sado que los juguetitos cursis. Con eso se le bajó el calentón rápidamente e intentó pronunciar la frase, *Quiero parar*, pero el calcetín era un obstáculo en su camino. Viendo que no podía escupirlo intentó desatarse las manos.

—¡Cállate un poco, maricón! ¡Y no te muevas!

Con los ojos tapados y la boca llena, CarneFresca22 empezó a asustarse un poco. Ya no tenía mucha gracia la broma y no le gustaba el rollo de ese tío. De repente, pasó de estar supercachondo a preguntarse si había cometido un gran error. Una voz en su cabeza le repetía una y otra vez que debería haber tenido cuidado, que hay gente muy peligrosa ahí fuera. La voz era muy femenina y dulce. La conocía perfectamente porque esa voz era la de su propia madre.

—¡Qué puto asco me estabas dando! —retomó su horrible cita—. Has estado a punto de besarme, cerdo.

Curioso24 le arrancó la venda de los ojos. Tenía el móvil en la mano y estaba grabándole.

—Paciente número siete. Vive en la calle Gómez de Vergara

número catorce, segundo piso, escalera derecha. Tiene veintidós años y vive solo. Cumple los mismos requisitos que los demás. Me dispongo a hacer el proceso correspondiente. La primera sesión siempre es dura, pero es la más importante y espero que colabore con nosotros.

El chico apoyó el móvil encima del sofá mientras seguía grabando. Comprobó el plano para que se viera todo el proceso correctamente y empezó con su ritual.

—A ver… entiendo que estarás flipando un poco. Bastante, más bien, pero no te preocupes. Si colaboras no te va a pasar nada. Te lo prometo. Solo estoy aquí para ayudarte. Afirma con la cabeza si me estás entendiendo.

CarneFresca22 estaba en una especie de estado de *shock*. De pronto, su cita perfecta, el chico guapísimo, se había convertido en una pesadilla. ¿Era parte de una especie de secta o algo parecido? Tenía que ser una broma de mal gusto. El chico no parecía que quisiera robarle ni nada por el estilo. Le aterraba que se hubiera referido como paciente número siete. ¿Paciente número siete? ¿Qué demonios iba a hacerle? No podía creérselo. Volvió a perderse en sus pensamientos y olvidó completamente la pregunta que le habían formulado.

—¡Que si me estás entendiendo! —Le agarró el pelo y le asustó con el grito.

CarneFresca22 afirmó aterrado con la cabeza. Justo en el momento que lo hizo se arrepintió. Si hay algo que ya no consentía era que lo pisotearan. Había sufrido acoso escolar en el colegio y ya no permitía que nadie más le hiciera daño, pero esto estaba siendo demasiado y no paraba de temblar.

—Te voy a quitar el calcetín de la boca para hablar contigo. No intentes nada raro, ¿vale? Solo hay dos maneras de hacer esto. O cooperas y yo hago lo que he venido a hacer sin que nadie salga herido o lo hago por las malas. Tú eliges.

CarneFresaca22 cada vez entendía menos y tenía más claro que ese chico no estaba bien de la cabeza. Sentirse como un imbécil era quedarse corto. El chico le quitó el calcetín de la boca despacio. Al hacerlo se manchó varios dedos de la mano con su saliva.

—¡Puto asco! —susurró mientras restregaba sus dedos contra el sofá de cuero.

El orgullo de CarneFresca22 floreció y no se le ocurrió una mejor idea que escupirle a la cara y llamarle:

—¡Loco de mierda!

Lo que provocó que *el loco de mierda* le zurrase otro guantazo y le agarrase fuerte del cuello. Apretó con fuerza la mandíbula de su víctima y lentamente se acercó a su cara.

—¿Te crees que esto es un puto juego? ¡Te vas a enterar,

maricona!

Mientras CarneFresca22 lloraba de pánico, Curioso24 puso rumbo de nuevo hacia su mochila. ¿Qué sacaría de nuevo de ella? ¿Con qué lo sorprendería? La respuesta no le gustó. Sacó unos alicates con los mangos negros y con pinta de haberse usado bastante tiempo. El chico comenzó a gritar y a moverse mientras su invitado estelar acercaba los alicates a sus pies.

—¡Cállate! —le gritó mientras le daba de nuevo una bofetada—. ¡Como grites te corto un dedo del pie!

Su terrible cita le agarró el dedo meñique del pie derecho con los alicates y le dijo que fuera un paciente bueno. No quería hacerle daño en absoluto, solo ayudarle a salir de ese pozo en el que había caído. CarneFresca22 intentó guardar silencio para evitar que le cortasen el dedo.

—No me obligues a hacerte daño y escúchame atentamente.

Curioso24 cogió de nuevo su móvil y empezó a grabarle en primer plano.

—Miradle. Otra pobre víctima. Estarás orgulloso, ¿no? ¡Nenaza! Te voy a quitar las tonterías que tienes. A ver si así me tomas en serio.

CarneFresca22 empezó a moverse y a gritar y como premio se ganó otro guantazo. No le quedó otra que quedarse inmóvil mientras le bajaban a la fuerza los calzoncillos y los pantalones. Mientras permanecía completamente desnudo, su cita le grababa y se burlaba de su polla. Las lágrimas no paraban de resbalársele por las mejillas. Lágrimas llenas de miedo y rabia. Intentó cerrar las piernas para que no le grabase, pero se las volvía a abrir una y otra vez.

—Tengo que buscar algo para seguir con el ritual —dijo Curioso24 mientras pausaba la grabación y le metía el calcetín—. Seguro que encuentro algo en tu habitación que me sirva. No hagas ninguna tontería.

«¿Qué quería buscar en su habitación? Solo necesitaba que esa pesadilla acabase lo antes posible».

Mientras el chico registraba su dormitorio, por la cabeza de CarneFresca22 pasaron un millón de cosas:

«¿Quién era ese chico? ¿Qué quería ese desgraciado en realidad?».

CarneFresca22 cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que no le ocurriese nada malo. Al abrir los ojos se dio un susto de muerte al ver al chico delante de él. ¿Cómo había llegado hasta allí tan rápido? Era tan silencioso como una asquerosa serpiente.

Curioso24 mantenía una sonrisa escalofriante que parecía la sonrisa de una máscara de peli de terror. Su mirada era siniestra y vio su propio reflejo en los ojos de aquel monstruo. Unos ojos que decían algo así como: *Has sido un chico malo y te he pillado haciendo de las tuyas*. Las manos las tenía escondidas detrás de la espalda. De repente, sacó una mano y desveló que se había puesto unos guantes

transparentes.

«No me gusta nada que se haya puesto guantes», pensó CarneFresca22 aterrorizado.

Luego, desveló su segunda mano y tenía agarrado un consolador rojo.

«¿Qué demonios va a hacer con eso?, pensó CarneFresca22. Se le ocurrían muchas ideas y ninguna era muy agradable».

No lo había usado nunca y lo tenía guardado en un cajón de la mesita de noche, al fondo de los calzoncillos. Se lo regalaron hace unos años sus amigos, en plan coña, ya que sabían que odiaba ese tipo de juguetes sexuales. A CarneFresca22 le encantaba jugar en la cama, pero odiaba los consoladores. Era más de esposas y de fresas con nata.

—¿Te gustan estos juguetitos? —gritó manteniendo su cara sonriente—. ¿Te gustan? ¡Esto es pecado! Pero tranquilo… Estoy aquí para ayudarte a superar esa adicción tuya.

De golpe, le quitó de nuevo el calcetín de la boca. Instantáneamente, CarneFresca22 le suplicó que no le hiciera daño y que se fuera.

—¡Ya queda menos, no te preocupes! Si pones de tu parte será más rápido aún. Yo no he venido a hacerte daño, en serio. Estoy aquí para ayudarte.

Le pasó la mano por el pelo y el chico se retorció como pudo lleno de asco.

—Abre la boca.

—¿Qué?

—¡Que abras la boca, hostia!

CarneFresaca22 volvió a asustarse y un llanto desgarrado brotó de su boca. No recordaba la última vez que había llorado así… De hecho, nunca había llorado con tanto terror. Abrió lentamente la boca mientras seguía llorando.

—¡Ábrela más!

La abrió lo más que pudo y sin rechistar, pero seguía llorando con impotencia y rabia.

—¿Te gusta esto, marica?

Empezó a introducirle el consolador rojo por la boca mientras cambiaba de cara *sonriente-loca* a cara *asco-rabiosa*. Una de las veces lo metió tan adentro que le provocó una enorme arcada. No estaba dispuesto a marcharse hasta que su paciente mostrara alguna mejoría, por mínima que fuera. Solo tenía que demostrar que quería cambiar.

—Vamos a probar otra cosa…

CarneFresca22 adivinó rápidamente a qué se refería con *probar otra cosa*.

—Te voy a desatar y espero que no se te ocurra hacer ninguna gilipollez. ¿Me has oído?

El chico afirmó con la cabeza y Curioso24 le volvió a meter el

calcetín en la boca. Lo desató de una manera muy brusca y ya empezaban a ser visibles las marcas de las cuerdas en sus muñecas. Lo tiró al suelo boca abajo y le puso el pie izquierdo encima de la espalda. Y pisó fuerte. El pene de CarneFresca22 comenzó a aplastarse contra el suelo y si no tuviera el calcetín en la boca, habría gritado.

Por fin, le quitó el pie de la espalda, pero venía lo peor. Curioso24 se puso en cuclillas y le abrió las nalgas al chico para después comenzar a introducir el consolador rojo con todas sus fuerzas. El paciente intentó gritar y el sonido que emitía era desgarrador. Por suerte, consiguió escupir el calcetín y, con mucho cuidado, se dirigió hacia su agresor.

—¡Basta! ¡Yo no te he hecho nada! ¡No me hagas daño, por favor!

Curioso24 se quedó mirándole sorprendido y detuvo la acción de introducirle el consolador. Con cara de asco, tiró el juguete sexual encima del sofá. Parecía que su paciente empezaba a poner de su parte.

—Ponte de rodillas.

El chico, asustado, obedeció sin rechistar. Le jodía sentirse tan indefenso, pero no tenía otra opción. Mentalmente solo pedía una cosa, *que esa bestia se cansase pronto y le dejase en paz*.

—Reza conmigo por tus pecados.

Curioso24 también se puso de rodillas al lado del chico. Le cogió la cabeza y le obligó a mirar hacia abajo. Y comenzó…

—Padre nuestro, que estás en el cielo,…

El pobre chico repetía la oración que ni siquiera se sabía entera. Solo recordaba las primeras frases, ya que no había rezado desde su primera comunión. La imagen era escalofriante: dos chicos de rodillas rezando. Uno de ellos completamente desnudo, llorando y temblando de miedo. Las rodillas empezaban a dolerle debido al contacto con aquel suelo frío, aunque lo peor no eran sus rodillas, lo peor era que cada vez que se equivocaba en la oración, su agresor le gritaba y le soltaba un guantazo en la cabeza y hasta algún que otro puñetazo. La mayoría de los golpes iban a los brazos o incluso al estómago.

Viendo lo mal que estaba rezando, Curioso24 tumbó de nuevo al chico boca abajo.

—¡Por favor, déjame! Haré lo que me pidas. ¡Por favor! —gritaba mientras sus mocos y su saliva viajaban juntos hasta estamparse en el suelo.

—¡Pide perdón!

—¡Lo siento!

—¡No grites! ¡Suplícame que te deje en paz!

—¡Te lo suplico! ¡Déjame en paz! —dijo casi susurrando.

—Esto no termina aquí. El tratamiento solo acaba de empezar.

Tu conciencia no puede estar tranquila porque lo que haces está muy mal. Si pones de tu parte será rápido y sin dolor. ¿No ves que todo esto lo hago por tu bien? No menosprecies nuestra ayuda. Te tenemos localizado y vamos a estar ahí fuera en la plaza vigilando que no te desvíes del camino. ¿Entiendes lo que te digo, marica?

El chico afirmó de manera repetitiva como un chiquillo arrepentido y soltó un leve suspiro al darse cuenta de que todo iba a terminar pronto. Por fin se iba a marchar ese hijo de puta. ¿Qué debía hacer después? ¿Denunciarlo? No tenía pinta de ser una gran idea. ¿Y si de verdad lo vigilaban? ¿No iba a poder vivir tranquilo nunca? Lo que importaba de verdad es que ese loco saliese de su casa.

—Por hoy ya está bien —dijo mientras se quitaba los guantes de látex y recogía el material que había utilizado en la primera sesión—. Ahora, mientras estás ahí tirado en el suelo, medita sobre lo que has hecho. Piensa en tus pecados y empieza a corregirlos. —Se puso de cuclillas y le agarró la cara con fuerza para mirarle a los ojos—. Empieza a corregirte y verás cómo te vas a sentir mejor. Es igual que hacer ejercicio. Hazme caso y ya verás cómo todo esto pasará antes de lo que te imaginas.

Mientras CarneFresca22 lloraba desconsolado tirado en el suelo, cerró los ojos suplicando que se fuera ya ese malnacido. Por primera vez se dio cuenta de que le estaba empezando a escocer el dedo del pie. Lo miró temiendo que se lo hubiese cortado de verdad, pero por suerte seguía en su sitio. Solo tenía un pequeño corte. Se sentó en el suelo, cogió su pie y retiró un diminuto rastro de sangre con el pulgar de la mano derecha. Fue ahí cuando la puerta de la casa se cerró con un leve portazo. Ese sonido le hizo entrar en paz.

La pesadilla había terminado por fin. Lo que iba a ser una noche tórrida se convirtió en una película de terror. No le importaba en absoluto lo que pasase en los próximos días, pero estaba sano y salvo en casa, aunque desnudo, lleno de golpes por casi todo el cuerpo y totalmente humillado.

Poco a poco se reincorporó y se sentó de nuevo en la silla. Esa silla a la que ya no miraría de la misma manera. Cada vez que se sentase allí recordaría esa noche. Cada vez que entrase en ese salón recordaría lo tonto que fue al dejar entrar a ese chico en su casa. Le dio tanta rabia pensar lo idiota que había sido que soltó el mayor grito de su vida. La rabia le llevó del grito a otra vez el llanto y terminó desembocando en insultos. Nunca había soltado tantos por la boca. Todos iban dirigidos al monstruo que acababa de salir por la puerta.

Por un segundo miró el teléfono. No sabía que hacer: llamar a su madre, a sus amigos o directamente a la policía. No hacer nada era otra opción, pero ¿iba a dejar que ganase ese tipo de gente? ¿Iba a quedarse de manos cruzadas? Se levantó de la silla y dio vueltas por el

salón mientras meditaba qué debía hacer ahora. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que aún estaba desnudo. Sus calzoncillos y pantalones estaban muy cerca de la entrada del salón. Se agachó para coger la ropa y junto a la puerta vio unas zapatillas blancas con la punta desgastada. Miró hacia arriba y ahí estaba de nuevo el agresor con su risa diabólica en la cara.

CarneFresca22 se dio un susto de muerte e intentó salir corriendo hacia la cocina. Tenía la clara intención de coger un cuchillo o lo primero que encontrase lo suficientemente afilado para defenderse. No iba a permitir que le humillase de nuevo, pero ni siquiera llegó a la puerta de la cocina. Curioso24 le agarró del brazo y lo tiró contra el suelo del salón. No era algo difícil, ya que le superaba en físico y en fuerza con bastante ventaja.

CarneFresca22 cayó en el suelo de costado y sintió un fuerte dolor en las costillas. La rabia le llevó a gritar a su agresor con todas sus fuerzas. Esta vez a la cara.

—¡Hijo de puta! ¡Cobarde! ¡A ti lo que te pasa es que eres un reprimido de mierda!

—¡Cállate, cerdo!

Curioso24 se fue acercando poco a poco al chico, aguantándose las ganas de darle otro puñetazo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no dejas vivir a la gente? ¿Te da envidia o qué?

—¿Envidia? No me hagas reír, payaso. Baja la voz o te mato.

—¿Es que tu padre te pegaba de pequeño?

—¡No hables de mi padre! —dijo mientras se preparaba en posición de ataque.

—¿Te pilló viendo una revista de maricones y te zurró? ¿Es eso? —dijo mientras se iba poniendo de pie poco a poco—. Te gusta verme desnudo, ¿verdad? ¿Te pongo? Te gusto y tu cerebro de troglodita no lo puede entender, ¿verdad?

CarneFresca22 se llenó de valor y se encaró con su agresor. Tenía que conseguir que ese monstruo saliera de su casa de una vez por todas.

En ese momento, Curioso24 le asestó un tremendo puñetazo a su paciente. El chico volvió a caerse al suelo y comenzó a sangrar por la nariz. Todo estaba saliendo mal. Como norma, no podía agredir a sus pacientes de esa manera. Aunque estaba permitido solo en caso de que quisiera gritar o llamar a la policía. Solo en caso de que pusiera en riesgo su cometido. Ese niñato marica le había insultado y había mencionado a su padre. No podía consentir que encima se le pusiera chulo.

Es verdad que había discutido con su chica e iba más cabreado de la cuenta, pero solo le faltaba que un maricón de mierda le tocase

los cojones.

El paciente no paraba de gritarle y de insultarle y temía que algún vecino le escuchase. Fue un acto reflejo y todo pasó muy rápido. Cuando quiso darse cuenta, había agarrado el jarrón grande de rosas rojas que había en la mesa de al lado y se lo había estampado al chico en la cabeza. El jarrón pesaba más de lo que esperaba y el daño fue multiplicado por dos. O por tres.

CarneFresca22 no se movía. De su cabeza comenzó a brotar un pequeño reguero de sangre. Curioso24 comenzó a asustarse como nunca lo había hecho. ¿Lo había matado? Para comprobarlo, le dio primero unos golpecitos con la punta desgastada de sus zapatillas, pero el chico seguía sin reaccionar…

Lo siguiente que pensó fue en tomarle el pulso. Así que colocó los dedos índice y corazón de la mano derecha en el cuello del chico y no encontró señales de vida.

El chico parecía un endeble, pero nunca pensó que pudiera matarlo tan fácilmente. El salón estaba lleno de trocitos de aquel jarrón, aunque ahora parecía un puzle enorme de rosas rojas. Curioso24 se sentó en el suelo y le puso las manos en la cabeza. Ya no le hacía tanta gracia lo que estaba pasando. Antes se lo había pasado bien jugando a ser un jodido loco que torturaba a ese chico, pero ahora el chiste se había vuelto amargo si ese chico estaba muerto. Podía meter en un lío a los suyos. Se le ocurrió que si le tiraba el vaso de zumo de piña encima se despertaría. En aquel caso era una acción bastante absurda.

Sin surtir efecto, el zumo de piña se mezcló con la sangre del chico creando un líquido anaranjado muy poco apetecible. El chico seguía sin mostrar una pizca de vida en su interior y decidió que no podía hacerse cargo de esa cagada solo. Cogió de nuevo su móvil, no para grabar de nuevo a su paciente, sino para hacer una llamada de urgencia. Abrió el apartado de últimas llamadas y en primer lugar estaba el contacto que estaba buscando. Esa persona era la única que podía sacarle del lío en el que se había metido. Y también era la persona que le había enseñado lo que tenía que hacer con sus pacientes.

Llamó por teléfono y cada segundo de espera se le hizo interminable. Por fin, al cuarto tono y cuando estaba a punto de colgar, la persona al otro lado del teléfono contestó:

—¿Qué tal ha ido?

—La he cagado… Lo siento… Necesito que vengas a ayudarme… Es urgente. Creo que he matado al paciente de hoy… —Hubo un silencio muy incómodo para Curioso24—. ¡No me grites, por favor! Vale. Te espero aquí. Te mando ubicación.

La ayuda tardó en llegar unos 10 minutos. Por suerte, Curioso24

no tuvo que esperar demasiado. Estaba hipnotizado mirando el cuerpo desnudo del chico cuando unos nudillos golpearon suavemente la puerta de la casa. Dio un brinco saltando por encima del cadáver y abrió la puerta.

—Por fin has llegado.

Capítulo 2.
Los borrachos siempre dicen la verdad

CarneFresca22 murió a las diez y veintidós de la noche, unos treinta minutos después de que le reventaran en la cabeza el jarrón enorme que le había regalado su madre con todo el cariño.

A la mañana siguiente, mientras CarneFresca22 seguía desnudo y muerto en el suelo, recibió varios audios de WhatsApp en su móvil. Aunque ese móvil ya no le pertenecía ni estaba operativo. Era un Samsung Galaxy último modelo con la carcasa azul celeste y sin ninguna pegatina. Odiaba a la gente que les ponía accesorios tan cutres a los móviles. Lo tenía muy cuidado y sin ningún arañazo, aunque tampoco llevaba mucho tiempo con él. El teléfono murió poco después que su dueño y ahora mismo se encontraba tirado dentro de una papelera varias calles más arriba de donde debía estar. Estaba rodeado de basura, pero completamente limpio de huellas dactilares de la persona que lo había destrozado y depositado en esa papelera. Alfonso Castillo, más conocido como Curioso24, se había asegurado de limpiarlo con mucha delicadeza.

Quizá no hubiera hecho falta librarse del teléfono, ya que Alfonso no había mandado ninguna foto a su víctima, *ahora sí era más víctima que paciente*, en la que se le reconociera la cara. No había ninguna pista que le inculpara de ese asesinato.

«¿Seguro?», pensó. No paraba de repetirse una y otra vez esa pregunta.

No podía dejarse ningún cabo suelto y si lo había aún estaba a tiempo de arreglarlo. Suponía que el cuerpo lo encontrarían como mucho un par de días después.

Mientras abandonaba el lugar del crimen, Alfonso comenzó a repasar sus movimientos. Había limpiado el vaso que utilizó, la silla, revisó si había dejado alguna huella marcada con sangre de la víctima y el zumo de piña. También había limpiado el DNI y la cartera, el marco de la puerta… Todo. Los recuerdos rondaban por su cabeza como un pájaro que sobrevuela su propio nido.

—Estás demasiado nervioso. Deja que termine de limpiar. De todas formas, piensa que, al no tenerte fichado, la policía no puede identificar tus huellas, en caso de que hubiera alguna. Tú márchate. Lo más importante es que no te vea nadie. Así que ten cuidado.

—Falta por limpiar ese asqueroso consolador —dijo sin escuchar aparentemente lo que le estaban diciendo—. Aunque lo cogí con los guantes.

—Lo limpiaré por si acaso. Vete.

A empujones, y con cuidado de que nadie los viese, su ayudante

lo tuvo que echar prácticamente de aquella casa. Por suerte, solo había dos vecinos por planta y sería mala suerte que los vieran o hubiesen escuchado algo.

Sabía que todo era producto de su inseguridad. Se dio varias vueltas por la zona como si el aire fresco de la noche le fuera a liberar de la angustia que estaba a punto de experimentar. Constantemente, miraba su teléfono móvil intentando invocar la llamada o el mensaje que tanto deseaba. *Su ayudante* se había quedado en la casa para terminar el trabajo sucio y le dijo que le avisaría en cuanto todo estuviera listo. Solo se conformaba con un *ok* o algo sencillo, pero lo necesitaba ya.

Caminando en mitad de la noche, llegó hasta un parque cercano a su casa. Estaba lleno de borrachos y no le importaba en absoluto porque esa noche él era el mayor monstruo. Acababa de asesinar a un chico de más o menos su misma edad y nunca más sería el Alfonso de siempre. No sabía si lo que sentía era culpa, no estaba seguro, pero lo que sí pensaba era que no quería pasar el resto de su juventud en una cárcel. Le jodería mucho acabar entre rejas por culpa de uno de esos desviados. ¡Encima que intentaba ayudarle!

Cerca de una de las farolas encendidas del parque, había un vagabundo bebiendo una caja de cartón de vino tinto. Alfonso se sentó en otro banco justo enfrente de él, sacó su móvil y esperó impacientemente la respuesta que esperaba. No paraba de mover las piernas en señal de nerviosismo. Para colmo, la farola que estaba justo a su derecha empezó a parpadear de una manera un tanto extraña y eso le puso más nervioso aún.

El vagabundo se incorporó en el banco hasta quedarse sentado con la espalda mal colocada, dando forma a una horrenda joroba. Cogió la caja de vino y la levantó como si fuera un cura levantando un cáliz. Miraba la caja con amor y con los ojos iluminados. Sus manos sucias agarraban la caja como si fueran la cintura de una mujer y hacía bastante tiempo que no agarraba ninguna. Empezó a cantarle a la caja una canción sin apenas vocalizar.

—¡De la uva viene el vino! ¡De la aceituna el aceite! Y del corazoncito mío, *¡Ay!,* ¡salen las ganas de quererte! —cantaba el borracho.

Alfonso escuchaba al vagabundo cantar una canción, pero solo entendió las palabras *vino* y *quererte*, aunque no necesitaba escuchar nada más para entender que ese pobre hombre estaba deseando tragar el contenido de la caja. En lugar de beber parecía besarla con locura, aunque la imagen no era muy agradable.

Alfonso miró de nuevo su móvil, pero no había ninguna llamada importante, solo unos cuantos wasaps de grupos que no le interesaban en absoluto.

Mientras leía esos mensajes con desgana, entró una llamada en su móvil. No era la que estaba esperando y le apetecía mucho menos contestarla. Era Beca, su novia. Esa misma tarde habían tenido una discusión fuerte, muy parecida a otras anteriores. Beca era muy celosa y casi siempre discutían porque una chica le había entrado a su novio o porque había mirado a alguna chica por la calle… Y tantas y tantas broncas por lo mismo.

«¿Por qué seguía con ella?», se preguntaba Alfonso constantemente.

Una de las razones por las que no había dejado a Beca era sencillamente por el sexo. En la cama solucionaban la mayoría de sus problemas y se entendían a la perfección. De hecho, era una de las chicas con las que mejor había follado. A Beca siempre le había dicho que ella había sido su mejor amante. No podía decirle lo contrario porque estallaría. Beca quizás ocuparía el segundo puesto. Sí. Sin duda era el segundo puesto. El primero lo ocupaba Leticia. Ella fue su segunda chica y la que le enseñó a hacer la mayoría de las cosas en la cama. Leticia era rubia, con un lateral del cabello rapado y para colmo tenía los ojos verdes.

Una vez, mientras Alfonso paseaba con Beca por la calle, se cruzaron con Leticia. Los ojos de Beca ardían de celos y cuando la chica se marchó tuvo una fuerte discusión con Alfonso. Por supuesto, acabaron en la cama. Mientras Alfonso le agarraba sus pechos de tamaño considerable y le daba mordisquitos en el pezón derecho le susurraba que ella era mil veces mejor en todo. Sabía cómo calmar la ira de Beca.

El sexo era una de las razones por las que aún no había dejado a su chica, pero no era la única razón. Lo que Alfonso temía era que Beca, en un momento de rabia, le contase a la policía todo lo que estaban haciendo. El grupo podría estar en peligro por su culpa. Su relación era una bomba de relojería a punto de estallar y tarde o temprano ocurriría, pero necesitaba tiempo. Aunque Alfonso lo único que quería en ese momento era que su relación estuviera bien y quitarse un problema de encima.

En medio de sus pensamientos, su móvil volvió a vibrar. Beca no paraba de llamar una y otra vez y Alfonso pensó que sería mejor que contestase aquella maldita llamada.

—¡Dime! —respondió seco.

—¿Dónde estás?

—Acabo de terminar con el chico de hoy…

—¿Y qué tal ha ido?

—Nada bien. Ya te contaré en persona. No quiero hablar de eso ahora.

—¿Vas a venir a recogerme? —Beca mascaba chicle y se entretenía haciendo tirabuzones con su pelo.

—No. No me encuentro bien.

—¿Aún estás enfadado? Si es eso dímelo y no te inventes excusas.

—¡Que no es eso! No me ralles con tus movidas. —Alfonso estuvo a punto de colgar.

—¿Estás con otra? ¿Es eso lo que pasa? —Sus gritos hicieron estallar a su novio.

—¡Que te jodan!

Alfonso estuvo a punto de pronunciar la frase, *esto se acabó, te dejo*, pero en el último momento optó por elegir colgar la llamada. Sabía que eso provocaría que Beca se cabrease. La conocía perfectamente y sabía con toda certeza que Beca iba a agarrar sus llaves y su móvil, iba a salir de su casa dando un portazo e iba a poner rumbo en busca de Alfonso. Sorprendentemente, Beca envió un audio de voz a Alfonso pidiéndole disculpas y por primera vez se la veía arrepentida de lo que había dicho. Alfonso sabía perfectamente que la tenía en la palma de la mano. Ella estaba colada por él, pero Alfonso no sentía exactamente lo mismo. Era un amor diferente, aunque no podía llamar amor a lo que sentía por ella. Y lo de Beca rozaba la obsesión.

Beca no paraba de mandar audios y emoticonos llenos de corazones y cada vez se ponía más pesada. Terminó con un *te quiero*, y eso sí que Alfonso lo odiaba con todas sus fuerzas. ¿Tan complicado era tener una relación llena de buen sexo sin tener que decir esa puta frase? Para Alfonso era una señal de debilidad. Amaba a su madre y a sus amigos con locura, pero decir *te quiero* era una mariconada. No lo soportaba. Justo después de escribirle a Beca un simple *Mañana hablamos,* acompañado de un emoticono de beso, pero sin corazón, recibió la llamada que estaba esperando. Descolgó el teléfono y, como un niño nervioso por saber si había aprobado un examen, esperó la respuesta de su interlocutor.

—Todo está solucionado. Tranquilo. Todo está limpio.

Alfonso respiró profundamente aliviado, aunque aún le faltaba dominar a su conciencia y quitarse la culpabilidad de encima. Apartó la mirada del móvil y dio un pequeño bote al encontrarse, en mitad de la oscuridad del parque, al vagabundo justo delante de él. Miraba hacia abajo y un sombrero de tela gris lleno de agujeros le hacía sombra en la cara y no podía verlo con claridad.

Esa noche, Alfonso había escuchado la voz del pobre hombre por primera vez. Era una voz rota que, acompañada de la oscuridad de la noche, no era muy agradable. Se acercó lentamente a Alfonso y volvió a canturrear la canción sobre su caja de vino tinto.

Lo extraño fue que el vagabundo levantó poco a poco la mirada mostrando su boca desdentada a la luz de la farola. Alfonso lo miró

con toda su atención y consiguió entender algunas palabras. Al principio parecía ser la misma canción que la anterior, pero poco a poco se fue convirtiendo en algo distinto. Algo siniestro.

—¡Ton, ton, ton! ¡Tengo el mejor vino! —miró fijamente a los ojos de Alfonso y continuó la canción—. ¡Ton, ton, ton! El asesino acorralado en un rincón. ¡Ton, ton, ton! Tiene miedo el cobardica. Asustado como un niño… *¡Ton-to-rrón!*

Alfonso empezó a ponerse un poco nervioso por lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía saber ese hombre lo que había hecho? Tenía que ser imaginación suya. No había otra respuesta. ¿Se estaba volviendo loco? El vagabundo se fue acercando lentamente hacia Alfonso y no paraba de susurrar la misma palabra una y otra vez.

—¡Asesino! ¡Asssssssessssiiinooooooo!

Alfonso se puso de pie a una velocidad asombrosa y empujó al hombre provocando que cayera boca arriba. El vagabundo volvió tranquilamente hacia su banco murmurando palabras molestas y se arropó con su manta vieja. No tardó en empezar a roncar bajo el silencio de aquel parque frío y solitario.

Ojalá Alfonso hubiese dormido esa noche tan a gusto.

Salió corriendo de aquel parque y paró unos cuarenta metros más adelante. Miró hacia atrás con la intención de comprobar si el vagabundo le había perseguido, pero estaba solo en mitad de la noche que parecía ser el escenario de una terrible pesadilla.

«DEJA DE IMAGINARTE COSAS», SE DIJO A SÍ MISMO.

Continuó andando dirección a su casa y volvió a pasar de nuevo al lado de la papelera donde había tirado el móvil.

Al día siguiente, si ese móvil hubiese estado operativo, habría recibido varios mensajes.

El primero de todos fue enviado esa misma noche sobre la una de la madrugada. Lo había enviado Nerea, la mejor amiga de CarneFresca22.

—¿Qué tal va la cosa? ¿Todo bien? Estoy deseando que me cuentes los detalles mañana. Te quiero, zorra.

Terminó el mensaje con un icono de corazón que parpadeaba continuamente. Lo que no sabía Nerea era que el corazón de su mejor amigo llevaba muerto unas horas.

El siguiente mensaje no llegó a su destino a las doce de la mañana. Nerea insistía en escribir a su amigo, no solo por conocer qué tal la noche de sexo salvaje, sino porque empezaba a estar un poco preocupada. Era la típica preocupación que asustaría a cualquier amigo, pero que en el fondo se confía en que no ha pasado nada.

Por último, la tarde del día siguiente, el móvil hubiese recibido un audio de Mercedes, la madre de CarneFresca22.

—¡Cariño! Me ha llamado Nerea preguntando por ti. ¿Dónde te

has metido? Llámame en cuanto puedas o pásate por casa que nos tienes preocupadas. ¡Ay, esas noches locas de mi niño! Te quiero, corazón.

No hay nada más doloroso que un *Te quiero* fuera de tiempo, cuando ya no puede ser escuchado por la persona a la que va dirigido. La muerte repentina de CarneFresca22 había dejado un agujero lleno de *te quieros*, de besos y de abrazos perdidos.

Capítulo 3.
Al final todo se acaba jodiendo

Un mes después de que asesinasen al joven de veintidós años, sus mejores amigos habían quedado para comer en casa de Mercedes, la madre de la víctima. Eran cuatro: Laura, Nerea, Mercedes y Mario. Aunque este último se había alejado un poco después del asesinato. Mario era el ex del joven y justo lo habían dejado unas semanas antes de que lo mataran.

Entre todos querían que Mario asistiera a esa comida. Además, debían concretar qué hacían con las cenizas de su amigo.

Nerea salió de casa decidida a arrastrar a Mario de los pelos si hacía falta. No podía defraudarlos de esa manera.

«¿Qué coño le pasaba a Mario?», pensaba de camino. «¿Se cree que es el único que está sufriendo con todo esto?».

Mientras caminaba por la calle y el sol de media mañana empezaba a apretar, por la mente de Nerea pasaron miles de cosas. Y es que en solo un mes había vivido demasiadas cosas fuertes. Ni una de todas esas cosas había sido agradable y aún le faltaban peores por vivir. Tardaría mucho en quitarse de la cabeza el cuerpo inerte de su mejor amigo tirado en el suelo, el jarrón destrozado, el consolador rojo, los gritos de Mercedes al ver a su hijo muerto, la manifestación, los comentarios homófobos en redes sociales… Todo había sido demasiado duro y su cuerpo se transformó en un recipiente lleno de ira, rabia, frustración y pena, mucha pena.

Un mes después seguía sin entender cómo una persona podía matar a otra simplemente por su orientación sexual y nunca lo comprendería. Por lo que les dijo la policía, todo apuntaba a que había sido un crimen homófobo por alguien que se hizo pasar por gay en una aplicación de citas. Sus pensamientos la envolvieron en una densa niebla mientras cruzaba la carretera y estuvo a punto de ser atropellada por un coche blanco. El conductor destrozó la bocina del coche a puñetazos después de que Nerea le diese un susto de muerte.

Por fin llegó al portal de la casa de su amigo Mario. Pulsó el botón del piso 1ºA y esperó una respuesta. Empezó a ponerse nerviosa y volvió a llamar a los siete segundos. Sabía perfectamente que Mario estaba en su casa, básicamente porque Mario llevaba unas semanas sin hacer ningún plan ni ver a sus amigos, ni siquiera iba a trabajar. Nadie sabía muy bien qué le había ocurrido en el trabajo, pero seguro que nada bueno.

Mario trabajaba en un supermercado como reponedor y cajero. Como Nerea y Laura no sabían nada de él, decidieron ir a visitarle a su

puesto de trabajo y fue allí cuando se enteraron de que Mario había sido despedido. En ese momento, no le dieron importancia porque el asesinato de su mejor amigo les había dejado KO a todos. Pero debían seguir con sus vidas a pesar del dolor y Mario parecía ser el que peor había llevado la muerte de su ex. Aunque Mercedes tampoco se quedaba atrás, por supuesto.

Nerea volvió a pulsar el botón del 1ºA y estuvo a punto de dejar su dedo incrustado en él. Fue en ese momento cuando la puerta se abrió y salió una vecina de unos sesenta años con un carrito de hacer la compra. Al ver a Nerea pulsando el botón con tanta energía, la mujer puso cara de asco y de tener pocos amigos.

Antes de marcharse, la señora volvió a mirar hacia atrás y miró a Nerea de arriba abajo como si fuese un escáner.

Nerea era una chica que vestía de lo más normal. Era más de vaqueros que de faldas o vestidos, los cuales los reservaba para eventos concretos y eran pocos a los que asistía. A todo el mundo le encantaba su pelo, era su rasgo más llamativo. Lo llevaba corto y de color castaño, aunque llevaba mucho tiempo pensando en teñírselo de algún color llamativo. Amarillo pollo estaba descartado y se decantaba más por un tono rosáceo o violeta.

La señora desapareció de su vista y Nerea aprovechó para detener la puerta de la calle con la punta de su pie izquierdo. En ese momento se sentía como una delincuente a punto de cometer un atraco.

Llegó hasta el ascensor, pero como Mario vivía en un primero decidió ir a pie por las escaleras. Sentía una fuerza que le apretaba el pecho y es que tenía la sensación de vivir de nuevo esa mañana del fatídico lunes cuando encontró el cadáver de su mejor amigo. Y es que era una situación muy parecida: Mario no contestaba, subía las escaleras con miedo a encontrarse algo horrible… La única diferencia era que esta vez iba sola ante el peligro, Mercedes no la acompañaba. Aunque una cosa sí que tenía clara. Si Mario estaba sano y salvo saldría con ella de aquella maldita casa.

Antes de llamar, Nerea prefirió pegar la oreja a la puerta para escuchar el más mínimo ruido. En principio no escuchaba nada del otro mundo, pero unos segundos después le pareció escuchar unas risitas. Indudablemente, esa risa era de Mario, pero… ¿Estaba acompañado? ¿O quizás estuviese hablando por teléfono? Puso su mayor concentración para intentar escuchar algo más y cuando estaba a punto de conseguirlo, un chico de unos diecisiete años salió del 1ºB y le dio a Nerea un susto de muerte. El chico llevaba una gorra blanca y llevaba un *piercing* en el labio. Lo primero que pensó Nerea era que ya estaba pasado de moda llevar un *piercing* en la boca, pero la mirada del chico la hizo caer en la cuenta de que la habían pillado haciendo

algo extraño.

—¿Qué haces? —le preguntó el chico echándole una mirada no mucho más agradable que la de la señora del carrito.

—Simplemente estaba… ¡Anda! Vete a hacer tus cosas chaval —respondió Nerea nerviosa y avergonzada.

—¡Vaya par de locos! —dijo el chaval bajando las escaleras.

Esa contestación dejó un poco trastocada a Nerea e hizo que pensara levemente:

«¿A QUÉ SE REFERÍA CON ESO? ¿POR QUÉ DIJO *locos* EN PLURAL? DEBÍA REFERIRSE A MARIO. ¿QUÉ HABÍA PASADO?».

Nerea decidió que era hora de llamar al timbre. Pulsó el interruptor y esperó impaciente a que la dichosa puerta se abriera. Volvió a llamar de nuevo y estuvo a punto de dejarlo pulsado como hizo con el porterillo. En su cabeza apareció de nuevo la mujer del carrito y el chaval que la miraron como si estuviera loca.

«¿ESTOY LOCA?», SE PREGUNTÓ SERIAMENTE.

La respuesta podría ser perfectamente afirmativa porque en el último mes había hecho cosas fuera de lo normal y no estaba orgullosa de la mayoría. Pero no se consideraba una loca. Todavía. Pulsó varias veces el timbre de manera intermitente y poco le faltó para aporrear la puerta.

—Mario, abre la puta puerta. Sé que estás ahí.

Tenía la sensación de que algún vecino más iba a hacer su aparición estelar.

—No me pienso ir de aquí hasta que no me abras. Recuerda que hoy teníamos una reunión muy importante.

Silencio. Nadie daba señales de vida al otro lado de la puerta.

—Te he escuchado reírte. Ábreme o te juro por Dios que reviento la puerta a patadas. No me hagas esto.

No me hagas esto parecieron ser las palabras mágicas para abrir la puerta del 1ºA. Mario abrió la puerta y luego, con mucho cuidado, asomó la cara ligeramente por el hueco de la puerta.

Un par de horas antes de que Nerea estuviese a punto de tirar la puerta a golpes, Mario disfrutaba del mejor sexo. Todo había empezado hacía un par de semanas y se sentía de maravilla en ese momento. Aún no podía creer lo feliz que era. Álvaro, el chico que le estaba aportando tanta felicidad, había aparecido en su vida para sacarle del fango en el que se encontraba. Y es que no había sido un mes fácil. Horribles momentos que Mario no quería recordar. Era algo complicado, pero Álvaro le estaba ayudando poco a poco.

Ahora que Mario ni siquiera tenía trabajo, apenas salía de casa. Los dos chicos permanecían encerrados prácticamente día y noche. Vivían como en una burbuja y eran felices allí, solos los dos y sin nadie que les molestara. A Mario cada vez le daba más pereza salir y sobre todo conocer gente nueva. Pensaba que la gente era muy

insoportable.

Pensamientos oscuros se arremolinaban en su cabeza y no paraba de pensar en el asesinato, en el miedo de que ese o esos asesinos siguieran sueltos. ¿Y si se los encontraba y le hacían daño? En ese momento, apareció Álvaro y le agarró la cara para darle un buen beso. Al estar a su lado, Mario olvidaba todos sus miedos, sus inseguridades y sus problemas. Mientras le miraba fijamente a los ojos, Mario quedaba totalmente hipnotizado y en su rostro aparecía la típica expresión tonta de alguien que está enamorado hasta las trancas. Álvaro le agarraba del cuello mientras le besaba y le erizaba la piel a tal punto que parecía estar a punto de estallar.

Ambos eran más o menos de la misma estatura y de complexión atlética, aunque Álvaro estaba un poco mejor físicamente. Pero eso era una auténtica tontería. Mario era moreno y tenía los ojos marrones, mientras que Álvaro era más rubio y con ojos azules.

Parte del día se lo pasaban en la cama, luego en la ducha y, para terminar el ciclo, se tumbaban en el sofá del salón para ver alguna peli o serie. Era una misión fallida porque ninguno de los dos prestaba atención a lo que aparecía en la televisión.

Mario sabía que las primeras semanas de relación eran muy especiales y que las personas parecían estar atontadas, pero no le importaba en absoluto lo que pensasen de esa relación. Ninguna de sus amigas sabía nada de todo aquello, ya habría tiempo de contárselo. De hecho, la relación con sus amigas se había visto afectada por los últimos acontecimientos. Y le daba rabia porque en el fondo sabía que deberían estar más unidos que nunca, pero la situación era mucho más complicada de lo que parecía. Echaría de menos a Laura y a Nerea si no hubiese estado acompañado de Álvaro.

No era momento de ponerse triste con lo que hacía o dejaba de hacer. Lo importante era que estaba enamorado y feliz y ver la sonrisa de Álvaro con esos hoyuelos que se le formaban en las mejillas… Como siempre, acabaron de nuevo en la cama. Se fundían el uno con el otro a través de besos y abrazos. Siendo atrapados por el sudor del sexo y desembocaban en tremendos gemidos. Les dio la risa debido al escándalo que estaban formando.

—¡Shh! ¡Los vecinos llamarán a la policía!

—¡Que les den a los vecinos! ¡Soy muy feliz y quiero que todos se enteren! —respondió Mario mientras le daba repetidos besos por todo el cuerpo.

—¿Quieres que nos demos una ducha? —preguntó Álvaro con su peculiar sonrisa pícara.

Mario no se molestó en contestar y directamente se dirigió hacia el baño. Los dos chicos corrían desnudos por la casa libres de preocupaciones. Entraron en la ducha de la mano. Un despiste estuvo

a punto de hacer resbalar a Mario y por un momento se quedó totalmente quieto por el susto. Siempre había oído que las muertes en la ducha o bañera eran de lo más común. El hecho de pensar en la muerte le hizo entristecerse.

—¡Ey! ¿A qué se debe esa cara? —preguntó Álvaro preocupado.

—Nada. Es una tontería.

—Pues no me gusta verte así. La vida son dos días y no hay que preocuparse tanto. ¡Quiero verte sonreír!

—¡Eres increíble! Eres… —Mario no pudo terminar la frase porque un chorro de agua le dio en toda la cara. Álvaro había abierto el grifo del agua fría y estaba congelando por completo a Mario.

—¡Te voy a…!

—¡Shhh! ¡Cállate y bésame! —Álvaro cambió la temperatura del agua a templada, aunque le costó un poco encontrar el equilibrio entre caliente y fría.

De nuevo, como dos novios empalagosos, volvieron a besarse como locos y la temperatura volvió a subir. Era la primera vez que Mario estaba echando más de tres polvos diarios y no pensaba bajar el ritmo. Álvaro lo estampó contra la pared de la ducha y empezó a besarle el cuello. Poco a poco fue bajando hasta llegar a su abdomen. La piel de Mario pareció gritar y unas enormes cosquillas aparecieron sin previo aviso. La pared de la ducha estaba fría, pero Mario no pensaba moverse de ninguna manera. Cerró los ojos y se dejó llevar de nuevo. Álvaro no paraba de besarle la ingle de una manera tan sensual que las cosquillas de Mario explotaron.

—¡Ah! Para, para —gritó Mario.

—¿Qué pasa?

—¡Joder! Me ha dado como una especie de calambre.

—¿Te doy calambre? ¡Ah! Muy bonito…

—Nunca me había pasado. Me has hecho tantas cosquillas que se me ha debido montar un músculo.

Volvieron las risas escandalosas y Álvaro aprovechó que conocía el punto débil de Mario para provocarle más cosquillas. Mario salió huyendo de la ducha, agarró su toalla roja y empezó a secarse todo el cuerpo deprisa. Álvaro salió justo detrás de él y como pudo se hizo con un trozo de toalla. Los dos se secaron con delicadeza.

—¿Otra vez con esa cara de acelga? —increpó Álvaro un poco enfadado—. ¿Qué te pasa ahora? ¡Y no me digas que nada!

Mario se quedó paralizado porque esa era exactamente la respuesta que tenía pensado decir. Lo más rápido que pudo, intentó responder otra cosa sin quedar muy pesimista. Lo que realmente quería decirle era que siempre que era demasiado feliz sentía miedo. Porque cuando uno es demasiado feliz, solo puede dejar de serlo en el momento más inesperado.

—Quiero quedarme siempre en estos momentos, aquí, contigo. No quiero que lo nuestro termine.

—No te ralles por eso. Siempre hay momentos buenos y momentos malos. Solo hay que disfrutar del momento porque al final…

—¿Al final qué?

—Todo se acaba jodiendo —susurró Álvaro.

Esas últimas palabras se le clavaron a Mario como puñales en el corazón y en los oídos. Le pilló de sorpresa y Mario odiaba las sorpresas.

Para animarle, Álvaro recurrió a las cosquillas para intentar devolver el buen rollo a la situación. Poco a poco las carcajadas de Mario volvieron a hacer eco en el cuarto de baño. De pronto, el timbre de la casa sonó rompiendo de nuevo el tonteo entre los dos chicos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Álvaro sorprendido y con una pizca de celos.

—¡A nadie! Ve de puntillas al cuarto que ahora voy.

Álvaro le dio un pico y, como le habían ordenado, fue al dormitorio de puntillas y sin hacer el más mínimo ruido. Mientras tanto, Mario se acercó lentamente a la puerta. Pensaba que sería algún pesado que quería venderle algo o algún vecino que quería quejarse del jaleo que estaban montando.

El timbre seguía sonando y antes de mirar por la mirilla escuchó la voz de Nerea pegando gritos.

—Mario, abre la puta puerta. Sé que estás ahí.

«¿QUÉ HACÍA NEREA EN SU CASA?», PENSÓ MARIO.

No necesitaba mucho tiempo para recordar la respuesta. Todo pasó muy rápido por su mente. Había pasado un mes. Habían pasado a toda velocidad muchas cosas y el tiempo volaba. Se supone que deberían ir todos a casa de Mercedes porque iban a comer juntos. No se podía negar y además Nerea no se marcharía de allí sin él. Era muy cabezota.

Su amiga se estaba impacientando y amenazaba con tirar la puerta abajo si no le abría. Pero no fue esa amenaza, sino la manera en la que Nerea pronunció las palabras *No me hagas esto*. Esas palabras en boca de su mejor amiga, y después de todo lo que habían pasado, hizo que se le saltaran las lágrimas. En ese instante, Mario fue consciente de dos cosas: la primera fue que su amiga no se marcharía sin él y la segunda, y más importante, era que estaba completamente desnudo, ni se había molestado en taparse con la toalla. Su mente trabajó rápidamente para buscar una excusa y librarse de la comida. ¿Y si le decía que estaba con alguien en casa y no podía salir? Esta respuesta la descartó en el acto, no podía decirle eso a Nerea. Así que improvisó otra.

—Me vais a matar, pero había olvidado que me habían cambiado el turno en el trabajo. —Mario esperó sigilosamente la respuesta de Nerea.

—Mario… sabemos perfectamente que ya no estás trabajando. Sabemos lo del despido.

Mario empezó a temblar y en ese preciso momento se dio cuenta de que iba a ir a la comida.

—¡Venga! Déjame pasar y vístete rápido que nos vamos. Se acabó eso de estar aquí encerrado todo el día.

Nerea hizo el amago de abrir un poco más la puerta, pero Mario se adelantó y consiguió cerrarla del todo. Antes de que su amiga se volviese loca e intentase tirar la puerta, habló con ella.

—¡Está bien! Me visto y salgo. —Mario se dio por vencido.

—¡Pero déjame entrar, maricón!

—¡Que estoy desnudo! Acabo de salir de la ducha y no llevo ni toalla.

—No creo que vaya a ver nada nuevo…

Nerea apoyó su espalda en la puerta y esperó mientras miraba su reloj. Estaba molesta porque por mucho que corrieran ya iban a llegar tarde. No era una comida normal entre amigos para charlar y echarse unas risas, era una especie de ritual para conmemorar a su mejor amigo. Era un día importante y Mario parecía no darle ninguna importancia y eso hacía que le hirviera la sangre. Todos lo estaban pasando mal, todos habían perdido la cabeza de una u otra manera, pero respetaban ese día.

De pronto, Mario abrió la puerta y estuvo a punto de tirar a Nerea que seguía apoyada en ella.

—¡Vámonos!

Mario cerró la puerta dejando atrás a su nueva aventura, su nuevo amor.

Capítulo 4.
En un campo de minas

Mercedes estaba terminando de preparar los últimos detalles antes de que llegaran sus invitados especiales. Quería que todo saliese a la perfección. A pesar de que esperaba a tres invitados, colocó una silla de más porque quería que su difunto hijo se sentase con ellos de alguna manera. Estaba intentando salir de aquel infierno que parecía no tener fondo. Sabía que nunca superaría la muerte de su hijo, pero no podía rendirse. Tenía que hacerlo por él.

Muchas veces, mientras veía el telediario y anunciaban la muerte de algún joven en un accidente de coche, Mercedes no paraba de pensar en esos pobres padres que recibían la noticia de que sus hijos habían fallecido. La piel se le erizaba y se le saltaban las lágrimas. Jamás hubiese esperado la sorpresa amarga que la vida le tenía preparada: un monstruo entraría en casa de su pequeño, para quitarle la vida y robárselo para siempre.

Ahora no solo pensaba en esos pobres padres que perdían a su hijo por un accidente, también pensaba en esos malditos padres que no educaban bien a sus hijos y acababan asesinando a otros por algo tan simple como su orientación sexual. ¿Qué pensaría la madre del asesino en ese momento? ¿Lo sabría? Solo esperaba que esa familia estuviera sufriendo tanto o más que ella. Pero ¿de qué servía guardarse tanto rencor y odio?

Mercedes escapó de esos pensamientos oscuros y antes de volver a la cocina para coger cubiertos y servilletas hizo una parada enfrente del mueble que tenía al lado de la televisión. Era un mueble de color caoba que le llegaba hasta los hombros. Tenía cuatro cajones medianos en el lado izquierdo y otra puerta grande en el lado derecho. En los cajones pequeños solía guardar trapos de cocina, manteles e incluso algunas toallas y en la puerta grande guardaba una vajilla, que nunca había utilizado, y algunas tazas grandes. Esas tazas sí las había utilizado su hijo. Le encantaba merendar un buen tazón de cereales.

En la parte de arriba, el mueble estaba coronado por algunos adornos sin mayor significado y fotos de familia, y con familia se refería a su único hijo. Mercedes era madre soltera y no tenía ningún familiar vivo cercano. Solo tenía a una tía que en su infancia había sido como su segunda madre, pero poco a poco fueron perdiendo el contacto. Y ahora que le habían matado a su pequeño… Ahora solo tenía a los amigos de su hijo: Nerea, Mario y Laura. De no haber sido por ellos no sabía lo que podía haber hecho.

Todo había pasado demasiado rápido y fue, cuando le entregaron

las cenizas de su hijo, cuando se dio cuenta realmente de lo que había ocurrido. Y allí, encima de ese mueble con fotos alegres de ella y su hijo, decidió colocar las cenizas. La urna hubiera sido una preciosa decoración de no ser por lo que contenía dentro. Era roja y con la tapa dorada. Mercedes eligió el rojo porque era el color favorito de su hijo, aunque en esos momentos le daba absolutamente igual cómo fuese la urna. Lo único que pedía era que le dijeran que todo había sido una broma y que su hijo seguía vivo. Cuando se dio cuenta de que jamás lo volvería a ver, pidió otro deseo totalmente distinto.

«¡QUE COJAN A ESE ASESINO Y QUE SUFRA! ¡QUE SUFRA TANTO COMO HA SUFRIDO MI HIJO! ¡Y QUE SE HAGA JUSTICIA Y LO ENCIERREN EL RESTO DE SU VIDA!».

En medio del salón, agarraba fuerte contra su pecho lo que quedaba de su hijo. Las pocas lágrimas que le quedaban resurgieron de sus ojos y viajaron por sus mejillas hasta que llegaron a su destino: la tapa dorada de la urna. Otra vez se vio atrapada por la tristeza y se sentó en una de las sillas.

Sin soltar la urna, miró la mesa que estaba preparando para sus invitados. Había para todos los gustos: un poco de hummus de garbanzos, jamón, gambas, queso, patatas fritas, huevos rellenos… Un festín. Le encantaba cocinar para los demás y sobre todo comer. Aunque en ese último mes apenas había probado bocado.

Por una milésima de segundo se sintió muy culpable por lo que estaban a punto de hacer. Parecía que estaban celebrando que su hijo hubiera muerto hacía un mes. Cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro. Sabía perfectamente que era una auténtica tontería y lo más doloroso era que ese pensamiento le atormentaba constantemente.

Todos los días pensaba que no estaba haciendo lo suficiente, que podía hacer algo para vengar a su hijo y que el asesino seguía en la calle sin que la policía consiguiera nada. Esas frases se repetían una y otra vez con una voz muy reconocida por Mercedes. Era la voz de Nerea. Esperaba que viniera más tranquila y que la chica no montase otro espectáculo como la última vez que se vieron.

Justo después de que Mercedes le diese un beso a la urna, el timbre de la puerta sonó para sacarla de los pensamientos tan tóxicos en los que estaba atrapada. Ya estaba su primer invitado o invitada en casa. Por un momento, iba a soltar la urna donde estaba, pero no le apetecía que sus invitados la vieran, la tocasen y mucho menos que la abriesen.

«LO MEJOR SERÁ QUE LA GUARDE EN SU DORMITORIO», PENSÓ.

El dormitorio de su hijo estaba tal cual lo había dejado. Hacía casi un año que Mercedes vivía sola. Cuando su hijo le dijo que quería independizarse y que se marchaba de casa, se le partió el corazón. Se dio cuenta de lo rápido que había crecido su pequeño y se sentía muy orgullosa del hombre en el que se había convertido. La habitación

seguía llena de sueños, de dibujos, de pósteres de sus cantantes favoritos… Colocó la urna en el escritorio y por un momento su mente se quedó en blanco, paralizada.

El timbre sonó de nuevo y Mercedes se dio prisa por abrir la puerta. Había olvidado completamente de que tenía invitados en la puerta. La primera en llegar fue Laura, siempre tan puntual y tan correcta.

—¡Pero qué guapa estás! —dijo Mercedes mientras la abrazaba con fuerza.

Mercedes definía a Laura como una chica *monísima* y le hubiese encantado que fuera su nuera, pero por varias razones obvias eso no iba a pasar nunca. Laura tenía el pelo negro y casi siempre recogido en coleta. Su piel era blanca casi como la porcelana, de hecho, raro era el verano que no terminaba quemándose. Era muy educada y, hasta que no cogía confianza, era muy tímida.

—¡Qué hambre! —dijo Laura al ver la mesa que había preparado Mercedes—. He traído unas aceitunas de las que te gustan y algo de beber. Si hace falta algo más puedo acercarme a comprar.

—¡Hay comida de sobra! ¡No te preocupes, mujer!

Laura sintió un poco de vergüenza al llevar solo unas aceitunas y unas cervezas.

—Tiene todo una pinta deliciosa. Espero que Mario y Nerea no tarden en llegar porque si no soy capaz de comerme hasta la mesa.

—¿Crees que Mario va a venir? —preguntó Mercedes esperando una respuesta negativa.

—Más le vale.

Las dos empezaron a reírse. Fue una risa corta y con un toque amargo.

—¿Viene alguien más? —preguntó Laura extrañada al ver que había una quinta silla.

—No, solo nosotros cuatro. Quería que mi niño estuviera presente. —Mercedes intentó huir del llanto que la perseguía, pero no lo consiguió.

En cuanto la vio llorar, Laura se levantó rápidamente de su silla y la abrazó tan fuerte como la había recibido ella. Laura no lloraba, pero estaba rota por dentro.

—Llora todo lo que necesites, cariño. Suéltalo.

Mercedes fue calmándose poco a poco y le dio un beso manchado de lágrimas.

—¿Falta algo más para poner en la mesa? —preguntó Laura con la intención de sacar de ese pozo de lágrimas a Mercedes.

—Algo más de bebida. ¡Ni siquiera te he ofrecido nada de beber! ¡Qué tonta estoy!

—No te preocupes que ya me lo sirvo yo. Estos deben estar a

punto de llegar.

Laura entró en la cocina. Sabía dónde estaba todo porque desde pequeña había visitado esa casa. Agarró un vaso del mueble que había encima del fregadero y cogió un hielo del congelador. No le apetecía beber alcohol y se sirvió una Coca-Cola. Laura se movía como pez en el agua por aquella cocina, pero no era algo habitual en ella. Si visitaba alguna casa y no tenía mucha confianza ni siquiera abría la nevera.

«Si vas a casa de alguien, nunca abras la nevera sin su permiso. Es una falta de educación», le repetía su abuelo desde pequeña».

Mercedes entró a la cocina para seguir hablando con Laura. No sabía muy bien de qué hablar en concreto, pero lo que tenía claro era que no quería rozar temas tristes.

—¿Qué tal está tu abuelo del resfriado?

—Está mucho mejor, menos mal. Era una tontería.

Laura estaba mintiendo en ese mismo instante. Para ella, no había sido ninguna tontería. Amaba a su abuelo con locura y lo más mínimo que le pasase le producía una extraña ansiedad.

Mercedes volvió a mirar su reloj con impaciencia y terminó de colocar la mesa con la ayuda de Laura. Cuando estaban a punto de sentarse, el timbre del porterillo sonó.

Mientras esperaban a sus amigos, Laura pidió dos cosas: una de ellas era que Mario se hubiese animado a ir y la segunda y más importante que Nerea no perdiese la cabeza como la última vez que se vieron. Eso pasó hace poco más de una semana.

Nerea y Mario llegaron a la casa y después de múltiples abrazos y de ponerse un poco al día comenzaron a comer. Había muchos temas tabúes en esa mesa y todos intentaban evitarlos como si de un campo de minas se tratase.

La comida estuvo bastante tranquila. Todos aportaban su granito de arena para seguir adelante, aunque Mario seguía más callado y apagado de lo normal. Devoraron prácticamente todo lo que Mercedes había preparado. Juntos recogieron la mesa y en un momento que Mario fue a la cocina a ayudar a Mercedes, Laura y Nerea aprovecharon para hablar.

—¿Te ha costado mucho convencerle? —le preguntó Laura a Nerea mirando hacia la cocina.

—Bueno… pensaba que iba a ser más complicado. Pero hay algo que me tiene mosqueada. Hay algo raro en Mario.

—Todos estamos raros desde entonces, es algo normal.

—Cuando llegué a su casa pegué la oreja a su puerta. —Nerea hizo una pequeña pausa debido a la risa que provocó en Laura—. Lo sé, es algo ridículo, pero quería asegurarme de que permanecía en casa antes de llamar.

—Eres única.

—Hasta me pilló un vecino.

Las chicas comenzaron a reírse. Mario se asomó por la puerta de la cocina y guardaron silencio.

—El caso es que mientras tenía la oreja pegada, escuché a Mario reírse y hablar con alguien.

Nerea y Laura bajaron un poco el volumen para evitar que las escucharan.

—Estaría hablando por teléfono, ¿no?

—Eso pensé yo en un primer momento, pero cuando me abrió la puerta me dio la sensación de que no quería que entrase porque había alguien más.

—¿En serio?

—Llámame loca, pero me dio la sensación de que Mario estaba con otro chico.

Laura no dudaba de la palabra de Nerea, pero conocía muy bien a Mario y no podía creer que ya estuviera conociendo a otra persona. Y una pregunta aterrizó en la mente de Laura: *¿Cuándo podían permitirse ser felices de nuevo?* Porque parecía que debían guardar luto sin fecha de caducidad.

—Si Mario está conociendo a alguien, ya me jodería. No me parece justo.

—Ellos lo habían dejado unas semanas antes del asesinato y fue a Mario al que dejaron. Merece seguir adelante. Tarde o temprano tiene que pasar. Tarde o temprano todos tenemos que avanzar, aunque duela.

Nerea abrió la ventana del salón y se encendió un cigarro. El último que le quedaba en el paquete.

—Tengo que dejar esta mierda.

—Deberías.

Nerea había dejado de fumar unos días antes de encontrar el cadáver de su mejor amigo, pero la ansiedad la llevó de nuevo a conectar con su mayor vicio.

Mientras tanto, Mercedes y Mario lavaban los platos y recogían la poca comida que había sobrado. Allí permanecían más callados de lo habitual. El silencio se rompió cuando Mario rompió uno de los platos que estaba limpiando.

—Lo siento mucho. Estoy muy torpe últimamente.

—No te preocupes, cariño. Es solo un estúpido plato.

Mario comenzó a llorar e intentó que Mercedes no se diese cuenta, pero no lo consiguió. Mercedes se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Hacía muchos días que Mario no lloraba, pero al entrar en esa casa un pellizco le agarró el estómago con fuerza. Diversos momentos aparecían en su cabeza, uno detrás de otro, y es que esa casa estaba

llena de recuerdos de su expareja por todas partes.

—¡Es hora de un café! —gritó Mercedes intentando animar un poco la reunión.

Ella era la que más fingía de todos. Salió de nuevo al salón con un par de cafés. Antes de ir a por el azucarero, vio a Nerea fumando en la ventana. Nerea, al ver el enfado creciente de Mercedes, tiró el cigarro por la ventana. Mercedes cerró la ventana y corrió las cortinas con fuerza para dejar claro que no le gustaba que fumasen en su casa.

—Lo siento —dijo Nerea avergonzada.

Mario terminó de llevar los cafés que faltaban y Laura cogió los dulces que ya estaban preparados en la encimera.

Nerea no podía ni comer más ni tampoco aguantarse las ganas de preguntar algo que todos querían saber. Sabía que iba a quedar de mala, pero ese era un título que se había ganado en la última reunión y no le importaba superar su marca.

—Mercedes… —dijo con mucho tacto y agarrándole la mano que tenía encima de la mesa, cerca del café casi terminado—. ¿Has decidido ya cuándo vamos a esparcir las cenizas?

Nerea jamás hubiera utilizado la palabra esparcir, pero le pareció más correcto que usar el verbo tirar.

Un silencio cubrió el salón como una niebla densa. En ese momento, la cuchara con la que Laura removía el café se paró en seco. Mario y ella se miraron de reojo y juntos esperaron que el campo de minas empezase a estallar. Para sorpresa de todos, Mercedes respondió a la pregunta con un seco, *aún no estoy preparada*, y para más sorpresa aún Nerea asintió sin decir nada y el silencio gobernó de nuevo.

Antes de que se marchasen, Mercedes les dio las gracias con los ojos llorosos por esa reunión y les pidió que repitiesen pronto lo acontecido. Debían hacerlo por su hijo.

Las lágrimas escaparon de sus ojos como una presa que acababa de rebosar y cayeron por sus mejillas. Los cuatro se fundieron en un abrazo tan especial como emotivo. Entre lágrimas, fueron recogiendo sus cosas y salieron poco a poco. Nerea y Laura salieron primero mientras Mario y Mercedes seguían hablando.

—Gracias por no haberla liado hoy —dijo Laura con una sonrisa pícara y acariciándole la espalda.

—Tenéis muy mala imagen de mí —respondió Nerea.

La despedida de Mercedes y Mario fue algo más extensa. Entre ellos había una conexión más especial. Mario agarró una de las fotos que había en el mueble de la entrada. El mueble llevaba unas cuantas horas echando en falta la urna que le habían arrebatado de su lado derecho. Mario miraba una de las fotos con una leve sonrisa y es que aún estaba tan enamorado de su ex como el primer día. Pensar en él en pasado era lo más doloroso que había experimentado en su vida. La

simple frase *Era guapísimo* le desgarraba por dentro. Y es que es una gran verdad porque era guapísimo, rubio y esos dos hoyuelos que se le formaban en la cara le hacían mil veces más guapo. Al ver esa fotografía, Mario fue consciente de que Álvaro sería siempre el amor de su vida.

—¡Mario! ¡Mario!

—¡Perdona!

—¿Quieres llevarte esa foto? Tengo muchas más.

—No te preocupes. Queda preciosa aquí donde está.

Mientras Mario bajaba por el ascensor, miró su reflejo en el espejo y se preguntó qué pensarían sus amigas si se enterasen de que mantenía un romance tórrido con un muerto.

Quizá no les sorprendería tanto porque todas las personas que le rodeaban tenían sus propios traumas a causa del asesinato de Álvaro. Esos traumas estaban guardados en una caja parecida a la de Pandora y pronto estarían a punto de escapar.

Capítulo 5.
No juegues con la vida

Mario llegó a casa destrozado después de aquella reunión. No solo por el dolor que le producía ver la tristeza de sus amigas, sino porque al salir de casa era consciente de que vivía en una felicidad imaginaria, en una realidad alternativa en la que su ex seguía vivo y seguían juntos.

Se quedó parado en mitad del pasillo de su casa esperando a que Álvaro apareciese con su sonrisa y sus hoyuelos, pero no lo encontraba por ninguna parte. Y es que Álvaro siempre había sido así: unas veces estaba feliz, lo abrazaba y besaba con locura y otras se mostraba arisco y pasota.

Mario se sintió como un estúpido. Sentía vergüenza al ser consciente de nuevo de que no era a su ex al que besaba. En la cama simplemente besaba a su almohada como un niño pequeño que sueña con besar a su primer amor. Y en la ducha lo único verdadero era el frío de la pared que calaba su espalda. Otras veces hasta se besaba su propia mano con los ojos cerrados e imaginándose de nuevo el tacto de los labios de Álvaro.

—¿Hasta cuándo iba a vivir en esa ficción? —se preguntaba constantemente.

Se cambió de ropa para estar más cómodo y se tumbó en el sofá que tantas veces había empapado con sus lágrimas. Lágrimas llenas de pena y de secretos que evitaba tanto como la muerte de la persona que amaba.

Mirando la lámpara del techo, casi hipnotizado, recordó el giro tan drástico que había dado su vida y el corazón comenzó a palpitarle un poco más rápido de lo habitual. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse. Lo que menos le apetecía era sufrir otro ataque de ansiedad de los que tanto odiaba. Permaneció tumbado y con los ojos cerrados unos segundos más hasta que una voz muy reconocida pronunció su nombre.

—Te he echado de menos, pequeño.

—¡Para, por favor! —dijo tapándose los ojos con las manos.

—¡Ven a la cama, tonto!

—¡No! ¡Déjame solo!

Esa negación sonó seca y áspera. Mario abrió los ojos y vio de nuevo a su ex totalmente desnudo y apoyado en la pared, junto a la estantería a rebosar de libros. Estaba irresistible con aquel cuerpo fibrado y sexy, pero Mario estaba cansado de hacerse daño. Agarró uno de los cojines que tenía en el sofá y lo lanzó con furia hacia

Álvaro. El cojín, como era de esperar, atravesó el cuerpo fantasmal y se estampó contra una pequeña mesita que había en la entrada.

Álvaro comenzó a reírse, provocando que Mario se enfadase cada vez más. Por su culpa, había perdido su trabajo y estaba a punto de perder la poca cordura que le quedaba.

El día que recibió la noticia de la muerte de Álvaro se encontraba entrenando en el gimnasio. Era un lunes como otro cualquiera: aún estaba medio dormido y deseando alcanzar el primer café del día. El ejercicio le relajaba más que nada y le hacía entrar en una burbuja que le ayudaba a olvidar todos sus problemas. Todo empezó cuando Álvaro, su ex, decidió cortar de raíz su relación.

«Quiero que lo dejemos, pero de buen rollo. Yo te sigo queriendo un montón».

Esas fueron las palabras que, con forma de tijeras enormes, terminaron con la relación.

Mario intentaba superarlo día tras día con bastantes obstáculos. Lo amaba con locura y estaba destrozado, así que le pidió a Álvaro que lo eliminase de las redes sociales y que intentasen verse lo menos posible por un tiempo. Sería terrible verle en alguna red social con otra persona. Era su peor pesadilla y lo quería evitar a toda costa.

Sabía que, en cualquier momento, Álvaro iba a rehacer su vida con otro chico que aceptase una relación abierta y debía estar preparado. Él mismo debía rehacer su vida y pasar página. Sus amigas le decían constantemente que pronto lo superaría y que dentro de un tiempo estaría enamorado de otro tío y cosas por el estilo. Amigas que compartía con Álvaro y lo hacía todo más difícil aún.

Y sí, sabía que todas esas frases tan típicas se harían realidad, pero ahora mismo estaba bien jodido. Por suerte, Álvaro no iba al gimnasio y allí era imposible encontrárselo.

El entrenamiento le estaba costando más de lo normal y es que cada vez que salía de fiesta el fin de semana anterior parecía haber envejecido veinte años más. El gimnasio estaba bastante tranquilo y podía usar las máquinas que le diese la gana.

Ese tormentoso lunes trabajaba por la tarde y se había relajado tanto que casi eran las diez y media de la mañana.

Justo cuando estaba empezando a estirar el cuello, notó cómo el móvil vibraba en su bolsillo derecho. Al cogerlo vio que su amiga Nerea le estaba llamando y al instante pensó que sería para preguntarle a qué hora salía de trabajar para dar una vuelta, pero empezó a preocuparse cuando la escuchó llorar al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás?

—En el gimnasio. ¿Pasa algo?

—No sé cómo contarte esto, pero…

Las siguientes frases que pronunció Nerea fueron destrozando a

Mario poco a poco. Sin darse cuenta acabó sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared. *Mercedes y yo hemos encontrado a Álvaro muerto en su casa* y *le han asesinado* eran las frases que se repetían en su mente una y otra vez. Sabía que lo normal era llorar en esos momentos, pero estaba intentando asimilar toda la información que acababa de recibir. Hacía apenas unos minutos que Mario tenía miedo de verle feliz con otro chico, pero nunca había pensado en lo doloroso que sería no volver a verle jamás.

—Debería ir a casa de Álvaro —pensó mientras sus manos temblaban descontroladas.

Mercedes y Nerea estarían destrozadas al encontrarse el cuerpo inerte de Álvaro. Se le erizaba la piel solo de pensarlo. Sabía que debía ser valiente por una vez en su vida y acompañar a sus amigas en ese momento tan terrible. Su cerebro mandaba órdenes a un cuerpo sordo incapaz de realizar cualquier movimiento. Miles de pensamientos viajaban por su mente a gran velocidad y se chocaban unos con otros.

Juanma, uno de los monitores del gimnasio, observó a través de las cámaras que algo le ocurría a uno de los chicos que estaba en la zona de estiramientos. Apenas podía verle con claridad porque una de las máquinas, concretamente para trabajar espalda, tapaba la cara del chico. Estaba sentado en el suelo y solo podía ver cómo agarraba sus rodillas con las manos. Al ver que el chico no se levantaba, decidió acercarse para comprobar si estaba bien. Lo único que se le ocurrió al monitor fue que el chaval podía haberse mareado o algo por el estilo ya que era muy habitual encontrar esos casos por la mañana.

—Seguro que ha venido a entrenar sin desayunar y ahora me toca a mi comerme un marrón —pensó.

Al llegar, Juanma quedó impactado por la expresión del chico. Estaba totalmente pálido y con la mirada perdida, como si estuviese siendo hipnotizado. El monitor se agachó para estar a su altura y comenzó a hablarle con mucho tacto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó sin recibir respuesta.

Mario volvió en sí pocos minutos después y descubrió que había un chico al lado suyo que le estaba hablando. Se murió de vergüenza al descubrir que todo el mundo tenía puestos sus ojos en él. Era como si todos se hubieran paralizado y le miraran sin pestañear.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle Juanma.

Mario se levantó de golpe y notó como el monitor se llevó un pequeño susto que le hizo quedar en ridículo con los demás clientes.

—¿Necesitas que llame a alguien? —insistió el monitor.

Mario se dirigió hacia el vestuario sin abrir la boca. Cogió sus cosas y salió del gimnasio dejando a todo el mundo con un montón de preguntas.

Al cruzar la puerta de salida, los rayos de sol le dieron

directamente en la cara, cegándole por completo. Hacía bastante calor, pero decidió sentarse en uno de los bancos que había en frente del gimnasio. Necesitaba aire fresco y una larga pausa para masticar la noticia que le acababan de dar.

Por la calle apenas había transeúntes, parecía un escenario creado solo para Mario. Un escenario macabro a punto de estallar en mil pedazos.

Cuando miró al frente, a la cristalera del gimnasio, vio como el monitor estaba allí parado. Con gestos, le preguntaba de nuevo si se encontraba bien. Mario respondió con una sonrisa amarga y decidió que era hora de marcharse.

—No puedo ir a esa casa —pensó una y otra vez—. No puedo ir allí y encontrarme todo lleno de policías. No puedo ver sufrir a su madre y a Nerea, no puedo… No puedo verle muerto.

Los días fueron pasando lentamente y dolían demasiado. Poco a poco notaba cómo la angustia le apretaba el corazón y el estómago como si fuese a reventar por dentro. Lo más doloroso era ver a Mercedes destrozada. Todos lo estaban, pero el dolor de una madre que acababa de perder a su hijo, de esa manera, era incomparable con nada.

Todos sufrieron a su manera y sin darse cuenta sus mentes les obligaron a hacer cosas extrañas. Situaciones que jamás pensaron que pudieran hacer y que, cuando fueron conscientes, estaban atrapados como si hubiesen caído en una telaraña gigante que cada vez que se movían se enredaba más y más. La trampa en la que había caído Mario consistía en ver al fantasma de su ex por todas partes.

La primera vez que lo vio fue en su trabajo. Mario era reponedor en una cadena grande de supermercado.

Al terminar de reponer el pasillo de bebidas, se dirigió al almacén para coger más cajas. Le quedaban aún un par de horas de trabajo, pero eso le mantenía la cabeza un poco distraída. Las cajas de leche que necesitaba coger estaban al fondo del todo y cuando estaba a punto de agarrar una de ellas escuchó como si alguien le hubiera llamado. Miró hacia atrás, pero en aquel almacén solo estaban él y sus pensamientos. No le dio más importancia porque no era la primera vez que sentía como si alguien le hubiese llamado.

Mario no creía en fantasmas ni nada por el estilo y pensaba que la gente que los veía estaba completamente loca.

Ya no solo era la sensación de que alguien le estaba llamando, Mario empezaba a notar una presencia detrás de él, como esa sensación de que alguien se acerca poco a poco para asustarte. El miedo obligó a Mario a girarse con la esperanza de que fuera alguno de sus compañeros haciendo el tonto, pero no fue así. Allí estaba Álvaro o, mejor dicho, su fantasma.

No apareció con una deslumbrante luz blanca como en las películas. Estaba de pie en la entrada del almacén tal y como era. Llevaba unas zapatillas blancas, un vaquero con las rodillas rotas y una camiseta roja. El rojo le hacía más guapo aún de lo que era. Sonreía marcando sus bellos hoyuelos y saludó tímidamente. Mario se quedó con la boca abierta sin poder creer lo que estaba viendo. Se frotó los ojos con las dos manos para intentar despertar de esa broma. Álvaro desapareció y Mario miró a un lado y a otro para comprobar que estaba solo. Apoyó su espalda en una de las estanterías del almacén y cerró los ojos por unos segundos. Tuvo tan mala suerte que nada más cerrarlos entró en el almacén, Jessica, su compañera de trabajo. Su peor pesadilla.

A nadie le gusta ir a trabajar, pero si además te toca compartir turno con alguien como Jessica el día terminará siendo un infierno. Era la típica chica que quería resaltar por encima de sus compañeros a toda costa y para eso le hacía la pelota a su jefe. Jessica era reponedora y su objetivo era llegar a encargada. Cada vez que miraba a Mario lo hacía de arriba abajo, llena de prejuicios. Para ella, su compañero no era solo una posible amenaza en su trabajo, sino que también le molestaba la pluma que mostraba a veces.

Un día, mientras Mario atendía a una señora que le preguntó en qué pasillo podía encontrar esencia de vainilla, Jessica lo miraba con mala cara. Cuando la señora se marchó, aprovechó para acercarse sigilosamente a su compañero.

—¿Me dejas que te dé un consejo?

La frase iba acompañada de un tono que prometía ir con maldad.

—¡Claro! Dime —dijo Mario inocentemente y sin esperarse el veneno que iba a soltar por la boca.

—Deberías tener un poco de cuidado a la hora de hablar con los clientes…

—¿Por? —preguntó Mario sin entender nada ya que había hablado a la clienta con mucha educación y sin problema alguno.

—Me refiero a tus… amaneramientos. Mueves mucho las manos a veces cuando hablas y se te nota demasiado.

—¿El qué se me nota? —Mario ya comenzaba a cabrearse. Estaba muy harto de ese tipo de comentarios.

—Tú ya me entiendes. No lo digo por mí, sino por la gente mayor que suele venir a comprar aquí. A ellos no les gusta ese tipo de cosas y pueden quejarse luego.

Mario se quedó paralizado sin saber qué hacer o qué contestar a esa barbaridad.

—No juegues con la vida —le dijo su compañera antes de seguir con el trabajo.

Jessica se fue con una falsa sonrisa dejando a Mario destrozado.

Sabía que era mentira lo que había dicho, pero se le quedó grabado a fuego esa estúpida frase. En el fondo sabía que su compañera llevaba parte de razón. Había personas a las que no les gustaba la gente como él.

Las apariciones de Álvaro aumentaron y poco a poco Mario fue entrando en la peculiar locura de hablar con él. Toda la angustia y la tristeza que sentía se calmaba cuando mantenía una conversación con el fantasma. Era consciente de que estaba adentrándose en un lugar peligroso, pero hicieron un pacto. Álvaro solo podía aparecer en casa de Mario, cuando estuvieran solos. Aunque ese pacto no duró mucho.

Otro día, en el supermercado, Mario lo vio en el pasillo de los congelados y con mucho cuidado se acercó a pedirle que le dejase trabajar tranquilo.

—Por favor, aquí no. Sabes que me vuelves loco cada vez que te veo y no puedo concentrarme.

A pesar de que Mario se aseguró de que nadie le veía hablar solo, tuvo la mala suerte de que la peor persona que podía verle estaba escondida al final del pasillo. Jessica observaba con atención lo que hacía Mario y no dudó en dirigirse a él para dejarle en ridículo.

—¿Todo bien, Mario? —dijo saliendo de su escondite con una sonrisa pícara.

—Sí, todo bien.

Mario no había pasado más vergüenza en su vida y no sabía ni qué hacer. Debía encontrar una excusa rápida para no meterse en un lío. Algo tenía claro: esa idiota no podía descubrir que estaba hablando con su ex muerto. Nadie podía entender lo que sentía. Ese secreto y otros tantos debían irse con él a la tumba.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Con quién hablabas?

Si Jessica quería llegar pronto a ser encargada, debía hablar menos y meterse en sus asuntos. Pero en el fondo odiaba a Mario y quería aprovechar cualquier momento para hacerle daño.

—¡Con nadie! —comenzó a reírse de manera forzada—. Simplemente estaba estudiando… bueno, más bien repasando texto.

—¿Repasando texto? —preguntó Jessica mientras seguía reponiendo.

—Sí, estoy ensayando una obra de teatro y mientras trabajo voy repasando lo que tengo que decir.

—¡Ah! ¡Qué guay! —dijo con cara de que le había salido el tiro por la culata. Por ahora.

Mario respiró aliviado. Esta vez tener amigos actores le salvó la situación, pero debía tener cuidado porque esa bruja estaba todo el día pendiente de él.

Estaba pensando en cambiar de trabajo, pero no le daba la gana marcharse por culpa de Jessica. Si quería pelea, la iba a tener.

La bruja homófoba decidió pocos días después hablar con el encargado. Le dijo que al principio pensó que era una tontería, pero que luego se fue preocupando.

—Últimamente le veo muy despistado y le he pillado hablando solo. Eso puede dar mala imagen ante los clientes.

—No te preocupes, Jessica. Hablaré con Mario en cuanto pueda.

Todo el mundo sabía lo que había ocurrido en la vida de Mario, era imposible que ninguno de los trabajadores no se hubiese enterado. De hecho, Jessica, además de ser una malvada compañera, también se encargaba de que los rumores corrieran por todos los pasillos del supermercado.

El encargado decidió hablar con Mario y preguntarle si necesitaba unos días libres, pero Mario se negó porque sería mucho peor estar encerrado en casa. Esto provocó que Mario discutiese con Jessica y la guerra empezase de nuevo.

Jessica tenía clara una cosa y era que le molestaba la presencia de su compañero. Últimamente estaba más raro de lo normal y decidió no quitarle el ojo de encima, incluso tenía siempre el móvil listo para grabarle.

La mañana en la que Mario perdió su trabajo comenzó de lo más normal. No había demasiada gente en el supermercado y todo parecía ir sobre ruedas. Mario intentó darle otra oportunidad a Jessica e intentar ganarse su compañerismo. Una cosa tenía clara: debía andarse con pies de plomo. Quería llevarse bien con ella para que su día a día en el trabajo fuera más ameno. Era su refugio para desconectar de todo lo que había pasado en los últimos días. Si Jessica quería ser la nueva encargada, que lo fuera, pero que lo dejase en paz.

Al pensarlo detenidamente, Mario se dio cuenta de que si Jessica era mala compañera sería peor como encargada. Le pondría los peores turnos y le jodería la vida hasta que Mario se marchase del supermercado. Aunque no era momento de pensar en todas esas ideas negativas, le daba rabia todo lo que estaba sucediendo de golpe. Alguien debía haberle echado un mal de ojo o algo por el estilo.

Mario terminó de reponer el último pasillo y de camino al almacén se encontró con alguien inesperado. Se quedó congelado y un extraño escalofrío recorrió todo su cuerpo. En aquel momento notó cómo se puso blanco. Intentó seguir con su trabajo y pasar de la persona que se había encontrado. El chico lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista. Mario se escondió detrás de una de las estanterías de bollería e intentó que no se le escaparan unas lágrimas llenas de terror.

Jessica apareció a espaldas de Mario y lo empezó a grabar, con tan mala suerte que lo pilló infraganti. Mario soltó los productos que estaba colocando y fue directo a por ella.

—¡Qué coño haces! ¡De qué vas!

—Yo no he hecho nada —gritó Jessica guardándose el móvil en el bolsillo.

—¡Dame el móvil!

La situación empezó a descontrolarse por completo y todos los presentes se acercaron para ver lo que ocurría. En ese grupo de personas estaba el misterioso chico que había visto Mario y que tan nervioso le había puesto.

La mala suerte de Mario aumentó cuando el encargado se acercó para dispersar a la gente y ver lo que estaba ocurriendo.

—¿Se puede saber lo que está ocurriendo aquí?

—Este chico se ha vuelto loco. Me ha empezado a gritar —dijo Jessica fingiendo sentir miedo—. Te lo dije. ¡Mírale! No sé lo que le pasa.

—Lo que me pasa es que eres una zorra. Me estabas grabando.

—Mario, tranquilízate —dijo el encargado acercándose poco a poco a Mario.

—¿No lo ves? Jessica está intentando ponerte en mi contra todo el rato. Quiere ascender y le da igual pisotearme.

Jessica permaneció callada, pero en su cara se podía ver el rostro de alguien con mucha maldad. Por fin iba a quitarse a un enemigo de en medio. Estaba convencida de que su encargado tomaría medidas sobre el estado de Mario.

—Acompáñame al despacho, por favor. —El encargado señaló en dirección al despacho con mucho tacto.

Mario hizo caso sin rechistar. Atrás dejaba a esa mala compañera y a ese chico misterioso.

Una vez sentados en el despacho, el encargado le pidió que se tranquilizase. Las manos de Mario no paraban de temblar y su mirada estaba como perdida.

—Creo que lo mejor es que te cojas unas vacaciones. Has pasado por una situación muy traumática y te está afectando. Es normal, pero no quiero que afecte más de la cuenta a tu trabajo y a tus compañeros.

—Es verdad que estoy pasando una época muy mala, pero mi trabajo lo hago bien. El único problema aquí es Jessica. Es una mala compañera y está haciéndome daño a propósito.

—¿Por qué iba ella a querer eso?

—Da igual lo que te diga porque siempre estás de su parte. No sé si estáis acostándoos o algo por el estilo, pero…

El encargado le paró haciendo un brusco gesto con la mano.

—No sigas por ahí.

Mario no paraba de gritar y de insinuar que estaban liados. Entró en un bucle de frases de las que se arrepentiría. Lo único bueno que hizo fue contarle a su encargado los comentarios homófobos que le

soltaba su compañera.

—Si no te tomas esos días de descanso me veo en la obligación de despedirte.

—¡Mejor! ¡Despídeme! Estoy harto de esta mierda de trabajo. ¡Que os jodan!

Mario salió del despacho dando un tremendo portazo. Se dirigió hacia la taquilla donde guardaba sus cosas y, por suerte, no volvió a cruzarse con Jessica.

Al día siguiente, Mario se sorprendió al recibir un mensaje de Pilar, otra compañera. Al principio decidió no leerlo, pero pensó que podría ser un asunto importante. Aún seguía molesto por su despido y no tardó en arrepentirse, sobre todo porque Jessica había ganado una vez más. Cuando leyó el mensaje su expresión cambió por completo. El karma existía de verdad y su día acababa de mejorar de manera inesperada.

—Hola, Mario. Siento muchísimo lo que pasó ayer. Te escribo simplemente para decirte que voy a echarte mucho de menos y, sinceramente, también te escribo para alegrarte el día. Me he enterado de que nuestro encargado ha hablado con Jessica. Le preguntó si te había dicho unos comentarios homófobos y la idiota no fue capaz de negarlo. La han despedido esta mañana. Yo creo que ella esperaba encontrar apoyo en el encargado y se ha ido llorando como una niña pequeña. Le gritaba a nuestro jefe una y otra vez que le hacía falta el dinero y que sus padres le iban a echar una bronca porque la habían despedido. ¡Menuda gilipollas! Espero que todo te vaya genial. Un beso.

Al principio, se sintió mal al terminar de leer aquel mensaje. Notó un sabor amargo por el desenlace de esa historia.

—¡Que se joda! —pensó—. No pienso dejar que me humille nadie más.

No podía parar de llorar aquel día, aunque, por lo menos, Jessica había recibido su merecido. Se había quedado sin trabajo, pero por suerte podía vivir unos meses del paro y ya encontraría otra cosa mejor y sin compañeras tan desagradables.

En lugar de buscar trabajo, Mario se fue encerrando más y más en casa. Para hacerlo todo más llevadero, se refugió en la época en la que Álvaro le amaba con locura. Su casa se había convertido en una cárcel y apenas sacaba la cabeza por la ventana. La última vez que lo hizo, vio en su portal al chico misterioso del supermercado. Había perdido de vista a Jessica, pero aún le quedaban muchos monstruos por derrotar.

Capítulo 6.
¿Quién ha muerto?

La mañana en la que Laura se enteró de que habían asesinado a uno de sus mejores amigos se dirigía a hacer unas compras. No era exactamente una compradora compulsiva, pero con respecto a la ropa y al maquillaje estaba muy cerca de serlo.

En breve tenía la boda de una compañera de trabajo y como siempre se dice que en las bodas se liga mucho, pues pensó que era una buena oportunidad para conseguirlo. Llevaba soltera bastante tiempo. De hecho, solo había tenido una relación corta a los quince años y duró aproximadamente un mes. Había tenido rollos, pero no habían ido muy lejos. No es que, a sus veintidós años, Laura fuera virgen, pero no había triunfado tanto como otras chicas. Su carácter era muy tranquilo y eso parecía no gustar mucho a los chicos que conocía.

En el colegio, mientras cursaba ESO, se sentía muy mal por no ser tan popular como otras chicas. Ellas contaban sus primeras experiencias sexuales y ganaban puntos de fama, mientras Laura sacaba buenas notas.

—Nunca me pasa nada interesante —pensaba Laura constantemente.

Laura conducía bastante bien y no tuvo ningún problema en sacarse el carnet de conducir. Teórico y práctico a la primera, aunque aún llevaba la L puesta en el coche. Un Renault gris con bastantes años que le prestaba su abuelo siempre que necesitaba. Aunque le agradecía a su querido abuelo la ayuda que le estaba ofreciendo, dejándole su coche, Laura estaba ahorrando para comprarse uno propio.

—¡Con este coche cómo vas a ligar! —le repetían una y otra vez sus amigos.

Y era una gran verdad. Un coche viejo, de unos veinte años con unos cuantos arañazos por todos lados, no combinaba con su piel pálida y su pelo negro, aunque lo peor de todo era que no tuviese aire acondicionado. Por suerte, aún faltaba para que llegase el verano y tenía pensado comprar un coche antes de esa fecha. Estaba deseando tener uno nuevo y compartirlo con su abuelo. Ni siquiera tenía pensado venderlo porque no le darían nada por él y seguramente su abuelo no querría deshacerse del vehículo que le había acompañado en gran parte de su vida.

—He vivido muchas cosas con este coche —recordaba el abuelo una y otra vez—. Tu abuela, que en paz descanse, y yo hemos viajado

mucho en este trasto y lo utilizaré hasta que no aguante más.

Agustín, el abuelo de Laura, había sido prácticamente su padre desde los dos años. Los padres de Laura murieron en un terrible accidente de tráfico. Para ella había sido extraño criarse solo con Agustín, pero jamás le faltó de nada y mucho menos el cariño. Lo amaba como a nada en este mundo.

A Laura le gustaba cantar mientras conducía, sobre todo porque la radio no funcionaba desde hacía bastante tiempo. Siempre viajaban cantando y Agustín cantaba bastante bien. Aún se arrepiente de no haber luchado por ser cantante profesional, pero en sus tiempos eso era bastante más complicado que ahora. Agustín vivía por y para trabajar y mantener a su mujer y a su hijo. Ahora solo pensaba en lo mejor para su nieta, que era como su propia hija.

Esa mañana, Laura iba cantando una canción romántica de Alejandro Sanz cuando su teléfono móvil empezó a sonar. De reojo, vio que era su amiga Nerea, pero prefirió no cogerlo por seguridad. Era muy estricta mientras conducía. Nada de hablar por teléfono ni fumar ni cualquier otra distracción. Su abuelo le había exigido que tuviese siempre cuidado al volante. Por supuesto, esa razón era debido al accidente que tuvieron sus padres.

Nerea volvió a llamarla escasos segundos después y Laura empezó a preguntarse qué podría querer su amiga con tanta insistencia. Eran apenas las once menos cuarto de la mañana. Por curiosidad y aprovechando que estaba detenida en un semáforo, intentó llamar a Nerea utilizando el altavoz del móvil.

«Espero que mi abuelo nunca se entere de esto», pensó mientras buscaba el contacto de Nerea.

Antes de encontrar el contacto de su amiga, Nerea volvió a llamarla.

—¿Qué pasa con tanta insistencia, chocho? ¿Quién se ha muerto?

Para su desgracia, Laura siempre hacía la misma broma cada vez que la llamaban por teléfono. Pero esta vez la respuesta no le iba a hacer ninguna gracia. Esa frase era una manera de burlarse de la muerte, pero, en el fondo, a Laura le preocupaba más de lo que pensaba.

—¿Dónde estás? —preguntó Nerea en seco.

—Voy a ver si encuentro un vestido para la boda de mi compañera de curro. ¿*Por*?

A Laura le preocupó un poco la manera en la que le estaba hablando Nerea. Estaba demasiado seria.

—¿Vas conduciendo?

—Sí. ¿Qué pasa Nerea? Me estás asustando…

—Intenta parar en una gasolinera o en un lado de la carretera —Nerea intentaba hablar con calma, pero su voz estaba temblando y las

lágrimas rebosaban de sus ojos—. Ha pasado algo y quiero que pares el coche.

—Vale. Voy a parar en una gasolinera.

Laura giró en la primera salida y puso rumbo a la gasolinera. El camino se le hizo eterno y, en el fondo, no quería parar. Sabía que le esperaba una noticia horrible y se le pasaron varias ideas por la cabeza. La primera imagen fue que algo le había ocurrido a su abuelo. O que alguno de sus amigos hubiera tenido un accidente o algo por el estilo, pero no acertó con ninguna de ellas.

—Ya he aparcado en la gasolinera. Suelta lo que tengas que contarme.

Laura escuchó atentamente lo que le había ocurrido a su amigo Álvaro mientras su corazón latía rápido y con fuerza. No podía creer lo que estaba escuchando. Las palabras de Nerea parecían dardos que iban destrozándola poco a poco.

Los siguientes días a ese terrible acontecimiento no fueron mucho más agradables. Laura empezó a preocuparse por la muerte. Esa herida que tenía abierta desde pequeña había brotado con demasiada fuerza.

El primer trauma que Laura notó fue causado por su propio teléfono móvil. Cada vez que sonaba, recordaba el momento en el que su amiga le contó que habían encontrado a Álvaro desnudo y muerto en el suelo. Asesinado. Esa era la palabra que más le venía a la cabeza. ¿Quién había sido capaz de matar a una persona tan maravillosa como Álvaro?

Decidió poner el móvil en silencio para evitar que se sobresaltara cada vez que sonaba. De hecho, había pensado en dejar de usarlo un tiempo, pero, por desgracia, en el siglo XXI era necesario para todo.

Otro de los síntomas que aparecieron en Laura tras la muerte de su amigo fueron las pesadillas. Había un par de ellas que se le repetían constantemente. En una de ellas, la más dolorosa para Laura, su abuelo aparecía mucho más mayor de lo que era en ese momento. Cada noche, su abuelo moría de una manera distinta: un infarto, se atragantaba con la comida delante de su nieta, lo atropellaba un coche, se suicidaba…

Laura despertaba empapada en sudor. Las pesadillas eran terribles y la acompañaban después de despertarse. No podía quitarse de la mente las distintas muertes de su abuelo.

Una noche, Agustín se despertó debido a unos gritos espantosos que emergían del dormitorio de su nieta. Salió corriendo asustado sin entender lo que estaba ocurriendo.

Esa noche, Laura no solo vio morir a su abuelo, sino que también morían todos sus amigos. Cada vez dormía peor y su abuelo fue notando un cambio brusco en su nieta. Pasó de ser una niña alegre a

una niña atormentada. Agustín entendía perfectamente que la muerte de Álvaro le hubiese afectado tanto y al principio no le dio más importancia.

Los domingos, Agustín preparaba su deliciosa paella, el plato favorito de Laura. Con mucha ilusión preparó su plato estrella para intentar animar a su querida nieta. Últimamente no paraba de llorar y le rompía el corazón verla así.

Mientras la paella reposaba, Agustín colocó el mantel con la ayuda de Laura y le dio un beso en la frente antes de colocar cubiertos y servilletas. El beso hizo que Laura se emocionase. Con rabia, arrancó las lágrimas de sus ojos con los dedos de su mano sintiéndose una tonta. Por más que intentaba no llorar, no lo conseguía y se enfadaba consigo misma ya que no quería que su abuelo la viera así.

Sentados en la mesa y empezando a comer, Agustín intentó sacar temas de conversación alegres para animarla. También decidió no poner la televisión para evitar las noticias malas y, sobre todo, noticias relacionadas con el asesinato de Álvaro.

Agustín había vivido muchas cosas a sus setenta y cinco años, pero jamás habría imaginado que vería en televisión un caso de asesinato de alguien tan cercano.

Laura no tenía casi nada de apetito, pero al ver la ilusión con la que su abuelo había preparado la comida no quería defraudarle. Cada vez que lo miraba, su mente le traicionaba y le parecía verlo envejecer lentamente. Una leve voz resonaba en su cabeza una y otra vez:

«¿NO LO VES? CADA VEZ ESTÁ MÁS VIEJO. SE VA A MORIR Y TE VAS A QUEDAR SOLA MUY PRONTO».

Sabía que su voz interior llevaba terriblemente la razón y era algo que siempre había aceptado, pero el asesinato de Álvaro había multiplicado por tres esa preocupación. Laura ayudó a su abuelo a recoger la mesa y le dio las gracias por la paella.

—Voy a intentar dormir un rato. He dormido fatal esta noche.

—Claro, bonita.

—Luego me encargo yo de limpiar los platos.

—No te preocupes, descansa.

Laura le dio un beso a su abuelo y se tumbó en la cama. Tardó muy poco en quedarse dormida, pero en esa pequeña franja de tiempo surgieron mil cosas en su cabeza. La muerte seguía rondando sus pensamientos.

—Maldita *Muerte* —pensaba con los ojos cerrados que desbordaban lágrimas de nuevo.

Decidió darse una ducha de agua fría para despejarse. Poco a poco, fue desapareciendo la angustia de la pesadilla. Arropada con su toalla, se sentó en el suelo y estuvo un largo rato pensando…

—¿Desde cuándo he tenido esta obsesión con *la Muerte*? ¿Desde pequeña?

Mientras secaba su cuerpo no paraba de darle vueltas al asunto. De la ducha viajó hasta su cama y volvió a tumbarse para entrar en un bucle de pensamientos sobre su pasado. Al principio estaba convencida de que era muy sensible al tema de la Muerte debido al accidente que tuvieron sus padres, pero era tan pequeña que no sufrió ningún trauma con ello. Que ella supiera, claro. Es verdad que había niños en el colegio muy crueles, como la mayoría, que se reían de ella por no tener padres. Sin embargo, Laura era muy feliz viviendo con su abuelo y no hacía caso a aquellos abusones.

¿Entonces de dónde venía ese miedo a la Muerte que llevaba guardado en un cajón durante tanto tiempo?

De repente, le vino un recuerdo de su infancia a la cabeza. La idea le pareció estúpida, pero siempre había escuchado que la mente retiene momentos significativos para nosotros.

«Ojalá hubiese estudiado psicología», pensó.

Era su carrera frustrada, pero aun así le encantaba el trabajo que tenía. Siempre le llamaba la atención conocer la mente del ser humano y ahora, después de lo que había sucedido, le hubiese venido de perlas.

El recuerdo que no dejaba de parpadear en su mente en un gran letrero de luces rojas ocurrió cuando tenía aproximadamente nueve años. A su abuelo le encantaba ir a pescar y llevó a Laura a un pantano para pasar el día. A Laura también le encantaba la naturaleza, correr por el campo, revolcarse por el suelo, pero no tenía la suficiente paciencia para detenerse a pescar. Esa tarea era de su abuelo.

Aquella mañana, decidió llevarse consigo el último juguete que le había regalado Agustín. Aunque estaba pasado de moda, Laura estaba obsesionada con el Tamagotchi que le acababan de regalar. Era como un bebé que debía cuidar y proteger. El bicho solo comía y cagaba, pero era su primera responsabilidad ya que si no lo cuidaba bien podía morir. A su abuelo le parecía un juego un poco cruel para los niños, pero era más barato comprarle eso que una mascota.

—Si eres capaz de cuidar este Tamachochi…

—Tamagotchi, abueeeelo —corrigió la pequeña Laura con cara de saberlo todo.

—Bueno… ¡Como se llame! Si consigues cuidarlo bien, serás capaz de cuidar a tu primer perrito.

—¿Me comprarías un perrito?

—Si te portas bien y lo cuidas, ya veremos.

—Bieeennnn —la niña empezó a dar saltos de alegría.

Por eso era muy importante cuidarlo bien. Era una prueba para tener su adorado cachorrito. El juguete llegó a convertirse en una obsesión tan grande que Agustín pensó en guardarlo y dárselo a su nieta en momentos concretos. Hasta que no hiciera sus deberes no

podría jugar con él.

Mientras Agustín pescaba su cuarta carpa, Laura empezó a jugar cerca de un pequeño arroyo que desembocaba en el pantano. Agustín estaba tan concentrado que perdió de vista cuando su nieta empezó a saltar las piedras que descansaban medio sumergidas en el agua. Entre salto y salto, Laura tarareaba una canción infantil que acababa de aprender en el colegio. Algo así como la historia de la liebre y la tortuga.

Sus piececitos impactaban contra las piedras y algunas de ellas se empezaban a mover más de la cuenta, pero la niña estaba muy confiada en que no se caería.

El Tamagotchi emitió un leve sonido para anunciar que era la hora de comer. Laura paró de tararear y se detuvo en seco en una de las piedras con tan mala suerte que la niña resbaló y cayó al arroyo quedando totalmente empapada. En ese momento no se dio cuenta de que su juguete se había mojado tanto o más que ella. Los gritos de su abuelo echándole la bronca hicieron que no se diese cuenta.

Agustín la secó como pudo con una manta que guardaba en el coche y decidió que el día de campo había terminado.

Fue de vuelta a casa cuando Laura se dio cuenta de que el juguete había dejado de funcionar y, por lo tanto, el pequeño muñeco que debía cuidar había muerto. Por su culpa. Tocó todos los botones con la esperanza de que funcionase y de que lo que estaba ocurriendo fuera una broma. Cansada de intentar reanimar a su juguete favorito se quedó quieta en el asiento de atrás.

Agustín vio por el espejo retrovisor que su nieta parecía algo triste.

—¿Ocurre algo, chiquitina?

—Se ha roto —dijo la pequeña enseñándole el Tamagotchi a su abuelo mientras hacía pucheros.

—No te preocupes que mañana te compro otro. —Agustín sonrió quitándole importancia al asunto.

Pero para Laura no era tan fácil. No quería otro nuevo, quería el que tenía. Era su responsabilidad cuidarlo y alimentarlo y le había fallado. No había sido capaz de mantenerlo con vida y tardó unas semanas en aceptarlo.

La pequeña creció y creció rápidamente guardando en su interior ese suceso aparentemente sin importancia. Ese trauma se guardó bajo llave en el fondo del corazón de Laura hibernando hasta estar listo para salir por los aires.

Laura despertó de sus pensamientos y una sonrisa amarga apareció en su cara. El recuerdo de cuando era niña se esfumó y se sintió una estúpida por pensar que eso tenía que ver con lo que estaba sintiendo.

«¿Cómo puedo comparar la muerte de un juguete con el asesinato de mi amigo?».

Tumbada en la cama mientras miraba sus redes sociales, no pudo evitar entrar al Instagram de Álvaro. Deslizó una foto tras otra sin poder creer que jamás volvería a vivir momentos con él, jamás volvería a ver su preciosa sonrisa. Los sueños y proyectos que tenía en mente se habían esfumado de la faz de la tierra. Su vida, y su historia, no continuaría nunca porque un desgraciado decidió matarle.

Unos nudillos golpearon en la puerta y rápidamente guardó el móvil debajo de la almohada sin razón alguna.

—¿Qué tal estás, chiquitina?

Al escuchar a su abuelo llamarla como lo hacía de pequeña hizo que se emocionara más aún. Agustín se sentó junto a ella en la cama y la abrazó con todas sus fuerzas. Se le rompía el corazón ver a su nieta tan triste.

—¿Por qué hay personas tan malas, abuelo? ¿Por qué tuvieron que matar a Álvaro? Él nunca le hizo daño a nadie.

Agustín no encontró respuesta para animar a su nieta porque él tampoco entendía por qué había gente tan mala y cobarde.

Permanecieron abrazados durante unos cinco minutos, aunque Agustín hubiera estado consolándola el tiempo que hubiera hecho falta.

—¿Estás mejor? ¿Vemos una película?

—Gracias, abuelo.

Laura estaba mejor, por el momento. Sabía que aún le quedaba tiempo para curar esa tremenda herida. Y de camino a la cocina otras preguntas rondaban su cabeza:

«¿Me estoy volviendo loca? ¿Estoy entrando en una especie de depresión?».

La simple palabra depresión le hizo estremecerse. Nunca había tenido ninguna, pero conocía amigos que la habían sufrido anteriormente. Apenas conocía nada de esa… ¿Enfermedad? ¿Era una enfermedad? No tenía ni idea de lo que era ese término.

«Deberían enseñar en el colegio este tipo de cosas, no tanta asignatura absurda que añadían cada año», pensó con rabia. «¿Cuándo piensan cambiar eso? ¿Cuándo piensan enseñarnos cosas útiles para la vida? ¿Por qué tienen miedo los profesores y los padres de hablar de sexo, de diversidad, de salud mental?».

Se sorprendió al pensar en todo eso, sobre todo en el tema de la salud mental. Era algo de lo que nunca se había preocupado hasta ahora. Era un tema tabú que ni siquiera había hablado nunca con sus amigos, ya que en esta sociedad, y sobre todo en redes sociales, uno debe mostrarse feliz y lo más perfecto posible.

Después de cenar, Laura no pudo evitar buscar información sobre la depresión. No debía fiarse de todo lo que leía en Internet, pero varias páginas coincidían en lo mismo.

Síntomas de que tienes depresión:

- Sentimientos de tristeza, ganas de llorar, vacío o desesperanza.
- Pérdida de interés o placer por la mayoría de las actividades habituales o todas, como las relaciones sexuales, los pasatiempos o los deportes.
- Alteraciones del sueño, como insomnio o dormir demasiado.
- Cansancio y falta de energía.
- Falta de apetito.
- Ansiedad.
- Dificultad para pensar, concentrarse, tomar decisiones y recordar cosas.
- Pensamientos frecuentes o recurrentes sobre la muerte, pensamientos suicidas, intentos suicidas o suicidio.

Horrorizada, Laura dejó de leer porque empezó a sentir miedo. Cada síntoma que leía parecía describirla a ella misma. Cerró su portátil y tapó su rostro con las manos. Era muy difícil ser consciente de que podía tener un problema al que tenía que poner solución lo antes posible.

En lugar de intentar arreglar lo que estaba sintiendo, decidió justificarlo y hacer caso omiso.

—Lo que me pasa se debe al asesinato de Álvaro —pensó en voz alta—. Yo no estoy loca ni necesito terapia. Es totalmente normal cómo me siento ahora y debo esperar a que se me pase. El tiempo todo lo cura.

Laura decidió seguir con su vida de la mejor manera posible y se prometió no volver a buscar ese tipo de información en Internet. Lo único que provocaba era agobiarse más de lo normal.

Aún no lo sabía, pero Laura estaba a punto de caer en un pozo oscuro difícil de salir.

Capítulo 7.
Un hijo jamás debería morir antes que su madre

Todo lo que era Mercedes reventó en mil pedazos el mismo día que encontró muerto en su domicilio a su único hijo, a su pequeño. Un gran trozo de su vida murió con él y jamás volvería a ser la persona que había sido. Su día a día también tardaría en ser lo mismo.

Ya no se levantaba con la alegría de comerse el mundo, ya no preparaba comida para su hijo, ya no se cuidaba tanto, ya no salía a bailar y apenas comía. Algunos días no podía salir ni de la cama, como si el colchón intentase devorarla en un abrazo eterno. Se preguntaba constantemente por qué seguía viva y para qué. Su vida era un tren que se había salido de las vías y se estrellaba contra el suelo sin que nada ni nadie pudiese evitarlo.

Los primeros días, Nerea y Laura la acompañaban siempre que podían porque tenían miedo de que hiciera alguna tontería. Y es verdad que más de una vez en la mente de Mercedes pasaron ideas aterradoras para quitarse la vida.

Pensó en la estúpida frase: «A tu hijo no le gustaría verte así, tienes que seguir adelante. Pero ¿cómo se sigue adelante después de que maten a tu hijo?», se preguntaba constantemente.

Su día a día era levantarse sin ganas y ya apenas lloraba, no le quedaban lágrimas. Ya ni siquiera sentía pena ni rabia ni nada por el estilo. Era un frasco vacío, una marioneta sin nadie que la motivase a moverse.

Los días siguientes al asesinato pasaron lentos y dolorosos, pero siempre estuvo apoyada por los amigos de su hijo. Todos se habían volcado en ella. Bueno, todos menos Mario. Estaba más distante de lo habitual y esperaba algo más por su parte. Estaba raro, pero quién no estaba raro después de lo que había ocurrido. Mercedes no quiso darle más importancia a la actitud de Mario, aunque era inevitable sentirse decepcionada.

Mientras esperaban los resultados de la autopsia y todo tipo de imágenes horribles pasaban por su cabeza, Mercedes, acompañada por Nerea y Laura, permanecía en estado de *shock*. Una de las pocas frases que pronunció fue que debería enterrar a su hijo junto a sus abuelos.

Nerea le paró los pies y le dijo que eso no era exactamente lo que quería Álvaro. Esa revelación provocó una gran discusión entre Mercedes y Nerea, pero al final no le quedó más remedio que aceptar los deseos de su hijo.

Y ahora, estaba sola en su domicilio abrazada a la urna que guardaba las cenizas de Álvaro. Se pasaba horas y horas acariciándola

como si esperase que su hijo apareciese como el genio de la lámpara. La besaba durante largos segundos en silencio intentando buscarle sentido a su desgraciada vida. Mientras cerraba los ojos, deseaba con todas sus fuerzas poder reencontrarse con su hijo en la otra vida. ¿Qué hay al otro lado? Nadie lo sabía, pero Mercedes tenía la esperanza de ir al cielo con su hijo. Por lo menos ese pensamiento le hacía más ameno lo que estaba viviendo.

Otra manera de llevar el día a día fue hablarle de vez en cuando a la urna. Si hubiera sabido que Mario también hablaba con su hijo, tal vez se hubiera sentido menos… *Loca*. La urna había pasado a ser su nueva compañera de piso, su refugio, su amiga.

Mercedes y Álvaro quedaban todos los jueves para ver varios capítulos de su serie favorita. Ese plan era imposible de cancelar. No había nada mejor para hacer ese día y habían hecho la promesa de no faltar nunca. Desde que Álvaro decidió independizarse, el plan de los jueves era una manera de pasar más tiempo con su madre y ponerse al día.

Así que, varios jueves después del asesinato, Mercedes preparó unas palomitas y un paquete de pipas para ver su serie. Todo estaba listo, solo faltaba coger la urna que estaba encima del mueble y colocarla encima del sofá. A pesar de colocarla con mucho cuidado, estuvo a punto de derramar las cenizas. Solo de pensar que las podía haber tirado hizo que su corazón se acelerase de una manera vertiginosa.

El susto hizo recordar a Mercedes que tarde o temprano debería lanzar las cenizas en alguna parte, pero era algo que iba a retrasarse un poco más de la cuenta debido a un ligero contratiempo.

Le dio al botón *play* del mando de la televisión y empezó a sonar la *intro* de la serie. El vello se le puso de punta al instante de escuchar aquella banda sonora. Iba a continuar la serie favorita que veía con su hijo sin él. Era como si su vida hubiera perdido los colores y solo existiese el gris. El llanto la obligó a detener el capítulo y retomarlo después.

Estuvo una hora aproximadamente abrazando la urna y recargando fuerzas para seguir adelante. Parecía una tontería, pero el hecho de retomar esa serie era un acto importante para conectar con su hijo.

Las palomitas y las pipas esperaban impacientes ser devoradas encima de la mesa, mientras la persona que iba a acabar con ellas se limpiaba las lágrimas.

Esa misma tarde, Mercedes vio tres episodios seguidos sin parar. Por suerte, esas dos horas la ayudaron a distraerse, aunque pasó por varios estados de ánimo. Tenía momentos divertidos y otros dramáticos que llevaron a Mercedes por una montaña rusa de

emociones.

El último capítulo que vio aquella tarde terminó con una escena que le hizo recordar uno de los momentos más importantes que vivió con Álvaro: su salida del armario.

Álvaro tenía dieciséis años cuando le pidió a su madre que se sentase un momento en la mesa del comedor. Su hijo parecía de lo más tranquilo, por lo que Mercedes pensó que iba a darle alguna buena noticia, pero no se le ocurrió nada en concreto. Estaba llena de curiosidad.

—Mamá, sabes que siempre he sido muy sincero contigo… —Mercedes permaneció muy atenta en todo momento—. Y sé que soy el chico con más suerte del instituto.

—¡Suéltalo ya, hijo! ¡Me estás poniendo nerviosa!

—Mamá… creo que soy gay. Bueno… no es que lo crea, es que es cien por cien seguro. —Un silencio llenó el comedor.

Siempre dicen que cuando se crea un gran silencio es porque ha pasado un ángel. Pues en ese preciso momento debieron pasar varios porque el silencio fue insoportable.

—¡Di algo, mamá! —Álvaro empezó a preocuparse seriamente. Su madre no articulaba ningún músculo y se temía una respuesta negativa.

—No pasa nada, hijo. —La respuesta de Mercedes sonó seca y fue acompañada por una sonrisa algo extraña y forzada. No esperaba que su hijo le contase eso precisamente y estaba intentando digerir la noticia.

—¿Te molesta? —Álvaro no esperaba para nada ver esa reacción en su madre. Tampoco esperaba que empezara a dar saltos de alegría, pero se sintió dolido. Su madre era muy moderna en todos los aspectos y parecía defraudada.

—Claro que no, cariño. Es simplemente que…

Las manos de Mercedes comenzaron a sudar y un impulso tan forzado como su sonrisa la empujaron a abrazar a su hijo y a darle un beso. El abrazo estuvo acompañado de un enorme relámpago que anunciaba una buena tormenta.

Álvaro sintió la necesidad de salir de esas cuatro paredes. Agarró sus llaves y la chaqueta que tenía colgada en la percha de la entrada y salió dando un portazo de intensidad media. No estaba enfadado, sino dolido.

Mercedes no tardó en perseguir a su hijo. Los dos salieron sin importarles la tremenda tormenta que estaba cayendo. A gritos, llamaba a su hijo por la calle aguantando las miradas de las personas que se resguardaban de la lluvia. Parecía la escena de una película romántica, pero esta vez trataba sobre el amor de una madre y su hijo.

Álvaro resbaló varias veces mientras aceleraba para evitar a su

madre. No le apetecía hablar con ella en ese momento y sobre todo no quería decirle nada de lo que pudiera avergonzarse al día siguiente. Pensaba que lo mejor sería airearse un poco, pero la lluvia, combinada con sus zapatillas resbaladizas, tenía otros planes. Álvaro cayó de culo y se levantó prácticamente de un salto. Lo primero que hizo fue sacudirse sus pantalones vaqueros favoritos mientras su madre, por fin, le alcanzó. Le agarró de la mano y le dio un tremendo abrazo. La lluvia los cubría totalmente, estaban empapados desde la cabeza a sus pies, pero a ninguno le importaba.

Álvaro recibió el abrazo agridulce y esperó con paciencia a que su madre dijese algo. A lo mejor no hacía falta que dijese absolutamente nada porque ese abrazo era mucho más importante que unas frases típicas. Aun así, Mercedes sintió la necesidad de decir algo.

—Cariño… —dijo Mercedes agarrando la cara de su hijo con las dos manos—. ¡Cómo se te ha podido ocurrir que me podía molestar esa tontería! No me importa en absoluto, mi vida.

—Entonces… ¿Por qué pusiste esa cara tan triste como si estuvieras decepcionada?

—No me puse triste porque te gusten los chicos ni mucho menos. Me puse triste porque eres una persona maravillosa en un mundo lleno de odio y no quiero que te hagan daño. No quiero que tengas que estar toda tu vida justificando cómo eres. No quiero que a ningún malnacido se le ocurra insultarte y mucho menos agredirte. Quiero que seas feliz, cariño.

—Lo seré, mamá. No te preocupes por eso. —Álvaro le dio un beso a su madre y se abrazaron de nuevo con más intensidad.

La lluvia caía con fuerza y los calaba cada vez más.

—Será mejor que volvamos a casa si no queremos coger una pulmonía.

Madre e hijo reían a carcajadas mientras corrían de vuelta a casa.

En el fondo, jamás pensó que pudieran hacerle algo tan horrible a su hijo. Sabía que lo insultarían en el instituto y que se reirían de él, pero ¿asesinarlo? Se le revolvía el estómago cada vez que recordaba todo lo sucedido.

Los recuerdos la hipnotizaron mientras continuaba viendo su serie favorita, a la cual apenas le estaba prestando atención. Sin darse cuenta, hizo algo que jamás podría haber imaginado.

La muerte de uno de los protagonistas la llevó de nuevo por una senda triste y oscura. Detuvo el capítulo y decidió que quería ver de cerca las cenizas. Destapó con muchísimo cuidado la tapa roja de la urna y olió el terrible material en el que se había convertido Álvaro.

«¿Quién ha podido hacerte esto, cariño?», se preguntaba una y otra vez. «¿Quién es el canalla que está aún suelto por la calle?».

Mercedes creía en la justicia y tenía la esperanza de que pronto

atraparían al asesino o los asesinos de su hijo. Al pensar en plural, la carne se le puso de gallina.

«¿Y SI NO LO ATRAPABAN NUNCA?», PENSÓ.

Ese pensamiento la destrozaba por dentro. Su cuerpo se agrietaba a una velocidad aterradora. ¿Y si tenía razón Nerea? ¿Y si debían buscar al asesino a través de un detective privado? Aún tenía fe en la policía a pesar de los pensamientos negativos que había sembrado Nerea en su cabeza.

Unas lágrimas provocadas por la angustia que estaba sintiendo resbalaron por sus mejillas y se desplomaron dentro de la urna. Las dos lágrimas abrazaron sin piedad las cenizas de Álvaro sin importarles las consecuencias.

Mercedes, en cuanto se dio cuenta, metió su dedo índice en la urna como si quisiera sacar las lágrimas de un lugar al que no pertenecían. Como consecuencia, su dedo quedó manchado con una mezcla de ceniza húmeda. Miró detenidamente su dedo y lo acarició lentamente y, sin pensárselo dos veces, decidió darle un beso como si fuese la mejilla de su pequeño hijo. Siempre será pequeño para ella. Sus labios conectaron con las cenizas mientras otro par de lágrimas caían de sus ojos, pero esta vez no cayeron dentro de la urna, sino que impactaron contra el borde.

Los labios se despegaron del dedo índice arrastrando consigo unas pequeñas partículas de cenizas que no tardaron en ser atrapadas por la lengua de Mercedes introduciéndose en su boca. La saliva acompañó a las diminutas partículas hasta la garganta y de ahí siguieron el recorrido correspondiente.

Mercedes continuó viendo la serie. Mientras observaba lo que hacían sus personajes favoritos, y sin ser consciente de ello, su dedo seguía lanzándose de cabeza dentro de la urna y continuaba llevando cenizas dentro de la boca.

Devoró parte de las cenizas y otro capítulo de esa serie una hora después. A pesar de encontrarse realmente hundida, la ficción fue un apoyo enorme para superar el día a día. Eso y las visitas de personas que iban a visitarla a menudo. Y cada vez que alguien entraba en su casa, escondía la urna para evitar que descubrieran lo que estaba haciendo.

Su tranquilidad había caído por un acantilado y la ansiedad era su nueva amiga. Entre esa ansiedad y las cenizas que estaba devorando vomitaba cada vez más y comía menos.

Los amigos de su hijo comenzaron a preocuparse por ella y ya no la dejaban ni a sol ni a sombra. Así que decidió dosificar más las cenizas y alimentarse correctamente para que sus invitados le dieran un poco de espacio.

No solo le inquietaba que alguno de ellos pudiera descubrir que

la urna estaba casi vacía, sino que también la agobiaban cada vez que le hacían la misma pregunta.

—¿Has decidido dónde y cuándo esparcir las cenizas, cariño? —preguntaba Nerea constantemente.

—No la agobies. Deja que esté preparada —interrumpía Laura defendiendo a Mercedes.

Las amigas de su hijo eran muy distintas la una de la otra y aunque tenía ciertas diferencias con Nerea, las quería a ambas por igual. Y a Mario también, por supuesto, aunque estuviera dolida.

Al recordar las palabras de sus amigas fue cuando se dio cuenta de que jamás podría lanzar las cenizas a ningún sitio porque se había tragado casi la urna entera. Y se le ocurrió una idea. Había devorado a su hijo, pero en esa casa había un montón de cosas que eran de Álvaro.

En la cocina agarró el primer mechero que encontró y, junto a la urna, puso rumbo a la habitación de su hijo. La habitación todavía olía a Álvaro y de alguna manera, mientras cerraba los ojos tumbada en la cama, notaba que su pequeño aún estaba allí con ella. Había decidido mantener la habitación tal y como la había dejado Álvaro antes de marcharse de casa y, ahora, esa decisión cobraba más importancia. Jamás cambiaría la esencia de esa habitación. Lo único que había decidido donar era la ropa, salvo algunas camisetas que quería conservar.

Mercedes comenzó a mirar con detenimiento las pertenencias de Álvaro. A primera vista, lo primero que pensó en quemar fueron los pósteres de películas, de Lady Gaga y de otras cantantes que no conocía que había colgados en las paredes. Pero si quería mantener la esencia de su hijo, las cosas que estaban a simple vista no deberían arder ese día.

Recordó que a Álvaro le encantaba guardar recuerdos en varias cajas que estaban metidas en uno de los armarios. Guardaba de todo: fotos antiguas con sus amigos, pulseras de colores, mensajitos escritos en papel, un yoyó, otro póster de Lady Gaga rasgado por un lateral, agendas del colegio de unos cuantos años atrás, más pósteres y algunos dibujos que Álvaro había pintado en su infancia. Uno de los dibujos era el primero que hizo con unos cuatro años. Estaba doblado en varias partes y Mercedes lo desplegó lentamente. En el dibujo había una casita de colores con una chimenea por la que salía gran cantidad de humo. Sobre la casa había un pájaro pequeño. Lo más doloroso era lo que había en un lateral. Eran tres monigotes y debajo de cada uno de ellos había escrito: Mamá, Álvaro y en el tercero, el cual solo era un monigote negro, Papá. A Mercedes aún le dolía ver aquel dibujo, pero tanto como la primera vez que lo vio.

—Muy bonito, cariño… —Aquel dibujo le perforó el corazón— .

¡Cada vez pinta mejor mi niño! ¡Eres un artista!

El pequeño Álvaro no parecía estar muy contento.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Es que los niños se ríen de mí por no tener papá.

—No le hagas caso a esos niños que son tontos. ¿Por eso dibujaste este monigote porque echas de menos tener un papá?

—No. Ese dibujo lo hizo Antonio para que me enfadase. Aunque sí que echo de menos tener un papá… Todo el mundo lo tiene.

Ese tema era una herida que Mercedes aún no había conseguido cerrar. Se sentó en el suelo con su hijo y lo abrazó fuerte.

—No todos los niños tienen un papá y una mamá, cielo. Hay muchos tipos de familias. Y la nuestra es muy especial.

—¿Dónde está mi papá?

Mercedes, como siempre, desviaba esa pregunta. Aún no estaba preparada para contarle la verdad a su hijo. Necesitaba preparar con calma esa conversación.

Álvaro siempre quiso darle una oportunidad al arte, pero siempre lo retrasaba. Ese sueño había sido destruido por completo. Su sueño y todo lo demás habían sido borrados de la faz de la tierra y Mercedes estaba a punto de quemar casi todos los objetos personales de su hijo. Solo dejaría lo más importante.

Mercedes agarró el mechero y con mucho cuidado fue metiendo las cenizas en la urna y aprovechó las pocas cenizas reales que quedaban para mezclarlas con las falsas.

Tener a su hijo en su estómago le había llevado a recordar cuando estuvo embarazada. Acariciaba su vientre de la misma manera que lo hacía veintidós años atrás cuando una mezcla de miedo e ilusión danzaban a su alrededor. El miedo a tener un bebé sola desapareció en el mismo instante en el que la matrona se lo entregó en brazos.

Acariciaba su vientre con la esperanza de que, por arte de magia, volviese a quedarse embarazada y así iniciar de nuevo el ciclo de criar a su hijo. Su instinto maternal relucía lentamente de nuevo y su cuerpo reaccionó como si de un embarazo psicológico se tratase.

Esa noche se fue a la cama sin probar bocado. La luz de la lámpara de su dormitorio emitía una luz tenue que permitía ver a una mujer con el pelo negro tapada con una sábana blanca hasta por debajo de los hombros. Si alguien hubiese entrado en ese momento en la habitación seguramente hubiera salido corriendo. Parecía la habitación de una película de terror y en el ambiente se respiraba algo oscuro.

«¿Qué estará haciendo tu asesino ahora mismo, cariño?», se preguntaba en la penumbra mirando a la urna roja situada en la mesita de noche. «¿Lo habrá cogido ya la policía? ¿Su conciencia le estará atormentando o se estará riendo con sus amigos como si nada?».

Ese pensamiento la enfadó muchísimo. No era justo que su hijo estuviera muerto mientras su asesino se divertía por ahí.

«¿Y SU MADRE? ¿LA MADRE DEL ASESINO SABRÁ YA LO QUE HA HECHO? ¿ESTARÁ SUFRIENDO TANTO COMO YO?».

En su mente respondió en el acto a esa última pregunta. Nadie en este mundo y en ese mismo instante podría estar sufriendo tanto como ella.

Capítulo 8.
La rabia arrasa con todo

Nerea Torres siempre se había caracterizado por tener un carácter bastante fuerte y sus amigos se lo recordaban constantemente. Era muy amiga de sus amigos y siempre estaba dispuesta a defenderlos por encima de todo. Jamás podía quedarse callada ante las injusticias y esto le había llevado a ser una superheroína a veces y otras se había metido en líos.

Desde que tenía ocho años había querido tener superpoderes y defender a sus amigos de los villanos. Con el paso de los años se dio cuenta de que había una gran cantidad de personas malvadas y deseaba tener algún poder para luchar contra ellos.

Cuando tenía trece años, les pidió a sus padres que la apuntaran a clases de kárate o algo por el estilo y no paró de pedirlo hasta que consiguió entrar en una escuela del barrio donde vivía. A esa edad había muchos niños que se reían de ella y la llamaban bollera por hacer artes marciales, pero a ella no le importaba en absoluto. No les hacía caso y si alguno se pasaba más de la cuenta, Nerea estaba encantada de enseñarle unos trucos básicos que había aprendido.

Por desgracia, no duró mucho tiempo en esa escuela de artes marciales. Su profesor vio algo oscuro en la niña y decidió hablar con sus padres para que no la dejasen ir más. En ese momento, el profesor pensó que estaba haciendo un acto demasiado cruel, pero la niña quería aprender esas artes para luchar contra el mal y pensó que debía liberarse de la rabia antes de seguir aprendiendo. El profesor llevaba toda la razón, la pequeña Nerea tenía demasiada rabia dentro para lo pequeña que era.

Esa rabia había nacido un par de meses antes de apuntarse a esa escuela. Nerea quería vencer al mal, ese mal que cada vez parecía más grande. Ya no era tan pequeña como para querer ser una heroína porque sabía perfectamente que eso solo ocurría en los cómics. Aun así, quería ser una heroína a su manera y solo necesitaba descubrir cómo podía aportar su granito de arena para que el mundo fuera un poquito mejor.

Aún no sabía muy bien a lo que quería dedicarse, pero una cosa tenía bien clara: tenía que ser algo relacionado con ayudar a las personas. Quizás ayudando a las ONG y viajar a países subdesarrollados o quizás bombero o policía… Era pronto para saberlo y no quería precipitarse, sino que quería dejarse llevar.

A lo largo de los años, Nerea se irritaba con la gente despreciable que iba encontrándose a su paso. Los repetidores de su colegio eran un

claro ejemplo, pero los evitaba constantemente y se centraba en los estudios.

Su madre le decía constantemente que no debía enfadarse tanto con las noticias que salían por la televisión y Nerea les pedía a sus padres que las quitasen.

—¡Solo ponen injusticias, asesinatos y desgracias! ¡Estoy harta de tanta mierda! —dijo Nerea antes de intentar agarrar el mando de la televisión con la intención de cambiar de canal.

—¡Estate quieta, niña! —gritó su padre dando un golpe en la mesa tan fuerte que provocó que Nerea soltase el mando.

Ese fue el primer recuerdo malo que tuvo de su padre. Tenía unos dieciséis años y ya empezaba a darse cuenta de algunas cosas de las cuales no se sentía orgullosa. Porque se es muy valiente contra malvados desconocidos o compañeros molestos de clase, pero la cosa cambia bastante cuando el mal está dentro de tu propio hogar.

Nerea quería más a su madre que a su padre. Era algo que su padre sabía y no le importaba demasiado.

Un día, Nerea vio a su madre en el baño actuando de una manera extraña. Su madre estaba mirándose al espejo y parecía buscar algo en su brazo derecho, como cuando buscas una picadura de algún insecto que se cuela de noche por tu ventana y te deja un desagradable recuerdo. Por desgracia, lo que su madre tenía en el brazo no era fruto de ningún bicho nocturno.

—¿Qué te ha pasado, mamá? —Nerea se acercó a su madre con ternura para revisarle el brazo.

—Nada, cariño —dijo mientras volvía a bajarse la manga de la camiseta—. Seguramente me ha salido un cardenal del golpe tonto que me di ayer en la cocina. No es nada.

Después de eso, Nerea no le dio más importancia al asunto, pero poco a poco descubrió la triste realidad que estaba viviendo su madre.

La relación con su padre iba empeorando por momentos como si en el fondo supiera lo que estaba haciendo con su matrimonio. Su actitud machista siempre la había puesto enferma, pero era su padre y no le quedaba otra que quererle de todos modos. O fingir que le quería.

—¿Quiero a mi padre por el hecho de ser mi padre o porque en realidad lo siento? —se preguntaba cada vez que discutía con él.

Su comportamiento machista había existido siempre, pero no fue consciente hasta la adolescencia. Nunca ponía la mesa ni la recogía ni tampoco limpiaba ni hacía ninguna tarea de la casa.

—Para eso tengo a dos mujeres en mi casa —decía cada vez que le pedían ayuda.

Y fue precisamente por ese tipo de comportamientos por los que Nerea tuvo problemas con él.

—Levántate tú y lo coges —le contestó Nerea con un tono elevado y enfadada porque siempre exigía que le llevaran las cosas a la mesa.

—Mira, niñata… ¡Cómo vuelvas a alzarme la voz te cruzo la cara! ¿Te has enterado? ¡Menuda mierda de niña!

A Nerea no le quedó otra que morderse la lengua después de que su madre le pidiese con los ojos que lo dejase estar.

—Todas las mujeres son unas zorras —dijo su padre susurrando antes de salir por la puerta y con suerte de que su familia no lo escuchase.

Los días pasaban y Nerea tenía cada vez más claro que el amor que sentía por su padre era nulo y que lo que sentía era algo más parecido al asco. Y le dolía. Quería tener una familia feliz y normal. Quería ir a Disneyland con sus padres y al volver del viaje mirar las fotografías que se habían hecho y ver lo felices que eran. Por el contrario, la unión familiar se estaba agrietando como la tierra cuando hay sequía.

Los gritos y los golpes en la mesa eran la música que amenizaba el día a día en la casa de Nerea y, harta de ver cómo su padre las humillaba a ella y a su madre, decidió meterse de por medio. Con dieciséis años, Nerea presenció cómo su padre le levantaba la mano a su madre.

—¡Esta comida está fría y asquerosa! —Fue la última frase que pronunció antes de reventar el plato de comida contra la pared. Todo el comedor se llenó de crema de calabaza.

—¡Basta, por favor! —gritó la madre de Nerea—. ¡No puedes hacer eso! —gritó de nuevo, pero más suave. Sus gritos parecían el ladrido de un perro pequeño y cobarde que intenta enfrentarse a un pitbull.

El padre de Nerea se acercó a su mujer con la mano levantada y con malas intenciones, pero Nerea apareció justo en medio para evitarlo. No hizo falta que dijeran nada más. La mirada de Nerea dejó muy claro lo que pasaría si se atrevía a ponerle una mano encima a su madre. El padre bajó la mano lentamente para dejar claro que él seguía siendo el que mandaba en esa casa y, con un sonido seco de boca, salió de la casa.

—Tenemos que hacer algo, mamá. No podemos seguir permitiendo este comportamiento. —Nerea se sentó en el salón con su madre y la estuvo consolando durante media hora.

Allí, abrazadas, Nerea se dio cuenta de que había sido su heroína por primera vez y que jamás la dejaría sola.

La actitud de su padre estaba impregnada en olor a alcohol y tabaco. Nerea no entendía qué era lo que le había ocurrido. ¿Había sido siempre así y no se había dado cuenta porque era demasiado

pequeña? Una cosa tenía clara. Tenían que librarse de la pesada carga de su padre.

Cansada de ver los nuevos moratones que aparecían en el cuerpo de su madre, como si fuesen tatuajes, decidió hacerle una propuesta: irse juntas a vivir a casa de su tía. El miedo puso las manos en el cuello de aquella mujer maltratada y pensó que era una locura dejar a su marido.

—No puedo cariño. No puedo irme así. —Las manos le temblaban.

—¡Mamá! ¡No podemos seguir aquí con ese monstruo!

—¡Ese monstruo es tu padre!

—Eso no es ninguna justificación. ¿Es que quieres ser la próxima víctima de malos tratos que aparezca en televisión? ¿Es eso? ¿Es que quieres que te mate ese animal y me quede sola?

Las palabras de su hija le rasgaron el corazón. El hecho de escuchar eso a través de la voz de su hija adolescente hizo que despertara, que el miedo desapareciera, aunque solo fuera por un leve instante.

—Sé que tienes razón, hija mía. Lo sé, pero es una situación muy difícil. —Comenzó a llorar desconsolada.

—Lo sé. Sé que va a ser un cambio duro y que se avecina una negra tormenta, pero estaremos juntas en esto. Tenemos que irnos.

—Dios mío… ¿Y qué van a decir los vecinos cuando se enteren?

—¡Que les jodan a los putos vecinos! Las que estamos en peligro somos nosotras, no ellos.

En otra situación, su madre le habría dicho que no dijera tantas palabrotas. Ahora su hija llevaba la razón y parecía haber madurado de golpe. En el fondo pensaba que no podría escapar de ese matrimonio. Aun así, sacó fuerzas de donde no le quedaban y decidió hacerle caso a su hija.

Era el momento de preparar la fuga. Era domingo y su padre estaría en el bar tomándose unas cuantas cervezas. Nerea y su madre prepararon sus maletas con lo esencial a una velocidad récord. Prácticamente solo habían metido ropa y esperaban poder volver algún día a por el resto de las cosas. Si es que las recuperaban, porque tenían claro que su padre las tiraría por la ventana o las quemaría.

Justo antes de salir por la puerta, la madre de Nerea sufrió una crisis y estuvo a punto de arrepentirse. Dejaba atrás su vida, su casa, su matrimonio y, aunque fuera un desgraciado, abandonaba a su marido. Se sentía perdida y el miedo a esa nueva etapa la atormentaba.

Nerea empezaba a agobiarse al ver que su madre se había sentado en el comedor y no paraba de llorar. No podían permitirse perder un segundo más. Las cosas serían muy complicadas si su padre

aparecía por la puerta.

Su madre tomó una decisión, no por ella, sino por su hija. Una niña de dieciséis años que estaba madurando a base de gritos y golpes. Tenía que hacerlo por ella, aunque el cambio iba a ser duro para las dos. Agarró las maletas y echándole un último vistazo a su casa cerró la puerta con delicadeza y con lágrimas en los ojos.

Una vez que el padre de Nerea ponía el pie fuera de su nuevo bar favorito, el camino de vuelta estaba lleno de obstáculos que le recordaban lo desgraciado que era. Ese camino encendía la llama de su enfado y siempre deseaba llegar a casa para liberar su rabia con su mujer y su hija.

Como pudo, sacó las llaves de casa y al intentar abrir la puerta del portal las llaves cayeron haciendo bastante ruido, y eso le molestó más aún. Dando tumbos, consiguió agarrar las malditas llaves. Al incorporarse, el sol de media mañana pareció abrasarle de pronto y sufrió un pequeño mareo. Un transeúnte que pasaba detrás de él hizo el amago de agarrarle, pero al ver que podía mantenerse de pie evitó tener que tocar a ese borracho.

Tras varios intentos, consiguió meter la llave correcta en la cerradura y sintió un gran alivio. Su cuerpo se relajó. Esa tranquilidad le duró tan poco como la primera cerveza de la mañana. Al abrir la puerta, vio algo que no entendía: su mujer y su hija salían del ascensor cargadas de maletas. Los tres se quedaron congelados como si un villano hubiese detenido el tiempo. Las mujeres fueron las primeras en moverse.

—¿Dónde van estas hijas de puta? —pensó tambaleándose.

Nerea agarró a su madre del brazo y, pasando por delante de su padre, el cual no paraba de gritarles, salieron del portal.

—¡Os estoy preguntando que a dónde vais, zorras! —Las últimas palabras no se le entendían prácticamente—. ¡No vais a ninguna parte! —Sacó una fuerza sobrenatural y agarró a su mujer del brazo.

—¡Suéltala! —Nerea lo empujó derribándolo fácilmente.

Su padre se levantó como pudo y su ira le dio fuerzas para seguir luchando. Parecía que la furia había acabado con la embriaguez.

—¡No lo hagas más difícil, por favor!

—¡No hables con él! ¡Mamá, vámonos!

En plena calle, los gritos alertaron a todo el vecindario. La persona que más cerca estaba del jaleo era un vecino de unos setenta años que, sin pensárselo dos veces, se acercó a ayudar. El hombre se puso en medio y le dio un ligero empujón al agresor. Este, cansado de ser empujado y humillado, agarró de la chaqueta al hombre y le dio un puñetazo, con tan mala suerte que el señor cayó de espaldas y se golpeó la cabeza con el bordillo.

Todo pasó muy rápido y Nerea no era consciente de lo que

estaba ocurriendo. Su madre no paraba de gritar, las maletas estaban tiradas en el suelo y un desconocido se encontraba tirado en el suelo con una brecha brotando sangre de la cabeza. Su padre estaba encima de él y se intentaba incorporar torpemente. La borrachera desapareció por completo de su cuerpo y bruscamente se dio cuenta de lo que había hecho y de los sucesos que iban a ocurrir a continuación.

Un coche de policía circulaba una calle más abajo y los vecinos alertaron del accidente que había ocurrido. Cuando los agentes llegaron al portal, encontraron a un señor mayor muerto en el bordillo, una madre y su hija abrazadas y, por último, al supuesto asesino sentado en el escalón del edificio con las manos en la cabeza.

Nerea nunca había visto a su padre tan indefenso y sintió lástima por él, pero en el fondo se alegraba de lo que el karma le había hecho. Ya no hacía falta que ella y su madre se marchasen de esa casa porque el monstruo que vivía en ella iba a desaparecer por un tiempo.

—Ojalá no le volvamos a ver —pensó Nerea viendo cómo se lo llevaban esposado.

Ese acontecimiento fue demasiado duro para una chica de tan solo dieciséis años. A esa edad nadie debería ver cómo su propio padre mataba por accidente a otra persona y acababa entre rejas por malos tratos y homicidio imprudente. Una chica adolescente debería enamorarse, estudiar y no madurar de golpe. Nerea fue el mayor apoyo de su madre, era su razón para vivir y con el paso de los años la amargura que dejó su padre en la casa fue desapareciendo.

Nerea y su madre parecían haber escapado de una jaula enorme. La casa en la que vivían había renovado totalmente su energía y respiraban una especie de aire totalmente limpio. Nerea llevaba mejor que su padre hubiera acabado en la cárcel, pero su madre se sentía culpable. Sentía que su marido había fracasado por su culpa. Y ese pensamiento hacía que a Nerea le ardiese la sangre.

La casa se iba llenando poco a poco de risas. Hacía bastante tiempo que no eran tan felices, hasta tal punto de que Nerea había olvidado su risa, una de las más contagiosas del barrio.

Cada vez que salía del portal recordaba al hombre muerto tirado en el suelo, las luces azules de la policía y los gritos de la gente que pasaba horrorizada por la calle. Le costó muchos años superar ese momento, pero la vida le tenía preparada otra amarga sorpresa. Siete años después, volvería a ver un cadáver, en este caso el de su mejor amigo, y volverían las luces azules de policía y los gritos de una madre destrozada.

La pesadilla se repetía de nuevo. Esta vez el sufrimiento era mayor y la víctima no era un desconocido que se acercase a ayudar.

No era capaz de imaginar todo lo que le habían hecho a Álvaro aquella noche. Mientras Mercedes gritaba, ella se quedó congelada y

temblando en mitad de la escena del crimen.

Nerea recuperó su traje de heroína y se encargó de todos los trámites necesarios. Pensó que era mejor que ella hablase con la policía y los ayudase lo mejor posible. Era un peso que debía quitarle de encima a Mercedes.

Poco a poco, Nerea se obsesionó con ayudar a la policía. Su misión principal era encontrar al asesino de Álvaro. Pocos días después de encontrar a su amigo asesinado, Nerea decidió pasarse por la comisaría y preguntar por el caso. El destino caprichoso quiso que se cruzase con una conversación entre varios agentes que estaban dentro de un coche patrulla, justo en la entrada.

—Al chaval le tuvieron que dar una buena… —comentaba un oficial regordete y calvo que estaba situado en el asiento del conductor.

—Ya te digo. Le tuvieron que dar hasta detrás de las orejas. Eso pasa por meter desconocidos en casa y usar las mierdas esas de aplicaciones para ligar —comentaba otro agente bastante guapo a pesar de su desafortunado comentario.

—Por lo menos se lo debió pasar bien al final.

—¿Por?

—Lo digo por el consolador que encontraron en la escena del crimen.

—¡Aaaah!

Los dos agentes empezaron a descojonarse, el conductor arrancó el coche y salieron a cumplir con su deber.

Nerea no podía creerse lo que había escuchado. Apretó sus puños con tal fuerza que se clavó las uñas en la palma de la mano. Furiosa, se sentó en un banco que había a unos metros y poco a poco consiguió volver a respirar con normalidad. De pronto, Nerea recordó unas frases que repetía su padre constantemente:

«¡LA POLICÍA NO SIRVE PARA UNA MIERDA! ¡NO HACEN NADA! LA JUSTICIA DEBERÍAMOS TOMÁRNOSLA POR NUESTRA MANO. SI ALGUIEN SE METE CON TU FAMILIA, TÚ ERES EL QUE DEBE SOLUCIONARLO. SI LLAMAS A LA POLICÍA, SOLO PIERDES EL TIEMPO».

Esas fueron algunas de las pocas palabras que su padre había dicho con sentido. Salieron de su boca mucho antes de ser detenido. Ahora que cumplía condena seguro que no pensaba que la policía no valía para nada.

Desde la detención de su padre, Nerea tenía en alta estima a la policía ya que les habían librado de ese monstruo. Hasta había pensado en opositar para ser policía y así ser el tipo de heroína que ella quería desde niña. Las habían salvado a ella y a su madre, pero, con el tiempo, no paraba de ver injusticias de mujeres maltratadas que denunciaban y luego las mataban los desgraciados que vivían con ellas, casos de okupas que les quitaban las casas a personas mayores y,

por último, estaba el caso que más le afectaba: habían matado a su mejor amigo y los policías, en lugar de buscar al asesino, se echaban unas risas pensando hasta dónde le habrían metido el consolador.

Después de tranquilizarse un rato, Nerea se levantó de aquel banco decidida a investigar por su cuenta. Era algo absurdo, pero estaba convencida de que ella podría averiguar alguna pista.

Días después de que su amigo acabase hecho un montón de cenizas, se reunieron Nerea, Laura y Mercedes. Mario no se presentó porque se suponía que tenía problemas en el trabajo, aunque todas sabían que mentía y que no quería ir por otro asunto. Intuyeron que sería porque le resultaba muy doloroso verlas y sacar el tema del asesinato, las cenizas, etc.

Ese día, Laura se acercó a las cenizas y le dio un beso a la urna roja y provocó que Mercedes se abalanzara sobre ella y la escondiese en el cuarto.

—Perdóname. No quería que se rompiese —pidió disculpas Mercedes poniendo su mano con delicadeza sobre el hombro de Laura.

Ese no fue el único momento incómodo de esa tarde. Lo peor vendría cuando Nerea sacó el tema de hacer justicia. Estaba furiosa, más que otras veces, e insistía en que no podían esperar a que la policía hiciera algo.

—Debemos pasar a la acción. No basta solo con salir a manifestarnos con pancartas y banderas arcoíris, debemos encontrar a ese maldito asesino.

—Podríamos contratar a un detective privado —propuso Laura pensando que calmaría a su amiga.

—Yo creo que es mejor que lo averigüemos nosotras mismas… De hecho, yo ya he estado investigando por mi cuenta.

—Cariño, de verdad que te agradezco todo lo que estás haciendo por mi hijo, pero no quiero que te metas en problemas.

—No me va a pasar nada, te lo aseguro.

Mercedes y Laura prefirieron cambiar de tema porque conociendo a Nerea sabían que no daría su brazo a torcer. Y, efectivamente, viendo que no conseguiría nada de sus amigas, Nerea se marchó a casa, sacó papel y boli y empezó a apuntar los lugares donde podía reunir información, detalles o algo que la llevase por un camino concreto.

Había algo que sabía seguro y era que había sido un crimen homófobo y que el asesino había contactado con Álvaro a través de una aplicación para ligar. Por desgracia, el asesino se había llevado el móvil de su amigo y no podrían revisar los mensajes o las fotos.

«¿Por qué no me mandaste ninguna foto, Álvaro?», pensó dando un puñetazo en la mesa que le hizo recordar a su padre.

No quería parecerse en nada a él. Así que hizo desaparecer su puño lentamente. Se frotó los ojos como si fuera un truco de magia

para borrar los pensamientos sobre su padre y retomó la pequeña investigación.

«La foto. Si Álvaro no me mandó ninguna foto fardando de lo bueno que estaba el chico significaba que ese malnacido no le mandó ninguna».

Por un momento se le ocurrió una pregunta… ¿el chico iba con la intención de matarle o surgió después? No quiso pensar más en eso porque se le erizó la piel.

Rápidamente descartó el camino que había dibujado relacionado con la aplicación para ligar. Sin teléfono y sin fotos no podría conseguir absolutamente nada. Milimétricamente, repasó lo que recordaba de la última vez que habló con Álvaro. Al pensar en eso, le dio un vuelco al corazón. Quién le hubiera dicho, tras esa llamada de teléfono, que era la última vez que hablaría con él. Desde su muerte, Nerea había escuchado con tremendo dolor todos los audios que tenía de Álvaro hasta la fecha. Risas, bromas, audios cortos y largos… era lo único que le quedaba de Álvaro. Solo escucharía su voz de nuevo a través de su móvil.

Volvió a frotarse los ojos con las manos y decidió darse un pequeño descanso. No iba a conseguir absolutamente nada si no se concentraba y se tomaba todo aquello en serio.

«Dicen que las mejores ideas aparecen cuando tu cuerpo y tu mente están relajados», recordó.

Así que empezó su plan de relajación para atraer alguna idea factible. Preparó un té de frutos rojos de los que tanto le gustaban y, mientras se calentaba, preparó la bañera con espuma. Estaba sola en casa y la relajación sería más efectiva.

Metida en la bañera y acompañada de su té favorito, Nerea cerró los ojos. De la total oscuridad, surgieron unas líneas de color verde que marcaban distintos caminos. La opción de la aplicación de ligues se rompía en pedazos mientras otros iban apareciendo como si estuvieran brotando. Ninguno de ellos le decía nada en concreto, simplemente crecían formando otras ideas. De repente, una línea roja apareció de la nada.

«¿Cómo no he caído antes?», pensó saliendo despacio de la bañera para no derramar el agua.

Quitó el tapón de la bañera y mientras toda el agua desaparecía llevándose consigo la espuma, decidió ir a hablar con la vecina de Álvaro.

«¿Y si esa mujer escuchó o vio algo?».

Nerea pensaba una y otra vez en cómo sería la mujer que vivía en frente de la casa de su amigo. No la había visto nunca, pero Álvaro le contó una vez que era mayor, de unos sesenta años, y que era un encanto de mujer.

«He tenido bastante suerte en el edificio», le confesó Álvaro.

Esperaba nerviosa después de pulsar el timbre. Los nervios no eran provocados por la esperanza de encontrar alguna pista en

concreto, sino porque a sus espaldas estaba la puerta de la casa donde asesinaron a su amigo. No quería mirar hacia atrás porque el horror la estaba esperando. Los gritos, la angustia, la desesperación y la impotencia de no saber lo que estaba ocurriendo la esperaban al otro lado de aquella puerta, de aquella casa a la que nunca más volvería a entrar. Miles de imágenes y sonidos revoloteaban en su cabeza con la intención de volverla loca.

La vecina tardó en llegar a la puerta escasos siete segundos, pero a Nerea se le hicieron eternos. Estaba deseando refugiarse en esa desconocida casa y evitar los recuerdos amargos. Se consideraba una chica bastante valiente y acababa de encontrar su punto débil.

—¿Quién es? —preguntó la mujer sin abrir la puerta aún—. ¡No me interesa lo que estés vendiendo!

Esas palabras provocaron una sonrisa tímida en Nerea.

—No, no estoy vendiendo nada. Solo quiero hacerle unas preguntas.

—¿Preguntas? ¿Preguntas de qué? Estoy muy cansada. ¡Váyase, váyase!

Si no quería perder la oportunidad, Nerea debía actuar rápido y, aunque después se sintió fatal, usó la carta del drama para ganarse a la mujer.

—Me llamo Nerea. Soy la mejor amiga del chico que asesinaron hace unas semanas en esta casa —dijo señalando la puerta que se encontraba a sus espaldas—. Necesito conseguir una pista urgentemente. No puedo dormir desde hace tiempo y quiero encontrar a los culpables.

La mujer separó su ojo de la mirilla de la puerta, quitó los tres cerrojos que tenía por seguridad y abrió la puerta lentamente. Medía poco más de metro sesenta, tenía el pelo canoso y llevaba un vestido bastante alegre. Aparentaba bastante más edad de la que en realidad tenía. Su voz ronca no compaginaba del todo con su apariencia dulce. En ese momento, entendió a Álvaro cuando decía que era un amor de persona.

—No llores, niña. Ven, pasa. Perdona que haya sido tan borde, pero es que estoy harta de que vengan a venderme cosas y a tratar de engañarme.

La casa cumplía todos los requisitos que correspondían a la de una mujer mayor. Por un segundo, sintió un escalofrío al sentarse en la mesa del salón. Estaba sorprendida de la mala reacción que le producía aquel edificio. La mujer trajo un vaso de leche y unas galletas y eso animó un poco más a Nerea. En la televisión emitían un famoso concurso, pero la señora le había quitado el volumen por completo y no se escuchaba nada.

—No creo que pueda ayudarte, pequeña. Ya estuve hablando con

la policía.

La mujer disfrutaba viendo a su improvisada invitada devorar las galletas. Hacía mucho tiempo que no la visitaba nadie. De hecho, su última visita fue el pobre chico al que asesinaron.

—No se merecía algo así. Se veía un buen muchacho. Me visitaba de vez en cuando y hasta me hizo la compra alguna vez. Tengo las piernas fatal… —Se acarició las piernas con delicadeza antes de seguir la conversación—. Espero que pronto se haga justicia y atrapen a ese… no sé ni cómo llamarlo.

—Por eso estoy aquí. Disculpe, ¿cómo era su nombre?

—Emilia.

—Yo me llamo Nerea, encantada.

—Sí, me lo dijiste en la entrada.

—¡Lleva razón! —Nerea estaba un poco nerviosa, algo que no era característico en ella—. Y gracias por la merienda. No suelo ser tan mal educada, pero desde que he entrado a este edificio no soy la misma. Estoy como… perdida.

—No te preocupes. Es normal. Estás pasando por algo horrible. No quiero ni pensar el sufrimiento que tendréis los familiares y amigos del muchacho. ¿Cómo se llamaba?

—Álvaro.

—¡Ah, es verdad! Se llamaba como uno de mis nietos. Cada vez me falla más la memoria.

Nerea afirmaba con la cabeza y cada recuerdo se le clavaba en el estómago como cuchillos. Solo esperaba que el mal rato que estaba pasando sirviera para llevarse alguna información importante.

—Como te decía, ya hablé con la policía ese fatídico día y no creo que ayudase en mucho.

—¿Qué fue exactamente lo que les contó?

—Pues que era un chico muy noble y que no creía que estuviese metido en líos.

—No lo mataron por eso, lo mataron por su condición sexual.

—¿Por su qué? —preguntó Emilia extrañada.

—Porque era homosexual. Gay.

—Sí, sí, ya entiendo.

La mujer se quedó callada y dolida. No podía entender que lo hubiesen matado por esa tontería. En su época sí era más común ese tipo de cosas, pero en la actualidad… no podía entenderlo.

—Necesito encontrar al asesino.

—No te metas en líos, chiquilla. Deja que la policía haga su trabajo. Ya verás cómo lo cogen.

—Quiero ayudarles. Es solo eso. —En parte lo que decía era verdad. Quería ayudar para entregárselo a la policía en bandeja, pero por otra parte pensaba que si ella no lo hacía, no lo haría nadie.

—¿Quieres más galletas? —dijo Emilia levantándose y agarrando la bandeja vacía.

—No, muchas gracias. Están muy ricas. —Nerea devoró la última galleta deseando irse de esa casa con alguna pista y no solo con el estómago lleno—. ¿Emilia, recuerda algún detalle en concreto?

—Yo me suelo ir a la cama temprano. Recuerdo que antes de cenar escuché como llamaban a la puerta, pero cuando miré por la mirilla no había nadie. Seguramente fue el asesino y ya había entrado a la casa. —Emilia sintió un escalofrío al pensar que el asesino estuvo tan cerca de su casa.

—¿Escuchó las voces o algún sonido característico?

—No que yo recuerde… Pero, ahora que lo dices, después de cenar me quedé un poco dormida en el sofá, todas las noches me pasa, y justo después de tomar mi vasito de agua antes de irme a la cama, escuché como si unos nudillos golpeasen la puerta de enfrente y en seguida alguien abrió.

—¿Sobre qué hora fue eso exactamente?

—A las diez o así. Un poco más tarde quizás. No vi nada, lo siento.

Nerea se despidió de Emilia y le dio las gracias por su ayuda. Salió de esa casa dándole vueltas a lo que le había contado.

Según la policía, Álvaro murió poco después de las diez de la noche. Y si lo que le acababan de contar era cierto, la persona que abrió la puerta debería ser el asesino.

«¿Y LA OTRA PERSONA QUE LLAMÓ CON LOS NUDILLOS? ¿HABÍA MÁS DE UN ASESINO? ¿HUBO UN CÓMPLICE?».

Nerea salió a la calle y sintió como un buen lote de oxígeno entraba en su cuerpo, como si no hubiese respirado bien dentro de ese edificio. Volvió a casa impaciente, con la necesidad de descubrir algo importante. ¿Estaba cerca de descubrir algo? Lo que no podía parar de pensar era que debía buscar a más de un culpable.

Capítulo 9.
La culpa devora la carne

Un par de días después de asesinar a aquel chico, Alfonso Castillo seguía teniendo pesadillas.

En el colegio siempre había sido el líder de la clase, el que temían los empollones y por el que se derretían todas las chicas. Estaba acostumbrado a estar en lo alto de la cadena alimentaria y no pensaba bajar de ahí ni por un segundo.

Hasta ese momento no vio la televisión ni abrió ninguna red social, ya que daba por hecho que pronto iban a hablar de lo ocurrido. Las redes se incendiarían de imágenes pidiendo justicia para ese chico. Lo peor de todo era que la policía encontrase alguna pista, algún fallo que cometiera, él o su ayudante, aunque hasta ahora todo había salido bien.

Apenas había salido de casa en esos dos días y su madre empezaba a mirarle con extrañeza.

—¿Hoy no has quedado con tus amigos? —preguntaba Mayte, su madre.

—Me duele un poco la cabeza. Creo que tengo migraña.

—Pobrecito, mi niño. —Se acercó a darle un beso en la frente—. Descansa y, cuando te encuentres mejor, sal de esta casa para que te dé un poco el aire.

—Lo haré.

Parecía que Mayte iba a salir de la habitación, pero en el último momento decidió dar la vuelta.

—¿Estáis bien Beca y tú?

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Tienes migraña o te has enfadado otra vez con ella? —Mayte se encargó de remarcar ese *otra vez*—. Ya sabes que no tengo un pelo de tonta, cariño.

—Mamá, no me apetece hablar de eso.

—Venga, cuéntaselo a tu madre. No estáis muy bien, ¿no?

Mayte se sentó en la cama de su hijo y no tenía intención de marchase hasta que consiguiese algo más de información.

—¿Cuándo hemos estado bien?

—¿No hay manera de arreglar esa relación?

—No lo sé. Ahora no es lo más importante de mi vida.

Para evitar que su madre siguiera preguntándole cosas inapropiadas, se encargó de que saliera lo antes posible de la habitación. Mayte le bajó la persiana para que no le molestase la migraña, le dio otro beso y salió.

Alfonso tenía que sacar fuerzas para lo que estaba a punto de hacer. Era inevitable y cuanto más lo retrasase peor iba a ser. Escribió en un grupo de WhatsApp que se llamaba *Acabemos con todos* formado por cuatro personas: Alfonso, Beca, Jorge y Luis. Estos dos últimos eran los mejores amigos de Alfonso, aunque siempre se había llevado mucho mejor con Jorge. Los cuatro se habían criado prácticamente juntos desde que eran pequeños y ahora acababan de crear un proyecto muy importante para ellos.

En ese grupo se divertían constantemente a costa de los chicos gays a los que estaban acosando. Álvaro no era el primero ni el último, pero sí había sido la primera víctima mortal.

En el grupo de WhatsApp eran cuatro los integrantes, pero aún faltaba la mano que los guiaba por el buen camino, la persona que les educó y les enseñó lo que deberían hacer con ese tipo de… seres. Esa persona odiaba los grupos de WhatsApp y prefería no estar dentro.

Había unas cuantas reglas en esta especie de secta a la que ellos llamaban cariñosamente grupo de amigos. Una de las reglas más importantes era que debían encargarse de llevar a esas personas por el buen camino, debían curarlas. Nunca debían hacerles daño si no era necesario. Pero Alfonso había cometido un gran error y podría haber graves consecuencias para todos.

Normalmente se reunían en un local cuyo propietario era el padre de Beca y que normalmente usaban para eventos, cumpleaños y quedadas en las que solo jugaban a juegos de mesa. Les pareció un lugar acogedor para planear sus movimientos. También jugaban al futbolín y al billar. Ese lugar estaba creado para sus diversiones y cazar gays era su juego favorito.

El local no era demasiado amplio, pero habían recogido todos los trastos que había para estar más cómodos. A un lado había mesas y sillas de bar apiladas en un rincón, unas encima de otras, y un par de estanterías viejas que aún servían para guardar vasos y platos de plástico, carpetas… Justo en el centro estaba el billar y el futbolín junto a la mesa y las sillas que utilizaban para sus reuniones.

Después de divertirse, llegaba el momento de ponerse serios. Beca se acercó a la estantería del fondo y agarró una carpeta de color azul oscuro. Pesaba muy poco y Beca jugaba con ella como si la quisiera lanzar a sus amigos.

—Hay que llenar esto de más pacientes —dijo tirando la carpeta a la mesa y sentándose de manera un tanto ordinaria. A Beca le encantaba estar rodeada de hombres, le hacía sentirse importante.

En la carpeta guardaban informes de los chicos que habían acosado, torturado y humillado. Esa carpeta era el principio de algo muy grande y apenas guardaba datos de unos pocos: su domicilio, edad, fecha de inicio del trámite y, lo más importante, evolución del

paciente.

—Hay que llenarla, pero con precaución. Tenemos que ser listos —dijo Luis mientras los demás le miraban con mala cara. No quería quedar como un cobarde, pero debían ir con pies de plomo, sino querían meterse en problemas.

Todos menos Luis estaban confiados en que sus pacientes no hablarían nunca con la policía, ni contarían a nadie lo que había ocurrido. Por eso les metían tanto miedo y les hacían daño. Para apoyar esa práctica, les hacían alguna que otra visita a sus domicilios para recordarles que no se pasasen de la raya.

Querían limpiar su barrio, pero Alfonso pensó que sería demasiado peligroso actuar solo en una misma zona. Por lo tanto, votaron entre todos salir del barrio y actuar en otras zonas cercanas.

Hasta ahora su proyecto estaba saliendo de maravilla, además contaban con una ayuda extra que les hacía el camino más fácil.

Beca, Jorge y Luis esperaban en el local a Alfonso, el cual los había citado a todos con urgencia. Intentó no contarles nada por teléfono porque era un asunto delicado y debía hacerlo cara a cara.

Antes de entrar debía relajarse y no preocuparles en absoluto. Frotó su frente con las manos y emitió una especie de grito ahogado. Era el momento de afrontar una gran responsabilidad y, aunque odiaba admitirlo, tenía miedo por primera vez en su vida.

Al entrar al local, sus amigos le recibieron a base de gritos y vítores. Beca se acercó a su chico poco a poco como una pantera que quiere pillar a su presa desprevenida. Aún no habían hablado en condiciones desde su última pelea y Beca necesitaba arreglar las cosas como siempre lo hacían: en la cama.

—¿Qué tal estás? —Beca le dio un suave beso en la boca y le agarró la mano.

—De puta madre —fingió Alfonso—. Sentaos.

—¿Qué tal te fue con el último paciente? ¿Le diste lo suyo? —Las risas de Jorge se contagiaron al resto de amigos.

—De eso mismo quiero hablaros. —Alfonso sentía que había empezado ya con mal pie. Su intención era no parecer débil ante la situación ni preocupar a sus amigos.

—¿Ha pasado algo? —Beca empezaba a preocuparse por su chico.

Lo conocía mejor que los demás y comenzaba a pensar que había malas noticias. Antes de llegar al local de su padre, Beca estaba frustrada porque no había conseguido hablar con su novio antes de la reunión. Como las cosas no iban bien entre ellos temía que Alfonso la dejase, era algo que tarde o temprano iba a pasar y ambos lo sabían. ¿Qué haría ella cuándo eso pasase? Se volvería totalmente loca y conociéndose tan bien como se conocía, sabía que sería capaz de

cualquier cosa.

Una vez que Beca vio llegar a su chico, su cuerpo se relajó completamente. Algo le dijo que Alfonso no estaba mal solo por las discusiones que habían tenido, sino que había pasado algo gordo.

—Bueno… ¡Cuéntanos! ¡Nos tienes en ascuas! —Beca necesitaba saber qué había pasado. Lo que más le molestaba es que ella se fuera a enterar a la vez que los demás. Al ser su novia tenía derecho a saber ese tipo de noticias antes que nadie.

—Simplemente quiero que sepáis ante todo que la situación está controlada y no tiene por qué pasar nada.

En el ambiente se pudo palpar como los cuerpos de sus amigos y su chica comenzaban a tensarse bruscamente.

—Ha habido un problema con el último paciente. La situación fue más complicada de lo que pensaba y se me fue de las manos.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Luis alzando la voz más de la cuenta. El miedo se veía en sus ojos.

—El chico se puso chulo y, en defensa propia, le reventé un jarrón enorme en la cabeza.

—¿Te lo cargaste? —preguntó Beca sin poder cerrar la boca de la emoción.

Alfonso quedó asombrado por la efusividad de Beca a la que luego se unió Jorge. Por el contrario, Luis no parecía estar tan feliz por esa noticia.

—Sabéis que eso va contra las normas y que no le ha hecho mucha gracia a…

—Tienes toda la razón —comenzó a decir Jorge—. Pero tuvo que molar, ¿no? ¡Cuéntanos más detalles!

—¡Necesitamos saber todo! —Beca estaba extasiada.

Alfonso les contó todo lo que ocurrió aquella noche mientras sus amigos escuchaban atentamente. Unos más que otros. Alfonso se dio cuenta de que Luis estaba incómodo.

—Esto no puede volver a ocurrir. De hecho, tenemos órdenes de no actuar por ahora hasta que se calme la situación. ¿Me habéis entendido?

Todos afirmaron ante la seriedad con la que hablaba Alfonso. Beca nunca lo había visto tan serio y tan hombre y le puso totalmente cachonda. Por un momento, en la mente de Beca se formó una nube y comenzó a imaginarse que ella y su chico se quedaban solos en el local. Alfonso cerraba la persiana de golpe, dándole un susto de muerte a Beca. Le entró la risa tonta, aunque se le pasó rápido al ver cómo su novio se quitaba lentamente la camiseta. Se acercó a ella bruscamente, la agarró del pelo y le dio la vuelta. Sus labios rozaron el cuello de Beca lo que provocó instantáneamente que su piel se erizara. La estampó contra la pared y, sin que le diera tiempo a

reaccionar, le quitó los pantalones y la ropa interior con fuerza. Las bragas estuvieron a punto de rasgarse. Follaban como si llevasen mucho tiempo sin tocarse el uno al otro y…

—¿Me estás escuchando? —preguntó Alfonso algo molesto.

—¿Qué? —Beca salió de golpe de esa ensoñación y volvió a la realidad. Sintió un poco de vergüenza al ver cómo la estaban mirando todos. Era como si estuviese aún con las bragas por los tobillos.

—Perdona, ¿qué estabas diciendo? —Beca notó como la cara de su novio se iba cabreando por segundos.

—¡Esto es un tema muy serio! ¡Céntrate, joder!

El silencio gobernó por un breve instante y no hacía falta decir nada más. Había quedado claro que Alfonso no llevaba bien eso de ser un asesino. Y eso le jodía. Se había dejado llevar y su máscara de chico valiente de barrio se le había caído por completo. Aun así, estaba dispuesto a recuperar su trono.

—Esto no se va a acabar aquí. Lo que tenemos que hacer ahora es dejar que pase la tormenta y seguir actuando después. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —gritaron todos a coro, lo que provocó una serie de carcajadas en el grupo.

—No vamos a captar a gente nueva por ahora, pero vamos a mantener a los que están dentro de esta carpeta. Ahora más que nunca no podemos permitir que se vayan de la lengua esas ratas. Pasaremos por sus casas a recordarles que esto no es un juego. ¡Ah! Y una cosa más… Por seguridad, no quiero que se vuelva a hablar de lo ocurrido.

Todos afirmaron con la cabeza. Por suerte estaban de acuerdo y la reunión terminó pronto. Alfonso no se encontraba bien y la cabeza le iba a estallar. Estaba deseando llegar a casa y tranquilizarse un poco, pero cuando Beca se le acercó, sabía que su tranquilidad iba a tardar un poco más en llegar.

—Necesito que hablemos. —Beca acarició el cabello de Álvaro con suavidad, era su punto débil y ella lo sabía de sobra.

—¿Tiene que ser ahora? Me duele la cabeza y estoy deseando llegar a casa.

—Te acompaño.

Beca le dio un suave beso en los labios y lo miró a los ojos como hipnotizándolo.

—Te prometo que, si no te encuentras mejor, me voy. No soporto estar mal contigo y necesito que lo arreglemos, cariño.

Alfonso estaba dispuesto a arreglar el asunto allí mismo con tal de librarse de su novia, pero sabía que no sería tan fácil. Sobre todo, después de haberle dado largas la noche del asesinato. Esa noche que esperaba ir borrando poco a poco de su cabeza. Habían pasado solo varios días y sentía como si hubiera pasado una eternidad. Por mucho que lo intentara, las palabras de su víctima rebotaban en su cabeza de

un lado a otro como una pelota en un partido de tenis.

Llegaron a la casa de Alfonso tras diez minutos caminando sin hablar nada en concreto. Beca colocó su chaqueta de cuero negro en el perchero de la entrada nada más llegar. La última vez que la dejó tirada en el sofá, su maniática suegra le echó una buena bronca.

«¿Para eso recojo la casa? ¿Para que luego dejéis la ropa tirada por toda la casa?», Beca le tenía mucho cariño, pero a veces era insoportable y se preguntaba constantemente si le caía bien a Mayte.

No estaba muy convencida de cuál era la respuesta correcta. Deseaba tener una suegra que le hiciera más amena la relación. De hecho, el objetivo de Beca era ganarse como fuera la confianza de Mayte para que le ayudase a mantener a flote su relación con Alfonso. Beca no era tonta y sabía que la cosa no iba nada bien. Si conseguía que Mayte le ayudase, todo podría mejorar. ¿Pero cómo podía acercarse a ella? Era una mujer con bastante carácter e imponía, pero Beca necesitaba encontrar su punto débil. Y ese punto era, sin duda, su hijo.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó Alfonso.

—No te preocupes. Voy yo a la cocina y te traigo un vaso de agua para el paracetamol. ¿Está tu madre?

—No. Creo que tenía que hacer algunos recados.

Beca se quedó más tranquila. No era lo mismo moverte por la casa de tu novio sin la suegra de por medio controlando cada paso que das. Era la oportunidad para hablar con Alfonso y solucionar sus problemas. Mientras llenaba el vaso de agua, Beca no pudo evitar sonreír al imaginarse cómo iban a solucionarlos.

Dejó que Alfonso se tomase la pastilla tranquilamente y cerrase los ojos unos minutos. Luego volvió a acariciarle el pelo para calentarle a fuego lento.

—Te quiero —le susurró al oído como si fuese un dardo tranquilizante—. Siento mucho que estemos enfadados. Intentaré ser la mejor novia posible. Te lo prometo.

Alfonso permanecía en silencio mientras la pastilla y las palabras de su chica empezaban a hacer efecto.

—Es mejor que te tumbes en la cama. En este sofá estás muy incómodo.

—Estoy bien aquí —respondió seco.

—Vamos a tu cuarto —susurró Beca.

Alfonso le hizo caso a pesar de que sabía las verdaderas intenciones de Beca. La conocía demasiado bien. No le vendría mal un poco de cariño y, aprovechando que su madre estaba fuera, podrían relajarse tranquilamente. Además, necesitaba limpiar su imagen. Si rechazaba a Beca podría pensar que estaba demasiado afectado por haber matado a aquel marica. Seguramente lo dejaría por no ser lo suficientemente hombre, pero eso no le importaba tanto. Lo peor sería

que Beca esparciera el rumor de lo débil que era y sus amigos se rieran de él. Era algo que no podía permitirse.

Echaron el mejor polvo de toda su tóxica relación. Era, como siempre, la medicina que necesitaban para estar bien el uno con el otro. Esa medicina debían tomarla a menudo para estar mejor de lo que estaban.

Los dos sonreían en la cama. Beca le acariciaba el torso, la parte favorita de su chico. Estaba satisfecha de cómo había empezado esa tarde. Si Beca hubiese leído muchos libros en general y algo de teatro en particular, se hubiese sentido identificada con Lady Macbeth. Como ella, Beca había conseguido guiar a su novio por el camino que le convenía. Pero… ¿Cuánto iba a durar ese buen rollo entre los dos? Mucha gente le había dicho durante su vida que disfrutase del momento. ¿Se puede disfrutar de un momento bueno sabiendo que se va a terminar tarde o temprano? ¿Qué tenía que hacer para estar así siempre?

Habían permanecido callados tanto tiempo que empezaba a ser algo incómodo. La curiosidad mató al gato y estaba a punto de matar a Beca. Necesitaba hacerle muchas preguntas de lo que había sucedido aquella noche. No tenía claro cómo iba a tomarse Alfonso sus preguntas, pero necesitaba intentarlo.

—Ya sé que estuvo mal saltarse la norma, pero ¿cómo fue la sensación de acabar con la vida de esa rata?

La pregunta dejó a Alfonso petrificado y tenía que salir de esa situación lo mejor que pudiera. En ningún momento podía mostrar debilidad, así que exageró un poco sus palabras.

—Fue todo muy rápido. Es verdad que no me siento orgulloso por haber roto una norma que claramente nos habían impuesto, pero… —Miró a Beca a los ojos para que pareciese lo más creíble posible—. Sentí que lo que estaba haciendo era algo bueno. Era un héroe que lo hacía por el bien de muchas otras personas.

—¡Eso es! —gritó Beca. Acto seguido su chico le mandó callar con un beso en la boca para que no la escuchasen los vecinos—. ¡Perdón! Piensa que ese chico seguramente no tuviera solución. Tampoco creo que lo tengan los demás, pero por intentar ayudarles tampoco perdemos nada.

—No te equivoques, Beca. No quiero que los demás crean que ha sido algo muy guay que deben hacer también. Ahora debemos tener muchísimo cuidado y no levantar sospechas.

—Te entiendo perfectamente.

—Y recuerda: no quiero volver a hablar del tema.

—Te entiendo, cariño.

Mientras su chica le miraba con los ojos iluminados por tremenda felicidad, Alfonso salió de la cama desnudo deseando darse

una ducha. Beca, al ver su perfecto físico, se encendió de nuevo y estaba dispuesta a perseguirle para echar otro polvo.

Otra idea le vino a la cabeza y ese polvo podría esperar unos minutos. El sonido del agua empezó a ambientar la habitación. Beca agarró el móvil de Alfonso, no sin antes asegurarse de que no la iban a pillar. Sabía de sobra la contraseña para entrar, ya que desde el principio se dieron mutuamente ese dato como muestra de confianza. Eso y porque Beca no era la primera vez que espiaba el móvil de su chico para asegurarse de que no tonteaba con ninguna zorra.

Esta vez no quería ver los mensajes ni llamadas. Esta vez buscaba un vídeo en concreto: el vídeo que deben grabar durante cada sesión con sus pacientes. No fue difícil encontrarlo ya que estaba entre los últimos. Deseaba con todas sus fuerzas verlo completo, pero no podía arriesgarse y estaba segura de que Alfonso la pillaría.

Mientras el vídeo se pasaba lentamente de un móvil a otro, Beca miraba hacia el baño para asegurarse de que no la descubría.

«Menos mal que no lo había borrado», pensó sonriendo.

Lo hubiera matado si lo hubiese borrado sin enseñárselo primero a los demás. Aunque los demás le daban igual, ella tenía derecho a ver cómo su novio se cargaba a uno de esos maricas. Estaba pensando qué tipo de vino se iba a beber con tremendo espectáculo.

«¿Cuántas veces lo veré?», se preguntó. «Espero que tenga un buen ángulo y se vea lo máximo posible, aunque me conformo con el sonido y los gritos de ese marica pidiendo que lo dejen vivir. Debe ser fantástico».

Beca recordó que su chico lo había matado con un jarrón enorme, así que esperaba un final brusco y que lo previo a la muerte fuera excitante.

El agua de la ducha se cortó tan rápido como la respiración de Beca al ver que todavía tenía el móvil de su novio en la mano y que estaban a punto de pillarla.

Alfonso agarró la toalla y empezó a secarse. El vídeo aún no se había descargado del todo y se había atascado cuando le quedaba tan solo un dos por ciento. Su novio estaba prácticamente seco y solo le quedaba el pelo. Beca empezaba a desesperarse. Faltaba un uno por ciento para descargarse. Alfonso se había secado el pelo. Con la mano apartó el vapor de agua del espejo y dedicó unos segundos a mirarse y a colocarse el cabello. Al quedarse satisfecho con su imagen, se anudó la toalla a la cintura y estaba a punto de salir del baño. Descarga completada. Beca dejó el teléfono justo donde estaba y, como buena actriz que era, fingió reírse con un video tonto de un gato que maullaba de manera extraña.

Alfonso volvió más sexy que nunca y se quitó la toalla poco a poco mostrando de nuevo su cuerpo desnudo.

—¿Lista para un segundo asalto? —Se lanzó encima de Beca y de nuevo empezó la acción.

Beca estaba radiante. Sonreía mientras le arañaba la espalda a su chico y era penetrada de nuevo. Pidió con todas sus fuerzas que su relación no acabase nunca. Quería vivir en ese momento toda su vida.

«¿Y si Alfonso decide dejarme?», pensó. «Eso no va a pasar. Nunca se atrevería a hacerme daño y mucho menos ahora que tengo la prueba en mi teléfono de que es un asesino».

Capítulo 10.
¡Vamos a jugar a un juego!

Mario y el fantasma de Álvaro jugaban en la cama a una apasionante guerra de cosquillas. Los dos miraban hacia el techo mientras sus risas iban muriendo poco a poco y empezaban a ponerse melancólicos de repente. ¿Hasta cuándo iba Mario a mantener esa farsa? Su relación con un fantasma tenía los días contados y esperaba que después de lanzar las cenizas de Álvaro encontrase la manera de liberarse de esa especie de tara que llevaba encima.

El fantasma no paraba de mirarle fijamente. Mario conocía perfectamente a su ex, aunque ahora podía decirse que volvían a ser pareja, y no le resultaba difícil recrear en su cabeza los mínimos detalles para hacer real aquella fantasía que se había montado en casa. Álvaro seguía mirándole con cara de pillo y sabía que su mente rebelde estaba planeando alguna travesura.

—¿Qué miras? —preguntó Mario con miedo de conocer la respuesta.

—Estoy pensando. —La mano de Álvaro recorrió lentamente el torso de Mario y no se detuvo hasta darle un pequeño pellizco en el pezón derecho.

—Cuando piensas mucho no acaba pasando nada bueno.

—Me apetece jugar a un juego.

—A ver… ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

Álvaro siempre se encargaba de inventarse juegos para mantener viva la relación. Era algo que le había obsesionado siempre. No quería aburrirse de estar con Mario, aunque intuía que tarde o temprano podría pasar. Álvaro necesitaba estar en movimiento, mientras que Mario estaba más estancado, era feliz como estaba y no tenía intención de seguir avanzando. Su peor enemiga era la zona de confort.

—No es nada sexual ni nada por el estilo. Es una ronda de preguntas. Me apetece que nos sinceremos ahora que estoy muerto.

Mario se quedó impactado al oír de la boca del fantasma esa última frase y Álvaro se dio cuenta.

—¿Qué? ¿Acaso pensabas que no era consciente de que estoy muerto?

—No, no es eso. Es que tu muerte sigue siendo muy dura y duele mucho más dicha por ti.

—¡Bah! No estropees este momento. Déjate llevar. —Álvaro le dio un largo e intenso beso en la boca. Mario cerró los ojos—. ¿Quién empieza con la ronda de preguntas?

—Empieza tú que eres el que tiene tantas ganas de jugar.

—¡Estupendo! Primera pregunta: ¿alguna vez me fuiste infiel?

—¡Joder, empiezas fuerte! Sabes perfectamente que no, que te quería y te quiero con locura y jamás sería capaz de hacerte daño.

Álvaro empezó a reírse de una manera un tanto desagradable mientras Mario luchaba con todas sus fuerzas por no llorar. El juego de las preguntas acababa de empezar y no tenía pinta de acabar muy bien.

—¿Y tú? ¿Me fuiste infiel alguna vez? —Mario preguntó con gran seriedad y con miedo de conocer la respuesta.

—Tú crees que sí, ¿verdad?

—Quiero pensar que nunca lo has hecho, pero en el fondo de mi corazón sospecho que sí.

—Ya da exactamente igual. Nunca conocerás la respuesta porque estoy muerto y ahora solo soy el producto de tu imaginación.

Todo lo que había dicho era verdad e indiscutible, pero a Mario le pilló por sorpresa esa reacción. Ni su relación fantasiosa le estaba saliendo bien. Su propia imaginación se estaba revelando y empezaba a no gustarle ni un pelo.

—¡Siguiente pregunta! —dijo Álvaro poniéndose de pie en la cama imitando a un presentador de concurso mientras Mario se acomodaba en la cama y se sentaba con la espalda pegada a la pared —. ¿Te sientes culpable?

—¡Para! Estoy harto de este estúpido juego y no sé lo que te pasa. Tienes que hacer lo que yo te diga, no puedes improvisar estupideces.

Mario salió de la cama y cerró la puerta antes de que Álvaro le persiguiese. Esperó un rato para ver si se había librado de ese fantasma molesto. La respuesta parecía ser afirmativa. Permanecía apoyado en la puerta de la habitación, sorprendido de lo fácil que había sido quedarse en silencio.

Fue en ese momento cuando un pequeño ruido que provenía de la puerta principal de la casa hizo a Mario entrar en alerta. Repetidamente el ruido hizo acto de presencia. No hacía falta ser muy listo para entender que ese sonido era provocado por uno o varios nudillos. Le acompañaron unos susurros tan leves que apenas pudo entender lo que decían.

Mario se acercó muy despacio y de puntillas hacia la puerta. Por suerte, estaba descalzo y sería más fácil moverse sin dar alguna pista de que estaba en ese momento en casa. Cinco pequeños y lentos pasos después, Mario se situó cerca de la puerta, pero sin pegar la oreja del todo. El sonido de los nudillos ya había cesado y dejaron paso a las palabras que seguían susurrando. Esta vez las pudo entender perfectamente.

—¿Estás ahí Mario? No te olvides de nosotros. Seguimos aquí cuidando de ti para que no te desvíes del camino. ¿Me estás escuchando? No hagas ninguna tontería.

Mario no pudo evitar acordarse de la mítica escena de *El resplandor* en la que el protagonista, Jack Torrance, destrozaba la puerta con un hacha y metía la cabeza entre el hueco. Conocía perfectamente al chico que le estaba amenazando sutilmente al otro lado de su puerta. Le aterraba que se hubieran atrevido a volver a su casa y el horror no le dejó moverse hasta unos cuantos minutos después. ¿Debía contestarle? ¿Debía decirle que se estaba portando bien y que le dejaran en paz de una vez? Prefirió elegir el silencio. Su corazón latía tan fuerte que estuvo a punto de salirse de su pecho.

Un fuerte golpe, con lo que pareció ser un puño, puso punto final a las palabras de ese malnacido. Escuchó cómo ese monstruo se marchaba lentamente y su corazón se iba tranquilizando despacio dejando un rastro de terror a su paso.

«¿De verdad se ha ido o está escondido esperando a que salga?».

No pensaba salir a comprobarlo. No estaba preparado para encontrarse de frente con ese chico. La última vez que lo vio fue en su anterior trabajo. El chico apareció en el supermercado en mal momento y le puso nervioso. Por culpa de su estúpida compañera y ese monstruo perdió su trabajo.

¿Qué podía hacer? No podía seguir así mucho tiempo, pero tampoco podía arriesgarse a pedir ayuda. Álvaro siempre le repetía una y otra vez que debía ser más valiente en la vida y le jodía porque tenía toda la razón del mundo.

Por ahora, Mario decidió sentarse en el suelo con las manos en la cara. Cerró los ojos intentando borrar lo que estaba ocurriendo como por arte de magia. En su cabeza se repetían en bucle las palabras del chico que acababa de irse.

Si no recordaba mal, se llamaba Jorge o algo parecido. El nombre del chico le llevó de la mano hasta el recuerdo de la tarde en la que comenzó su pesadilla. Su casa comenzó a transformarse en un lugar poco apetecible. En su mente, las paredes comenzaron a llenarse de una especie de moho negro y espeso, destrozando la fantasía de vida que había creado con Álvaro. Una vida falsa y sin sentido que iba a desmoronarse por todos lados. Era como una barrera protectora que había creado para sentirse a salvo de la realidad. Mario agarró su cabello con las dos manos y emitió un leve grito que le salió de las entrañas. Rabia, terror y asco se mezclaron en un cóctel frenético. Sentía que su cabeza iba a explotar de un momento a otro.

Mario se tumbó boca arriba en el suelo del pasillo sin importarle el tiempo que perdiese allí. Cerró los ojos con la intención de borrar de golpe su sufrimiento. Una voz le decía que la solución era fácil: un

bote de pastillas, el abrazo de una cuchilla contra sus venas… Tenía muchas soluciones a su alcance, pero era demasiado cobarde para eso. ¿O demasiado valiente? Era incapaz de elegir la respuesta.

Cuando abrió los ojos se dio un susto de muerte al ver a Álvaro de pie y observándolo con una risa espantosa.

Capítulo 11.
Los extraños

Después de dar golpecitos con sus nudillos en la puerta y susurrar algunas frases para acojonar a Mario, Jorge salió sonriente y tranquilo. Mientras bajaba los peldaños uno a uno, empezó a darle una risa tonta solo de imaginarse la cara de miedo que debía haber puesto ese maricón. Estaba seguro de que estaba en la casa porque le había escuchado hablar poco antes de usar sus nudillos contra la puerta.

Salió del edificio con una sensación de poder absoluto, de tener la sartén por el mango. Sacó su teléfono móvil y escribió en el grupo de WhatsApp de los colegas.

«Todo ok en casa del paciente número uno».

El primero de sus pacientes y esperaban tener muchos más. De hecho, su meta era crear un movimiento grande para limpiar sus barrios de esa gentuza. Lo hacían por el bien de todos.

A Jorge le jodía tener que parar porque Alfonso la hubiese cagado. En parte lo entendía. Si a él se le pusiese tonto uno de esos maricas también se le iría la mano. Estaba totalmente convencido de que una buena hostia se escaparía. Alfonso se había saltado una norma importante y debían esperar a que pasase la tormenta para captar a nuevos chicos perdidos. No quedaba otra que esperar. No podían conseguir a gente nueva, pero sí podían seguir divirtiéndose con los que tenían.

Recordó lo emocionante que fue la primera vez y lo bien que salió todo. Parecía una película de Tarantino. Le flipaban esas pelis.

El día en el que Alfonso y Jorge aparecieron en la vida de Mario para ponerlo todo patas arriba, hacía un frío de mil demonios. Alfonso había quedado con Mario a través de una famosa aplicación para ligar. Era un lugar asqueroso. Encontraban a gente de lo más desagradable y eso les motivaba a seguir con la causa.

Mario parecía una presa fácil para empezar. Los dos estaban muy nerviosos porque no podían permitirse ningún fallo. Lo más importante era que cuando terminasen su primera aventura el chico no podía llamar a la policía.

Alfonso quedó con Mario a las nueve de la noche y, por supuesto, no fue solo. Pensaron que sería más acojonante si lo hacían juntos. Desde pequeños, Jorge y Alfonso habían compartido todo y esa experiencia no podía ser menos.

Mario abrió la puerta, nervioso, y sus ojos comenzaron a brillar al ver el gran atractivo de su primera cita después de la ruptura con

Álvaro. Nunca llegaría a imaginar lo que ocurriría minutos después y mucho menos se hubiese podido imaginar que semanas más tarde su ex moriría a manos de ese chico tan atractivo.

Alfonso y Jorge improvisaron más de la cuenta, aunque tenían pactadas algunas partes. Lo importante era que Alfonso debía deshacerse de Mario para dar paso a Jorge.

—¿Tienes un vaso de agua? Tengo la garganta seca —dijo Alfonso acariciando la mejilla izquierda de Mario.

—¡Ahora mismo te lo traigo! De hecho, te voy a traer una buena jarra porque te va a hacer falta, cariño. Te vas a cansar.

Mario se dirigió a la cocina arrepintiéndose de no haber besado ya a su cita. A pesar de su deseo, por su cabeza no paraba de aparecer el rostro de Álvaro.

—¡Olvídate ya de él, joder! —susurraba mientras sacaba la jarra del mueble de la cocina.

Mientras el agua salía del grifo y llenaba poco a poco la jarra, Alfonso aprovechó para acercarse a la entrada y abrir la puerta para que entrase Jorge. Los dos se morían de risa, de tal manera que parecía que no habían hecho nada tan divertido en sus vidas.

Cuando Mario volvió de la cocina, no entendía muy bien lo que estaba ocurriendo. En su casa ya no solo estaba esperándole el chico atractivo, sino que había otro de pie apoyado en la pared. Ese chico también era bastante mono, con el pelo castaño y más o menos de la misma altura que el otro. Mario tragó saliva porque, aunque en sus sueños ese momento podría haber sido el comienzo de algo bastante morboso, no le hizo gracia que dos extraños estuvieran en su casa y mucho menos que uno de ellos estuviera allí sin ser invitado.

—¿Te apetece un trío? —Jorge no esperaba que Alfonso dijera eso. Se miraron mutuamente y empezaron a reírse a carcajadas y estuvieron a punto de llorar de la risa.

—¿Qué es esto? ¿Una broma? —Mario soltó la jarra de agua en la mesa, lo bastante cerca para agarrarla en caso de que le hiciese falta.

—¡Qué va! ¡Esto es algo muy serio! —Alfonso se acercó lentamente a su víctima.

Mario agarró de nuevo la jarra con la intención de tirarle el agua encima al chico que se estaba acercando a él con cara de loco.

—¿Qué vas a hacerme con eso? ¿Provocarme un resfriado? —Los extraños volvieron a mirarse y sus carcajadas llenaron la estancia por segunda vez.

—¡No te acerques! ¡Y largaos de mi casa!

Jorge, que por ahora solo era un simple espectador, decidió entrar en escena y divertirse un poco. Le estaba molestando que ese marica pensase que eran gilipollas.

—¡Vamos a ver! —Jorge derribó la jarra de un guantazo y agarró a Mario del pelo.

Como un acto reflejo arrancado por el horror de la situación, Mario empezó a gritar, provocando que Jorge lo agarrase del cuello con fuerza. Lo lanzó contra el suelo y continuaron riéndose a su costa.

—¡Ponte de rodillas! —dijo Alfonso entre dientes.

Mario se quedó paralizado sin saber muy bien lo que le iban a hacer esos dos desconocidos. Se sentía indefenso y humillado, pero no le quedaba otra.

—¡Ponte de rodillas! —gritó Alfonso con impaciencia—. ¡Eso es! Muy bien. Así nos gusta.

Jorge y Alfonso se miraron emitiendo de nuevo aquellas asquerosas risas de niñatos de colegio que se salen con la suya, creyéndose los dueños de todo. El primero que le agarró la cabeza por la parte de la nuca fue Alfonso.

—¡Toma, maricona! Te gustaría comerme la polla, ¿verdad? —Acercó la cara de Mario a su paquete y la restregó durante unos segundos. La cremallera de su pantalón vaquero arañó levemente la cara de Mario cerca del ojo derecho.

Mario intentaba alejarse con todas sus fuerzas, pero fue imposible. Luego, le agarró del pelo y le escupió en la cara.

—¿También te gustaría comérmela a mí? —dijo Jorge. Las raíces de su cabello estaban estiradas al máximo y en peligro de extinción.

—Mira cómo llora el marica.

Jorge, para no quedar atrás, le escupió de nuevo en la cara. Lo siguiente se trató de un simple ejercicio de improvisación. Los extraños se hicieron fotos mutuamente con su primera víctima. Cuando terminó el reportaje fotográfico, dejaron a Mario tumbado en el sofá llorando y con una actitud traumática mientras ellos revisaban el resultado de las fotos.

Habían hecho un total de treinta fotografías. En ellas habían probado distintas posiciones. Las favoritas de los dos eran unas en las que Mario estaba rezando con lágrimas en los ojos.

Había muchas fotos que podían aprovechar para el futuro álbum que querían crear. Alfonso estuvo a punto de borrar algunas que estaban borrosas y Jorge lo detuvo.

—No borres ninguna hasta que no las vean los demás. No tienen desperdicio. —Jorge se sentó en el sofá donde Mario estaba callado y tiritando de miedo. Alfonso imitó el movimiento de su amigo y se sentó en el otro extremo dejando a Mario en el centro.

Jorge se levantó inesperadamente del sofá provocando que Mario diese otro estúpido brinco.

Mientras Alfonso le susurraba frases dañinas al oído, Mario vio cómo Jorge agarraba su cartera de la mesa del salón y sacaba su DNI.

Le hizo una foto por delante y luego por la parte trasera. Cuando terminó ni siquiera se molestó en volver a guardarlo en la cartera. Lo que sí hizo fue abrirla de nuevo para llevarse un par de billetes de diez euros.

—¡Tú! ¡Suelta eso! —Alfonso se puso de pie—. No te equivoques. Hemos venido a otra cosa, no a robar. No somos ladrones de mierda.

—Es solo una propina por…

—¡Suelta el puto dinero! —Alfonso masticó cada palabra.

Por un momento la tensión entre ellos se hizo visible en el ambiente. Jorge mantuvo una mirada enfadada y firme hacia su mejor amigo. No le hizo ni pizca de gracia que le hablase de esa manera delante de aquel mierda. Pero como siempre que se enfadaban, no tardaría en perdonarlo porque eran como hermanos.

—¡Vale! Suelto el puto dinero. Total… eran veinte euros de mierda… —Como hizo anteriormente con el DNI, tiró los billetes en la mesa.

—Vámonos ya. No tengo más ganas de perder el tiempo con este cerdo. —Alfonso empezó a recoger sus cosas, no sin antes dejarle claro a Mario que no estaban de broma—. No te creas que esto ha terminado aquí. No vamos a parar de visitarte hasta que dejes de follar con tíos.

—¿Le has entendido? O te lo tengo que repetir yo. —Jorge volvió a agarrarle del cuello. Mario, con un llanto desesperado que le provocaba un temblor en su boca, afirmó con fuerza, deseando que esa pesadilla terminase.

Los extraños se fueron dejándole la dignidad por los suelos. Por lo menos tuvo suerte y salió con vida de aquella pesadilla.

Mario tuvo que esperar unos días para tranquilizare y esperar a que las marcas desaparecieran de su cuello. No fue difícil librarse de sus amigas, ya que aprovechó su ruptura con Álvaro como excusa. Esa carta se le estaba agotando y tarde o temprano debería seguir con su vida. Solo salía a la calle a trabajar y, por suerte, el supermercado estaba cerca de su casa.

Salir a la calle le provocaba ansiedad. Detrás de cada esquina podrían estar esos extraños y podían agredirle. Mientras caminaba, observaba las caras de los transeúntes que pasaban a su lado. Varias personas le miraban y no sabía el motivo. Seguramente veían el miedo en sus ojos y en la actitud de su cuerpo.

A su cabeza le vino de repente un recuerdo. Siempre les decía a sus amigos de broma que ser gay era muy difícil porque si un chico te miraba nunca sabías si le gustabas o quería matarte. Ahora, esas palabras no tenían ninguna gracia. Cualquier chico podría hacerle daño. ¿Y si venían persiguiéndole? Ese pensamiento le hizo mirar a sus espaldas. Solo vio a una señora de unos sesenta años que llevaba

unas bolsas de la compra y un chico que hablaba por teléfono. El chico no parecía ser una amenaza, pero la duda no desaparecía de su mente. Al volver la mirada al frente, esquivó magistralmente un pequeño árbol que había en la acera. Lo que le faltaba. Darse una hostia contra un árbol en mitad de la calle y que todo el mundo se riera de él.

Varios días después, mientras estaba viendo la televisión, escuchó un ruido extraño. Al principio pensó que provenía de la serie que estaba viendo. La misma que Álvaro veía los jueves con Mercedes. Bajó el volumen y escuchó atentamente esperando escuchar el ruido de nuevo.

El sonido no salía de la televisión y lo fue buscando lentamente como un perro que sigue el olor a comida. Se paró en mitad del pasillo y descubrió que el ruido provenía del otro lado de la puerta de la entrada. No necesitaba escuchar nada más para saber quién o quiénes eran los que estaban al otro lado.

—¡Ábrenos la puerta! ¡Sabemos que estas dentro! —susurraban.

La voz la reconoció perfectamente. Era el chico que intentó llevarse su dinero. Los dos estaban al otro lado de la puerta y no tenía pensado abrirles por nada del mundo.

«YA SE MARCHARÁN», PENSÓ.

Los nudillos siguieron golpeando la puerta, cada vez más fuerte. Mario sintió cómo los pelos se le pusieron de punta y volvió a temblar como aquel día en el sofá. No quería pasar de nuevo por ese calvario.

—Te juro que si no nos abres va a ser mucho peor. Solo venimos a echar un vistazo y a proponerte un trato.

La situación era increíble a la par que aterradora. Mario seguía inmóvil delante de la puerta. Acercó su mano lentamente hacia el pomo, pero su cabeza le preguntaba una y otra vez que si estaba loco.

—¡Abre la puta puerta, no nos hagas perder el tiempo! —Esta frase fue pronunciada con otra voz distinta. Mario estaba convencido de que era el chico que parecía estar al mando. Su mano agarró el pomo y abrió a pesar de que su voz interior insistía en que no lo hiciera.

Obligaron a Mario a entrar en el domicilio y la espera los había cabreado bastante. Eso era una mala señal.

—¿Por qué has tardado tanto en abrirnos? —Para reforzar su intimidación, Alfonso tiró un marco de foto que había en una mesita pequeña que había en la entrada. El marco se cayó y el cristal se rompió por la esquina inferior derecha. La foto, que quedó boca arriba, mostraba a Mario, Nerea, Laura y Álvaro. Fue como una señal de que todo iba a cambiar. Todo iba a irse a la mierda.

Alfonso y Jorge entraron a la casa con toda la confianza del mundo. Tiraron sus chaquetas en el sofá y permanecieron de pie con

los brazos cruzados y con pose amenazadora. Mario los siguió con la cabeza agachada, como si fuese su perrito faldero.

—¡Te he hecho una pregunta! ¿Por qué cojones has tardado tanto en abrirnos la puerta? ¿Acaso estabas pensando en no abrir?

—Estaba en el baño.

—No nos mientas. Ni se te ocurra mentirnos. —Jorge rompió su postura y se acercó lentamente a Mario—. ¿Te crees que esto es un juego?

—¿Pero qué queréis de mí? —Mario mantuvo su mirada abajo y pronunció esas palabras suavemente como si intentase no despertar a una temible bestia.

—Alfonso, recuérdale las tareas que tiene pendiente. Y que sea la última vez que te las repetimos.

Obligaron a Mario a coger papel y boli y le explicaron las normas que debía seguir. Se las fueron dictando lentamente. La mano de Mario que agarraba el bolígrafo temblaba ligeramente, lo que provocó de nuevo unas horribles risas.

—¿Ya lo tienes todo apuntado? Repásalo para que no se te olvide nada importante.

Mario agachó la cabeza impotente por la situación y comenzó a leer uno por uno los puntos que le habían dictado los extraños…

- No hablarás con nadie sobre esto y mucho menos con la policía. Allí tenemos a *topos* y nos enteraremos de lo que haces.
- Dejarás de mantener relaciones con hombres, es el pecado más grande.
- Nos obedecerás sin rechistar y sin oponer resistencia.
- No usarás banderas arcoíris ni otra simbología parecida.
- En ningún momento detendrás el tratamiento que acabamos de empezar contigo.

No podía creer lo que estaba leyendo, parecía una estúpida broma. Mario había escuchado noticias en televisión que eran auténticas barbaridades, pero era en otros países, lejos de su ciudad. Le había tocado vivir una situación traumática. No sabía cuándo terminaría ni cómo, pero no pintaba nada bien.

—Hoy no hemos venido solo a comprobar que esté todo bien, sino que se nos ha ocurrido una idea genial. En realidad, la idea ha sido de mi compañero. ¡Cuéntale tu gran idea, Jorge! —Alfonso se dio cuenta rápidamente de que había cometido un error al mencionar el nombre de su amigo, pero ambos disimularon.

—Bien, escucha atentamente. Te advierto que no aceptamos un no por respuesta. Vas a hacer lo siguiente… —Jorge le agarró la oreja y le susurró el plan que se les había ocurrido.

Los extraños, que cada vez tenían más confianza con su primer paciente, salieron de la casa de nuevo con una gran sonrisa en la boca.

Orgullosos del trabajo que estaban haciendo, caminaban tranquilamente, relajados y comentaban la segunda dosis del tratamiento de Mario.

—Me ha encantado cuando le has dicho que teníamos un *topo* en la comisaría, casi me da un ataque de risa —dijo Jorge colocando su brazo por encima del hombro de su mejor amigo.

—¡Ya te digo! Y cómo se lo ha tragado el mariquita ese… —Las risas reinaron la calle—. Hay que meterle todo el miedo que podamos, no podemos arriesgarnos.

—¡Bah! Ese no tiene cojones de decirle nada a nadie. ¡No ves que es un enclenque! Hiciste muy bien en captarlo.

—Yo también lo creo, pero que nadie se confíe. Nosotros sí tenemos un par de huevos y vamos a por todas. Nos la estamos jugando por ir con la cara al descubierto.

—¡Suenas como una nenaza! —Jorge le dio varios puñetazos de broma en el brazo.

—¡A que te reviento!

Iniciaron una de esas peleas que tanto les gustaba hacer desde pequeños. Alfonso se cabreaba fácilmente y eso a Jorge le divertía. Los dos amigos, casi hermanos, dieron una imagen por la calle de buen rollo y de pura amistad.

Capítulo 12.
Un helado con sabor a pasado

Mercedes apagó el televisor sumida en una gran tristeza. Acababa de hacer *zapping* por todas las cadenas buscando los telediarios. Hacía semanas que no los veía porque siempre encontraba la foto de su hijo y titulares dolorosos en los que muy pocas veces se aportaba información nueva.

Ahora el dolor era distinto. Ya nadie hablaba del asesinato de su hijo, ya no interesaba. El morbo del principio se había disipado de repente. Ahora solo sufrían los familiares y amigos.

«¿Y EL ASESINO?».

Seguía en la calle porque la policía no tenía ninguna pista. A su hijo lo habían matado por ser homosexual y ese loco seguía suelto.

«¿Y SI VOLVÍA A MATAR?».

No quería ni imaginarse otros casos como el suyo. Otras madres rotas de sufrimiento. Y al pensar en esas madres imaginarias no pudo evitar acordarse de nuevo de la madre del asesino, si es que existía.

En su mente había imaginado a esa mujer de distintas formas, pero la imagen que más se le repetía era la de una ama de casa con el pelo negro y largo. Una mujer muy parecida a ella misma. De hecho, a veces se veía como la madre del asesino. Era como si se mirase en un espejo y el reflejo cobrase vida. En un sueño, Mercedes y el reflejo se abrazaban y lloraban desconsoladamente.

Mercedes no quería morirse sin conocer al asesino y a su madre. Al asesino no lo perdonaría jamás, pero necesitaba hacerle una pregunta:

«¿POR QUÉ LO HICISTE?».

En cuanto a la madre, le gustaría preguntarle:

«¿QUÉ TIPO DE EDUCACIÓN LE HAS DADO A TU HIJO PARA QUE HICIERA LO QUE HIZO?».

Tenía en su cabeza la imagen de aquella mujer, pero no había encontrado una imagen clara del asesino. Normalmente lo imaginaba con una capucha negra y con una especie de máscara con el símbolo de interrogación.

—Tengo que dejar de ver tantas series —pensó sintiéndose totalmente ridícula.

Salió de casa sin ninguna ruta en concreto. Solo quería caminar, sentir el viento en la cara y perderse por un momento.

Poco a poco comenzó a notar cómo su cuerpo se iba relajando y sus pulmones se llenaban. A pesar de que el paseo la estaba tranquilizando, por su cabeza no paraban de pasar imágenes de todo tipo: las cenizas, los objetos de su hijo ardiendo para convertirse en

futuras cenizas, el cuerpo de su hijo desnudo, el consolador rojo, el jarrón roto en mil pedazos, el pequeño río de sangre que brotaba de la cabeza de Álvaro… Mil piezas de puzle desordenadas y sin sentido alguno.

Decidió sentarse un rato en un banco junto a un parque repleto de niños. No pudo evitar sonreír al ver los pequeños divertirse y llenar la calle de gritos. Por un momento, visualizó a Álvaro jugando con los otros niños cuando tenía cuatro o cinco años. El tiempo pasaba tan rápido… Sin embargo, después de la muerte de su hijo, los días se hacían largos y pesados como el cemento. Avanzar en el día a día era una monstruosa tortura. Era como un castigo infinito en el infierno. ¿Superaría algún día todo eso? La respuesta no podía ser positiva, pero poco a poco debía continuar con su vida.

«¡LA VIDA SIGUE! ¡A TU HIJO NO LE GUSTARÍA VERTE ASÍ!», LE REPETÍAN UNA Y OTRA VEZ LAS VECINAS DEL BARRIO.

Era una frase que aborrecía de las veces que se la habían repetido. No existía nada para consolarla. ¿Tan difícil era abrazarla y decirle te quiero sin necesidad de buscar frases tan típicas que no servían para nada? Claro que debía seguir adelante por su hijo, pero estaba lejos de conseguirlo. ¿Cuándo alcanzaría una estabilidad media? ¿Cuándo atrapasen al asesino y pagase su condena? Eso ayudaría bastante, pero no encontraría la paz de forma completa.

Uno de los niños que jugaban en el parque le dio sin querer un pelotazo en el brazo derecho y la sacó de golpe de aquella tormenta de ideas. El niño se acercó lentamente avergonzado para pedirle disculpas.

—No pasa nada, cariño. Ten cuidado la próxima vez. —Acarició la mejilla del pequeño con dulzura. Ese niño era muy parecido a Álvaro. ¿O se lo estaba imaginando? El chiquillo salió corriendo hacia sus padres que le esperaban impacientes.

Mercedes llevó la mano hacia su tripa como cuando estuvo embarazada. Era como si intentase acariciar los restos de cenizas que se encontraban aún en su estómago. Era una locura, pero seguía con la idea de que iba a volver a tener a su bebé, a su pequeño Álvaro.

Otro de los niños que jugaban en el parque empezó a gritarle a sus padres que quería un helado. Lo que hizo que a Mercedes se le antojase uno.

En la vitrina había todo tipo de sabores, incluso había algunos que ni sabía de qué sabor eran. El niño que gritaba estaba ya pidiendo con ansias su helado de chocolate y Mercedes tenía poco tiempo para elegir el suyo. Tenían tan buena pinta que le apeteció probarlos todos.

El niño y sus padres se marcharon con sus respectivos helados y el niño ya llevaba la boca llena de chocolate y una mancha resaltaba en su camiseta blanca de Pokémon.

No podía parar de mirarle. ¿Empezaba a obsesionarse con los

niños? Lo que le faltaba.

—¿Tarrina o cucurucho? —le preguntó la dependienta que mascaba chicle y llevaba unos pendientes excesivamente grandes.

—Pues mira… como quiero probar varios, ponme una tarrina mediana de stracciatella y dulce de leche, por favor.

En la pegatina de la tarrina vio el precio y comenzó a sacar monedas de su cartera, pero una voz que reconoció en ese mismo momento apareció detrás de ella.

—Invito yo. —La voz parecía bastante *sexy*, tal como la recordaba.

Mercedes se giró y se llevó una grata y amarga sorpresa a la vez. Se quedó sin palabras y ni siquiera intentó evitar que la invitasen al helado.

—A mí ponme un cucurucho de fresa —dijo el hombre.

Pagó con tarjeta de crédito y cogió su cucurucho. Mercedes aún no había pronunciado ni una palabra. Solo le miraba de arriba abajo con la boca entreabierta y el corazón acelerado.

—¿Te apetece sentarte en ese banco y charlar un rato conmigo?

Mercedes optó por seguir en silencio y decantarse por afirmar con la cabeza como una boba.

Sentados en el banco se comían sus helados sin hablar demasiado. Los niños ya se habían marchado y el parque estaba en silencio. Era como si todo el mundo se hubiese largado para dar intimidad a ese importante reencuentro.

—Siento muchísimo lo que ha pasado… No podía creérmelo cuando lo vi en televisión.

Mercedes no solo seguía sin responder, sino que tampoco era consciente de lo que estaba ocurriendo. Había salido de casa para despejar su mente y separarse de las historias de ficción a las que estaba enganchada y, en lugar de tranquilidad, se encontró de pronto con alguien inesperado. El pasado le dio una bofetada que la dejó sin palabras. Estaba empezando a hartarse de que la vida le sorprendiera. ¿Qué sería lo siguiente?

Los helados empezaban a derretirse y la conversación no había avanzado mucho más. En un día soleado cualquiera, Mercedes se encontraba en un banco junto a su primer amor, el padre de Álvaro. Ese padre que no quiso saber nada de su hijo y que ahora le invitaba a un helado y le daba el pésame como si no hubiera pasado nada.

—Sé que el daño que te hice ya no tiene remedio y que ahora es mucho más que tarde para pedir perdón. Era muy joven y tenía miedo…

Los ojos de Mercedes se inundaron de lágrimas. Intentó evitar que esas lágrimas no se deslizasen por su cara y mucho menos quería que Julio la viese llorar.

—Ya da igual lo que diga porque ha pasado mucho tiempo, pero esta conversación era muy necesaria. Fui un cobarde. Todo habría sido distinto si no hubiese salido corriendo como un gallina.

Seguía hablando como un disco rayado sin apenas probar su cucurucho. Gotas de helado de fresa manchaban sus pantalones como si se tratase de un grifo mal cerrado que goteaba.

—Yo ya te perdoné y te olvidé hace tiempo. No lo hagas más difícil porque ya no puedo soportar tanto dolor —dijo por fin Mercedes.

Las manos de Mercedes comenzaron a temblar y Julio, arriesgado, le agarró la mano que tenía encima de su pierna. Para su sorpresa, Mercedes no la apartó y su llanto reventó en mil pedazos.

—Nos han matado a nuestro hijo, Julio. Lo han matado de una manera horrible.

Julio no pudo evitar emocionarse. Sintió la necesidad de abrazarla, pero ese paso era demasiado atrevido para aquel reencuentro. Eligió con mucho cuidado sus siguientes palabras. ¿Qué podía decirle a la mujer que había abandonado con un niño que acababa de ser asesinado?

—¿Cómo era?

—¿Qué? —preguntó Mercedes confusa.

—¿Cómo era tu…? —Julio reculó sin estar muy seguro de lo que iba a decir—. ¿Cómo era nuestro hijo?

Mercedes hizo una pequeña pausa para asimilar lo que acababa de escuchar. Julio llevaba toda la razón. Álvaro también era su hijo, pero al oírlo por primera vez recibió un duro golpe.

—Lo que te diga se me va a quedar corto. Era un niño maravilloso. Sé que suena muy típico que una madre diga eso de su propio hijo, pero es la verdad. Nunca se metía en ningún lío, sacaba buenas notas, era divertido, y teníamos una relación no solo de madre e hijo, sino que también éramos muy amigos. ¿Qué padres pueden decir eso?

Mercedes comenzaba a alterarse.

—¿Le hablaste de mí? ¿Sabía lo que hice? —Una mano gigante agarró el pecho de Julio y esperaba que la respuesta fuera dolorosa.

—Como ya te dije, éramos buenos amigos. Para que esa relación fuera sana y sincera teníamos que contarnos la verdad siempre. Era la promesa más importante que nos habíamos hecho, por lo tanto, la respuesta es sí. Le hablé de ti. Le dije que no quisiste hacerte cargo de un niño siendo tan joven y que desapareciste. Hasta hoy. Y me encargué de que lo entendiera desde el principio. Quise que supiera que era una situación difícil y que por eso escapaste de la realidad. No lo hice por ti, claro. Lo hice para que cuando fuese mayor no pensase que su padre no lo quería y eso le crease cualquier tipo de tara

mental.

De repente, Mercedes se levantó, tiró a la papelera la tarrina de helado que apenas había probado. El helado derretido estaba esparcido en sus manos, en su vestido, en el banco…

—Necesito estar en paz —dijo mirando fijamente al padre de su hijo—. Por eso te perdoné hace mucho tiempo. Ojalá…

Mercedes agachó la cabeza para evitar decir que ojalá hubieran sido una familia feliz, pero se dio cuenta de que decir eso era un error porque su hijo y ella habían sido muy felices igualmente. Sin decir nada más continuó su camino. Respiró profundamente mientras dejaba atrás a su primer amor, el cual no le quitaba el ojo de encima, triste y ensimismado, pero con un poco más de paz.

Lo primero que hizo Mercedes cuando llegó a casa fue quitarse los zapatos.

«La próxima vez que quiera dar un paseo, usaré unas zapatillas más cómodas», pensó mientras masajeaba sus pies con delicadeza.

Un pensamiento fugaz cruzó su mente y se sintió culpable por ello. Pensó:

«¿Qué hubiera pasado si Julio no me hubiera abandonado? ¿Mi hijo seguiría vivo?».

En el fondo sabía que era una estupidez porque por mucho que hubieran permanecido juntos, nada hubiese impedido que un loco asesino lo matase. Aun así, no podía parar de pensar en que ella era culpable.

«¿Lo protegí lo suficiente?».

Otra estupidez. No podía estar las veinticuatro horas encima de su hijo para protegerlo.

Terminó de masajear los dedos de sus pies y caminó completamente descalza por el salón, recorriendo el pasillo que comunicaba con las habitaciones hasta llegar al dormitorio de su hijo. Nada más entrar, miró la urna.

La cantidad de cenizas que había conseguido llegaban hasta aproximadamente la mitad de la urna. Debía quemar algunas pertenencias más de su hijo para terminar de llenarla. Nadie iba a sospechar nada nunca y pensaba llevarse ese secreto a la tumba. ¿Qué iban a pensar todos cuando se enterasen de que se había comido las cenizas de su propio hijo? Que estaba loca era lo mínimo y no le apetecía terminar tan joven en un centro psiquiátrico.

Cerró los ojos por un momento, cansada de todo en general, y no pudo evitar recordar el cuadro de Saturno devorando a sus hijos, pero en lugar de comerse a un hijo, Saturno devoraba las cenizas desde la urna roja.

Por fin estaba casi llena y decidió quemar una última cosa. En un cajón del escritorio de su hijo, encontró un álbum de fotos que Álvaro guardaba desde pequeño. La primera página estaba decorada con

estrellas brillantes que rodeaban el nombre de Álvaro. Al pasar de página, las primeras fotos que aparecieron fueron de su bebé recién nacido. Mercedes sonrió levemente al ver lo regordete que era su pequeño. Las páginas pasaron lentamente y las miraba una a una mientras por su cabeza pasaban infinidad de recuerdos.

En muchas de las fotografías aparecía Mercedes con su hijo en brazos. Fue inevitable que se emocionara y le dio muchísima pena que en esas fotos no apareciese Julio.

—Habría sido tan distinto… —pensó llegando a las últimas páginas del álbum—. ¿Por qué has aparecido ahora, Julio? ¿Por qué?

En las siguientes fotografías, Mercedes ya no aparecía en ninguna y solo estaba su hijo con una gran cantidad de amigos. Esos amigos se fueron disipando con el paso de las páginas hasta que en las últimas solo estaban Mario, Nerea y Laura.

El final del álbum estaba vacío y las láminas, que estaban unidas unas con otras, hicieron un ruido como si pidieran auxilio al despegarlas.

A Álvaro le encantaba guardar fotografías, pero se notaba que a partir de cierta edad perdió la ilusión por guardarlas. Los móviles lo guardaban todo y los álbumes perdían el sentido de su existencia.

Mercedes permaneció sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared todo el rato. Cerró el álbum y lo miró durante unos segundos.

«¿DEBERÍA QUEMARLO?».

Por un lado, le daba pena hacerlo, pero luego pensó que debía estar entre las demás cenizas. Por suerte, guardaba más fotos de su hijo en el móvil. Decidida, se puso de rodillas y con mucho cuidado acercó el mechero a una de las esquinas inferiores. La llama empezó a devorar lentamente las fotos de su hijo cuando era bebé, la primera vez que montó en bici, el primer diente que dejó debajo de la almohada para recibir su regalo del Ratoncito Pérez, su primer disfraz de carnaval, sus amigos… Todo ardía con una mezcla de pena y de rabia mientras el humo escapaba por la ventana.

Y se acabó. Ya no quedaba nada de esas fotografías. La urna roja permanecía abierta, llena de nuevo de unas cenizas que en parte pertenecían a Álvaro.

Mercedes la cerró y decidió que era el momento de avanzar, de despedirse de su hijo, tal y como él quería, aunque a ella le doliese. No era momento aún de superar lo que había pasado, pero sí de hacer el primer intento. Llorando, dejó de nuevo la urna en el escritorio, no sin antes darle un dulce beso. Apoyó sus manos sobre el escritorio y respiró profundamente. Iba a dar un paso muy importante y tenía que estar preparada mental y físicamente.

Después de varias respiraciones para tranquilizarse, decidió que

era el momento de avisar a los amigos de su hijo para confirmarles que iban a esparcir las cenizas de Álvaro. Su primer impulso fue mandar un mensaje al grupo de WhatsApp que compartían, pero era una acción demasiado fría, así que se decantó por llamarles uno a uno.

Capítulo 13.
Autodestrucción

Justo antes de que Nerea recibiera la llamada de Mercedes, estaba tirada en el sofá sin ganas de vivir. Había bebido demasiado últimamente y la frustración la llevaba de la mano de bar en bar y metiéndose en problemas.

«¿QUÉ DIRÍA SU MADRE SI LA VIESE ASÍ?».

Llevaba casi un año viviendo sola en casa de sus padres. Su madre se había marchado para cuidar a una hermana enferma y visitaba a su hija de vez en cuando. Desde que su marido fue condenado a prisión, la madre de Nerea quería huir de esa casa debido a los malos recuerdos que la torturaban. Decidir cuidar a su hermana fue como una vía de escape para ella. Aun así, llamaba todos los días a Nerea y le mandaba dinero, pero no era consciente de lo que su hija estaba sufriendo.

Nerea llevaba autodestruyéndose prácticamente desde el día en que encontró a su mejor amigo muerto. La bebida y las fiestas eran su refugio, su escape. Obsesionada con atrapar al asesino y entregarlo a la policía la llevó por caminos fangosos. No paraba de repetirse:

«¿QUÉ HARÍA LA POLICÍA CON EL ASESINO SI ELLA CONSEGUÍA AVERIGUAR QUIÉN HABÍA SIDO?».

La justicia cada vez iba a peor y estaba demostrado. En las noticias la situación era cada vez más desesperante. Su sangre ardía con más fuerza cuando veía lo injusta que era la vida. No le daba la gana que los malos siempre se salieran con la suya.

«¿ES QUE NADIE PIENSA MOVER UN PUTO DEDO?», PENSABA CONTINUAMENTE.

Su instinto de ser una heroína volvió a brotar con más fuerza que nunca, pero al estar perdida y sin pistas hizo que fuera arrastrada por la impotencia y la frustración.

Esa mala sensación hizo que su vida se descontrolase. Al principio iba a fiestas a preguntar a amigos y conocidos si sabían alguna pista sobre el asesinato de Álvaro.

—¿Conocéis a alguien que haya tenido algún problema quedando con extraños en Grinder, Tinder u otra aplicación de citas? —preguntaba Nerea a cualquier cara conocida.

Siempre recibía la misma respuesta. O le hablaban de casos donde gente mayor pedía fotos eróticas y se pasaban de la raya o peleas que simplemente se quedaban en insultos a través de la red social. Pero nada de esa información le servía de nada.

El problema fue cuando de la bebida pasó a las peleas. La mayoría eran provocadas por ella misma. Si algún chico miraba mal a otro gay se enfurecía y acababa a golpes.

A la mañana siguiente de su primera pelea, se miró al espejo y vio que tenía un ojo bastante morado y varias rozaduras en los codos. Intuyó que además de la pelea debía haberse caído. Ni siquiera recordaba haber llegado a casa. ¿Y si le pasaba algo mientras volvía borracha? Sinceramente, le importaba un bledo.

Con cada segundo que pasaba se frustraba más siendo dominada por la rabia. A tal punto de que soñaba con destrozar el mundo entero.
«Ojalá caiga un meteorito y lo reviente todo. El ser humano es basura».

Para descargar esa ira que le quemaba la sangre, Nerea comenzó a ir a clases de boxeo. Golpeaba el saco de tal forma que el monitor le sugirió que se relajase un poco.

—Estás asustando a tus compañeros —le dijo en mitad de la clase.

Nerea miró amenazante a sus compañeros.

—¿Os doy miedo? ¿En serio?

—Lo único que te pido es que bajes el ritmo de la clase porque puedes acabar haciéndote daño. O lo que es peor, haciéndole daño a otra persona.

—Tranquilo. Creo que sé manejar un saco de boxeo.

Nerea apartó la mirada del monitor y siguió golpeando a su objetivo inanimado.

—Si no te tranquilizas voy a tener que pedirte que salgas de la clase.

Nerea paró en seco y agachó la cabeza. Otra vez volvían a echarla como cuando era pequeña e iba a clases de Kárate. ¿Tanto miedo infundía? No es que le importase demasiado lo que pensasen de ella, pero era interesante conocer ese dato.

Recogió sus cosas y salió de aquel gimnasio de barrio con la intención de no volver. Ya encontraría otra manera de descargar su ira.

Los días pasaban y todo lo que había hecho hasta ahora no había servido para nada. Y lo que más le molestaba y le dolía era que notaba cómo la gente empezaba a olvidar el asesinato de su mejor amigo.

Tumbada en su sofá, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Parecía que estuviera metida en una lavadora gigante que no paraba de girar.
«¿Qué podía hacer?».

De pronto, otra idea le vino a la cabeza. Cogió su móvil y se descargó varias aplicaciones para ligar. Todas para gays, por supuesto. Se creó el mismo perfil en tres de ellas. Todas tenían una foto falsa que había sacado de Internet. Sabía que estaba muy mal lo que había hecho, pero era por una buena causa. Rezó para que el dueño de esa fotografía no la descubriese.

No sabía por qué, pero estaba casi segura de que al crear un perfil de aquellas características tendría la oportunidad de conseguir

algo interesante. Había llegado la hora de lanzar la caña y esperar. Paciencia era lo único que necesitaba. Puso todas las fuerzas que le quedaban en ese proyecto. Si no conseguía lo que se había propuesto, no sabía qué más podía hacer por su amigo…

«Ojalá pudiese contar con la ayuda de Mario o de Laura», pensó.

Y es que desde que empezó aquella horrible pesadilla, su grupo de amigos se había difuminado lentamente. Apenas se veían, solo hablaban por el grupo de WhatsApp o se veían cuando quedaban para hacer compañía a Mercedes. ¿Se había destrozado su relación tras la muerte de Álvaro o se rompió semanas antes cuando Mario y Álvaro cortaron su relación? Ya daba exactamente igual. Lo que le importaba era la distancia que había entre ellos y no iba a permitir que se separasen. Mucho menos ahora. Los demás decidieron dejarlo todo en manos de la policía y debía respetarlos, por mucho que le doliera.

Ayudaron a Nerea a preparar la manifestación que hicieron días después del crimen, pero no podía creer que solo hicieran eso. Seguían con sus vidas como si nada.

Echaba muchísimo de menos esos días en los que se pasaban las horas en un banco comiendo pipas y riéndose sin parar, comentando el día a día y hablando de sus sueños, esos que ya habían pasado a segundo plano. Y es que sus vidas habían dado un giro demasiado brusco. Habían madurado demasiado deprisa, aunque para su edad era un grupo bastante maduro.

Nerea dio un último sorbo a la lata de cerveza que quedaba en la mesa y luego la aplastó con la mano. Miró hacia la papelera que tenía en la otra punta del salón e intentó encestarla sin éxito.

Un pensamiento le erizó la piel. Por un momento se dio cuenta de que iba por el camino de parecerse a su padre. Y eso no lo iba a permitir. Fue hacia el baño y, metiéndose los dedos, provocó un vómito para expulsar todo el alcohol. Se lavó la cara con agua fría y, mirándose al espejo, se prometió que jamás volvería a parecerse a ese sinvergüenza. Por si no fuera suficiente, se dio dos guantazos en la cara para espabilarse.

«¡Qué coño estás haciendo, Nerea! ¡Qué coño te pasa! Tú nunca te rindes y no lo vas a hacer mucho menos ahora».

Al ver su reflejo no pudo evitar soltar unas lágrimas de rabia. Las pocas que había soltado hasta ahora. Las lágrimas se derramaban por una cara que miraba al espejo con sed de venganza. Y eso era algo que no iba a salir de su cuerpo a través de su vómito. Esa sensación de venganza crecería con una fuerza descontrolada.

El sonido de su teléfono la sacó de sus pensamientos. Corrió descalza hasta el salón pensando que podía ser algún aviso de una de las aplicaciones para ligar, pero era una llamada entrante. Mercedes estaba a punto de comunicarle que pronto iban a esparcir las cenizas de Álvaro.

Capítulo 14.
El gran Jhonny Dick

Las pesadillas de Laura iban desapareciendo lentamente. Las muertes de familiares y amigos aparecían por su cabeza en menor cantidad. Tumbada en su cama, revisaba sus redes sociales. Apenas subía fotos o vídeos. Lo único que miraba una y otra vez era el Instagram de Álvaro. Esa cuenta llena de fotos con sus amigos y rebosantes de risas que se habían esfumado de golpe.

De la cuenta de Álvaro cambió a ver perfiles de desconocidos y no tan desconocidos. Perdía el tiempo mirando fotos y lo peor de todo era que le daba igual. Lo único que deseaba era que los días pasasen rápidamente y sus heridas cicatrizasen lo antes posible.

Empezó a sentir envidia por todas esas chicas de su misma edad que eran felices y lo mostraban en redes sociales. Bueno… o por lo menos lo aparentaban bastante bien. Laura sentía que le habían robado la juventud de repente. Ya no le apetecía salir de fiesta ni quedar con sus amigos ni conocer a ningún chico. ¿Para qué? Se preguntaba constantemente. ¿Para qué si todo puede dar un giro que lo cambia todo? Su vida estaba patas arriba y parecía no tener ganas de avanzar. Tenía dos opciones antes de ir a trabajar: animarse y sacar fuerzas para que el trabajo se le hiciera más ameno o apurar los pocos minutos que le quedaban y seguir viendo fotos y videos en Instagram. Se decantó por lo segundo.

Buscando nuevas fotos y perfiles, encontró a un chico muy guapo y al que le encantaba el gimnasio. Tenía un cuerpo más fibrado que musculado, como le gustaban a ella. No entendía a esos chicos que perdían el control de su físico, a tal punto que llegaban a convertirse en cuerpos monstruosos. Por suerte, ese chico tan guapo estaba dentro de su prototipo: ojos marrones, moreno y con abdominales.

Se llevó otra terrible decepción cuando vio que el chico tenía novia, aunque ya empezaba a acostumbrarse a que no estuvieran solteros o fueran gays.

De ese chico fibrado pasó a ver fotos de otro y de otro y de otro. Una lista infinita de chicos de ese mismo perfil. El algoritmo de las redes empezaba a conocerla y a entregarle en bandeja lo que Laura quería ver. O, mejor dicho, lo que necesitaba ver para evadirse de la pena que cargaba sobre sus hombros.

Empezó a notar poco a poco cómo su cuerpo empezaba a calentarse después de varias semanas sin ganas de vivir. Al principio se sintió mal por ello, pero era algo natural y necesario. Hacía más de un mes que no mantenía relaciones sexuales y tampoco se había

masturbado. Su cuerpo era un volcán que necesitaba erupcionar.

Su abuelo había salido a hacer unos recados con unos amigos y se suponía que iba a tardar en llegar, pero aun así decidió salir de su cuarto para asegurarse de que estaba totalmente sola en la casa. Con una voz muy suave, llamó a su abuelo por toda la casa mientras revisaba las habitaciones. Nadie respondió. Para quedarse más tranquila dejó la llave dentro de la cerradura de la puerta por si su abuelo llegaba antes de lo previsto.

«YA SE ME OCURRIRÁ ALGUNA EXCUSA SI ME PILLA», PENSÓ.

Miró la hora en su móvil y comprobó que tenía que ir sin prisa, pero sin pausa. Cerró la puerta de su dormitorio y volvió a abrir su red social favorita. Se puso cómoda y continuó con la búsqueda de chicos guapos en Internet. Metió la mano con suavidad dentro de sus bragas y comenzó a acariciarse. El primer contacto casi le hizo gemir. Pasaba las fotos y cada vez encontraba chicos que le gustaban más. Sus dedos bailaban una danza junto a su vagina, pero no alcanzaban el clímax que Laura esperaba.

Casi siempre había usado fotografías o incluso su propia imaginación para masturbarse. Actualmente esa imaginación estaba contaminada con la imagen de muerte por todas partes. Por un momento se detuvo dándose por vencida, pero no quería marcharse a trabajar con aquel calentón. Necesitaba terminar lo que había empezado.

Abrió Google, no sin antes elegir una nueva ventana de incógnito porque le daría muchísima vergüenza si alguien cogía su móvil y descubría que había mirado porno.

«ES ALGO MUY NORMAL, TODO EL MUNDO LO HACE», PENSABA CONTINUAMENTE.

Entró en la primera página pornográfica que encontró. Como no le quedaba mucho tiempo, tenía que encontrar algo que realmente le motivase. En el buscador escribió *chicos jovencitos fibrados* con la intención de encontrar algo decente y que no tratasen a las actrices como mierdas, aunque, sinceramente, tampoco tenía tiempo para eso. El vídeo que encontró era sobre dos hermanastros que follaban a escondidas e hizo que acabase más rápido de lo que pensaba. Tuvo que taparse la boca para que los gemidos no saliesen de su dormitorio.

Sintiéndose sucia y extraña, fue a darse una ducha rápida para no llegar tarde al trabajo. Por suerte, salió de casa sin que su abuelo llegase antes. Le daría mucha vergüenza mirarle a la cara después del vídeo que acababa de ver.

Poco a poco, las imágenes de sexo ayudaron a Laura a liberarse de las pesadillas y de la muerte que la atormentaba a todas horas. El placer fue el refugio que encontró ante la tormenta de muertes que su imaginación le proporcionaba. Sin ser consciente, la cura fue casi peor que la enfermedad. Su refugio se convirtió en una adicción peligrosa.

Después de masturbarse se sentía fatal, pero seguía haciéndolo.

«No tengo por qué sentirme así de mal», se decía a ella misma para tranquilizarse.

Ya no solo se masturbaba en casa, sino en el trabajo, en el baño de los bares que visitaba, en el ascensor… Lo fue normalizando cada vez más para no ser consciente de que la situación se le estaba yendo de las manos.

«¿Qué pensaría mi abuelo si se enterase de lo que estaba haciendo?», pensaba constantemente. «Apenas podría mirarle a la cara si se enterase. ¿Y mis amigos? Seguro que en el fondo se avergonzarían de mí».

Laura era la más tímida del grupo y sería un *shock* para sus amigos enterarse de lo atrevida que estaba siendo.

Sin darse cuenta se había enganchado a ver porno. Lo miraba unas tres veces al día como aquel que abre las redes sociales para ver cuantos me gustas y mensajes tiene esperándole.

Cada día abría Google, miraba los vídeos porno actualizados y guardaba en favoritos los que más le gustaban para verlos más tarde. Estaba obsesionada con el vídeo de los hermanastros. El chico era su prototipo y tenía un pene perfecto. El más bonito que había visto jamás. Lo buscó en Internet y tuvo la suerte de encontrarle. Se llamaba Jhonny Dick. Al principio, le hizo gracia el nombre por la semejanza a uno de sus actores favoritos: Jhonny Deep. Como era de esperar, el chico vivía en EE. UU., pero soñaba con que sus vidas se cruzaran algún día.

Ahora sus sueños eran eróticos con ese actor porno. Jhonny Dick la desnudaba e introducía su pene perfecto una y otra vez. Laura notaba de verdad cómo la penetraban. Muchas noches se despertó húmeda y se sonrojaba por lo que estaba sintiendo.

«¿Y si empiezo a gemir en mitad de la noche y mi abuelo me escucha?», se moría de la vergüenza solo de pensarlo.

Se obsesionó tanto con ese actor porno que ya solo veía sus vídeos. No le interesaba ver otros, de hecho, nunca se concentraba y no terminaba tan fácilmente como con los vídeos de Jhonny. Solo con cerrar los ojos y visualizarlo se excitaba.

La mañana antes de recibir la llamada de Mercedes, Laura salió de casa de camino al trabajo sin saber que le esperaba una mañana un tanto dolorosa. Llevaba unos días bastante buenos e intentando salir adelante. Empezaba a escapar de aquel pozo y parecía estar de nuevo ilusionada. Aunque esa ilusión estuviese rodeada de fantasía.

Cuando llegó a la residencia de ancianos donde trabajaba, vio una ambulancia aparcada en la puerta. Empezó a preocuparse, pero pensó que simplemente alguno de sus ancianitos, como ella los llamaba cariñosamente, se había puesto enfermo.

La ambulancia, por desgracia, había llegado tarde para salvar la vida de doña Cecilia. Un paro cardíaco la había arrancado del lugar donde había sido feliz los últimos años. Había hecho grandes amigos, entre ellos Laura. Fue una pérdida muy triste para todos los

trabajadores, sobre todo para algunos de los ancianos que residían allí.

Laura sintió cómo la muerte acechaba de nuevo, estaba en cada rincón de esa residencia.

—¿Puedes recoger las cosas de doña Cecilia? —le preguntó una compañera—. Debemos entregarle los objetos personales a la familia. Esos cerdos no la querían en vida y, ahora que está muerta, vienen como moscas a la mierda.

Laura notó a su compañera muy enfadada y es que era normal. Estaban hartas de familiares que solo estaban interesados en herencias y casi nunca visitaban a esos pobres ancianos.

Para Laura, doña Cecilia era como esa abuela que no llegó a conocer. Y no solo Cecilia, dentro de la residencia había muchas personas a las que tenía un profundo cariño. ¿Estaba preparada para asumir más muertes? ¿Debía cambiar de trabajo? Le encantaba ayudar a personas mayores, pero todo tiene su parte mala.

—¡Laura! ¿Estás bien? —le preguntó su compañera acariciándole el hombro.

—Sí, sí. Estoy bien, disculpa. Es solo que…

—¿Quieres que me ocupe yo?

—No te preocupes. Me vendrá bien trabajar un poco.

—Sé que sentías un cariño especial por doña Cecilia. Es muy duro despedirse de ellos de esta manera. Si necesitas un descanso, me avisas.

Agarró unas cuantas cajas y se dirigió hacia la habitación de la recién fallecida. Al entrar, le pareció escuchar su risa, esa risa tan característica que contagiaba a toda la residencia. Y es que la esencia de aquella anciana seguía impregnada en la habitación. Laura miró detenidamente cada rincón y comenzó a guardar sus cosas.

Doña Cecilia era muy presumida. Guardaba varias joyas en uno de los cajones de la cómoda y varios vestidos elegantes para ocasiones importantes, aunque cada vez había menos. Encima de su mesita estaba la funda de su dentadura postiza, una estampita de la virgen de Fátima a la que le rezaba todas las noches y su reloj de oro favorito.

Laura fue guardando una a una todas las cosas y decidió quedarse con la estampita como recuerdo. Esa mujer había sido muy importante para ella y seguro que sus hijos no echarían de menos a la virgen de Fátima.

Había llenado dos cajas grandes y la habitación se había quedado vacía, sin personalidad. Sus compañeras pasaron por allí y estuvieron a punto de verla llorar. Decidió cerrar la puerta.

Se tumbó en la cama y mientras miraba el techo su cabeza no paraba de dar vueltas. Pensaba en Álvaro y en Cecilia, en lo injusta que era la vida siempre. Necesitaba refugiarse en su nuevo actor porno favorito. Al imaginarse el cuerpo desnudo de Jhonny, un suspiro

enorme emergió de sus adentros. ¿Estaba enamorada de ese chico? Era una locura, pero en realidad era un hecho. Por un lado, se sintió ridícula, pero por otro quería dejarse llevar. Era muy joven y debía hacer locuras. Vivir. Eso era lo que tenía que estar haciendo ahora, joder.

Jhonny Dick derribó todos sus pensamientos negativos mientras permanecía tumbada y con los ojos cerrados en la cama de la recién difunta.

Revisó de nuevo todas las fotografías y descubrió que había subido una nueva. En ella se le veía con una actitud chulesca al lado de otra chica despampanante. El título de la fotografía desvelaba lo que ya suponía: era la actriz con la que iba a grabar su nueva película. Sintió envidia de esa chica y deseó con todas sus fuerzas ser ella, aunque solo fuera un par de horas. Pedía demasiado, se conformaría con dos minutos.

Introdujo lentamente su mano derecha dentro del pantalón blanco de su uniforme. La textura de la tela era suave y acompañaba perfectamente a recrear un ambiente erótico. Por un momento olvidó dónde estaba y no le importaba que la pillasen. Viajó hacia el estudio donde grababa su primera película con el gran Jhonny Dick, el actor más morboso. Sus dedos masajearon su vagina como ya estaban acostumbrados a hacer. Laura acarició su cuello suavemente, esa parte que tanto le excitaba que le tocasen y hubiese llegado al clímax si no la hubieran interrumpido.

Los nudillos de su compañera golpearon la puerta con delicadeza antes de abrir. Laura tuvo el tiempo suficiente de sacar la mano de sus pantalones, pero no de incorporarse de la cama. Su compañera la vio allí tumbada y no supo muy bien qué decirle.

—¡Lo siento, estaba…!

—No pasa nada —dijo su compañera.

Un silencio incómodo parecía ser incapaz de extinguirse.

—¿Ya has guardado todos los objetos personales de doña Cecilia?

—Sí, ya está todo.

—Si quieres los llevo yo al almacén.

—No te preocupes. Ahora mismo los llevo yo.

Su compañera iba a salir de la habitación y Laura sentía la necesidad de detenerla y aclarar lo que acababa de ver.

—¡Cristina! Me había mareado y necesitaba tumbarme un rato.

—No tienes que darme explicaciones, de verdad. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—Asunto olvidado. Has pasado por malos momentos y es normal que estés un poco… mareada.

Laura permaneció sola en la habitación un par de minutos más. Sabía que Cristina no se había creído lo que acababa de escuchar, pero por lo menos no la había pillado haciendo… lo que estaba haciendo realmente. Suspiró y salió de la habitación.

De camino al baño, Laura volvió a cruzarse con Cristina y sintió que el aire estaba lleno de incomodidad. Esperaba que no fuese por mucho tiempo. No quería ni pensar lo fuerte que hubiera sido si la pillase masturbándose.

—Necesito ayuda urgentemente —pensó entrando al baño.

Se lavó las manos con jabón y frotó fuerte para intentar eliminar lo que había hecho. Por un momento pensó en doña Cecilia y sus mejillas cogieron un tono rojizo.

«¡Dios mío, espero que doña Cecilia no me haya visto desde el más allá!», pensó mirando hacia arriba.

Agachó la cabeza para lavarse la cara y al subirla de nuevo vio detrás suya a la difunta. Físicamente era ella, pero la mirada no era de una señora de setenta y cinco años. Esos ojos la miraban con maldad.

«No creas que con esas guarradas vas a superar la muerte. Yo siempre estaré detrás de ti atormentándote».

Sabía que era parte de su imaginación, pero las palabras que escuchó hicieron que sus piernas comenzasen a temblar.

Acababa de empezar su turno de trabajo, pero Laura no podía permanecer allí más tiempo. Habló con la directora del centro y salió de aquel lugar que la estaba volviendo loca. Aunque la locura estaba en su cabeza, en sus venas, en sus extremidades, en todo su cuerpo como si fuera un cáncer terminal.

Sintió la necesidad de reunirse con sus amigos, de salir a la calle y de sentir el aire fresco en la cara. Decidió acercarse a casa de Mario. Seguramente les vendría bien tener una charla. Sabía que su mejor amigo también estaba pasándolo mal y hacía varios días que no hablaba con él.

Cuando llegó a casa de Mario, le notó que estaba como asustado, pero no le dio mayor importancia. Ella también se acababa de llevar un buen susto en los baños de la residencia.

Estuvieron hablando toda la tarde y después de mucho tiempo se echaron unas buenas risas. Les sentó tan bien ese momento que prometieron recuperar su grupo de amigos. Ahora más que nunca tenían que estar unidos.

—¿Por qué no llamamos a Nerea para ver una peli? —propuso Laura.

—Me encantaría pasar una noche de pijamas como las que teníamos antes. —Los ojos de Mario se iluminaron al pensar en ese plan.

—¿Crees que deberíamos avisar también a Mercedes?

—No sé yo si le apetecerá mucho, pero podemos intentarlo.

Mario cogió su móvil y, justo antes de escribir en el grupo de WhatsApp donde estaban todos juntos, recibió una llamada. Mercedes se adelantó y la noticia que les dio chafaría las ganas de una noche de pijamas a la antigua usanza.

Mario colgó e informó a Laura de que había llegado el momento de tirar las cenizas de Álvaro. Era una noticia agridulce porque, aunque llevaban unos meses esperando a que Mercedes estuviera preparada para hacerlo, se trataba del adiós definitivo. Era el momento de pasar página y seguir hacia adelante. Aunque aún quedaba mucho sufrimiento, muchos secretos y mentiras que aguardaban en las sombras.

Capítulo 15.
¡Ya os tengo, cabrones!

Nerea esperaba impaciente a su cita detrás de un árbol. Iba detrás de una pista que podría darle los resultados que esperaba.

Días atrás había descargado aplicaciones para ligar con la intención de dar con el asesino de Álvaro. Se creó un perfil con fotos y datos falsos que fueran similares a los de su amigo: rubio, ojos claros, guapo y versátil.

En el perfil de búsqueda había elegido el prototipo más cercano al que buscaría Álvaro. Si quería encontrar al asesino, debía ponerse en la piel de su amigo y pensar como él. Nerea tenía una gran ventaja y es que lo conocía como si lo hubiera parido.

Probó visitar perfiles de chicos morenos, altos y activos. No tardó en conseguir a varios pretendientes interesados en quedar con *CarlosBi*, el nombre que había elegido.

Mientras el cigarro que tenía encendido disfrutaba de sus últimos segundos de vida, Nerea intentaba definir su plan que empezaba a hacer aguas por todas partes. Tenía clara la parte en la que se hacía pasar por Álvaro, pero ¿cómo pensaba presentarse a una cita con un gay siendo una chica? ¿Y qué iba a hacer una vez que encontrase al supuesto asesino?

Remató el cigarrillo y puso rumbo hacia el lugar de la cita.

Había quedado en un sitio concurrido. No porque ella lo hubiera elegido, sino porque el otro chico lo había decidido. Nerea salió del metro en pleno centro de la ciudad y esperó detrás del árbol que sería su acompañante.

Miraba el reloj cada veinte segundos. Se había adelantado y aún faltaban diez minutos para la hora en punto de la cita.

Todas las personas que caminaban a su alrededor parecían pasar a su lado rápidamente dejando unas líneas de colores a su paso, como si Nerea hubiera comido setas alucinógenas. Su frente sudaba a mares y comenzaba a marearse. Frotó sus ojos y, sin darse cuenta, apretaba sus puños con fuerza, una característica que ya formaba parte de su día a día.

Decenas de personas salían de la boca del metro en estampida. Sus ojos intentaban escanear a los hombres que entraban dentro de su campo de visión. Todos podían ser perfectamente el asesino. ¿Y si estaban totalmente equivocados y el asesino era una mujer? Aquella pregunta hizo que se marease más aún. Cualquiera podría ser el asesino. ¿Y si era alguien conocido?

«¡Joder, Nerea! Céntrate. Ahora lo importante es no perder de vista a tu

CITA», PENSÓ ENFADADA CONSIGO MISMA.

A las seis en punto miró el reloj y justo al levantar la mirada vio a un chico que podía ser con el que había quedado. Era moreno, alto y vestía todo de negro, lo que viene siendo estilo gótico. Era bastante guapo, la verdad, a pesar de que tenía algo oscuro. O eso parecía. Por lo menos era exactamente igual a cómo se había descrito. En la foto de perfil solo se le veía su torso desnudo, por lo que era un buen candidato a sospechoso.

Lo que más le llamó la atención e hizo que Nerea se confiase en que había atrapado a ese cerdo, era que no iba solo. Estaba acompañado de otro chico de su mismo estilo y no paraban de reírse. No estaban cerca y Nerea no conseguía entender de lo que estaban hablando, pero se lo imaginaba.

«A VER SI LLEGA YA ESE MARICA Y LE DAMOS UNA PALIZA», DECÍAN ENTRE RISAS.
«¿A QUÉ HORA HABÉIS QUEDADO?».
«AHORA. A LAS SEIS EN PUNTO».
«VALE. VOY A ESCONDERME DETRÁS DE AQUELLA ESQUINA POR SI LAS MOSCAS. SI ME NECESITAS, HAZME UN GESTO Y VENGO A AYUDARTE».
VOLVIERON LAS RISAS.
«DE ACUERDO».
«LLÉVALE POR ALGÚN CALLEJÓN Y CUANDO VEAMOS QUE ES EL MOMENTO LE DAMOS UNA BUENA PALIZA».
«O NOS LO CARGAMOS DIRECTAMENTE».

Se chocaron las manos y el acompañante se alejó unos metros. Las acciones eran las correctas, pero el diálogo lo había construido Nerea a base de rabia y dolor.

El chico gótico sacó su móvil con la intención de escribirle a su cita. Antes de abrir la aplicación, Nerea se acercó a él como un torbellino furioso con la intención de agarrarle del cuello de la camiseta.

—¡Tú, pedazo de mierda!

El chico miró hacia atrás pensando que se refería a otra persona.

—¡Sí, tú!

—¿Quién eres? —El chico miraba para ambos lados con cara de estar flipándolo mucho.

—Soy tu cita, pedazo de cerdo.

Nerea empezó a gritar y a insultarle, lo que provocó que el amigo del chico corriese hacia ellos. Nerea le agarró de la camiseta negra, la cual tenía estampada una calavera sonriente, y siguió gritando con furia. En aquel momento deseaba golpearle tan fuerte como a un saco de boxeo.

—¡Suéltame!

—¡Déjale en paz! —gritó el acompañante mientras los separaba.

—¿Se puede saber quién eres? —El chico gótico seguía sin poder creerse lo que acababa de pasar.

—Queríais hacerle daño a un chico gay, ¿verdad? ¡Vosotros matasteis a Álvaro!

—¿Pero de qué coño hablas?

Los chicos no paraban de mirarse y, si no hubiese sido por la agresión que acababan de sufrir, se hubieran reído de aquella loca.

Nerea empezó a llorar y a sentir una especie de vértigo en el que todo el mundo la miraba.

—¡Os estabais riendo y tú te has escondido para agredir a la persona que esperabais encontrar! ¡Pero os he jodido bien, eh! ¡Menudos hijos de puta! ¡Asesinos!

—¿Qué dices? —dijeron los dos chicos a la vez—. Ha venido conmigo para asegurarse de que no me pasaba nada. No nos fiamos después de lo que le pasó a aquel chico que asesinaron hace unos meses.

Nerea no podía sentirse más ridícula. Se llevó las manos a la cara como si intentase borrar el gran error que acababa de cometer. Empezaba a ser consciente de lo loca que estaba pareciendo.

La gente hizo un corro alrededor de tal espectáculo. Los murmullos y las risas se clavaban en sus oídos como dagas recién afiladas.

—Voy a llamar a la policía —dijo el acompañante sacando el móvil del bolsillo.

—No, déjalo. ¿No ves que esta chica no está bien?

—Puede hacerle daño a otra persona.

El chico gótico se mostró más comprensivo con Nerea al ver cómo estaba.

—¿Estás bien?

—¡Pero qué haces hablando con ella! ¡O llamamos a la policía o nos vamos de aquí!

—¡Mirad! ¡Ahí viene la poli! —gritó una chica que formaba parte del corrillo.

Presa del pánico, Nerea salió corriendo como una cobarde mientras su voz interior le gritaba una y otra vez que lo que había hecho era exactamente lo mismo que hizo el asesino de Álvaro. Había agredido a un chico gay. En lugar de atrapar a ese monstruo, se estaba convirtiendo en uno.

La policía se acercó a la multitud y fueron informados de lo ocurrido. A pesar de que su amigo intentaba convencerle para denunciar, el chico gótico decidió no hacerlo. Aquella chica le había dado pena y estaba convencido de que era amiga o familiar de aquel chico al que asesinaron.

Capítulo 16.
La gran discusión

El día más difícil para Mercedes y el que más temía en los últimos meses había llegado. Aunque las cenizas fueran falsas, el hecho de tener que realizar una ceremonia para despedir a su único hijo le provocaba un fuerte dolor en el corazón, como si se le agrietara lentamente.

Se miró en el espejo y aún dudaba si había elegido un buen vestido para la ocasión. Sentada en la cama, sostenía la urna en sus manos con la intención de salir a la calle, pero algo se lo impedía. Respiró profundamente y sacó fuerzas de donde no las había.

Ella quería ir vestida de negro y enterrar a su hijo, pero Álvaro pidió otra cosa totalmente distinta. Mercedes descubrió que su hijo no quería ser enterrado de una manera un tanto desagradable. Fue en la primera reunión de amigos que tuvieron después del crimen.

En esa reunión, los llantos y las lágrimas fueron sorprendidos por los gritos de Nerea que no iba a permitir que enterrasen a su amigo. Quería cumplir sus últimos deseos.

Todo empezó después de la autopsia de Álvaro.

—Necesito que esta pesadilla termine ya y que me dejen enterrar a mi niño, que descanse en paz —dijo Mercedes mientras le agarraba la mano a Laura. Ambas estaban sentadas en el sofá, mientras Nerea y Mario estaban sentados en sillas justo enfrente.

Nerea necesitaba aclarar algo y no pudo callarse. Siempre tenía que decir la última palabra ante injusticias o malentendidos.

—Pero… ¿Lo quieres enterrar?

—Por supuesto. ¿Qué esperabas que hiciera, cariño? —Mercedes pronunció sus frases con dulzura, pero no pudo evitar que sonasen con un mal sentido.

—Álvaro no quería ser enterrado. ¿Nunca os lo comentó a vosotros?

Laura y Mario se miraron mutuamente y negaron con la cabeza. Mercedes los miraba impaciente.

—No solíamos hablar de esas cosas —dijo Laura estremeciéndose.

—¿A ti te lo dijo? —preguntó Mercedes a Nerea.

—Un día estábamos en casa echando el rato y comenzamos a hablar del futuro y bromeábamos sobre cómo seríamos de viejos y salió el tema.

—¿Estabais borrachos ese día y lo dijo de broma? Es algo muy importante —dijo Mercedes angustiada solo de pensar en esa

conversación.

—Quería que lo incinerasen y eso es lo que debemos hacer.

—Bueno, eso lo tiene que decidir Mercedes, que para eso es su madre —dijo Laura viendo que Mercedes no estaba muy contenta de lo que estaba escuchando.

—Si mi hijo no quería ser enterrado, no soy nadie para decidir lo contrario, aunque me duela.

—Y no solo me dijo eso.

Todos empezaban a incomodarse. No sabían por qué, pero sabían que las próximas palabras de Nerea iban a ser una locura.

—¿Qué más? —preguntó Mario que llevaba callado un buen rato y solo se limitaba a escuchar a los demás.

Nerea empezaba a sentirse un poco incómoda porque sus amigos la observaban a la defensiva.

—Álvaro quería que tirásemos sus cenizas en el campo. Quería sentirse libre y sobre todo hizo hincapié en que no quería que fuéramos vestidos de negro y con pena. Quería que fuera una especie de fiesta, como un pícnic, y que pusiésemos música y bailásemos.

Mercedes se levantó de golpe y estuvo a punto de tirar la silla al suelo.

—Mario, ¿a ti te dijo algo de eso?

—No, no me gustaba hablar de la muerte y mucho menos esperaba que este día llegase tan pronto…

—No se lo dijo a Mario, pero sí me lo pidió a mí. ¿Qué más pruebas necesitas? —Nerea no quiso mostrarse a la defensiva, pero fue inevitable.

—No es que no te crea, cariño. Es que no soy capaz de hacer eso. ¿Una fiesta? ¡Eso es de locos! —Mercedes no pudo evitar emocionarse —. Un jodido loco ha matado a mi hijo y… ¿tengo que hacer una fiesta? Lo siento, pero yo no puedo.

—No tenemos por qué hacerlo ya. Nadie tiene cuerpo ahora para hacer una fiesta. Tómate el tiempo que necesites y cuando estés lista lo hacemos.

Laura se acercó a ellas y se abrazaron. El último que se unió a ese momento tan íntimo y doloroso fue Mario que no paraba de llorar en el sofá.

Esa misma tarde parecía que el ambiente volvía a estar relajado hasta que Nerea hizo una propuesta bastante agresiva y destrozó la tranquilidad que habían formado entre todos.

—Hay otro asunto del que quiero hablaros. Sé que es pronto aún, pero quiero proponeros varias cosas.

Nerea quiso empezar por la opción más suave, la opción que daba por hecho que todos iban a aprobar sin duda.

—Había pensado en crear una pequeña manifestación para que

el asesinato de Álvaro no quede escondido, para que se entere todo el mundo y ese asesino acabe en la cárcel.

—Me parece una idea maravillosa, cariño. —Mercedes se emocionó de nuevo—. Estoy muy orgullosa de que mi hijo os tuviera a todos como amigos.

—Yo me puedo encargar de moverlo en redes sociales, ahora todo es más visible ahí. —Laura quiso aportar su granito de arena.

—Yo os ayudo a crear los carteles. —Mario eligió esa opción porque debía mantenerse en la sombra. En ese momento no podía decirles que no podía ir a la manifestación, pero tendría que inventarse alguna excusa.

—Mil gracias, chicos. Sois una maravilla. —Mercedes no paraba de emocionarse—. Sacaré fuerzas de donde no hay para gritar en esa manifestación.

—Hay que contactar con medios de comunicación, periódicos, grupos LGTB, todo lo que nos ayude a alzar nuestras voces. Este crimen homófobo tiene que ser conocido en todos los rincones de este puto país. —Nerea se iba encendiendo poco a poco y sus amigos sabían que cuando se enfadaba se volvía demasiado tóxica.

—Tranquila, Nerea —dijo Mario como un nulo amago para calmarla.

—Y quería haceros otra propuesta. Sé que vais a pensar que es una locura y que no estaréis dispuestos a ayudarme, pero estoy muy convencida de hacerlo.

—A ver… suéltalo ya. —Laura intentaba quitarle importancia al asunto.

—Creo que debemos investigar por nuestra cuenta.

—¿Qué estás diciendo, Nerea? ¡No digas tonterías! —Laura estaba metiéndose en terreno arenoso al llevarle la contraria a Nerea —. Tenemos que dejar esto en manos de la policía.

—Laura tiene toda la razón. Para eso está la policía y debemos dejar que hagan su trabajo. Seguro que pronto encuentran alguna pista y atrapan a ese bastardo que le quitó la vida a mi hijo.

—¿Estáis ciegos? No van a hacer nada. La investigación apenas ha avanzado, no han encontrado nada y van a pasar de mover el culo porque hayan asesinado a un maricón.

—¡Eh! ¡No te pases! —Laura quiso hacer callar a Nerea a toda costa—. No es el momento de soltar tanta mierda, ¿vale?

—Yo voy a investigar por mi cuenta. ¿Alguien quiere unirse? —Nerea dirigió una mirada desafiante a sus tres amigos sin encontrar respuesta—. Mario, ¿tú tampoco vas a hacer nada? ¿Es que ya no le quieres?

—¡Basta! —gritó Mercedes—. ¡Todos queríamos a Álvaro! Pero no por eso nos vamos a volver locos. Nerea, debemos dejar que la

policía haga su trabajo, por favor. No quiero que te metas en problemas.

—Sé cuidarme sola, te lo puedo asegurar.

—No seas una niña malcriada. —Laura volvió a hacer acto de presencia.

—No os lo iba a contar, pero se me están inflando los cojones. —Nerea agarró su chaqueta y antes de salir quería soltar una bomba para que sus amigos espabilasen de una vez—. ¿Sabéis por qué la policía no va a hacer nada?

—¿Por qué? —preguntó Mario deseando que aquella discusión acabase de una vez.

—Ayer me pasé por la comisaría del barrio para preguntar si había alguna novedad… ¿Y sabéis que me encontré al llegar? Había un par de policías riéndose de Álvaro. Se reían del consolador que encontraron en la escena del crimen y de cómo tuvo que disfrutar antes de que lo mataran.

Todos se quedaron pálidos. Reinó el silencio y solo se escucharon gargantas tragando saliva y respiraciones intensas.

—¿Esos son los héroes que creéis que van a ayudarnos? Abrid los ojos de una puta vez.

Laura se acercó a ella lentamente con lágrimas en sus ojos y le susurró a Nerea que se largase allí.

Por suerte, pocos días después Nerea se disculpó con todos individualmente y enterraron el hacha de guerra. Aunque esas palabras tan dolorosas estaban clavadas en el alma de cada uno de ellos.

Ahora, Mercedes seguía sentada en la cama con la urna en las manos recordando aquella tarde y, lo peor de todo, volvía a imaginarse a unos policías con caras indefinidas riéndose de su hijo.

Capítulo 17.
¡Adiós, cariño!

El escenario elegido para la despedida había sido protagonista de miles de pícnics, cumpleaños y barbacoas. Predominaba el color verde y la música estaba a cargo de cientos de pájaros que volaban en libertad. Poco a poco iban llegando coches a un rincón que estaba repleto de bancos y mesas de madera. Mercedes y compañía habían llegado antes de tiempo para prepararlo todo. Habían comprado patatas fritas, refrescos, cervezas, tortillas… Parecía que iban a celebrar algún cumpleaños, una lástima que la celebración fuera muy distinta.

Mercedes respiró profundamente el aire fresco que echaba de menos en la ciudad. Sus pulmones se expandieron y se llenaron por completo mientras observaba el campo. En cualquier fin de semana estaría lleno de gente, de niños jugando a la pelota y gritando. Por eso, al final había decidido hacer la despedida un miércoles, para que no hubiera nadie. Solo ellos. Así sería algo especial.

—¿Por qué un miércoles? —le preguntó Laura mientras iban de camino.

—Álvaro nació un miércoles. El parto fue doloroso y bastante largo, por eso no quise tener más hijos. —Todos los ocupantes del coche sonrieron—. A pesar del dolor, fue el momento más bonito de mi vida.

Mercedes conocía a todos los amigos de su hijo, por supuesto a unos más que a otros. Nerea, Mario y Laura eran los más importantes, pero pensó que si Álvaro quería una fiesta en su especial funeral debían estar todos.

Una chica rubia con rastas hasta media espalda sacó un altavoz enorme y puso la lista de música que Nerea había preparado. Básicamente, esa lista incluía toda la música petarda que le gustaba a Álvaro: Lady Gaga, Katy Perry, Dua Lipa… La lista era infinita y pensada para que durase todo el día.

Nerea sacó un micrófono, que también llevaba la chica de las rastas, y comunicó a todos cual era el plan.

—¡Queridos amigos y queridas amigas! Hoy es un día especial como todos sabéis. Hace unos meses, nuestro amigo Álvaro me dijo cómo quería que fuera su funeral. Fue una noche de risas y… de porros. ¡Lo siento, Mercedes! —Todos empezaron a reírse—. Fumábamos de vez en cuando para desestresarnos.

—¡Claro, claro! —dijeron algunos invitados, lo que provocó más risas.

—Bromeamos mucho esa noche, pero Álvaro hizo hincapié en que quería un pedazo de fiesta… ¡Y hoy la vamos a liar por él! —Señaló el cielo con el micrófono.

El campo se llenó de gritos y aplausos que espantaron a los pájaros que tranquilamente estaban posados en las ramas de los árboles.

Mercedes y Mario llevaban peor toda esa parafernalia. Se sentían culpables por estar de fiesta en ese funeral tan extraño. Aun así, pusieron mucho de su parte.

Las risas iban acompañadas de recuerdos y momentos únicos que los invitados habían vivido con el difunto. Hasta hubo un grupo de chicos que se prepararon la coreografía de *Alejandro* de Lady Gaga. Era la preferida de Álvaro.

—¡Atención! ¡Atención! —Nerea agarró de nuevo el micrófono. Ya se notaba que el alcohol estaba afectando su cuerpo—. Hay algo que necesito decir.

—¡Que lo diga! ¡Que lo diga! —La multitud se volvió loca.

—Hoy estamos de fiesta, pero no nos podemos olvidar de la injusticia que estamos viviendo.

Laura se llevó las manos a la cabeza porque estaba viendo la que se veía venir. Cuando Nerea bebía alcohol se ponía demasiado intensa y temía que se fuese de la lengua.

—No la líes otra vez Nerea —rezaba Laura.

—Todos estuvisteis en la manifestación y os lo agradezco. Pero si alguno de vosotros recuerda algún detalle, se le ocurre algo que podamos hacer por él, no dudéis en contactar conmigo. La policía sigue sin averiguar nada y no creo que…

Mercedes se acercó a Mario y le pidió que le quitase el micro a Nerea. Temía que estropease aquel día.

—¡Tenemos que hacer justicia! —gritó Nerea justo antes de que Mario se acercase a ella entre aplausos.

La lista de reproducción de música petarda terminó y automáticamente saltó una canción aleatoria. Nerea la reconoció al instante. La canción era *Bury a friend* de Billie Ellish. No estaba segura de si alguien más se había dado cuenta o si conocían dicha canción. La había escuchado mil veces encerrada en su habitación mientras fumaba algún que otro porro. Era una jodida casualidad que una canción que se titula en español *Entierra un amigo* sonase justo en ese momento.

Nerea no pudo evitar echarse a llorar y Mario llegó para rescatarla. Le quitó el micro y pidió que cambiasen esa canción tan triste. De pronto, Mercedes apareció en escena y le quitó el micro a Mario con delicadeza.

—¿Se escucha? ¿Hola? ¿Hola? —El micro emitió un sonido

bastante desagradable para los oídos—. ¡Ahora sí! Ante todo, quería agradeceros que hayáis venido a despedir a mi niño. Seguro que nos estará viendo desde alguna parte y se lo ha pasado genial. Pensar así me ayuda a seguir adelante. —Hizo una pausa para no echarse a llorar —. Si os parece bien, me gustaría terminar con esto lo antes posible. Quiero que vayamos a aquella colina para lanzar sus cenizas y tomarnos un minuto de silencio. Muchas gracias a todos.

Mercedes sacó del coche la urna, lanzó una leve sonrisa a los invitados y pusieron rumbo hacia la colina. Mercedes encabezaba la marcha mientras Nerea, Laura y Mario, abrazados, iban justo detrás y por último los demás. Mercedes parecía ser el flautista de Hamelín.

Llegaron quince minutos después y justo al llegar a la cima guardaron silencio. Fue imposible no emocionarse. Parecía que la naturaleza tampoco se atrevía a hacer ningún ruido. Ni una brisa ni ningún animal hizo acto de presencia. Solo se podía escuchar la respiración de los asistentes y algún que otro llanto. Hasta que Mercedes rompió en pedazos aquel silencio que se hacía cada vez más pesado.

—Sinceramente no sé qué más puedo decir.

Mercedes se puso muy nerviosa. Nerea se acercó y puso una mano sobre la urna.

—Te queremos muchísimo, Álvaro —dijo Nerea.

—¡Te queremos, Álvaro! —gritaron todos los invitados. Los aplausos volvieron a estallar y la mayoría se estremeció con el ambiente tan mágico que habían creado en aquel fantástico lugar.

—Te quiero y te querré hasta que me muera, cariño mío. Espero que nos volvamos a encontrar. —Las lágrimas arroparon las mejillas de Mercedes mientras destapaba la urna. Y con un movimiento rápido, las falsas cenizas volaron libremente.

Los aplausos se detuvieron de golpe cuando las cenizas fueron arrastradas por el viento. La emoción del momento dio paso a los llantos de todos los asistentes. Permanecieron quietos y en silencio hasta que perdieron de vista las últimas cenizas. Mercedes guiaba la marcha y nadie se movió hasta que ella comenzó a caminar.

—Se acabó. —Mercedes volvió a respirar profundamente como si un pellizco se lo hubiese estado impidiendo los últimos minutos. Aquellas cenizas se habían llevado una gran mentira con ellas. Un secreto vergonzoso.

El sol empezaba a marcharse y se iba notando una ligera brisa que daba paso al frío de la noche.

—¿Volvemos a los coches o necesitas más tiempo, cariño? —le preguntó Laura a Mercedes.

—Podría quedarme aquí toda la vida, pero ya es hora de marcharnos. Los chicos están pasando frío.

Recogieron todo y guardaron la basura en grandes bolsas negras, dejando el campo impecable.

Mercedes sintió vértigo después de deshacerse de las cenizas. Tenía miedo de que sus amigos se olvidasen de su hijo. Entró en el coche de Laura con la urna en los brazos.

«¿QUÉ DEBO HACER CON ELLA?», PENSÓ.

Tirarla no estaba entre sus opciones, así que la guardaría en casa por el momento.

Nerea y Mario también volvían a la ciudad en el coche de Laura. Cuando estaban a punto de marcharse, Mario sintió una gran necesidad de…

—¡Me estoy meando!

—¡Coño, pues mea! ¡Será por campo! —le contestó Nerea que seguía un poco borracha.

—Creo que aguanto hasta llegar a casa.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo mear en la oscuridad? ¡Buuuu!

—No digas tonterías, Nerea.

En realidad, no era ninguna tontería. A Mario le acojonaba bajarse del coche y ponerse a mear entre los arbustos, pero ya no tenía escapatoria. Tenía que demostrar que no era un gallina.

—Ahora vuelvo, no tardo.

Mario se bajó del coche y aceleró el paso. De reojo, miró a un lado y a otro para asegurarse de que no había nadie.

Laura cerró la puerta del acompañante e hizo el amago de arrancar y dejarlo allí.

—¡No hagas el tonto, Laura!

Las chicas se reían dentro del coche.

—¡No le gastéis bromas al chiquillo! —rechistó Mercedes.

La mente de Mario no paraba de imaginarse cosas horribles: monstruos que salían de los arbustos, murciélagos que le atacaban desde el cielo o criaturas gigantes que se escondían detrás de los árboles.

Mientras empezaba a bajarse la cremallera, el arbusto que tenía justo delante empezó a agitarse con furia. Parecía más real que las anteriores imaginaciones que había sufrido.

De fondo, sus amigas seguían riéndose e intentando asustarle, pero Mario parecía hipnotizado por el sonido extraño que emitían las ramas de uno de los arbustos.

Lo que estaba a punto de salir de allí le había provocado más pesadillas que cualquier otro monstruo porque este sí era de verdad. Sus manos empezaron a temblar cuando empezó a salir de allí un cuerpo desnudo manchado de sangre.

«¿CÓMO ERES CAPAZ DE MIRAR A MI MADRE A LOS OJOS, CERDO?», GRITÓ ÁLVARO ANTES DE ESTALLAR Y CONVERTIRSE EN CENIZAS.

Mario permanecía paralizado como si estuviera atrapado en un

terror nocturno y no fue capaz de moverse hasta que Laura pulsó la bocina varias veces.

Capítulo 18.
Noche de caza

Las ganas de mear que tenía Mario se cortaron fulminantemente. Miró hacia atrás para asegurarse de que sus amigas seguían en el coche y que no podían escuchar esa terrible conversación.

—¡Basta! No me hagas esto ahora. No me tortures más, por favor.

—¡Serás cerdo!

Álvaro sorprendió a su ex con una escalofriante carcajada.

—¿Qué no te torture? ¡Tiene gracia! Al que torturaron esos cabrones fue a mí. ¡Por tu culpa!

Las palabras del fantasma se alargaron para hacer todo el daño posible.

Mario cerró los ojos y frotó su frente con la mano derecha intentando borrar la imagen de Álvaro de su mente. Pero consiguió el efecto contrario. Su imaginación no dejaba de torturarle más y más. La imagen de pareja feliz que había creado se estaba agrietando y la triste realidad era ya inevitable. Mario no pudo evitar ponerse a llorar en mitad de aquellos arbustos.

—Me obligaron a hacerlo…

—No tienes excusa. ¿Tuve que ser yo? ¿Por qué?

Mario no llegó a responder en ese momento porque en su cabeza aterrizó la terrible noche que entregó a su ex a los matones. Esa noche parecía un viernes cualquiera. El día más deseado de toda la semana terminaría en una fiesta como de costumbre. Aunque sería una fiesta amarga.

Aquella noche Mario iba acompañado de *los extraños*. Pero esos extraños tenían nombre propio: Alfonso y Jorge. Le habían pedido que escogiese a un chico gay que pudiera ser su próximo paciente. Mario sabía perfectamente las características que solicitaban.

—Tú solo tienes que entrar ahí y ligarte a otro marica como tú. Lo primero que tienes que preguntarle es si vive solo y le pides que te lleve a su casa a echarle un polvo. —Mientras Alfonso le daba esas indicaciones a Mario, Jorge hizo una mueca de asco al imaginarse a dos tíos follando.

Mario escuchaba lo que debía hacer aterrorizado y sin apenas moverse. Lo que le estaba pasando debía ser una broma de mal gusto. Era una pesadilla interminable que seguro iba a acabar muy mal. ¿Y si entraba en esa fiesta y pedía ayuda? No era capaz de pedir ayuda, pero tampoco quería hacerle eso a otro chico. No se lo perdonaría nunca. ¿Qué pasaría si el chico que elegía sí llamaba a la policía o se

iba de la lengua? Eligiese la opción que eligiese iba a salir perdiendo.

Otra pregunta le vino a la mente y provocó que se le erizara la piel. ¿Y si esa noche no conseguía llevarse a ningún chico? Antes de que empezase con Álvaro, no es que fuera un ligón precisamente, y las veces que ligaba era porque Laura le hacía el trabajo difícil.

Debía sacar todas sus armas porque no quería imaginar lo que pasaría si al terminar la noche los extraños viesen que no les había llevado una presa.

«¿En serio van a estar ahí toda la noche esperándome? ¿No tienen nada mejor que hacer?», por mucho que lo pensase no le encontraba lógica.

Sin más dilación, puso rumbo hacia la fiesta dejando en los aparcamientos a esos dos monstruos que, por desgracia, había conocido. Notaba sus miradas clavadas en su nuca que le producían un terrible dolor por todo su cuerpo.

La fiesta se celebraba en una de las discotecas más conocidas de su ciudad. Mario había estado allí decenas de veces con sus amigas y con Álvaro. Era un lugar para emborracharse, bailar y reír toda la noche hasta ese mismo día. Ya nada sería igual. Al salir de allí se mancharía para siempre el buen rollo que irradiaba esa discoteca.

En la puerta, de pie y sin mover una pestaña, estaba el mismo portero de siempre. Vestido de negro y con sus enormes bíceps podría haber sido la salvación de Mario si no fuera un auténtico gilipollas. Ojalá hubiese podido contar con su ayuda. Mario imaginó cómo ese gorila se acercaba hacia el aparcamiento y aplastaba a esas ratas para protegerlo. Fue una sensación maravillosa, pero Mario se sorprendió a sí mismo teniendo ese tipo de pensamientos que eran más propios de su amiga Nerea. ¿Y si en vez de protegerlo se unía a sus enemigos?

—¡La entrada! —La voz gruesa del portero le sacó de su imaginación—. ¿Tienes la entrada?

—Sí, perdona.

El gorila le puso el sello de la discoteca en la mano y le dejó pasar. Mario se sorprendió de que no hubiese demasiado cola.

Una vez dentro, echó un vistazo a su posible víctima. Se sintió un cerdo porque ya estaba pensando como los extraños. Buscaba una presa fácil y que no hubiese conocido antes. En ningún momento le haría eso a algún amigo o conocido. La situación ya era horrorosa como para hacerla aún más.

Comenzó a pedir copas y más copas. Entre la cuarta y la quinta conoció a un chico bastante guapo de ojos grandes, pero cuando estaba empezando a conquistarle, una amiga lo agarró del brazo y se lo llevó al otro lado de la pista. Le pareció escuchar como la amiga le decía que no le gustaba para él.

«Zorra», pensó.

Aunque no estaba seguro de si la chica lo había dicho o su inseguridad le había jugado una mala pasada, pero por si acaso

decidió que no podía beber más o ni siquiera recordaría a los dos monstruos que le esperaban fuera. Deseaba con todas sus fuerzas que se hubieran cansado y que cuando saliese al aparcamiento ya no estuvieran. Pero no se marcharon. Estaban esperándole en el coche mientras comían, bebían y se echaban unas risas en el coche.

Mario intentó forzar el conocer a alguien. Se le acababa el tiempo y no podía salir solo de allí. Lo único que consiguió fue caerle mal a los chicos a los que se presentaba. La mitad de la discoteca había huido de él. Frustrado y cansado se sentó en uno de los sofás que acababan de quedarse libres. Desde allí, observaba a todos los chicos que alcanzaba su vista como un leopardo entre la hierba buscando su próxima cena. Chicos besándose, felices y sin ninguna preocupación. Él debía estar así y no pasando por ese tormento.

«¿Por qué me eligieron? ¿Tan débil parezco?», pensaba mientras empezaba a notar cómo el sueño invadía su cuerpo.

De pronto, la pequeña borrachera que tenía encima y las ganas de dormir desaparecieron para transformarse en una mezcla de celos y una gran cantidad de dolor en el pecho. En un lateral de la pista, junto a una de las columnas del local, Mario reconoció a Álvaro. Estaba enrollándose con otro chico. Apasionadamente. Por un momento, pensó que formaba parte de su imaginación, pero no era así.

No podía dejar de mirarlos a pesar del dolor que le estaba provocando. Era como si hubiese descubierto que Álvaro le estaba siendo infiel. Lo habían dejado hace apenas unos días y era tan reciente, tan jodido, que no estaba preparado para ver esa situación. En la distancia podía notar sus lenguas entrelazándose, disfrutando el uno con el otro.

Por fin Álvaro separó su boca de la del otro chico y Mario pudo verlo mejor. La verdad es que era bastante más guapo que él. Moreno, un pendiente negro en la oreja izquierda y tenía una sonrisa preciosa. Los dos sonreían y se comían con los ojos. Álvaro le susurró algo al oído, se cogieron de la mano y pusieron rumbo al guardarropas.

Mario los siguió y esperó mientras esperaban en la cola. No paraban de besarse y de magrearse. Mario los observaba muy de cerca, pero escondido detrás de una columna para que no le descubriesen.

—Hay un pervertido que no deja de mirarnos —le dijo el chico guapo a Álvaro.

—¡Pues que mire! —Álvaro le agarró del cuello y lo dejó callado de nuevo con sus besos.

Álvaro no tenía ni idea de quién era el cerdo que los estaba mirando y no le importaba en absoluto. Si se hubiese girado y hubiese encontrado allí a su ex, su maravillosa noche se habría ido a la mierda.

La interminable cola del guardarropa llegó a su fin y los tres

salieron de la discoteca. Mario esperó en la entrada y observó cómo se marchaban. No tenía ninguna duda de que irían a casa de Álvaro a echar un buen polvo. Y le dolía el alma solo con imaginarse a la persona que aún quería follando con otro tío.

La borrachera y los celos no son una buena combinación, puede ser un cóctel explosivo peligroso. De hecho, esa explosión desencadenó una enorme pesadilla encadenada a mucho dolor, accidentes y muertes.

Mario se acercó con miedo hacia el aparcamiento con la esperanza de que los extraños se hubieran ido. Para su desgracia, el coche viejo y blanco de esos monstruos seguía allí aparcado. Antes de que Mario estuviese cerca del coche, las puertas del conductor y del copiloto se abrieron a la vez con una sincronización asombrosa.

Los extraños parecían enfadados.

—¿Qué haces solo? ¿Acaso no entendiste lo que te dijimos, marica? —Jorge se acercó amenazador hacia Mario. Alfonso lo detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—No he conseguido a nadie, pero os puedo facilitar los datos de alguien que vive solo. Creo que será una presa fácil.

—Entra en el coche —dijo Alfonso abriendo la puerta de atrás y comprobando que nadie los estaba observando.

Mientras lo llevaban de vuelta a casa, Mario les habló sobre Álvaro, su dirección, sus redes sociales… Todo. En ese momento estaba tan enfadado que lo único que quería era hacerle daño, a pesar del amor que sentía por él. Le parecía injusto que mientras él sufría, Álvaro estuviese follándose a otro.

Mario no estaba acostumbrado a beber y a la mañana siguiente amaneció despeinado y con una resaca espantosa. El desayuno no le sentó nada bien porque justo cuando empezaba a masticar la primera tostada de las tres que había preparado, comenzó a recordar lo que había pasado la noche anterior. Lo que había hecho había sido un acto de cobardía y de niñato. La mezcla de culpa y resaca le llevaron al baño y vomitó salvajemente. Los trozos de culpa mancharon la tapa del váter dejándolo totalmente asqueroso.

Había metido a Álvaro en la boca del lobo.

«Solo le darán un susto», fue el primer pensamiento que tuvo.

Un fuerte pitido le sacó de sus recuerdos y de repente se vio en medio de unos matorrales y con ganas de mear. El fantasma de Álvaro ya no estaba a su lado clavándole sus palabras en la cabeza.

De fondo, escuchaba los gritos de sus amigas que le metían prisa y seguían pitando y chiflando. Mario salió corriendo hacia el coche sintiendo la brisa fría en su rostro.

—¡Cierra la bragueta! —le gritó Laura provocando que se le pusiera la cara roja de vergüenza.

—¡Cómo os gusta enfadarle! —dijo Mercedes.

Mario se subió a la parte de atrás junto a Mercedes. Todas se reían y bromeaban sobre Mario y a él no le quedó más remedio que mostrar una sonrisa forzada. Mientras Mercedes le sonreía y le daba un suave beso en la mejilla, recordó las palabras del fantasma de Álvaro. ¿C*ómo eres capaz de mirar a mi madre a los ojos, cerdo?* Aquella frase rebotaba por su cabeza infinidad de veces rasgando su cerebro.

Tenía miedo de que esas risas que viajaban en el coche de Nerea se convirtieran en gritos y llantos cuando descubriesen la verdad.

Capítulo 19.
Beca y Jorge

Beca le daba vueltas a su móvil una y otra vez mientras esperaba a los demás. Acababa de ver el vídeo de nuevo. A veces era bastante impulsiva y se sentía mal por haber pensado en hacerle daño a Alfonso. Usar el vídeo como amenaza significaría que todo se había ido a la mierda y no quería. Actualmente, mantenía una buena racha en su relación, pero como siempre no tardaría en joderse. Tenía la cabeza hecha un lío. ¿Le saldría rentable usar ese vídeo para destruirlo todo? ¿O podía darle otra utilidad?

Cuando estuvo a punto de ocurrírsele una genial idea, Jorge entró por la puerta.

—¡Qué pasa! —Beca se asustó—. ¡Estabas en otro mundo!

—Estaba pensando.

—Seguro que nada bueno.

—¿Cuándo se nos ha ocurrido a nosotros algo bueno? —Los dos empezaron a reír de una manera maliciosa.

—¿No ha llegado nadie aún?

—No, aquí llevo sola un rato.

Jorge miró su móvil.

—Acaban de escribir por el grupo. Van a llegar un poco más tarde porque han ido a comprar unas birras y algo para zampar.

—¿Tú no ves un poco raro a Luis? —dijo Beca seriamente cambiando de tema.

—Nunca le he visto demasiado normal, la verdad.

Beca soltó una leve risa como aprobación.

—Está muy rallado desde que Alfonso la cagó cargándose a ese marica.

—Están rallados los dos. ¿Te ha dicho algo a ti?

—No, no le gusta mucho hablar del tema. Voy a esperar a que se le pase un poco porque tiene varias cosas que aclararme.

—A ti y a todos.

—Démosle tiempo.

—Yo necesito volver a la acción, joder. —Jorge empezó a animarse más de la cuenta—. Acabábamos de empezar y hemos tenido que dejarlo a medias. Lo único que hacemos es vigilar al resto de pacientes que tenemos en tratamiento.

—Te entiendo perfectamente.

En el ambiente empezó a crearse una atmósfera bastante sincera.

Luis y Alfonso tardaban más de la cuenta, pero Beca y Jorge estaban bastante cómodos y no los estaban echando en falta. Eran

muy buenos amigos y tenían muchas cosas en común, aunque nunca habían tenido una conversación como aquella. Estaban encontrando una conexión bastante importante.

—Tenemos que hablar con quien verdaderamente manda aquí y tiene que poner las pilas. Ya no hablan en las noticias del crimen de ese chico y estoy segura de que nadie se acuerda de él. De hecho, creo que podemos aprovechar ese asesinato para meter miedo a nuestras nuevas víctimas.

—Ya sabes que no le gusta que les llamemos así. No son víctimas, son pacientes.

—Relájate, tío. Estamos solos. No hay nadie aquí que nos diga lo que tenemos que hacer.

Beca se sentía muy cómoda con Jorge. Estuvo a punto de contarle que tenía el vídeo del crimen en su poder, pero ¿podía fiarse de él? ¿Y si se lo contaba a Alfonso? Permanecería callada por ahora. Antes debía asegurarse de que Jorge necesitaba lo mismo que ella. Ese vídeo podía ser más útil de lo que pensaba y no solo debía servir para joder a Alfonso en caso de que la dejase.

Jorge seguía hablando con entusiasmo de posibles proyectos, pero su receptora estaba pensando en otras cosas. Beca no solo pensaba en si podía o no confiar en Jorge. También empezó a mirarle su boca, su pelo… Estaba empezando a ver algo especial en él.

—¿En qué estás pensando, Beca? —se dijo a sí misma—. ¿Se te está yendo la olla o qué?

Jorge se dio cuenta de que Beca estaba como embobada y pensativa.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, sí, perdona.

—Estos preguntan que si queremos algo en concreto para comer.

—No. Lo que traigan está bien. No tengo mucha hambre.

Beca observaba a Jorge mientras escribía por WhatsApp. Y se hizo una pregunta que le puso los vellos de punta. ¿Y si en realidad debía estar con Jorge? Rápidamente descartó esa posibilidad. Estaba convencida de que se estaba confundiendo porque Alfonso no le hacía mucho caso. Solo follaban salvajemente de vez en cuando y poco más. Necesitaba cariño y estaba enredándolo todo. Solo era eso.

Capítulo 20.
La piedad de Miguel Ángel

Un par de noches después de tirar las falsas cenizas de su hijo, Mercedes tuvo una pesadilla terrible. En realidad, soñó con el día que encontró el cadáver de su hijo. Vivirlo de nuevo fue espantoso, pero era algo inevitable y duradero, ya que tardaría mucho tiempo en superarlo. O quizás nunca.

En el sueño todo parecía estar a cámara lenta, como en una película de terror. Se despertó aterrorizada por una parte concreta de la pesadilla. Era algo nuevo con lo que nunca había soñado: el momento de la autopsia de Álvaro.

Un señor con un traje blanco, parecido al de un apicultor, rajaba el cuerpo de su niño en busca de pruebas. Despegaba lentamente la carne como si estuviera quitando un disfraz tétrico. Lo peor fue cuando el hombre agarró la mano izquierda de Álvaro examinándola con detenimiento. Agarró una especie de pinzas y las introdujo entre las uñas con la intención de encontrar alguna prueba. Pero el hombre no paró de introducir la pinza, de tal manera que solo consiguió despegarlas de la carne. Uñas negras lejos de su lugar de origen se precipitaban al suelo. Y por fin, Mercedes despertó sudando y con lágrimas en los ojos. Su rostro era la definición de pánico.

Esa noche los recuerdos volaron hacia Mercedes con una intención clara: querían desvelarle un dato importante que ella no sería capaz de descubrir por sí sola. Ese pequeño detalle era la clave.

Aquella terrible mañana de lunes, Nerea y Mercedes decidieron ir a la casa donde vivía Álvaro. Mercedes estaba nerviosa porque sospechaba que algo malo podía haberle pasado a su hijo. No era normal que no supiera nada de él en todo el fin de semana. Por otro lado, Nerea iba más confiada en que lo pillarían en la cama con el chico que había quedado.

Una vez que llegaron a la puerta de la casa, Mercedes se fijó en el felpudo que había en la entrada. Se acordaba perfectamente del día en que Mario se lo regaló a Álvaro por su cumpleaños. Había escrito algo en inglés y, como Mercedes no entendía lo que significaba, Mario se lo explicó.

—A Álvaro le encanta una serie de zombis que se llama *The Walking Dead* y…

—Sí, me ha hablado de ella. Quiso que la viéramos juntos, pero no me gustan nada los malditos zombis. —Mercedes puso una mueca entre asco y terror—. Prefiero ver un buen drama o una buena comedia en lugar de ver cómo se comen viva a la gente, sinceramente.

Mario no paraba de reír por la manera en que se expresaba su suegra.

—Pues eso… como le gusta tanto, le pillé este felpudo tan molón.

—¿Qué pone? —preguntó Mercedes curiosa.

—En inglés dice *Don´t Open, Dead Inside* que significa *No abrir, muertos dentro*.

—¡Qué maravilla! —dijo Mercedes con ironía.

Mario quiso explicarle que era una frase muy conocida de la serie que aparece en el primer capítulo escrita con sangre en una de las puertas de un hospital, pero Mercedes hizo un gesto con las manos dejando claro que no le apetecía saber nada más sobre esa serie de monstruos.

Fue inevitable que Mercedes recordase ese momento. *No abrir, muertos dentro*. Parecía que ese felpudo le estaba mandando un mensaje sarcástico.

Mercedes no creía en Dios, pero en su vida hubo dos momentos en los que, desesperada, recurrió a él. La primera vez tenía dieciocho años. Aterrada y con un predictor en la mano, estaba sentada en la cama de su dormitorio esperando la respuesta. No quería tener un hijo con dieciocho años. Era muy joven y sus padres se enfadarían muchísimo. Aún se consideraba una niña y tenía muchas cosas que vivir y ese niño pondría su mundo patas arriba. Justo antes de mirar el resultado, su padre llamó a la puerta.

—¿Sí? —dijo lanzando el predictor debajo de la cama.

—¿Puedo pasar? —dijo su padre asomando la cabeza.

—Claro, papá.

Su padre se sentó junto a ella.

—¿Estás bien? Tienes a tu madre algo preocupada. Dice que le ha parecido verte llorar.

—No pasa nada, papá. Ya sabes que mamá es muy exagerada.

—¿Todo bien con tu… novio?

Mercedes afirmó con la cabeza y mostró una tímida sonrisa. Era verdad que todo iba especialmente bien con Julio, y esperaba que se tomase bien la noticia en caso de que el predictor diera un resultado positivo. Se querían con locura y estaba segura de que juntos afrontarían lo que fuera.

El predictor seguía tirado debajo de la cama mientras su padre hablaba sin parar, repitiendo varias veces que si se encontraba mal o le había ocurrido algo en el colegio podía contárselo.

Su padre por fin salió de la habitación. Mercedes sentía el impulso de meterse corriendo debajo de la cama y ver de una vez el resultado. Para asegurarse de que nadie interrumpiese ese momento tan importante e íntimo, se acercó de puntillas a la puerta, pegó su

oreja derecha en la puerta y, asegurándose de que no escuchaba a nadie cerca, echó el pestillo con mucho cuidado de no hacer ruido.

Rápidamente, Mercedes se coló debajo de la cama en busca de la respuesta más importante de su vida. Por suerte, su madre acababa de limpiar el cuarto y no tuvo que luchar contra ninguna pelusa. Odiaba ensuciarse su ropa.

La habitación quedó en silencio escasos segundos hasta que Mercedes giró el predictor y vio la respuesta más difícil de su vida. Los llantos de la chica brotaban de debajo de la cama, antes de que una mano tapase la boca para que sus padres no la escuchasen.

No paró de llorar y temblar durante veinte minutos. Salió de la cama rápidamente para quitar el pestillo de la puerta. Luego, se acercó al espejo pequeño que tenía encima del escritorio y pensó que no podía salir de aquella habitación hasta que arreglase de nuevo su maquillaje. Sus padres no podían notarle nada.

—Voy a casa de Julio. Vuelvo enseguida. Os quiero —gritó desde la puerta asegurándose de que sus padres no la vieran.

Julio vivía muy cerca de la casa de sus padres, pero el camino se hizo eterno. La angustia la estaba devorando como si fuesen termitas, aunque confiaba en que Julio la abrazaría y le diría que juntos podrían encargarse del bebé y que encontraría un buen trabajo para mantenerlos.

Desgraciadamente, parecía que Mercedes no conocía bien a su novio. La película que se había montado había pasado de ser romántica a *thriller*. Julio se quedó congelado ante la noticia y su habitación empezó a girar rápidamente, lo que provocó que terminase tumbado en su cama.

—No podemos tenerlo… ¡Somos muy jóvenes! —Fueron las únicas palabras que salieron de su boca mientras permanecía tumbado y con las manos en la cara.

Mercedes y Julio estuvieron toda la tarde sin abrir prácticamente la boca. Mercedes lloraba mientras Julio seguía mirando al techo. Ella tomó la decisión de salir de la habitación.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Julio inclinándose por fin y con la esperanza de que abortara.

A Mercedes le dolió en el alma esa pregunta. Ni siquiera se dignó a incluirse en la decisión. No dijo un *¿Qué vamos a hacer?*, sino que le dejó toda la responsabilidad a ella.

—Voy a sacar a este niño adelante. Yo sola. —Mercedes pronunció esas palabras con tanto orgullo que estuvieron a punto de clavarse en las paredes.

Julio observó paralizado cómo Mercedes salía de su vida dando un portazo.

Seguía parada delante de ese horrible felpudo. Hipnotizada.

Nerea sacó de golpe a Mercedes de sus recuerdos.

—¿Estás bien?

—¡Sí! ¡Sí! —Mercedes respondió con un amargo sabor en la boca. No se quitaba de la cabeza el mal presentimiento.

—¿Quieres que entre yo primero? —Nerea pensó que lo que le pasaba a Mercedes era que le daba vergüenza encontrar a su hijo en la cama con otro. Empezó a reírse hasta que vio la cara de preocupación de Mercedes—. Seguro que está bien.

Nerea llamó al timbre de la puerta y esperaron a que respondiese. Cinco segundos fueron suficientes para entender que nadie iba a abrir.

—¡Cariño! Somos Nerea y yo. ¡Vamos a entrar! —Mercedes sacó la copia de las llaves que había guardado siempre y que nunca había utilizado. La introdujo en la cerradura lentamente con la esperanza de que abriese Álvaro al escucharla.

Abrió la puerta de par en par y encendió la luz del descansillo. Silencio. El resto de la casa permanecía a oscuras y sin señales de vida. No le gustó en absoluto el olor de aquella casa. A pesar del silencio, algo le gritaba que no le gustaría lo que iba a encontrar.

—Voy a ir directamente a su dormitorio espérame aquí —dijo Nerea.

Atravesó el largo pasillo hasta el final de la casa. La puerta del dormitorio estaba abierta y con la luz apagada. La cama estaba perfectamente hecha y contrastaba con el montón de ropa que había encima de la silla. Giró sobre sí misma y vio que el cuarto de baño también estaba abierto y vacío. Antes de continuar con la búsqueda, un grito aterrador hizo que se sobresaltase.

Mercedes se había dirigido hacia el salón atravesando un fuerte olor. Las persianas estaban bajadas y no veía con claridad. Después de abrirlas se giró y, sin dar crédito a lo que veía, soltó un grito desde las entrañas. Álvaro estaba totalmente desnudo y solo tenía un cojín que le tapaba la cabeza. Mercedes cayó de rodillas al lado de su hijo y apartó el cojín para verle la cara. Ese cojín, ese objeto tan insignificante, era la clave para el caso. Era un cojín blanco y con lunares amarillos por todos lados.

Al apartarlo de la cara de su hijo Mercedes volvió a pedirle algo a Dios. A diferencia de cuando tenía dieciocho años, le pidió que su hijo estuviera vivo. Pero ya era mucho más que tarde. El cuerpo de Álvaro había comenzado el proceso de descomposición y estaba un poco hinchado y lleno de moratones. A pesar de eso, Mercedes sentía una esperanza absurda.

Nerea entró corriendo al salón y encontró una horrible estampa que le recordó a una famosa escultura, pero en ese momento ni recordaba el nombre. Mercedes estaba de rodillas agarrando a su hijo

desnudo cuyos brazos colgaban sin vida. Los gritos y llantos de Mercedes contrastaban con el frío silencio de Nerea. Se quedó parada al lado del sofá sin saber qué decir y sin mover un solo músculo. No comprendía lo que estaba pasando, pero, en resumen, su mejor amigo estaba muerto.

—¡Mi niño! ¿Qué le han hecho a mi niño? —gritaba Mercedes desconsolada y sin dejar de agarrarlo.

El cuerpo llevaba sin vida casi dos días y la cara de Álvaro permanecía anclada en una mueca aterradora.

—¿Qué te han hecho, mi vida? ¿Quién te ha hecho esto?

Nerea se sentía atrapada sin saber qué hacer. ¿Qué se hace ante esa situación? ¿Cómo se consuela a una madre que tiene a su hijo asesinado en brazos?

—Voy a llamar a la policía. —Fueron las únicas palabras que consiguieron escapar de su boca.

Mientras hacía la llamada más dura de su vida, Nerea observó por primera vez aquel salón con hedor a muerte. El vello de sus brazos se erizó como en señal de protesta ante tan macabra situación. El cojín de lunares parecía reírse de ellas.

En el suelo había algo pegajoso mezclado con la sangre de Álvaro que mostraba marcas de haber sido… ¿Torturado? ¿Le han torturado? Quiso gritar de rabia. Y fue en ese momento cuando vio el consolador rojo en el sofá. No quiso ni imaginar lo que le habían hecho a su mejor amigo, pero las peores imágenes no paraban de aparecer en su cabeza. ¿Qué había pasado allí?

La espera mientras llegaba la policía fue eterna y angustiosa. Nerea sacó fuerzas para acercarse a Mercedes y abrazarla. No sin antes convencerla para que soltase el cuerpo en el suelo, tal y como lo habían encontrado.

—Debemos dejar que la policía haga su trabajo y puede que estemos estropeando alguna prueba. —Nerea se sintió muy fría al decir esas palabras. Le estaba pidiendo a una madre que no tocase a su hijo inerte—. Sé que es duro, pero no deberíamos tocar nada.

Llamaron a la puerta. Nerea fue a abrirla dejando a Mercedes sentada en el suelo con el maquillaje esparcido por toda la cara como cuando vio el resultado de aquel predictor.

Aún no era la policía la que estaba llamando, sino algunos vecinos que habían escuchado gritos y estaban preocupados. Otros estaban en el descansillo comidos por la curiosidad y deseando saber lo que estaba ocurriendo.

—¿Ha pasado algo, chiquilla? —preguntó un señor de unos setenta años, calvo y con unas gafas enormes—. He escuchado unos gritos y pensaba que venían de esta casa.

Nerea no sabía qué contestarle al hombre y soltó lo primero que

le vino a la cabeza.

—La policía está de camino. No se preocupen.

Y mientras los vecinos insistían en hacer preguntas, cerró la puerta dejando las voces al otro lado. Apoyó su espalda contra la puerta sin salir del *shock*. Le pasaron mil cosas por la cabeza rápidamente y no volvió en sí hasta que la despertaron los llantos que provenían del salón. Su cuerpo no quería volver a entrar allí, pero su mente le decía a gritos que no podía dejar a aquella madre desconsolada.

Mercedes luchaba por no tocar el cuerpo de su hijo. Le importaba una mierda que la policía no encontrase pruebas para encontrar al asesino. Quería cuidar de Álvaro por encima de todas las cosas. Aunque fuera demasiado tarde, su instinto de madre seguía queriendo protegerle.

Nerea se acercó despacio hacia Mercedes y con mucho cariño le pidió que se levantase del suelo y se sentase en una de las sillas. Estaría mucho más cómoda en el sofá, pero Nerea intentaba que no viese el consolador, si es que no lo había visto ya. Agarró otra silla y se sentó junto a ella.

Sus llantos se abrazaban en un intento fallido de consuelo.

Nerea actuaba como un robot, se movía lentamente y las frases que pronunciaba parecían no tener ningún ritmo.

—Yo hablaré con la policía, no te preocupes —dijo Nerea para romper el silencio que se hacía cada vez más espeso.

Mercedes no pudo ni responder a eso y tenía la mirada perdida. Nerea tenía miedo de que se desmayase y se cayera de la silla y la abrazó con más fuerza aún en aquella silla en la que Álvaro había sufrido tanto.

El timbre sonó más fuerte de lo que esperaban y las hizo sobresaltarse. Mercedes se puso muy nerviosa y empezó a llorar mientras sus manos se movían sin control. Miró a Nerea con una tremenda tristeza en los ojos y juntas, agarrándose de la mano, abrieron la puerta.

Entraron dos policías uniformados al domicilio. Uno de ellos era alto, un metro noventa aproximadamente y bastante atractivo y el otro era más bajito y mayor que el primero. Muy seriamente preguntaron lo que había ocurrido y entraron hacia el salón.

De los trámites se encargó Nerea. Informar a la policía de lo poco que sabían y de lo que habían encontrado al llegar fue muy doloroso, aunque Nerea no pudo encargarse de todo. Mercedes tuvo que hablar con la policía ya que fue ella la primera en ver el cuerpo. Y mientras ella relataba la horrible imagen que jamás se quitaría de su cabeza, Nerea pensó que era hora de avisar a sus amigos.

La policía apuntó todos los datos que habían recibido: no sabían

nada de Álvaro desde que quedó con ese chico por Internet, no encontraron el teléfono de la víctima, las lesiones en el cadáver y el consolador los llevaba a pensar que había sido un crimen homófobo. Estaban atrapados en un largo etcétera de preguntas sin respuestas. ¿El asesino había sido el chico que quedó con la víctima o lo asesinaron después? ¿Algún vecino había escuchado o visto algo extraño?

—Encontraremos al monstruo que le ha hecho esto a su hijo —dijo el policía intentando calmar a Mercedes sin efecto alguno.

Poco después, llegó el forense y seguían sin creerse lo que estaba ocurriendo.

En esos momentos lo único que quería Mercedes era que todo eso fuera una pesadilla o incluso una broma absurda.

Mercedes se levantó por fin de la cama y decidió que no debía centrarse en aquellos recuerdos. Lo intentaba, pero esas imágenes horribles no paraban de aterrizar en su cabeza. Debía mantener su mente distraída para no acabar volviéndose loca. ¿O acaso ya era demasiado tarde para eso?

«¡Ni que tragarse las cenizas de tu hijo fuese algo muy normal!», le gritó su propia voz desde algún lugar.

Se sentía tan vacía después de haberse librado de las cenizas, de ese momento tan esperado, que ya no tenía ningún objetivo claro. Estaba perdida y pensamientos peligrosos la merodeaban como cuervos hambrientos.

La policía no tenía ninguna pista sobre el asesino y parecía que ya no iban a investigar nada más.

—¿Ya está? —se preguntó—. ¿Ya nadie va a hacer nada por hacer justicia?

A veces pensaba que Nerea llevaba razón y que debían hacer algo más por Álvaro.

«¿Otra manifestación?».

No creía que sirviese de mucho. Se sentía entre la espada y la pared porque quería hacer algo, pero todo le parecía una estupidez. ¿Y si conseguía una entrevista en televisión? Se dio un par de suaves bofetadas en la cara con ambas manos y decidió ponerse manos a la obra. No podía quedarse petrificada toda su vida. Era el momento de hacer justicia a su manera. Era el momento de remover cielo y tierra.

Capítulo 21.
La noche de los malos recuerdos

Viendo que no estaba funcionando nada de lo que hacían y que el asesino de su mejor amigo seguía suelto, Nerea estaba tirada en la cama en la misma posición en la que se encontraba Mercedes. Nunca habían tenido una relación tan especial como ahora y era una pena que hubieran tenido que encontrar juntas el cadáver de Álvaro para estar más unidas.

Nerea y Álvaro eran amigos de toda la vida y por lo tanto conocían a sus padres bastante bien. Siempre era más agradable ir a casa de Álvaro ya que el ambiente en la casa de Nerea no era muy agradable. En aquella casa se respiraba un ambiente muy tóxico y Nerea no quería que su mejor amigo escuchase a sus padres discutir. Aunque le doliese aceptarlo, se avergonzaba de su familia. Ahora vivía sola en esa misma casa, pero el ambiente era más fresco y acogedor.

Nerea siempre deseaba los juguetes que tenía Álvaro y no paraba de dar la lata hasta que se los prestaba. Eran como hermanos o incluso un amor más fuerte aún. Era un amor verdadero, como los que no fue capaz de encontrar en sus relaciones.

Como Nerea era bisexual, sus amigos bromeaban y le decían que tenía el doble de oportunidades. Pero el riesgo de eso es que también tenía el doble de oportunidades de fracaso. Tanto en hombres como en mujeres tenía los mismos desencantos. Había cosas distintas entre un sexo y otro, pero casi siempre desembocaban en un dramático desenlace. Todo el mundo quería pasar el rato y adiós muy buenas. Algunos hasta desaparecían de la noche a la mañana sin decir nada.

De pequeña le dijo a medio colegio que ella y Álvaro eran novios en plan broma, pero notó que no le hizo mucha gracia. Fue en ese momento cuando Álvaro tuvo la necesidad de contarle a su mejor amiga lo que estaba sintiendo, quién era en realidad.

—Necesito contarte algo.

—¡Suéltalo! ¡Ya sabes que puedes contarme lo que sea! —Nerea se lo tomó como una broma y empezó a hacer la payasa.

—Es algo muy serio.

—¡Ah! ¡Perdona! ¿Qué ha pasado?

—Es algo que creo que… no estoy muy seguro aún, pero estoy notando cosas.

Por un momento, la joven Nerea de trece años pensó que su mejor amigo iba a declararse y se puso nerviosa provocando que se sonrojase levemente.

—Pero tengo miedo de que me rechacen… de que tú me

rechaces.

—¡No digas tonterías! Sabes que te quiero como a nadie en el mundo. Hace mucho tiempo juramos querernos para siempre, hasta que la muerte nos separe.

Cada vez estaba más convencida de que su mejor amigo iba a decirle un maravilloso *te quiero* o *quiero que seamos más que amigos*.

—Creo que me gustan los chicos…

Nerea suspiró y rápidamente tuvo que salir de aquel apuro.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Ya te he dicho que aún no lo sé. Lo tengo que ir descubriendo.

—Bueno… Yo estaré contigo siempre. Me ha ofendido que pienses que no te iba a querer por eso.

Los dos empezaron a emocionarse.

—Es que… tengo miedo a que la gente se ría de mí, que mi madre no lo acepte.

—¿Tú crees que tu madre no te va a querer? Si hablásemos de mi padre lo podría entender, pero… ¿tu madre? ¿Estás tonto?

Álvaro empezó a cambiar las lágrimas por una risa tonta.

—¡Anda! ¡Ven aquí, idiota!

Los dos se fundieron en un abrazo que parecía interminable. Fue en ese momento, después de la confesión de Álvaro, cuando Nerea se dio cuenta de lo que realmente sentía por su mejor amigo. Un fuerte ardor invadió su estómago, obligándola a destruir el abrazo y salir corriendo al baño.

Nunca iba al baño del colegio porque le daba vergüenza y mucho más después de una broma que le gastaron las niñas más tontas de su clase. Cerró el pestillo y se sentó encima de la tapa del váter. Con las dos manos tapó su boca para que nadie escuchase los llantos que se aproximaban.

«YA SE ME PASARÁ», PENSÓ MIENTRAS EL BERRINCHE LLEGABA A SU FIN.

Y salió de aquel baño lleno de mensajes escritos con rotulador de todos los colores posibles.

Ahora Nerea no era una niña. Ya no lloraba fácilmente gracias a la coraza que había creado para protegerse de aquella puta vida.

Cogió el último porro que le quedaba en su riñonera para disfrutarlo lentamente. Nunca conseguía relajarse tanto como con un porro. Y ahora que tenía la casa de sus padres para ella sola, eso iba a ser su ritual de todas las noches.

Tumbada en la cama se sentía perdida y sin ningún objetivo claro. ¿Se había rendido por completo? ¿Había perdido las pocas fuerzas que le quedaban? Le costaba creer eso porque nunca se había rendido. Al contrario. Si le costaba conseguir algo, más empeño le ponía. Y, dando las primeras caladas, se dio cuenta de que necesitaba parar para coger impulso. Necesitaba pensar. Siempre te dicen que no

debes retroceder ni para coger impulso.

«Y una mierda», pensó Nerea. «A veces debemos parar, hablar con nosotros mismos, conectar con nuestras emociones para poder avanzar».

Lo malo de esa pausa era que Nerea sentía que sus emociones eran malas, tóxicas. Sentía que era capaz de destruir todo lo de su alrededor con tal de hacer justicia. Era una meta que tenía que conseguir como fuera.

Poco a poco sus pensamientos fueron envueltos en una ligera capa de humo que dominaba su habitación.

«Menos mal que mamá no está aquí para echarme la bronca».

En el fondo echaba mucho de menos a su madre, pero no la veía feliz en aquellas cuatro paredes. Ella tampoco lo era. La última vez que habló con su madre tuvo una mala sensación. Su madre no lo dijo claramente, pero Nerea sintió que su madre la había abandonado, la había dejado. Básicamente, su madre no iba a volver a aquella maldita casa porque todos los recuerdos eran terribles. Y Nerea era parte de esos recuerdos.

Fue inevitable reencontrarse con el recuerdo de su padre. ¿Qué estaría haciendo él en ese momento en la cárcel? ¿Volvería a verlo alguna vez? ¿En qué momento su vida cayó en picado desde un precipicio? Nerea no tenía pensado reencontrarse en ningún momento con ese monstruo.

Demasiadas preguntas comenzaron a atacar su cabeza y siguió dando caladas con la necesidad de quedarse dormida lo antes posible. En ese momento pensó que se dormía con el porro encendido y que se le caería encima de la cama. Se imaginó a ella misma dormida mientras todo ardía.

Más recuerdos amargos querían entrar en escena sin parar y Nerea empezó a enfadarse.

—¿Qué coño te pasa? —dijo mirando a aquel porro—. ¿Se puede saber qué te he hecho yo para que me trates así? ¡Vaya mierda de porro eres, tío! ¿Por qué me estás jodiendo?

Nerea lo tiró al suelo y empezó a pisotearlo como si fuera una cucaracha asquerosa de las que tanto odiaba. Para asegurarse de que había acabado con él, no le bastó pisarlo, sino que comenzó a saltar encima de él.

—¡Voy a darme una ducha!

Se había quedado realmente satisfecha. ¿Quién le hubiera dicho que estaría más relajada después de destrozarlo que de fumarlo?

—Es la última vez que fumo esa mierda… —dijo mientras se desvestía de camino a la ducha.

Lavarse el pelo también era de las cosas que más le relajaban en la vida. Frotaba y frotaba con su champú favorito que olía a menta.

Un nuevo recuerdo amargo se metió en la ducha con ella. Intentó

frotar con fuerza su cabeza para borrarlo sin efecto alguno. Había intentado enterrar ese recuerdo una y otra vez, pero siempre resurgía de lo más hondo de su mente.

El recuerdo ocurría en una noche de viernes en la que ella y Álvaro no tenían ningún plan. Y eso era algo bastante raro. Nerea tenía la regla y Álvaro se había enfadado con Mario como de costumbre.

—Otra vez me ha escrito Mario… ¡Joder qué pesado es! —dijo Álvaro tirando su móvil encima de un montón de ropa que había en una de las sillas del cuarto de Nerea.

—¡Habla con él y arregla las cosas!

—¡No me des la chapa como Laura! ¡Dejadme que hable con él cuándo me apetezca!

—¿También has discutido con Laura?

—¡No! Pero también es muy pesada… —Álvaro puso una gigantesca cara de asco.

—Es normal. Ella está preocupada por Mario. Ya sabes lo bien que se llevan.

—Bueno… dejemos de hablar de ellos y fumémonos nuestro porrito tranquilamente.

Tumbados en la cama compartieron risas. Álvaro intentaba buscar temas que no desembocasen en sus propios problemas.

—¿Y tú qué? ¿No has conocido a ningún chico… o chica?

—No. No he conocido a nadie especial estos últimos meses.

—¡Joder! Pues mira que tienes opciones en varios bandos.

—¡Son todos gilipollas! Da igual tíos que tías. Todos igual.

—¡Tooooodos gilipollas! —dijeron los dos a la vez como si estuviese pactado, lo que provocó unas escandalosas risas.

—¿Por qué todo es tan difícil, joder? —dijo Álvaro melancólico —. Hay veces que la vida es tan jodida…

—Y que lo digas.

Empezaron a hablar cada vez con menos intensidad y más cansancio, pero todas sus palabras estaban llenándose de amargura. Parecía que sus ambiciones estaban muriendo como el porro de aquella noche de viernes.

Álvaro quedó rendido en la cama y con la cabeza apoyada en el hombro de su amiga. Sin embargo, Nerea permanecía aún despierta. No paraba de mirar a su amigo ahora que él no se daba cuenta. Seguía engañándose y diciéndose a ella misma que no lo amaba. Pero no había manera de evitarlo. Pensó que había dejado de quererle desde el día que supo que era gay, pero era una gran mentira.

Nerea comenzó a acariciarle la cara con suavidad para no despertarle. Estaba muy cansado, pero no podía confiarse. De la cara bajó hacia sus pectorales. A pesar de no ir mucho al gimnasio, Álvaro

tenía un cuerpo muy *sexy*. De los pectorales bajó hasta su abdomen y paró justo en el borde de los pantalones.

«¿QUÉ ESTOY HACIENDO?», PENSÓ SINTIÉNDOSE COMO UNA BASURA.

Pero su amigo era un imán enorme que la atraía por encima de todas sus fuerzas. Le levantó un poco la camiseta de *Los Vengadores* que llevaba puesta y tocó su ombligo. No podía detenerse. Su mano volvió a rozar de nuevo el pantalón. Sus uñas pintadas de negro escarbaban en la piel para intentar llegar al destino más deseado. Cada vez faltaba menos para conseguirlo. Deseaba tanto alcanzar lo intocable aquella noche… La punta de su dedo corazón hizo contacto con los calzoncillos de Álvaro. De pronto, se giró hacia un lado y estuvo a punto de arrastrar la mano derecha de Nerea que casi estaba dentro de su ropa interior.

Nerea se quedó quieta con los ojos cerrados y rezando porque no la hubiese pillado. Los abrió justo después de escuchar un leve ronquido que provenía de su amigo. Giró la cabeza lentamente y vio a su amor platónico dormido como un niño pequeño. Volvió a cerrar los ojos y se sintió asquerosa por lo que acababa de hacer.

«¿CÓMO COÑO VOY A VOLVER A MIRARLE A LOS OJOS?», PENSÓ.

Poco a poco su malestar emocional se vio envuelto en una capa de sueño. Su cuerpo permaneció tenso e intentó no rozar a su amigo en toda la noche.

Capítulo 22.
Escaleras abajo

Alfonso había tenido muchas resacas en su vida, exactamente unas diecinueve. Algunas habían sido mejores y otras peores, pero la que sintió meses después del crimen se llevaba el trofeo a la peor de todas.

Al dolor de cabeza se le sumaban mareos y su mente estaba llena de inmensas lagunas. Recordaba que la noche anterior había salido de fiesta con Jorge y Luis. No le apetecía en absoluto, pero su madre le tendió una trampa para que se divirtiese un poco.

—He avisado a tus amigos para que vengan a por ti. Necesitas salir un rato y pasarlo bien.

—Mamá… No me apetece una mierda salir. Llámales y diles que paso.

—No, no pasas. Vas a salir quieras o no. No me gusta verte así, cariño. No entiendo qué te ocurre últimamente, ya no eres el mismo.

Mayte se acercó a su hijo y le dio un beso en la frente.

—Ya sabes que no me gusta que me des besos como a un niño pequeño.

—Te doy besos porque eres mi niño mimado y porque te quiero.

Mayte puso una voz extraña que enfadó aún más a su hijo.

—¿Qué coño te pasa hoy?

Mayte se mostró un poco molesta y se dirigió a la cocina.

—Recuerda una cosa, hijo. La vida son dos días y no vale la pena preocuparse por tonterías.

Mayte se secó las manos con el paño de cocina y preparó los ingredientes para la cena.

—Seguro que piensa que estoy así por Beca —pensó Alfonso mientras miraba a su madre.

Media hora después, Jorge y Luis llegaron a su casa. Le obligaron a vestirse con lo primero que pillaron y lo sacaron a rastras.

—¡Noche de machos! —gritó entre risas Jorge mientras cruzaban la puerta.

Al ver que sus dos amigos estaban decaídos, exageró sus bromas para intentar animarlos.

—¡Venga! ¿Qué coño os pasa? ¡Un poco de alegría, joder!

Poco a poco Luis y Alfonso empezaron a animarse. Sobre todo para conseguir que Jorge cerrase el pico de una vez.

Fueron rebotando de bar en bar hasta que decidieron quedarse en uno en concreto: *El tigre*. En ese bar, por cada bebida que pedían les servían gratis grandes raciones de comida. Llevaban toda la noche

bebiendo y era el momento de rellenar el estómago. Jorge era famoso por ser un glotón, tanto que sus amigos sentían asco al verlo comer.

Una vez que su estómago estaba lleno de algo más que alcohol, decidieron comprar unas litronas y seguir con la fiesta en el parque que había cerca de la casa de Luis.

Sentados en uno de los bancos, los tres amigos hablaron de todo un poco: de chicas, incluida Beca, del futuro de su proyecto y sus pacientes… Pero había un tema tabú que Luis intentó tocar, pero sus amigos le mandaron callar rápidamente.

—¿Estás tonto? —pronunció Alfonso acojonado—. Hemos dicho que no se habla más del tema y mucho menos en mitad de la calle donde nos podría oír alguien.

—Lo siento, tío —dijo Luis apesadumbrado.

—¡Esto es muy serio! —Alfonso comenzaba a enfadarse—. ¡Cuidado cuando os emborrachéis o incluso cuando durmáis! ¡Como la caguemos lo más mínimo nos vamos a la mierda!

Y en parte llevaba razón. Estaban demasiado seguros de que tenían todo controlado y no les pasaría nada.

—Entendido, tío —dijo Jorge intentando sembrar la paz.

—Creo que es mejor que me suba ya a casa —dijo Luis levantándose del banco mareado.

—No seas idiota —dijo Jorge—. ¡Quédate un rato más!

—Voy muy pedo, tíos… ¡Mañana me va a reventar la cabeza!

Se despidieron con un choque de manos y un abrazo. Alfonso y Jorge le dijeron que lo querían y siguieron dándole sorbos a la litrona mientras veían cómo Luis iba tambaleándose hacia el portal de su casa. Les dio un ataque de risa al ver cómo su amigo casi se cae de culo antes de llegar a su destino.

—¿Tú no ves un poco raro a este? —preguntó Jorge.

—Todos estamos un poco raros desde que… bueno, ya sabes.

—No todos estamos raros, lo estáis Luis y tú. Beca y yo estamos como siempre.

—¡Pues fóllatela! —dijo Alfonso de mala gana.

—¡Qué dices gilipollas! ¡Yo no toco lo que es de mi mejor amigo! ¡Ni de coña!

—Lo sé, capullo.

—¿Estáis mejor o qué?

—Puf… Como siempre.

—Pues dejadlo ya. Para qué alargar más la historia.

Cada vez les costaba más pronunciar con claridad.

—Eso significaría cargarnos nuestro grupo y ya está bastante jodida la cosa con Luis como para joderlo también con Beca.

—Pues si se van que se vayan. Los importantes somos nosotros dos. —Jorge pasó su brazo por encima del hombro de Alfonso y casi se

caen del banco.

—¡Estate quieto que nos vamos a matar!

—¡No puedes ser más sieso, cabrón!

Silencio. Los dos amigos terminaron la última litrona rodeados de pensamientos y sin palabra alguna. Era como si se estuvieran apagando debido a la borrachera que llevaban encima. Jorge se encargó de romper el extraño silencio.

—¿Entonces no la dejas por no joder el grupo?

—¡Déjame, joder! ¡Que estoy muy borracho!

Melancólicos, miraban a la luna menguante de aquella noche. Allí, sentados en el banco en mitad del parque, parecían dos buenos muchachos que pasaban la noche entre alcohol y charlas, inofensivos y sin secretos.

De repente, escucharon como una voz muy reconocible se aproximaba a ellos. El vagabundo que solía rondar por el barrio estaba cantando su particular canción dedicada al vino mientras revisaba lo que había en los contenedores. Con un palo largo golpeaba las bolsas de basura con la intención de ver algo útil que llevarse a la boca.

Alfonso no había visto a ese hombre desde la noche del crimen y aún guardaba un mal recuerdo. No sabía por qué, pero los pelos de sus brazos se erizaron en estado de alarma.

—¡Qué puto asco de tío! —susurró Jorge—. Antes que vivir así me pego un tiro en la cabeza.

Jorge intentó darle un último sorbo a la litrona sin éxito y, fijando objetivo, lanzó la botella hacia el mendigo. Falló el tiro y reventó en mil pedazos cerca de las piernas del hombre que farfulló algo ininteligible.

—¿Qué dices, payaso? —dijo Jorge acercándose amenazantemente hacia el vagabundo.

—¡Déjale, tío! —dijo Alfonso intentado detenerle.

Lo siguiente que ocurrió aquella noche quedó envuelto en una espesa niebla. Alfonso era incapaz de recordarlo y no le dio más importancia hasta unas horas después.

Recién levantado, desayunó un café y unas galletas de chocolate. No tenía nada de apetito, pero necesitaba comer algo para tomarse una pastilla. Necesitaba arrancarse ese tremendo dolor de cabeza.

—¿Mamá? —preguntó en voz alta para confirmar sus sospechas de que estaba solo en casa.

Con el cuerpo hecho polvo, pero con un breve desayuno y un gramo de paracetamol, decidió volver a la cama. Allí iba a permanecer todo el día. La habitación le daba vueltas sin parar y quería matar a sus amigos por obligarle a salir.

Cerró los ojos y consiguió quedarse dormido escasos diez minutos. Vivía en un primer piso y de la calle provenían las voces de

dos mujeres. Alfonso intentó taparse la cabeza con la almohada, pero no consiguió nada y se enfureció. Tenía ganas de matar a esas dos cotorras hasta que prestó atención a lo que estaban diciendo.

—¿No te has enterado? —le preguntaba una mujer a la otra.

—¿De qué? —La voz de esta era bastante más estridente y molesta.

—Han encontrado muerto en mitad de la calle al pobre Benito.

—¿Qué Benito? —preguntó extrañada.

—El vagabundo que siempre paseaba por…

—¡Ay! ¡No me digas!

Alfonso sabía perfectamente a quién se referían. Ese vagabundo al que habían insultado había aparecido muerto.

—Pobrecillo… ¿Y qué le ha pasado?

—Pues seguramente estaría borracho como casi siempre, se tropezaría y se caería por las escaleras. La policía está investigando la causa de la muerte.

De pronto, esas mujeres consiguieron revolverle el estómago y tuvo que salir corriendo a vomitar. Le dio tiempo por muy poco a llegar al cuarto de baño. Soltó todo lo que había en su estómago y hubiera deseado que también se le acabase lo que tenía dándole vueltas en la cabeza. Sentado en el suelo del baño volvió a recordar, no solo lo que hizo la noche anterior, sino también la noche que murió Álvaro. Sus recuerdos empezaron a mezclarse provocando que volviese a vomitar. La cabeza iba a estallarle de nuevo. Había matado a Álvaro y… ¿Era cómplice del asesinato de ese vagabundo? ¿Jorge le hizo algo a ese hombre? Necesitaba saber urgentemente lo que había ocurrido. Y esperaba ansiosamente que Jorge le diese algunas respuestas.

Una vez en su dormitorio, escribió un simple WhatsApp a Jorge. Impaciente, esperó una respuesta.

—¿Ey, tío, estás?

Alfonso esperó una hora y, al no recibir contestación, decidió llamarle para salir de dudas.

—¿Qué quieres? ¡Me has despertado, joder! —respondió bastante cabreado y con la voz cansada y ronca. Jorge odiaba que le despertasen.

—Tenemos que hablar…

Alfonso estaba preocupado, pero no quería volver a mostrarse débil de nuevo. Ya había perdido bastante autoridad.

—Ya estamos hablando, joder. ¡Qué pasa!

—¿Qué pasó anoche?

—¿A qué te refieres? Estuvimos cenando y bebiendo con Luis. Luego cuando él se fue estuvimos un rato en el parque y después tú te fuiste a tu casa y yo a la mía. Fin.

—¿Estás seguro?

—¿Se puede saber qué te pasa? La resaca me está matando. Lo único que quiero es dormir, joder.

—Es que ha aparecido el mendigo muerto… ¿Tuvimos algo que ver?

—¡Nosotros no hicimos nada! ¡Deja ya de rayarte por todo! Te estás volviendo una nenaza.

Y sin nada más que añadir, Jorge colgó el teléfono para seguir durmiendo hasta primera hora de la tarde.

Alfonso se quedó con el teléfono en la mano y sin saber muy bien qué hacer. Le había tocado las narices ese último comentario de su mejor amigo. ¿Así es cómo lo estaban viendo en su grupo? ¿Cómo una nenaza? No podía permitirse eso. Debía conseguir que su equipo volviese a confiar en él. Pero antes… necesitaba salir a la calle y averiguar lo que le había ocurrido a ese vagabundo.

Cogió el primer chándal que encontró y sus zapatillas blancas, las mismas que usó la noche del crimen. Estaban mucho más limpias desde aquel día.

Cuando llegó a la zona donde encontraron el cadáver, no vio a ningún policía. Habían encontrado el cadáver al final de las escaleras del parque. Eran unas escaleras con formas de espiral. Los escalones estaban impregnados con verdina que nació a causa de la reciente lluvia. Tenían un aspecto siniestro y recordaba que, cuando era niño y jugaba en ese parque, a veces tenía miedo de quedarse solo en ese lugar. Las escaleras parecían guardar terribles secretos.

«¿LO TIRAMOS NOSOTROS POR ESTAS ESCALERAS?», PENSÓ ALLÍ PARADO EN SILENCIO.

Cerró los ojos intentando recordar lo que pasó la noche anterior. En su cabeza intentaban aparecer algunas imágenes que se quedaban en débiles fogonazos blancos.

—¡Pobre hombre! —dijo una suave voz a su espalda provocándole un sobresalto.

Se giró hacia la voz y enseguida reconoció a esa persona. Era Samuel, un vecino de unos cuarenta y cinco años.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado? —preguntó Alfonso con una gran necesidad de saber la verdad.

—Por lo que me ha contado mi mujer, lo han encontrado esta mañana tirado al final de la escalera. No hay que ser muy listo para suponer que se había emborrachado de nuevo, que perdió el equilibrio y cayó con tan mala suerte que se desnucó con algún escalón.

—Supongo que habrá sido eso, sí.

Samuel se despidió con un simple *Hasta luego* y Alfonso decidió que era hora de volver a casa. Al oír las palabras de su vecino se quedó un poco más tranquilo. Tenía toda la razón. Ese pobre borracho debió tropezarse y se cayó escaleras abajo. No debía darle más vueltas

al asunto.

Lo importante ahora era centrarse en recuperar su liderazgo. Tenía que espabilar y demostrar que no era una nenaza. Su conciencia y su debilidad murieron aquella mañana, como si el vagabundo se las hubiera llevado a la tumba.

Poco a poco consiguió quedarse dormido de nuevo. La voz de su madre aparecía en su sueño una y otra vez repitiendo la misma frase: «La vida son dos días y no vale la pena preocuparse por tonterías».

Y su madre no podía llevar más razón.

Lo que Alfonso no sabía es que no era responsable ni de la muerte de aquel vagabundo ni de la de Álvaro.

Capítulo 23.
Bagheera

A sus veinticuatro años, Laura vivía dentro de un cóctel de muerte y sexo. Aunque más que practicar sexo, seguía masturbándose constantemente para sacar de su cabeza la idea de perder a familiares y amigos. La muerte seguía apareciendo cada vez que miraba a su abuelo y su voz interna le susurraba cosas terribles que intentaba evitar a toda costa.

Su vida se había estancado y tenía la sensación de que estaba atrapada en un torbellino, en un pozo sin salida, sin futuro. Lo único que le consolaba era echar un vistazo a las fotos de su amor platónico. Las horas se pasaban volando en la vida de Laura. Abría las redes para ver las fotos de Jhonny Dick una y otra vez.

Por otro lado, Agustín empezaba a preocuparse por su nieta y tenía miedo de no saber qué hacer al respecto. Intentaba sacarla de paseo, al cine y hacer planes nuevos con ella. Había intentado un montón de ideas y Laura seguía sin ser la misma de antes.

Entendía perfectamente por lo que estaba pasando. Agustín había perdido a su hijo en un accidente de coche y sabía lo que era perder a alguien de una manera tan brusca. Recibir una llamada de teléfono diciéndote que tu hijo y su mujer habían muerto en el acto en un accidente era duro, pero la llamada que recibió su nieta era aún más devastadora.

Y, sin esperarlo, a Agustín se le ocurrió una gran idea.

Se enteró de que una de las casas antiguas del barrio iba a ser demolida. El ayuntamiento llevaba tiempo queriendo tirarla abajo para construir un nuevo edificio. La dueña era una mujer mayor de unos ochenta años que vivía con sus gatos. Los animales casi siempre estaban asomados a las ventanas y, como la casa era tan antigua, los vecinos les daban de comer pensando que estaban abandonados.

Mientras Laura se masturbaba viendo fotos de su actor porno favorito, su abuelo pasó por la casa antigua justo cuando un vecino se encargaba de repartir algunos gatitos.

He repartido casi todas las crías. La gata había dado a luz hace una semana como mucho. Los vecinos se han quedado a la mayoría. Yo me quedaré con la madre ya que muchas veces le he dado de comer y es muy cariñosa. La única que no tiene hogar es esta pequeña de aquí.

El hombre sacó a otra gatita pequeña en perfecto estado. Era negra y tenía el pelo más suave del mundo.

Agustín no había planificado tener a ningún animal en casa, pero

al coger en brazos a esa pequeña cría no pudo negarse a adoptarla. Además, seguramente a Laura le vendría muy bien. Había oído que los animales podían quitar la depresión a las personas.

Si la adoptas me quedo mucho más tranquilo. Ya pueden derribar esta vieja casa sin que haya dentro ninguna de estas preciosidades.

Y así, con un miembro nuevo en la familia y con toda la ilusión del mundo, Agustín puso rumbo a su casa.

Si Laura se hubiera entretenido un par de minutos más intentando eclipsar sus pensamientos sobre la muerte, su abuelo la hubiera pillado con las manos en la masa.

Agustín entró sigilosamente para darle la gran sorpresa.

—Cariño, ¿estás en casa?

—Estoy en mi cuarto —respondió Laura pensando en lo poco que había faltado para cortarle el rollo.

Su abuelo buscó una caja para guardar a la gatita y así sorprender a su nieta. Estaba tan ilusionado como un niño pequeño con zapatos nuevos. Cuando ya lo tenía todo preparado, volvió a llamar a su nieta.

—¿Puedes salir un segundo?

—¡Voy! —gritó Laura.

Antes de salir de su cuarto se aseguró de tener bien abrochados los pantalones vaqueros que llevaba puestos. Se miró al espejo y comprobó que no había marcas en su rostro que delatasen lo que acababa de hacer. Su abuelo tenía una sonrisa extraña y bastante sospechosa y en sus pies había una caja de cartón de tamaño medio.

—¡Ábrela! —dijo Agustín acercando la caja con mucho cuidado.

—¿Qué es?

—¡Ábrela, tonta!

Laura destapó las solapas una a una y en ella encontró una gatita negra que maullaba y la miraba con unos enormes ojos azules. Inevitablemente, los ojos de Laura se iluminaron y se llenaron de lágrimas. La cogió en brazos y la besó en su pequeña cabecita.

—¡Es preciosa! —dijo muy emocionada—. ¿Nos la vamos a quedar?

—¡Si tú quieres, sí!

—¡Claro que quiero! —Laura también tenía la misma ilusión que una niña pequeña—. Pero… tú nunca has querido tener animales en casa. ¿La has adoptado?

—No.

—¿La has comprado? ¡Abuelo ya sabes que no hay que comprar!

—¡Que no la he comprado! ¡Déjame terminar, hombre! —Agustín le contó cómo conoció a aquella gatita.

Sin soltar a la gata, Laura fue corriendo a abrazar a su abuelo

que se dirigía a la cocina para guardar la caja de cartón.

—Gracias abuelo, te quiero.

Laura notaba cómo su abuelo se emocionaba y delante de ella no quería llorar. Le daba muchísima rabia cómo los hombres ocultaban sus emociones.

—¿Cómo la vamos a llamar? —preguntó Laura que estaba ensimismada en su primera mascota.

—Pues el vecino que me la entregó me sugirió que se llamara como la pantera del libro de la selva… Pero no recuerdo ahora mismo cómo era el nombre…

—¡Bagheera!

—¿Qué? —respondió Agustín con una cara llena de extrañeza.

—¡Así se llama la pantera del libro de la selva! Bagheera. Y me encanta cómo suena.

—Es muy difícil para mí, pero si a ti te gusta… —Los dos estallaron a carcajadas mientras acariciaban a la preciosa gatita.

Bagheera trajo felicidad a la casa. Era una aventura nueva que a Laura le vino genial para despejar un poco su mente de sexo y muerte. Pero no todo eran alegrías.

Un día que Laura llegó de trabajar, agotada y con muchísimas ganas de ver a su gata, encontró a su abuelo en el sofá junto al animal.

—Creo que tiene fiebre —le dijo Agustín con el mayor tacto posible para que no se preocupase.

—¿Está bien? —Laura se acercó para tocarle la frente y descubrió que efectivamente estaba ardiendo—. ¡Vamos a llevarla al veterinario ahora mismo!

Era una tontería, pero por primera vez desde que la gata llegó a su casa, se había puesto enferma. Era muy pequeña e indefensa y al verla acurrucada y débil en lugar de verla saltando y jugando como una loca se asustó bastante.

No pudo evitar echarse a llorar y sentirse como una tonta. No se quitaba de la cabeza que podría perder a ese ser tan adorable al cual quería con toda su alma.

Laura se puso de rodillas y empezó a besar al animal con fuerza.

«Te quiero, preciosa. Ponte buena pronto que quiero verte correr», pensó abrazando tanto a la gata que podría haberla aplastado.

Un recuerdo fugaz aterrizó en su mente. Bagheera le recordó a aquel Tamagotchi que se rompió por su culpa.

«Esta vez te cuidaré bien y no te ocurrirá nada. "—¡No la vas a poder salvar y se va a morir!", le susurraba la voz tóxica de su interior. "—¡SE VA A MORIR!"».

Agustín salió de su cuarto y encontró a su nieta llorando y de rodillas con la gata en brazos.

—¡Vámonos, cariño! ¿Por qué lloras?

Laura permaneció en silencio, avergonzada.

—No le va a pasar nada. Van a curarla en el veterinario y se pondrá bien. Te lo aseguro.

Laura sabía que su abuelo tenía razón. Pero no se quitaba de la cabeza que algún día le ocurriría algo malo.

Quince minutos después, llegaron al veterinario. Mientras atendían a Bagheera, Agustín intentaba calmar a su nieta.

—No puedes ponerte así por una tontería. Bagheera está bien. —Agustín había aprendido antes de lo que esperaba a pronunciar el nombre de la gata.

Sin planearlo y sentada en la sala de espera de una clínica veterinaria, Laura tuvo la necesidad de contarle a su abuelo todo lo que había estado sufriendo. Le contó todo menos, por supuesto, su historia de amor platónico con el gran Jhonny Dick. No estaba tan loca como para contar esa parte. Le habló sobre el miedo a perderlos a él y a su gata, el miedo a la muerte, las taquicardias que sufría cada vez que sonaba el móvil. Laura paró de llorar y por un momento se sintió más ligera, como si llevase meses cargando un peso enorme a sus espaldas. Respiró profundamente, notando cómo el aire limpio y puro entraba en sus pulmones dando paso a un llanto desconsolado. Miró a su abuelo, el cual también se había emocionado, y se abrazaron.

—Sé cómo te sientes, cariño. La muerte de tus padres y de tu abuela me destrozó por completo. Supongo que el tiempo lo cura todo, al fin y al cabo. Por supuesto, esa herida la sigo teniendo y a veces duele más que otras. Pero hay que seguir luchando. Yo siempre me acuerdo de una viñeta de Snoopy que decía: *Un día nos vamos a morir, Snoopy*. Y este contestó: *Claro Charly, pero los otros días no.*

Agustín consiguió sacarle una sonrisa tímida a su nieta, aunque sabía que no era suficiente.

—Si quieres podemos ir un día al psicólogo.

—Estoy mal, pero no estoy loca, abuelo.

—No tienes que estar loca para ir a un psicólogo, no digas tonterías. Es algo muy normal. Es un médico como otro cualquiera. Si te sale una caries, vas al dentista; si te duele la cabeza, vas al médico; y si te duele el corazoncito y tu cabeza no está bien, pues vas al psicólogo. No pasa nada.

—¡Está bien! Probaré a ir al psicólogo. ¡Eres maravilloso, abuelo! —dijo Laura antes de abrazarle con fuerza.

Justo en ese momento, el veterinario salió para avisarles de que podían entrar a recoger a la pequeña Bagheera.

—Era solo fiebre. Tu gata es fuerte como un roble —dijo el veterinario para tranquilizarlos.

—¡Lo ves, cariño!

—Esta noche seguirá un poco débil, pero mañana estará mucho

mejor. No te preocupes, Laura.

Pero Laura no podía parar de preocuparse.

Capítulo 24.
¡Es hora de actuar!

Los cuatro amigos estaban sentados en uno de los bancos del parque donde siempre bebían, reían y pasaban buenos ratos. Era su segundo lugar favorito para reencontrarse. El primero era muy distinto: no era al aire libre, no solo podían beber cerveza, sino que también podían jugar al futbolín y a varios juegos de mesa. Podrían haber sido un grupo de amigos comunes si no se dedicasen a hacer lo que hacían. Y solo acababan de empezar. En el parque eran conocidos por los demás chicos del barrio y se les temía.

A pesar de que estaban teniendo una buena tarde acompañados de un sol maravilloso, cada uno tenía su cabeza llena de pensamientos que no dejaban de dar vueltas como un tiovivo.

Alfonso no dejaba de mirar a sus amigos y en sus ojos podía ver reflejada la decepción. Siempre había sido el líder del grupo y poco a poco había perdido su título. Y no estaba decidido a perder a sus amigos por ese incidente.

Beca no paraba de mirar a Jorge y a Alfonso. En su cabeza los comparaba sin parar y visualmente veía una pizarra en la que aparecían los pros y contras de cada uno. Tenía una muy buena idea a la que no paraba de darle vueltas, pero no sabía si podía confiar en Jorge. Era el único que parecía tener su mismo objetivo: continuar lo que empezaron.

Mientras terminaba el último sorbo de cerveza, Jorge hablaba con Alfonso y recordaba la última conversación que tuvieron… Alfonso le llamó por la mañana, preocupado por la muerte de un asqueroso vagabundo. Lo notaba tan ido como Luis, pero no quería pensar que fuera tan gallina. Deseaba que su grupo de amigos volviese a ser lo que era. Había algo que se había roto desde el crimen.

Luis estaba sentado en el banco mientras sus amigos hablaban bastante alto y le intentaban animar sin mucho éxito. Sentía que necesitaba salir de aquel desastre en el que se había visto envuelto. Era cómplice de asesinato, aunque no lo quisiese ver.

—¿Era el único que sentía remordimientos? —Intuía que en el fondo sí lo era.

Sorprendentemente se sentía identificado con Alfonso y eso había hecho que su relación fuera más estrecha de lo habitual. Había aparecido una grieta en su grupo de amigos y había separado a Alfonso y Luis de Beca y Jorge. Se notaba en el aire, aunque nadie hablaba de ello se notaba. Todos lo sabían sin dudarlo.

—Quería hablar con vosotros muy seriamente sobre nuestro

futuro —pronunció Alfonso pillando desprevenidos a sus amigos—. Sé que no teníamos programada una reunión, pero necesito que vayamos al local y hablemos sobre algo que me reconcome.

Todos se miraron con preocupación y es que la mala cara de Alfonso les contagió una mala energía.

—¡Vamos! Podemos ir sin problema —dijo Beca agarrando de la cintura a su novio.

Beca y Alfonso iban caminando unos pasos por delante de los demás. Beca intentó sonsacarle algo a su novio, pero este no soltaba prenda.

—No insistas. Es mejor que estemos todos juntos.

Beca puso una cara algo agria e impaciente. Ella tenía derecho a saber todo antes que los demás. Era su chica y le molestaba no ir por delante y esperaba que lo que Alfonso fuera a decir mereciera la pena. Si se quedaban paralizados, podía joderse todo. Y, además, sus primeros pacientes podían irse de la lengua.

Por fin llegaron al local. Beca sacó las llaves y abrió la persiana justo antes de que Luis y Jorge llegasen a la puerta. Al entrar, un bofetón de humedad entró por su nariz.

—Abrid las ventanas para ventilar un poco —dijo Beca.

Agarraron algunas sillas y, todos menos Alfonso, se sentaron en ellas. Beca estaba preocupada por su novio. Le veía muy nervioso y tenía miedo de que soltase una estúpida frase como *Voy a entregarme a la policía*. Necesitaba salir de dudas.

Alfonso miró seriamente a sus amigos y solo con la primera frase les sorprendió.

—Lo primero que quiero hacer es pediros perdón. Sé que desde que lo jodí todo el grupo ha ido cojeando y ha sido culpa mía. No sé por qué, pero el crimen me afectó más de la cuenta. No por nada, sino porque fue algo inesperado y temía haberos puesto en peligro. Por suerte, parece que la policía no tiene ninguna pista y ya sabéis gracias a quién. Le debo la vida.

Beca se levantó con la intención de dar apoyo a su chico.

—Todos estamos juntos en esto, cariño.

—Aún no he terminado. —Alfonso cortó bruscamente a Beca y todos los presentes notaron la incomodidad. Beca se sentó de nuevo, molesta—. Hemos parado demasiado tiempo nuestro gran proyecto. Nuestro barrio nos necesita. Debemos seguir limpiando nuestras calles de esa gentuza asquerosa. Tenemos varios pacientes en tratamiento que nos necesitan.

Luis se sintió incómodo y se levantó para cerrar bien la puerta del local. Los demás pensaron que iba a marcharse y se quedaron tranquilos al ver que volvía a su asiento. Alfonso continuó.

—Este barrio también es mejor después de la muerte accidental

de ese vagabundo. Podríamos limpiar el barrio de muchos tipos de personas muy poco deseables. Pero ya sabéis que tenemos, por ahora, un objetivo muy específico. Así se nos ha ordenado. —En la boca de todos apareció una leve sonrisa.

Alfonso siguió intentando convencer a sus amigos de que no se sentía culpable de lo que había hecho. Sabía que no era suficiente y tenía que demostrarlo con acciones.

—Los demás pacientes deben estar acojonados, pero no podemos dejar que se confíen —remarcó Jorge.

—No te preocupes que antes de captar a más depravados fijaremos a los que tenemos.

Beca no paraba de morderse la lengua. Tenía la necesidad de contarles su gran idea, pero esperó a que su novio dijese las palabras mágicas.

—¿Tenéis alguna idea nueva?

—Yo. —Beca se levantó de golpe de la silla y, decidida, comenzó a contar su idea.

Todo estaba relacionado con el vídeo que meses antes había recuperado del móvil de Alfonso. En él, se veía a su novio mientras torturaba a ese tal Álvaro. Normalmente, cuando grababan esos… *encuentros*, no solían aparecer ellos mismos, pero supone que fue un descuido.

Beca pensaba usar el vídeo que aún guardaba en su móvil en contra de Alfonso porque estaba bastante molesta y celosa y, de pronto, se le ocurrió algo mucho mejor. Podía usarlo cuando quisiese porque no tenía pensado desvelar que lo tenía en su poder. Así que, teniendo claro su plan, comenzó a desvelar su propuesta.

—La idea se me ocurrió justo después de… —Miró a Alfonso antes de continuar—. Antes de la muerte de ese paciente. Era una pena que parásemos algo que llevábamos tiempo planeando.

—¿Puedes ir al grano? Tengo que irme pronto. —Luis lo dijo con el mayor tacto posible, pero aun así a todos les molestaron sus palabras.

—Pensé que era una pena parar. Y fue en ese momento cuando recordé los vídeos.

—¿Qué vídeos? —preguntó Luis extrañado.

—Si me dejáis terminar de una puta vez…

—Tranquilos, chicos —dijo Alfonso.

—¿Por qué no usamos también esos vídeos para llegar a más gente?

—¿A qué te refieres? —Jorge se inclinó hacia adelante.

—Lo que quiero decir es que debemos crear una página para subir los vídeos de los pacientes. Debemos mostrar lo que hacemos con ellos para curarlos y conseguir seguidores que lo hagan por otras

partes del mundo.

Alfonso sonrió y notó cómo se estaba empalmando al escuchar las palabras de su chica. Sintió la necesidad de follársela encima de la mesa, mientras sus amigos miraban con curiosidad.

—Pero eso puede ser muy peligroso… ¿La policía no podría investigar el origen de esos vídeos? —Luis se puso muy nervioso.

—¡Joder! ¡Estoy hasta el coño de que seáis unos cobardes!

—No es eso… Si vamos a hacerlo hay que tenerlo todo muy bien atado. —Luis intentó no parecer un cobarde.

—¡Claro que sí! Pero ni siquiera me has dejado terminar de hablar. Esa es mi propuesta. ¿Qué os parece?

A Jorge y a Alfonso les encantó y decidieron ponerse a investigar para llevarlo a cabo sin correr ningún peligro.

Salieron del local ilusionados y con un objetivo más definido. Luis y Jorge se fueron los primeros. Beca empezó a apagar las luces para cerrar, pero sorprendentemente su novio la agarró de la cintura y le dio un tremendo beso.

—Tu idea me ha puesto muy cachondo —continuó besándola apasionadamente. Alfonso no podía quitarse la idea de la cabeza de follarse a su novia encima de aquella mesa. Beca no dijo absolutamente nada. Estaba extasiada por la sorpresa que acababa de recibir.

Alfonso se quitó la camiseta, tiró de un manotazo las pocas cosas que había encima y subió a Beca a la mesa. Echaron el mejor polvo de toda su relación, salvo por un pequeño detalle. Beca no paraba de imaginarse a Jorge mientras lo hacía con su novio. Imágenes como fogonazos la confundían y estuvo a punto de parar.

«¡Déjate de gilipolleces, Beca! ¿Se puede saber qué coño te pasa?», pensó.

Al terminar, permanecieron desnudos encima de la mesa. Por suerte, era de mármol, fría y bastante resistente.

—¿Te imaginas que aparece mi padre en este momento? —dijo Beca entre risas.

—Sería capaz de volver a follarte delante de él.

Beca empezó a notar las manos de Alfonso en su cintura y una sonrisa tonta brotó sin previo aviso. La besó apasionadamente como hacía unos meses que no lo hacía. Beca se hubiera quedado en ese momento por toda la eternidad. El local comenzó a calentarse de nuevo y si no fuera por el sonido del móvil de Alfonso, hubieran echado otro maravilloso polvo. Alfonso mantuvo una pequeña conversación al otro lado del teléfono.

—Perdona… —dijo volviendo del baño—. He informado de la idea que has propuesto, la del vídeo.

—¿Y qué dice? ¿Le gusta la idea o está en mi contra como siempre?

—Le gusta, aunque piensa que hay que meditarlo con precaución. Dice que es arriesgado y que la policía podría encontrar el origen del vídeo.

—¡Por supuesto que hay que hacerlo con cuidado! —Beca no pudo disimular su enfado. —No somos idiotas…

—¡Bah! No te pongas así, no dejes que eso estropee este momento.

—Es que siempre pasa lo mismo. Cuando propongo algo siempre lo critica. Estoy harta.

Alfonso pasó a su plan B y comenzó a darle besos en el cuello, sabía perfectamente que era su punto débil. El cuerpo de Beca comenzó a relajarse y unas ligeras cosquillas le pusieron los pelos de punta. Había oído que las cosquillas solo aparecían si no confiabas cien por cien en la persona que te las hacía. ¿No confiaba en su novio? Ese pensamiento era una bobada. Y más siendo ella en la que no se podía confiar. Se sentía una auténtica zorra al haber pensado en usar el vídeo en su contra. Y se sentía aún más zorra por lo que acababa de pasar por su mente mientras follaban.

«NO PASA NADA», PENSÓ PARA SÍ MISMA. «YA SABES QUE CUANDO TE CABREAS O TE PONES CELOSA SALE TU VENENO».

Miró a Alfonso que seguía leyendo mensajes y sin pensarlo soltó una pregunta que guardaba en la punta de su lengua.

—Me ha surgido algo después de hablar de la muerte de ese vagabundo… ¿Por qué crees que solo quiere limpiar el barrio de esos pervertidos y no se centra también en quitar del mapa a sucios mendigos o negratas?

—Nunca lo ha dicho. Supongo que por algo hay que empezar, pero estoy totalmente de acuerdo contigo, que conste.

Beca empezaba a ver a su chico con los mismos ojos. Ya no parecía tan asustado.

—Dejemos de hablar de trabajo. Me he quedado con ganas de más.

Beca tumbó a Alfonso en la mesa y se sentó encima de él. Sin andarse con rodeos, sus cuerpos volvieron a fusionarse hasta llegar a otra explosión algo más leve que la anterior. Las puntas de sus lenguas chocaban y bailaban una danza extravagante y en el cerebro de Beca aparecía una pregunta que parpadeaba con una luz intensa.

«¡PREGÚNTASELO! ¡SAL DE DUDAS!», LE EXIGÍA SU CEREBRO. «HAY ALGO QUE NO CUADRA EN SU HISTORIA Y DEBES SABERLO».

—¿Estás bien? —Alfonso comenzó a impacientarse.

—¡Sigue! ¡Sigue follándome! —Beca emitió unos falsos orgasmos para convencer a su novio.

Alfonso terminó y acabó tan agotado que ni siquiera se preocupó de que su chica hubiese llegado al clímax. Comenzó a vestirse y al terminar se tumbó en el sofá. Agarró el mando de la televisión y la

encendió por lo que Beca entendió que no tenía prisa por irse a casa. Y eso a ella le parecía de maravilla.

—Ojalá pronto vivamos juntos —pensó Beca mirándole ilusionada.

Llevaba mucho tiempo deseando vivir con él. No solo porque era un paso muy importante, sino porque perdería de vista a sus desagradables padres. Vivirían en una casa no demasiado grande, por lo menos hasta que tuvieran algún hijo. Habían hablado algunas veces sobre el tema y parecía que los dos querían tener hijos. Uno al menos. Alfonso le prepararía el desayuno los domingos y se lo llevaría a la cama. Adoptarían algún perro y viajarían juntos a todos los rincones del mundo. Sin olvidar la limpieza del barrio, eso era algo que no podrían abandonar nunca. Habían nacido para ello y eran una especie de superhéroes. Las imágenes de familia feliz pasaban por su mente como si fueran páginas de un álbum cursi mientras su cerebro volvía a provocarla para hacer la famosa pregunta.

«¡TARDE O TEMPRANO SE LO VAS A PREGUNTAR! ¡LO SABES PERFECTAMENTE! ¡HAZLO! ¡HAZLO YA! NO IMPORTA QUE SE ENFADE. ¡PREGÚNTASELO!».

Por dentro, Beca solo intentaba hacer callar esa estúpida voz que quería estropear el momento en su imaginación.

—¡Beca!

Por un momento, pensó que esa voz seguía siendo la de su cabeza, pero estaba equivocada. Era la voz de su novio que estaba asombrado de la cara de boba que tenía su chica.

—¿Qué te pasa? ¡Parece que estás fumada!

—¿Eh?

—¿En qué piensas? —Alfonso se levantó del sofá para acercarse lentamente hacia Beca—. Tenías que verte la cara que tenías hace un momento. —Empezó a burlarse de ella.

Beca no se molestó por las bromas de su novio porque aún estaba asombrada por el cambio que había dado. Volvieron a besarse apasionadamente y, de nuevo, volvieron a separarse por culpa del sonido del móvil de Alfonso. Si Beca no estuviese de tan buen humor, hubiera sentido el mal sabor de los celos en su boca. Y no solo eso, sino que hubiese sentido la necesidad de revisar el teléfono de Alfonso para ver quién le estaba escribiendo, como había hecho innumerables veces.

—¿Otra vez te ha escrito? ¿Qué quiere ahora? —No sentía celos, pero no podía evitar sentirse molesta.

—Acaba de recordar que en unos días se celebra lo que esos cerdos llaman el orgullo gay.

—Es verdad. ¡Qué asco de fiestas! ¿Para cuándo un día del orgullo hetero? Menudos hijos de puta asquerosos… ¡Ves! En eso sí estamos de acuerdo.

Dice que debemos hacer algo esos días para que se les quiten las

ganas de celebrar su orgullito. Quiere que pensemos en ideas y que en la siguiente reunión lleguemos a una conclusión. Tenemos poco tiempo.

—Mi propuesta es reventar a algunos de esos mierdas. —Beca comenzó a apagar la televisión y a recoger. La magia que habían creado aquella tarde la habían disipado esos mensajes—. Hablaremos con los demás esta noche por WhatsApp y llegaremos a una idea concreta.

Era la oportunidad perfecta que le brindaba la vida a Alfonso para demostrarle a los suyos que no era un cobarde ni mucho menos. Debían liarla a lo grande.

Capítulo 25.
¡Sorpresa!

El veintidós de junio siempre era una fecha especial. Era el protagonista de un día entero lleno de felicitaciones, regalos, besos y abrazos que provenían de personas de las que llevaba mucho tiempo sin tener contacto.

Para Mario ese año iba a ser muy distinto. No iba a celebrar su cumpleaños y esperaba con todas sus fuerzas que nadie recordase esa fecha. No le apetecía en absoluto hablar con nadie y mucho menos recibir felicitaciones que han sido descubiertas gracias a Facebook.

—¡Cumpleaños feeeeliz! ¡Cumpleaños feliiiiiz! —En la cocina le esperaba Álvaro apoyado en el frigorífico que, con una cara muy cínica, le cantaba cumpleaños feliz—. ¡Te desea tu exnovio asesinado por tu culpa… cumpleaños feliz!

Mario ni siquiera miró al molesto fantasma y se puso de nuevo el chándal para salir a la calle. No le importaba que le pudiesen pillar *los extraños* y ya era común que saliese de vez en cuando sin preocupación. ¿Deseaba que lo matasen también y acabar con todo? La respuesta era más afirmativa que negativa. Por supuesto, iba acompañado de su fiel gorra para tapar un poco su rostro.

El móvil no paraba de vibrar y sabía perfectamente lo que le esperaba. En WhatsApp tenía unos veinticinco mensajes sin leer. Palabras acompañadas de globos, tartas y confeti que intentaban animarle a toda costa.

De pronto, los mensajes fueron eclipsados por una llamada entrante: su madre. Tardó unos segundos en contestar y estuvo a punto de no hacerlo. No solo le daba pereza, sino que iba a emocionarse al escuchar la voz de sus padres. Por supuesto, no les había contado nada de lo que le estaba pasando. Ni siquiera sabían que era gay… ¿cómo iba a contarles que un par de locos le estaban agrediendo y amenazando? Y eso era lo de menos. ¿Cómo iba a contarles que cargaba a sus espaldas un asesinato? ¿Era cómplice? Nunca se había parado a pensarlo y un temblor recorrió la mano que agarraba el teléfono. Su madre seguía insistiendo.

—¡Felicidades, cariño!

—Gracias, mamá. —Mario intentó no parecer demasiado seco, no quería preocupar a su madre lo más mínimo.

—¿Cómo has amanecido? ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—Nada en especial. Será como un día normal. —Mario estaba ansioso por terminar aquella llamada incómoda. Siempre se sentía fatal por mentir a su familia.

—¡Qué soso eres, hijo mío! Algo harás con alguna novia que tengas por ahí, ¿no?

Se llenó de rabia y de impotencia ante esas palabras que se repetían en su día a día y le hacían sentirse culpable por dos opciones: por mentir y por no ser igual al resto. Le apetecía gritarle a su madre que no tenía novia ni nunca la tendría y sentirse más liberado, pero, como siempre, se acobardaba.

—No tengo novia, mamá —dijo triste y con una pizca de sequedad.

—Bueeeeno… Seguro que tus amigos te preparan alguna fiestecilla sorpresa o algo por el estilo.

—Odio las fiestas sorpresas y ellos lo saben.

Su madre chasqueó la lengua y se dio por vencida. Mario no parecía muy emocionado para ser su cumpleaños, pero no parecía mucho más distinto a cómo solían verlo en casa. Siempre había sido un niño tímido y no había alcanzado la confianza suficiente para contarle sus cosas. Y eso le dolía.

—Te paso con tu padre para que te felicite. Un beso, cariño. Te quiero.

La pequeña conversación con su padre fue aún más seca y limitada. Se sentía más alejado de su padre cada día y es que no tenían nada que ver el uno con el otro. Colgó al ver que su padre estaba más entretenido viendo la televisión que escuchándole y siguió su camino.

«NO ES JUSTO QUE TENGA ESTA MIERDA DE CUMPLEAÑOS», PENSÓ EN EL FONDO.

Tenía claro que no iba a celebrar su cumpleaños por todo lo alto, pero pensó en prepararse un buen baño caliente con velas y una buena copa de vino. Después de eso, el mundo podría irse a la mierda que no le importaría.

Cocinaría un buen plato de pasta que tanto le gustaba. Le daba absolutamente igual esa gente que decía que no era bueno cenar pasta. Era su jodido cumpleaños. De postre dudaba entre zamparse una tableta entera de chocolate con almendras o una tarrina de *cookies* y vainilla. Solo de pensarlo se le hacía la boca agua.

El teléfono siguió recibiendo mensajes de felicitaciones y estaba a punto de rebosar. De pronto, empezó a vibrar. Era Laura.

—¡Felicidades, cariño mío! ¡Ay, lo que te quiero yo!

—Gracias, bebé.

—¿Qué vamos a hacer hoy? ¿Qué te apetece?

—La verdad… nada.

—Algo tendremos que hacer, es un día especial.

—Bueno… he pensado en prepararme una cena rica y un buen baño. Justo ahora he salido a hacer unas compras y dar una vuelta.

—Se me acaba la batería del móvil, ¿vas a tardar mucho en

llegar a casa? Te llamo luego al fijo.

—Estaré fuera un par de horas más o menos. ¿Te aviso cuando llegue a casa?

—Sí, por fa.

—Hablamos luego entonces.

—Vale, amor. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero —dijo Mario antes de colgar.

De repente, cayó en la cuenta de que era extraño que Laura tuviera el móvil descargado cuando apenas eran las diez de la mañana. Pero bueno… no le dio más importancia y continuó con su objetivo. Se colocó bien la visera de su gorra y miró a varios lados de la calle para asegurarse de que nadie le seguía.

Por supuesto que el móvil de Laura tenía batería. Concretamente un noventa y ocho por ciento. Había engañado a su amigo para saber cuánto tiempo tenía para preparar lo que tenía planeado. La cabezota de Laura no podía permitir que Mario, su mejor amigo, se quedase sin celebrar su cumpleaños. Sabía que odiaba las fiestas sorpresas, pero después de todo lo que habían sufrido, Laura pensó que le vendría bien.

En gran parte, Laura estaba siendo egoísta porque no solo estaba planeando esa fiesta a traición para animar a su amigo, sino para animarse también a ella misma y evadirse de lo que estaba viviendo. Había comprobado que necesitaba mantener su cabeza ocupada y con poco tiempo libre para no volverse loca ni pensar en la muerte o en el sexo.

Se había vuelto tan obsesiva con Jhonny Dick que unos días atrás cometió un gran error. Todos los días le comentaba alguna foto y por supuesto lo hacía en mensaje privado. Le daba vergüenza que la gente pensase que estaba salida. Y en realidad lo estaba. Lo demostraba en todos los mensajes que enviaba al actor.

Cada vez que enviaba uno, lo releía y se llevaba las manos a la boca avergonzada. Era una adicción que no podía parar. Cada vez que le escribía, Laura sentía que jugaba a la lotería e impaciente esperaba que le tocase el premio gordo, que en este caso era que su amor platónico le respondiese.

Esa esperada respuesta no llegó hasta el día antes del cumpleaños de su amigo Mario. Como todos los días, intentó mandar un mensaje con alguna guarrada sobre la última foto del actor y se llevó la terrible sorpresa de que el chico la había bloqueado.

—¡No puede ser! ¿Por qué me ha hecho esto? —dijo en voz alta mientras se sentaba lentamente y deprimida en su cama recién hecha —. ¿Por qué?

—¿Pasa algo? —preguntó su abuelo irrumpiendo en su habitación.

—¡Nada, abuelo! ¡No te preocupes!

Agustín cerró la puerta para dejar a solas a su nieta. Estaba preocupado, pero no quiso insistir. Si le había pasado algo esperaba que se lo contase. Nunca llegó a saber sobre la historia de amor platónica de Laura y el famoso actor porno.

Tras ser bloqueada, una parte de su cerebro hizo clic y por fin abría los ojos. Necesitaba tomar medidas urgentes sobre su comportamiento y avanzar. Iba a ser duro, pero estaba segura de que aún tenía solución.

Aparcando su obsesión, Laura hizo unas llamadas para avisar a sus amigos de que le iba a preparar una fiesta sorpresa a Mario. Algunos de ellos no pudieron apuntarse debido a la precariedad del aviso, pero no podían faltar los más importantes en la vida de Mario.

Por suerte contaba con ayuda. Mercedes guardaba llaves de las casas de Nerea, Laura y Mario por si algún día perdían las suyas y así pudieron entrar a casa de Mario. Por otro lado, Nerea y Mercedes lo llamaban para comprobar cuánto tiempo le faltaba para llegar a casa. Fue una locura de fiesta improvisada y se lo estaban pasando a lo grande. Sentían la urgencia de prepararlo todo sin que les pillase.

—Dice que le falta muy poco para llegar a casa. —Nerea entró por la puerta bastante agitada—. ¿Qué falta por preparar?

Casi todos estaban ya listos y a la espera.

Nerea, viendo que ya era de poca ayuda, echó un vistazo rápido a la casa. La verdad era que esperaba que estuviera hecha un desastre, pero para su sorpresa tenía un notable alto. Hacía mucho tiempo que no entraba en esa casa, de hecho, la última vez que estuvo allí Álvaro y Mario seguían juntos. Fue inevitable que le saltaran a la cabeza los recuerdos de ese día.

Quedaron juntos para ver una peli de miedo y si Nerea no recordaba mal era la primera de *Scream*. Álvaro no la había visto nunca y era algo imperdonable, pero conociéndole era de esperar. Había visto muy pocas pelis porque él siempre decía que era más de series. Le encantaba ver la evolución de los personajes y en las películas siempre acababa dormido en el sofá. Nunca quería ver pelis de más de dos horas, pero podía ver cinco o seis capítulos de una serie de unos cuarenta y cinco minutos.

Esa noche, Mario y Álvaro no paraban de estar acaramelados en el sofá, algo bastante raro en ellos. Nerea se sentía fatal, como una sujetavelas. Era terrible ver a la persona que amas con otro y mucho peor sabiendo que jamás se fijará en ti.

En la actualidad, el sofá estaba vacío y un poco más hundido y triste de lo habitual. La mesa estaba llena de todo tipo de comida: dulces, patatas fritas de todo tipo, bebidas con alcohol, refrescos y sobre todo calaveras blancas y moradas, las chucherías favoritas de

Mario.

Mercedes terminaba de inflar algunos globos y Laura y otra chica con muchas pecas colgaban el cartel de colores en el que se leía *Feliz Cumpleaños* en grande.

—¿Has llegado ya a casa? ¿Quieres que tomemos algo? —Escribió Nerea a Mario sin levantar sospechas.

—Estoy llegando a mi portal y voy cargado con bolsas. Ahora hablamos. —Mario prefirió responder con un audio para su comodidad.

—¡Chicos! ¡Está llegando! Es hora de esconderse.

Todos empezaron a recorrer la casa con risas tontas y lo más silenciosas posibles. Laura y Mercedes se escondieron detrás del sofá que por suerte no estaba pegado a ninguna pared. Nerea se escondió en la bañera y vio como la chica de las pecas elegía esconderse en el dormitorio, probablemente debajo de la cama o el armario.

«Espero que Mario no tenga la cama llena de pelusas», pensó.

De repente, otro chico, que no conocía en absoluto, se metió con ella en la bañera y fue un momento bastante incómodo para los dos. El resto de amigos de Mario se repartieron en el armario del pasillo, otra chica también se quiso meter debajo de la cama ya que no vio otra idea mejor. Cuando la mitad de su cuerpo aún estaba fuera, las llaves empezaron a sonar y, lo más silenciosa posible, terminó de esconderse.

—¡Por favor, no me tortures más! —dijo Mario entrando a la casa.

Ø

—¿Con quién habla? —pensó Nerea que estaba más cerca de la entrada.

Los demás que permanecían escondidos al fondo de la casa pensaron desde el principio que estaba hablando por teléfono, pero no tardaron en darse cuenta de que no era una conversación muy normal.

Un par de minutos antes de que entrase por la puerta de casa y se le cayera la cara de vergüenza, Mario volvió a discutir con su ex. Al sacar las llaves para abrir el portal, se le cayeron y estuvo a punto de tirar las bolsas con las que cargaba.

—¡Qué torpe eres! —dijo la voz de Álvaro en su cabeza justo antes de aparecerse a sus espaldas.

—Vete a la mierda —susurró Mario.

La voz de Álvaro se volvió más insistente y pesada en el ascensor.

—Vives en un segundo piso. Podrías subir andando, vago. No te vendría mal un poco de ejercicio, la verdad. Se te está quedando un cuerpo escombro que cuando quieras intentar cuidarte va a ser

demasiado tarde.

Mario intentó refugiarse en la música que escuchaba para ocultar esa molesta voz que no desaparecía. Frustrado en su intento, apagó los auriculares rápidamente y entró en casa.

Ø

—¡Por favor, no me tortures más!

Mario no se cortó un pelo en gritar a su conciencia. Las chicas que había debajo de la cama y en el armario pensaban que mantenía una conversación telefónica. Cómo iban a pensar que la sorpresa se la iban a llevar todos los presentes.

—¡Por favor, Álvaro! ¡No me hagas más daño y sal de mi cabeza de una puta vez!

Mario entró en la cocina sin darse cuenta de que justo en el salón se encontraban Laura y Mercedes. No tardaron mucho en descubrir lo que estaba ocurriendo. Se quedaron pálidas y con la boca abierta tras escuchar aquella frase. No tenían que ser muy listas para saber de qué Álvaro estaba hablando. Mercedes y Laura se miraron fijamente todo el rato sin saber que hacer.

—¿Qué hacemos? —Le dijo Laura a Mercedes susurrando lo más bajo posible.

Laura agarraba con las dos manos un tubo grande de confeti y decidió que era el momento de salir de aquel apuro. Mario seguía discutiendo solo en la cocina y Laura no conseguía romperlo.

—¡Déjame a mí! —volvió a susurrar Mercedes.

Solo le hizo falta un giro de muñeca para romper el confeti. Mario dio un salto enorme al escuchar un ruido que provenía del salón y estuvo a punto de morir de un infarto. No fue el único que saltó por los aires, el ruido pilló desprevenidos a todos. En especial, a aquellos que estaban escondidos en el dormitorio.

«¿Con qué cara vamos a salir ahora?», pensó Nerea sintiendo una profunda vergüenza ajena por su amigo.

—¡Sorpresa! —gritó Laura incómoda.

Mario aún no se había recuperado del tremendo susto cuando empezaron a salir sus amigos de todos los rincones de la casa como si fueran pequeños duendecillos. Sus mejillas se tornaron tan rojas que estaban a punto de explotar. No entendía lo que acababa de pasar, pero una cosa estaba clara: todos habían descubierto su secreto. Uno de ellos.

Sus amigos le cantaban feliz cumpleaños mientras soltaban globos por toda la casa y sacaban platos de comida, bebida, vasos, platos y cubiertos de plástico. En sus caras notaba unas sonrisas forzadas por la situación. Era capaz de leer sus pensamientos, las palabras sobrevolaban la casa. Podía ver lo que estaba pensando su

exsuegra en ese momento y la cara de pena con la que le miraba. Sentía que más que nadie lo podía entender.

La cancioncita se le hizo eterna, notando cómo la melodía le atravesaba los tímpanos y poco a poco sintió que se mareaba. De pronto, la canción terminó y Laura se acercó a darle un abrazo de lo más extraño y forzado. Mario se vio acorralado por amigos y la ansiedad tomó el control de su cuerpo.

Sin más dilación, salió disparado hacia su cuarto y cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía. Se tumbó boca abajo y rompió a llorar como un niño pequeño. Le agobiaba pensar que había dejado a todos sus amigos fuera y que estarían murmurando sobre lo que le pasaba y eso le provocó más ansiedad aún.

En el salón de aquella casa se respiraba un aire estancado y denso. Todos los asistentes habían llegado con la intención de pasar un buen día lleno de regalos, sorpresas y risas, pero todo se había estropeado. Las bebidas y la comida esperaban impacientes a ser devoradas sin entender lo que ocurría mientras los globos de color dorado y plateado se movían tristes por el suelo.

Laura tomó las riendas de la situación y les pidió a los invitados, que ella misma había convencido para asistir a aquel fracaso de fiesta sorpresa, que se marcharan.

Una vez que Nerea, Mercedes y Laura se quedaron solas en la casa, guardaron la comida en el frigorífico para evitar que se estropeara como se había estropeado aquel cumpleaños.

Mercedes acercó su oreja a la puerta del dormitorio de Mario.

—Creo que le escucho llorar. ¡Pobre! —susurró.

Las tres decidieron sentarse en el sofá y permanecieron un rato en silencio hasta que uno de los globos plateados decidió estallar. Todas se sobresaltaron de inmediato y no fueron capaces de evitar una risa tonta.

—¡Shhh! —Mercedes intentó calmar esas risitas—. No creo que sea conveniente que Mario nos escuche reírnos mientras lo está pasando mal.

Las tres miraron al frente de nuevo, pero esta vez el silencio tuvo un breve periodo de vida.

—Estaba hablando con… Álvaro, ¿no? —Nerea no pudo contener sus ganas de hablar del tema.

—Eso parece. —Laura seguía asombrada—. En un principio pensaba que estaba hablando por teléfono.

—¡Todos lo pensábamos! —dijeron Mercedes y Nerea a la vez.

Otra vez el silencio.

—No creo que sea para tanto… —Mercedes intentaba buscar la normalidad en el asunto—. Yo he hablado con mi hijo muchas veces.

—Ya, pero lo raro era como la hacía. —Nerea se levantó del sofá

—. Estaba discutiendo de una manera muy extraña, ¿no os parece?

Nadie dijo nada porque todas habían perdido un poco la cabeza y no eran nadie para juzgarle. Laura se levantó del sofá con la intención de llamar a la puerta del dormitorio.

—Quizá es mejor que le dejemos solo. —Nerea reaccionó rápido con la intención de detener a Laura.

—No pienso marcharme y dejarle en ese estado. Quiero hablar con él. —Laura sonó más agresiva de lo normal.

—Nos esperaremos a que se tranquilice y hablaremos con él si lo necesita. —Mercedes, como siempre, intentaba apaciguar la situación.

Y eso hicieron. Esperaron tranquilamente hasta el mediodía. Y, por qué no, esperaron comiendo y bebiendo lo que habían llevado. De pronto, la puerta de la habitación de Mario se abrió lentamente emitiendo un leve quejido. Las chicas fueron rápidamente a ver cómo se encontraba su amigo. Laura estaba comiéndose un puñado de patatas fritas, Nerea tenía la boca llena de zanahoria con hummus y Mercedes se sacaba el hueso de una aceituna de la boca.

—¿Qué tal estás? —preguntó Laura.

—¿Se han ido todos? —Mario había dejado de llorar, pero sus ojos aún seguían rojos.

—No te preocupes. —Laura no tardó en darle un abrazo—. Se fueron hace rato y nos quedamos nosotras por si necesitabas algo.

—Si necesitas hablar aquí estamos.

—Me quedé dormido después de llorar como un niño pequeño y…

Antes de continuar y de volver a emocionarse, sus amigas lo rodearon en un cálido abrazo. Permanecieron los cuatro juntos durante unos dos minutos y poco después se separaron para comer algo e intentar alegrarle ese cumpleaños.

Después de la comida, los platos y vasos de plástico acabaron en la basura y ellos terminaron sentados en la cama de Mario.

—Supongo que queréis una explicación… —comenzó a decir Mario.

—¿Tú qué es lo que necesitas? —preguntó Mercedes con todo el cariño del mundo mientras le acariciaba la pierna izquierda.

Mario explotó en lágrimas mientras sus amigas le miraban con tristeza. Deseaba con todas sus fuerzas sacar de sus entrañas todos sus secretos, las mentiras, el dolor que estaba sintiendo. Sacar todo lo que guardaba desde hacía tiempo como si fuera un volcán en erupción que soltaba toda la lava para quedarse en paz para siempre. Pero no podía. Algo en su interior no se lo permitía, parecía estar atado con miles de cadenas y en cada una de ellas había cientos de candados con contraseñas imposibles. No podía contarles todo, pero sí una parte.

—Hemos pasado por una época horrible. Es absurdo que alguien

tenga dudas sobre eso. Álvaro y yo habíamos roto unas semanas antes de que… le quitaran la vida, pero sentía que aún tenía esperanza de estar con él. Cuando Nerea me llamó y me dio la horrible noticia, me rompí en pedazos. Me bloqueé y ni siquiera fui capaz de acompañaros en ese momento tan atroz. Lo siento por ello, Mercedes. Te pido disculpas.

«¡CÓMO PUEDES SER TAN FALSO, HIJO DE PUTA!», EL FANTASMA DE ÁLVARO TAMBIÉN APARECIÓ SENTADO EN LA CAMA. «VERÁS CUANDO DESCUBRAN LA VERDAD… NEREA Y MI MADRE TE VAN A MATAR. ¿LAURA? SEGURO QUE SEGUIRÁ A TU LADO, COMO SIEMPRE».

Mario intentó seguir con su monólogo esquivando los insultos de su ex.

—Poco a poco fui encerrándome en casa y viviendo una vida feliz con un fantasma. Me he vuelto completamente loco, chicas. No sabéis hasta qué punto.

Laura no pudo evitar contar su experiencia para animar a su amigo.

—Todos hemos perdido la cabeza de alguna manera. Yo me he obsesionado con la muerte. He tenido miles de pesadillas en las que moría mi abuelo, incluso soñaba con vuestras muertes. Ha sido espantoso. Tengo muchísimo miedo de perder a mi gata. Me refugié en…

Laura sintió muchísima vergüenza en contar algo tan íntimo, pero habían comenzado a jugar a un juego llamado sinceridad. Era el momento de que todos soltaran la carga que llevaban encima.

—Me obsesioné con las páginas porno. —Seguía con la mirada baja—. El sexo ha sido mi refugio y sin darme cuenta se convirtió en una adicción. Y no solo eso… Me obsesioné también con uno de mis actores porno favoritos. —En otra situación, sus amigos habrían roto a carcajadas, pero era mejor dejarlo para otro momento—. Por supuesto, mi abuelo no sabe nada sobre mi problema con el sexo. Y tiene que seguir sin saberlo.

Todos le prometieron que no dirían nada y Laura respiró profundamente, aliviada. En realidad, se había quitado un peso de encima. Ahora podía hablar sinceramente con sus amigos.

—¿Me toca? —Nerea empezó a reírse un poco nerviosa—. En mi caso, la injusticia y la desesperación me llevaron por un mal camino. No puedo dejar de pensar en tomar la justicia por mi mano.

Hizo una pausa. Agarró la mano de Mercedes con cariño y la miró a los ojos.

—Sé que no me he portado bien con vosotros y que la impotencia me ha hecho perder el control. Os pido perdón. Sobre todo a ti, Mercedes. No he respetado tu dolor y lo he pisoteado con tal de llevar a cabo una absurda venganza que no consigo apartar de mi cabeza. Los primeros fines de semana después de perder a Álvaro me

emborrachaba para buscar pelea y soltar mi furia contra cualquier persona. He pasado de golpear sacos de boxeo a cualquier hombre o mujer que encendía mi ira.

Esta vez fueron sus amigas las que le agarraron la mano a ella.

—Un día, creo que iba de camino a casa de Laura, tuve un ataque de rabia que me hizo darme cuenta de que estaba metida en el fango hasta el cuello. Esperaba en un paso de peatones. En frente, había una madre que llevaba a su hija de unos pocos meses en el carrito. Me llamó la atención porque la niña lloraba muchísimo y la madre trataba de tranquilizarla desesperada. El semáforo se puso en verde y las dos cruzamos al mismo tiempo. Un coche que venía por mi derecha iba a más velocidad de la permitida y pretendía librarse del semáforo en rojo. No sabéis lo cerca que estuvo de atropellar el carrito del bebé… La madre se llevó un susto de muerte y, no os voy a engañar, yo también. El chico que conducía salió también asustado. Tenía nuestra edad o algunos años menos. Me lancé hacia él, lo agarré con fuerza de la camiseta y lo estampé contra el coche. Le grité que no podía ir como un loco y le dije que qué habría ocurrido si atropellaba al bebé. La mujer se acercó y me dijo que no pasaba nada.

Nerea hizo una pequeña y dolorosa pausa.

Al ver la cara asustada del chico me derrumbé. De repente, me vi sentada en la carretera apoyada en el coche y con un ataque de ansiedad.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sus amigos, al verla emocionada, también se contagiaron unos a otros. El silencio fue por un momento el director de aquella habitación.

Mario respiró profundo antes de volver a ver a Álvaro que seguía soltando veneno.

«Todos se están sincerando y tú solo has contado lo que te ha interesado. ¡Échale huevos! ¡Suéltalo todo, valiente! ¡Vamos!».

Pero el fantasma de Álvaro no llevaba razón. Laura *sí* había contado todo lo que sentía e incluso sus intimidades, pero Nerea aún guardaba un secreto que se llevaría a la tumba: estaba enamorada de Álvaro y nadie lo sabría jamás.

El silencio se hizo añicos de golpe por culpa de un sonido que sorprendió a todos. Salía de la boca de Mercedes y era una mezcla de risa y llanto.

—¿Estás bien? —preguntó Laura preocupada.

Mercedes no contestaba y seguía riendo y llorando a la vez. Los demás se miraron unos a otros e, impacientes, esperaron la respuesta de Mercedes. La espera se alargó más de la cuenta y la situación empezaba a ser bastante incómoda. Hasta que por fin Mercedes paró.

—Lo siento chicos. Ha debido darme un ataque de risa o qué sé yo…

—¿Hay algo que quieras contarnos? —volvió a preguntar Laura

—. No tengas miedo.

—No es miedo, es vergüenza. —Mercedes comenzó a hablar con la cabeza cabizbaja hasta que sacó fuerzas para mirar a sus amigos a los ojos—. Pensé que me moriría con este secreto dentro, pero creo que es justo que yo también dé el paso de sincerarme con vosotros.

Mercedes tragó saliva y miró unos segundos hacia el techo.

—No sé ni cómo empezar, la verdad…

—Suéltalo de golpe y sin pensar. —La animó Nerea.

Mercedes volvió a tragar saliva, respiró profundo y empezó a vomitar las palabras que se le clavaban por dentro como cuchillas.

—Las cenizas que esparcimos aquel día no eran las de mi niño. Bueno… ni las de Álvaro ni las de nadie. Eran objetos personales de mi hijo que yo misma quemé para que nadie las echara en falta.

Las caras de los demás estaban congeladas y sus bocas luchaban por no abrirse completamente. Querían hablar y hacer la misma pregunta, pero no querían detener a Mercedes.

—¿Qué pasó con las cenizas? Os preguntaréis. Esa es la peor parte. Esto era justo lo que quería llevarme a la tumba.

Empezó a llorar. Nerea le acarició el hombro dándole ánimos de nuevo.

—Sin darme cuenta, y mientras terminaba de ver la serie que veíamos juntos, me fui comiendo las cenizas poco a poco. —Vio las caras de sus amigos—. Sí, he dicho comiendo.

Laura se llevó las manos a la boca mientras los demás no intentaban ocultar su asombro. No se les ocurrió ninguna palabra o frase que pronunciar ante aquella barbaridad.

—Pensaréis que fue algo asqueroso, pero ni siquiera me di cuenta de cuando empecé a hacerlo. Era como si estuviera hipnotizada o en un acto reflejo o qué sé yo. Fui consciente de lo que hacía realmente cuando no quedaban apenas cenizas. Os engañé y lo siento. Lo siento mucho.

Nadie dijo nada en aquel momento. Solo eran conscientes de lo mal que estaban y de la pesadilla que estaban viviendo. Las palabras fueron sustituidas por besos y abrazos. Mario decidió romper el silencio y fue el primero en hablar.

—Tengo un hambre atroz.

No fue la frase más acertada después de que Mercedes confesase su secreto, pero parecía que nadie se había dado cuenta.

—Pues la cocina está llena de comida así que vamos a por ella —dijo Nerea.

Nerea y Mario fueron de la mano hacia la cocina. Laura y Mercedes se quedaron un rato más sentadas en la cama.

—Te queremos —le dijo Laura a Mercedes con los ojos brillantes.

—Y yo a vosotros. Os quiero como si fuerais mis hijos.

Se habían quitado un enorme peso de encima y nadie se había atrevido a juzgar a nadie. Todos se miraban en aquella habitación con complicidad y su unión se hizo mucho más fuerte.

Una vez reunidos en el salón comieron como si llevasen días sin hacerlo y las risas y los gritos de celebración adornaron lo que había sido una mañana bastante desagradable.

Mario sentía que su vida tenía sentido después de mucho tiempo y por un momento se olvidó de su secreto, de *los extraños* y de su conciencia. Después de aquel día parecía que la felicidad había vuelto a sus vidas y que lo peor ya había pasado. Pero, por desgracia, estaban muy equivocados.

Capítulo 26.
Cuidado con la noche

Como era habitual un veintiocho de junio, el sol calentaba la ciudad a unos treinta grados. Un sábado normal de verano los ciudadanos podrían estar disfrutando de sus vacaciones, ir con amigos a una piscina, en la playa… Pero ese día era especial en la ciudad. Era una fecha importante y todo el mundo estaba en las calles bailando, bebiendo y pasándolo en grande. La música era la protagonista en todas partes, incluso había conciertos al aire libre.

Las calles no solo estaban llenas de personas de esa misma ciudad, sino que había de todas las partes del mundo. Era una fiesta enorme que ayudaba a la economía.

Pero no todo era de color de rosa. A pesar de que el día del orgullo LGTB se llenaba de los colores de la bandera del arcoíris, muchas personas la odiaban y estaban totalmente en contra. Precisamente, algunos de los que estaban en contra se habían reunido para hacer algo grande esa misma noche.

Beca, Alfonso, Luis y Jorge acababan de llegar al local de los padres de Beca.

—Menudo asco de gente acabo de ver, se están cargando nuestra ciudad. —Beca soltó su chaqueta de cuero negro con rabia sobre la mesa.

—¡Y que lo digas! Me han entrado ganas de pisarle la cabeza a más de uno de camino hacia aquí. —Jorge también se mostraba bastante molesto.

Alfonso intentó calmar la situación.

—Tranquilos. Sé que tenéis ganas de que llegue esta noche, yo también, pero pensad que cuantas más ganas tengamos más efectivo será.

Beca y Jorge sonrieron mientras Luis seguía preocupado.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —Acto seguido de que Luis hiciera esa pregunta, sus amigos le mataron con la mirada. Estaban un poco cansados de su actitud.

—¿Ya te vas a rajar? —Beca no tardó en atacarle.

—¡Lo único que quiero saber es cuál es el plan, joder!

—Parecía que querías rajarte, sinceramente.

—¿Cuáles son las órdenes? —Luis le quitó la mirada a Beca y se centró en el líder.

—Podemos hacer lo que realmente queramos, esas son las órdenes. Joder a los máximos posibles, pero con precaución. Ya sabéis la que nos puede caer si la cagamos de nuevo.

«Bueno, cariño… Aquí solo la cagaste tú», estuvo a punto de responder Beca.

Aunque todos pensaron lo mismo y Alfonso lo sabía.

—O sea… que no podemos matar a ninguno —dijo Jorge decepcionado.

—A ver… —Alfonso empezaba a molestarse y no se cortaba en mostrarlo. —Debemos actuar con precaución. Es decir, no puede haber testigos y no pueden pillarnos. Podemos darles su merecido y enseñarles que no deben salirse del camino correcto. Es lo que hemos hecho con los demás pacientes, pero a lo grande. ¿Entendido?

—¡Entendido! —gritaron todos con gran entusiasmo.

Luis sacó unas cervezas del frigorífico y algo para picar. Iban a pasar una tarde bastante entretenida.

Todos propusieron algunas ideas con gran entusiasmo, pero Alfonso tenía bastante claro lo que iban a hacer. Había recibido órdenes de la persona que los guiaba y era el encargado de que todo saliera bien. No podía fallar por nada del mundo.

—Nos vamos a dividir en dos grupos. Yo iré con Luis y vosotros dos juntos.

Beca quedó sorprendida de que su novio no la eligiera como su pareja en ese día tan especial, pero suponía que Alfonso no se fiaba de Luis y quería vigilarle.

Alfonso sacó el móvil y buscó el Google Maps. Repartió las calles en las que iban a actuar y dio las últimas órdenes.

—¡Muy importante! Recordad: aprovechad las oportunidades que os regale esta noche. Seguid a esos enfermos hasta los portales de sus casas, dadles su merecido cuando se besen unos a otros en mitad de la calle… Pero siempre tenéis que protegeros unos a otros. Sin testigos y sin muertes. ¿Entendido?

—¡Entendido! —lanzaron su grito de guerra.

En el ambiente se respiraba nerviosismo y ganas de empezar a actuar. Estaban deseando pillar a niñatos disfrutando de su orgullo y de su libertad para arrebatárselas en cuestión de segundos.

—¿Y el vídeo? ¿Te ha dicho algo sobre eso? —Beca insistió en conocer una respuesta clara remarcando que la idea era suya.

—El vídeo puede que vea la luz mañana, dependiendo de lo que logremos esta gran noche que nos espera. —Alfonso agarró de la cintura a Beca dándole un apasionado beso—. ¿Nos vemos después aquí y lo celebramos?

—Claro. —Ahora Beca tenía más ganas de que llegase la noche.

Estaba encantada con la dirección que estaba tomando su relación con Alfonso. Excepto por los pequeños momentos en los que Jorge se cruzaba en su mente.

Luis y Alfonso salieron del local los primeros. Tenían asignados la zona más lejana y debían aprovechar las últimas horas de la tarde.

—No sabes cuánto me alegro de que seamos equipo, Jorge.

—Yo con no aguantar a Luis…

Jorge abrió la puerta del local con la intención de salir y Beca lo detuvo.

—Un segundo. Quiero enseñarte algo.

—¿Qué tienes preparado, maldita zorra? —dijo Jorge con un tono sarcástico.

—Estoy segura de que vamos a disfrutar mucho con este juguetito. —Si alguien hubiera escuchado esta conversación pensaría que hablaban sobre un tema sexual.

Beca sacó de su bolsa una navaja y la abrió para que Jorge la contemplara en todo su esplendor. Jorge la cogió con las dos manos mientras sus ojos brillaban ante aquella maravillosa arma blanca. El mango era de color militar y estaba perfectamente cuidada. La luz de la bombilla del techo hacía brillar la punta, lo que la hacía más respetable.

—¿De dónde has sacado esta jodida maravilla?

—De mi padre, de quién coño va a ser.

El padre de Beca había sido militar y era aficionado a coleccionar navajas de distintos tamaños, formas y colores. Cuanto más raras, más valor tenían para él. Las guardaba perfectamente colocadas en una vitrina de color caoba que guardaba en su despacho. Por supuesto, ahí solo podía entrar él. Para abrir la vitrina se necesitaba una llave enorme con forma de trébol de cuatro hojas.

Años atrás, Beca entró al despacho para hablar con su padre sobre las notas del colegio y vio cómo guardaba la llave dentro de un paquete de tabaco que escondía en el cajón de su despacho.

Una noche, cuando sus padres salieron a cenar con unos amigos, Beca aprovechó que estaba sola en casa para coger la llave y abrir la estupenda vitrina de su padre. En el fondo la odiaba porque estaba completamente segura de que su padre apreciaba más lo que guardaba en aquel mueble que a ella misma. Y probablemente no se equivocaba. Beca solo le había traído problemas a su padre y, sin embargo, aquella vitrina llena de armas blancas le alegraba su triste rutina del día a día.

Beca sacó la llave el trébol del cajón, la observó y sintió como si estuviera dentro de un videojuego de terror. Abrió la vitrina y se limitó a observar las navajas con cuidado. Ni siquiera podía dejar ninguna huella en el pulcro cristal. Si su padre lo descubría, agarraría uno de sus cinturones y le daría fuerte en la espalda, como estaba acostumbrado a hacer.

«La verdad es que aquellas navajas eran preciosas».

Beca no pudo evitar imaginar cómo asesinaba a su padre una y otra vez con cada una de ellas y se enamoró de la navaja con el mango militar que estaba colgada justo en el centro.

«Algún día te daré un buen uso, amiga mía», pensó sin quitarle la vista de

ENCIMA.

Beca siempre dio por hecho que la utilizaría para matar a su padre. En la actualidad, mientras le enseñaba su maravilloso juguete a Jorge, supo que iba a darle un destino diferente.

—¡Salgamos de fiesta, *baby*! —Jorge abrazó a Beca y nació por unos segundos un momento muy incómodo entre ambos.

El sonido de un mensaje rompió el momento incómodo. Alfonso había escrito a Beca para preguntar si ya habían salido.

—Será mejor que empecemos nuestra misión antes de que sea más tarde. —Beca respiró profundamente y tragó saliva.

No había hecho nada malo, pero mientras contestaba el mensaje de su novio, sentía que le había sido infiel de alguna manera. Iba a vivir una noche muy especial con Jorge, una noche que cambiaría sus vidas.

Guardó la navaja en un bolsillo de la chaqueta que tenía cremallera con total seguridad de que no iba a perderla. Si su padre volvía a casa y no encontraba a una de sus adoradas armas de colección, sería él quien la mataría a golpes.

La navaja de mango militar salió intacta y brillante de aquel local a las ocho y cinco de la tarde y se manchó de sangre a las doce menos cuarto de esa misma noche.

Capítulo 27.
Como un chaleco antibalas

Horas antes de que los extraños preparasen su plan, otros cuatro amigos estaban arreglándose para ese día tan importante. No solo era el Día del Orgullo, sino que era el primer *Orgullo* sin Álvaro. A pesar del dolor, tenían que estar en la primera fila de la manifestación para seguir exigiendo justicia.

Laura pensó que sería muy buena idea pintarse en las mejillas los colores de la bandera LGTB. Mientras ella le pintaba la cara a Mario, el cual no estaba muy convencido de querer ir a la manifestación, Nerea y Mercedes terminaban las pancartas que iban a llevar. *Justicia para Álvaro* o *Basta de Homofobia* eran algunas frases que podían leerse en ellas.

Mercedes no pudo evitar emocionarse al terminar de escribirlas. Nerea sacó un pañuelo de su riñonera y se lo ofreció.

—Haremos que hoy esté orgulloso allá donde esté. —Fue una frase típica, pero la única que a Nerea se le ocurrió decir.

Las pancartas estaban listas y Laura terminó de pintar las caras de Mercedes y Nerea mientras Mario observaba lentamente la ropa de su armario. No sabía qué ponerse exactamente y pensó que lo que sí iba a llevar era su gorra verde de Adidas. No podía arriesgarse a que algún extraño le viese en la manifestación. Aunque iba a haber tanta gente que sería imposible, ¿no?

Sabía que usaría zapatillas blancas y pantalón corto negro, pero no tenía muy claro qué camisa usar. Revisó una por una las camisas que tenía colgadas en perchas sin decidirse por ninguna. Le encantaba una camisa color salmón, pero estaba seguro de que pasaría bastante calor y el sudor se le marcaría en las axilas, algo que odiaba. No es que pensase ligar ni nada por el estilo, pero le hacía sentir mucha vergüenza.

Descartó totalmente las camisas cuando un recuerdo le vino a la cabeza. El año anterior, Álvaro le había regalado para su cumpleaños unas entradas para ver el musical del Rey León y una camiseta de tirantes blanca con una línea horizontal azul en el pecho.

—¡Te queda de puta madre, cariño! —Las palabras de Álvaro resonaron en su mente—. ¡Estás bastante bueno! —Álvaro se puso juguetón y comenzó a quitarle la camiseta a su novio para después besarle el cuello y bajar su lengua lentamente hasta sus pantalones.

—¡Date prisa! ¡Elijas lo que elijas te va a sentar de maravilla! —Nerea hizo volver a Mario de sus recuerdos y se sintió avergonzado al darse cuenta de que estaba un poco empalmado.

Nerea salió de la habitación y Mario cogió cuidadosamente la camiseta de tirantes como si fuese de cristal y corriese el riesgo de romperse en mil pedazos. Al ponérsela notó el suave tacto de la tela y los pelos se le erizaron al pensar que era el tacto de las manos de Álvaro. Lo extrañaba tanto que dolía.

«Ya no te queda tan bien como antes. Una pena…». Por desgracia, el fantasma de Álvaro no le quería tanto. «Has engordado unos kilitos y te has cargado la esencia de esa camiseta. Te lo has cargado como todo lo que tocas. ¿Crees que puedes salir ahí fuera y manifestarte contra algo que tú mismo has hecho? ¡A saber cuántos gays han asesinado esos cabrones por tu culpa! Si hubieras tenido una pizca de valentía, esos cerdos ya estarían en la cárcel… o muertos».

—¡Que te jodan!

Mario salió de su cuarto no solo porque quería huir de ese fantasma, sino también porque Laura lo estaba llamando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mario preocupado mientras miraba a sus amigas una por una.

—Me gustaría contaros algo antes de que salgamos.

—¿Qué pasa, Laura? —Mercedes se unió a la preocupación.

—No es nada malo. Es solo que creo que es algo importante y me gustaría compartirlo con vosotros. Cuando Bagheera enfermó tuve mucho miedo. Le conté a mi abuelo por lo que estaba pasando y me sugirió que visitase a un psicólogo. He llamado al más barato que he podido conseguir. Es una pena que algo así dependa del dinero. No sabéis la cantidad de suicidios que hay en nuestro país cada día.

Sus amigos aprobaron la idea y estaban de acuerdo en que todos necesitarían tomar la misma decisión que Laura. También tenían el prejuicio de ir a un psicólogo, pero más adelante casi todos visitarían uno para cambiar sus vidas.

Después de una intensa charla sobre la importancia de la salud mental, agarraron las pancartas y, bastante emocionados, salieron de casa de Mario.

—¡Ah, joder! ¡Se me olvidaba! —Mario volvió a abrir la puerta de casa y cogió su gorra del perchero.

—¿En serio vas a ir con esa gorra? —Nerea no pudo evitar poner su característica cara de asco.

—¿No te gusta?

—No sé. Lo ideal es que hoy vayamos con la cara bien alta y sin cubrirnos el rostro, pero si quieres llevarla…

No solo le gustaba, sino que se había acostumbrado a salir a la calle con ella para sentirse a salvo, como si se tratase de un chaleco antibalas.

Capítulo 28.
Solo es un juego

Mientras tanto, Alfonso y Luis hacían su ronda por el barrio. Minutos antes de que la noche entrase en escena, los dos amigos observaban sus calles manchadas de colores arcoíris y de personas por las que sentían una terrible vergüenza ajena. La música y la fiesta gay se extendía como la pólvora y eso no lo podían consentir.

Alfonso notaba a Luis nervioso y quería dejarle las cosas claras antes de actuar. No podía permitir que la cagasen de nuevo. Le agarró del brazo y lo introdujo en un callejón sin salida.

—¿Estás bien? —Sin darse cuenta, Alfonso seguía agarrándole el brazo a su amigo. Él también estaba nervioso e ilusionado por partes iguales.

—¿Qué vamos a hacer exactamente?

—Vamos a dejarnos llevar, joder. Puede que no encontremos ninguna oportunidad clara, pero tenemos que estar atentos a lo que el destino nos ofrezca.

Luis tragó saliva como si intentase tragarse su miedo a que los cazaran a ellos. Alfonso le agarró la cabeza con las dos manos y le miró a los ojos fijamente.

—Te necesito al cien por cien, hermano. ¿De qué tienes miedo? Estamos juntos en esto y no va a pasar nada. Piensa que todo es por una buena causa y que tu miedo es buena señal. Siempre se siente miedo antes de un gran cambio. Y esta noche… esta noche va a ser una puta maravilla.

Chocaron sus manos para cerrar el pacto y dar comienzo a aquella gran misión. Alfonso estaba ansioso y quería agarrar a cualquiera de aquellos maricones que se paseaban alegremente por la calle sin miedo a nada. Estaba deseando demostrarles que no tenían derechos ni libertad y que pronto se les iba a acabar esa tontería. Fue inevitable que Alfonso recordase la noche que entró a casa de Álvaro y que cambiaría su vida para siempre. ¿Volvería a matar esa noche? Era una pregunta sin una respuesta clara, pero una cosa era segura: esa noche era otra oportunidad para demostrarle a su equipo que no se estaba ablandando.

Mientras caminaban por la calle, un olor magnífico a *pizza* llegó hasta su olfato y decidieron parar a comer un poco para reponer fuerzas. Los minutos iban pasando y el destino no les había ofrecido aún ninguna oportunidad. Y eso les frustraba y les ponía más nerviosos. De ninguna manera iban a volver a casa con las manos vacías.

—Sería como irnos a casa después de fiesta sin liarnos con ninguna guarra —dijo Luis.

—No pienso fracasar esta noche. No nos lo perdonaría.

Por un momento, Alfonso pensó en Beca y Jorge. ¿Y si ellos ya habían cazado a alguien? Sus manos empezaron a sudar de una manera bastante exagerada y una mezcla de enfado y nerviosismo le llevó a agarrar su móvil y mandarle un mensaje a su novia.

—¿Cómo va la caza?

Esperó varios minutos. El sudor también se había apoderado de su frente y después de devorar la *pizza* pidió otra cerveza. No podía emborracharse demasiado porque tenía que estar a tope aquella noche, pero necesitaba saciar su sed de impaciencia.

Luis lo miraba preocupado. Por sus venas apareció la necesidad de salir corriendo de allí y alejarse de todo aquello que algún día habían empezado a hacer. No pudo evitar recordar el comienzo de todo.

Ø

Estaban los cuatro en el local de Beca bebiendo y jugando a juegos de mesa. Entre broma y broma, Jorge pensó que sería muy buena idea crear un juego de mesa o un videojuego para matar maricas.

—Sería la hostia —gritó Jorge tambaleándose al intentar levantarse de la silla.

Al día siguiente, Luis pensaba que esa broma se había quedado en eso, en una simple broma. Pero poco a poco se hablaba más del tema y sin darse cuenta sus amigos habían creado un juego en la vida real. Ellos cuatro eran los peones que iniciaban el juego.

Aquella misma tarde, Alfonso hasta se animó a dibujar un boceto del juego de mesa. El tablero sería muy parecido al del parchís. Cada uno con un color debía cazar a la mayor cantidad de maricas posible. Las fichas de las víctimas estaban dibujadas tanto por detrás como por delante. En la cara de arriba había dibujados pequeños muñecos de sexo masculino con gestos de amaneramientos y por la cara de atrás la ficha mostraba el mismo dibujo, pero triste y con una gran cruz roja marcada encima. Los cuatro amigos se lo pasaban genial creando y diseñando su propio juego.

—Lo podemos llamar *El cazamariposas* —se burló Beca provocando la risa de sus amigos.

—O *Terapia de conversión*. —La propuesta de Luis no tuvo tanto éxito y como primer nombre eligieron la opción de Beca. Les parecía demasiado buena como para desecharla.

Tres días después parecía que tenían su propio juego creado y la esperanza de poderlo vender en un futuro. La ilusión que tenían era

enfermiza.

Cuando parecía que el boceto final estaba terminado, alguien más quiso unirse al tablero. Digamos que sería como un Ente Oscuro que lo controlaría todo. Daría órdenes específicas y daría un rumbo distinto a esa pequeña aventura. Y con este último cambio y la entrada del Ente, Alfonso diseñó otro tablero con los últimos cambios. Ya no se parecía tanto al tablero del parchís y había conseguido una idea fantástica. Estaba superorgulloso de su creación.

Los jugadores empezarían desde las esquinas del tablero y avanzarían en sentido a las agujas del reloj, mientras que el Ente Oscuro se situaría en el centro del tablero. Sus órdenes estarían marcadas en cartas que debían coger cada vez que caían en unas casillas concretas.

El juego estaba terminado y jugarían durante meses hasta que fuesen abordados por el aburrimiento.

—¿Por qué no lleváis el juego más allá? —les propuso el Ente Oscuro—. Os lo pasaríais bien y además limpiaríais el mundo de escoria.

—¡Hostia! ¡Sería una pasada! —dijo Alfonso.

Y así fue como llevaron ese macabro juego de tablero a la vida real. Empezaron a hacer sus primeros ataques a la comunidad LGTB a través de redes sociales donde sentían que tenían un gran poder. Amenazas, insultos, todo lo que fuera necesario para atemorizar a esas pobres criaturas perdidas de la mano de Dios, como decía el Ente Oscuro, pero se dieron cuenta de que no conseguían nada y se empezaban a frustrar.

—Esos cerdos se creen muy valientes a través de sus móviles, deberíamos avanzar de casilla y dar el gran salto. —Jorge seguía hablando como si se tratase aún de un juego de mesa.

De redes sociales como Instagram o Twitter pasaron a redes para ligar. La primera vez que entraron con un perfil falso y echaron un vistazo sintieron verdadero asco y vergüenza y sus ganas de curar a esa gente aumentó un doscientos por cien. La pena fue otra de las emociones que los invadían. Eran personas que habían perdido su rumbo e iban a acabar jodidos. Menos mal que ellos iban a salvarles por las malas.

Ø

El móvil de Alfonso sacó de golpe a Luis de sus recuerdos. Y sintió una especie de vértigo al darse cuenta de que un estúpido juego para echar unas risas se había desmadrado por completo. Mientras Alfonso hablaba con Beca, la cabeza de Luis no paraba de dar vueltas

como si estuviese envuelta en una especie de resaca que lo atormentaba. Y entró en pánico. No podía moverse a pesar de las ganas que tenía de salir corriendo de allí.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Alfonso molesto y agitando la mano delante de la cara embobada de Luis.

—¿Eh? Perdona… ¿Qué me decías?

—¡Espabila, joder! Esta noche es muy importante. ¿Qué te pasa?

—Nada, nada. Solamente estoy un poco cansado. —Luis dio un sorbo a su lata de cerveza.

—Sabía que te ibas a cagar, por eso elegí venir contigo.

—Perdóname. ¿Qué decía el mensaje de Beca?

—Aún no han conseguido atrapar a ninguno, pero tienen muchas ganas de empezar. —Alfonso se sintió aliviado al descubrir que los demás tampoco habían conseguido nada. Terminó de devorar su trozo de *pizza* y dio el último sorbo a su cerveza—. Es hora de retomar la misión.

Salieron de la pequeña pizzería y Luis volvió a tener la necesidad de salir corriendo, aprovechando la multitud de la gente que pasaba cantando y bailando semidesnudos. Pero no lo hizo.

—Creo que ahí tenemos al primero de la noche.

Alfonso señaló a un chico de unos veintidós años que caminaba moviendo mucho el culo por una calle poco transitada. El joven llevaba una camisa roja totalmente desabrochada y un pantalón oscuro. En su muñeca izquierda llevaba una pulsera arcoíris. Iba tambaleándose de un lado de la calle a otro hasta que por fin llegó al portal donde vivía.

Mientras Luis sujetaba la puerta y vigilaba, Alfonso alcanzó al chico justo antes de subir los cinco escalones que había próximos al ascensor. Lo agarró desde atrás por el cuello de la camisa y lo estampó contra la pared. Todo pasó muy rápido. Alfonso no paraba de darle puñetazos en la cara y en el abdomen sintiéndose cada vez superior a aquella pobre víctima. Por unos segundos no vio el rostro del chico, sino el de Álvaro. Para evitar verle la cara, le agarró del pelo y lo puso de espaldas para continuar dándole puñetazos en los riñones. El chico cayó al suelo entre gemidos de dolor y continuó recibiendo patadas hasta perder la conciencia.

Luis observaba con los ojos como platos la tremenda paliza que estaba recibiendo aquel pobre chico y estaba convencido de que a Alfonso se le había ido de las manos la situación… otra vez.

—¡Que lo vas a matar! —susurró muy alterado y notando cómo le temblaban las manos.

—¿No vas a hacer nada? ¡Ven a darle lo que se merece!

Alfonso tenía los ojos inyectados en sangre y estaba desatando toda su furia. Parecía que se había olvidado por completo de lo que

había pasado meses atrás. Y de repente, se detuvo en seco, comprobó que el chico seguía vivo, le hizo unas fotos para guardarlas como trofeo de caza y puso rumbo a la salida.

No había nadie sujetando la puerta grande del edificio y estaba totalmente cerrada. Pulsó el interruptor de la puerta y salió del edificio dejando a un chico casi muerto dentro.

«¿Dónde está Luis?», pensó preocupado.

Miró a derecha e izquierda y Luis no aparecía por ningún sitio. Ese cobarde había huido. No había salido corriendo porque alguien les fuera a pillar, sino porque ya no se divertía tanto como cuando jugaban a aquel juego de mesa. No iba a dejar que el idiota de Luis arruinase aquella noche. Lo importante era que ya había encontrado una víctima.

«Se lo enseñaré a todos menos a Luis», pensó entre dientes. «A ese capullo se le va a caer el pelo cuando le vea. Quizá le demos una paliza entre todos para que sepa que esto no es un juego».

Por suerte o por desgracia, Alfonso jamás volvería a ver a su amigo Luis.

Capítulo 29.
Una conexión muy especial

Beca se detuvo bruscamente en mitad de la calle y emitió un ligero quejido justo después de leer el mensaje que le acababa de mandar Alfonso.

—El gilipollas de Luis me ha dejado tirado y ha salido corriendo mientras le daba una paliza a uno de esos maricas. —Empezó a leer.

La frase provocó en Beca una mezcla de emociones. Por una parte, sus ojos se iluminaron al ver que su novio volvía a ser el que era, pero por otro…

«SABÍA QUE LUIS IBA A SER UNA CARGA Y QUE IBA A JODERLO TODO», PENSÓ ENFURECIDA.

Jorge había avanzado unos metros más sin percatarse de que Beca se había quedado atrás y se dio cuenta de que estaba hablando sola.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te detienes? —preguntó Jorge.

—Vamos a pillar unas birras en ese chino y te cuento.

—¿Ha pasado algo? ¿No me jodas que han pillado a uno de estos?

Beca no abrió la boca hasta que no estuvieron sentados en un portal con una cerveza en la mano. Jorge esperaba impaciente.

—Me ha escrito Alfonso. Por lo visto ha cazado a uno y le ha dado una buena paliza…

—¡Pues de puta madre! ¡Qué envidia! Y nosotros aún sin nada. ¿Qué tiene eso de malo? Deberías estar contenta, ¿no?

—¡Déjame terminar! ¡Nunca me dejáis terminar cuando hablo, cabrones! —Beca le gritó demasiado y se dio cuenta de su error—. Perdóname. Estoy un poco cabreada.

—Tranquila. Cuéntame lo que ha pasado.

—Alfonso le ha dado una paliza a un marica dentro de un portal y Luis se ha cagado y se ha ido.

—¿Se ha ido? —Jorge no sabía si reír o enfadarse.

—Pues eso parece.

—No sé de qué te sorprendes. Se veía venir que era un cagado y que se iba a rajar.

Beca deslizaba su dedo índice por su lata de cerveza como una manera desesperada de buscar tranquilidad.

—Lo que me preocupa no es que ese capullo haya salido corriendo en mitad de una misión tan importante como la de hoy, lo que realmente me preocupa es que se vaya de la lengua y le cuente algo a sus padres o a la policía.

—No puede contar nada porque él está tan metido en esto como nosotros. ¿Crees que va a ir a la policía? ¡Ni de coña! No tiene los suficientes huevos para hacer eso.

—No sé qué pensar. —Beca le dio el último sorbo a la cerveza y estrujó la lata con todas sus fuerzas justo antes de estrellarla contra el árbol que tenía en frente.

—No te rayes. Seguro que mañana viene con su pequeña polla entre las piernas y nos pide perdón. O se arrepiente antes de llegar a casa y nos llama para saber dónde estamos.

—Más le vale a ese imbécil. Le va a caer una bronca que se va a cagar.

—No dejes que nos estropee esta noche tan especial. Tenemos que darnos prisa porque Alfonso nos ha sacado ventaja. Por cierto, ¿qué va a hacer tu novio ahora?, ¿va a seguir con la caza o va a perder el tiempo buscando a Luis?

—Solo me ha dicho que no lo encontraba, pero sin especificar nada más. No sé si me llamará. Espero que no se raje él también.

—Saca la navaja. Me apetece mucho verla.

—¿Aquí?

—¡Venga! ¡Que no nos ve nadie! —susurró Jorge mirando con cautela hacia ambos lados.

Unos segundos antes de que Beca sacase la navaja militar del bolsillo de la chaqueta, la luz del portal donde estaban sentados se iluminó de golpe. Ambos dieron un bote y se miraron de reojo. Beca dejó su mano metida en el bolsillo y apenas se movieron.

Del portal salió una mujer de unos cincuenta años despeinada, con un pijama de ositos blancos y las zapatillas de andar por casa. En cada mano llevaba una bolsa de basura morada llena de cartones y botellas.

Jorge y Beca siguieron con la mirada a la señora que parecía ser un personaje bastante esperpéntico.

Tiró la basura en sus respectivos contenedores y metió la mano en uno de los bolsillos del pijama. Por un momento, Beca pensó que tanto ella como esa señora iban a sacar una pistola de los bolsillos y competirían en un duelo. Pero la señora solo sacó las llaves para volver a entrar en el portal.

—¡Hola! —les dijo de forma seca, con las cejas arqueadas y una leve expresión de asco. Y tuvieron suerte de que no les preguntase enfadada que qué hacían sentados en su portal.

La señora desapareció tras subirse al ascensor y la luz del descansillo volvió a apagarse para cerrar esa pequeña intervención.

—¡Venga! ¡Sácala! —Jorge no pudo evitar reírse a causa de lo mal que habían sonado esas palabras.

Beca sacó rápidamente la mano del bolsillo y, sin abrirla, se la

ofreció a Jorge.

—Quiero que hagamos una promesa.

—A ver… suéltalo —dijo Beca temiéndose lo que iba a venir.

—Esta noche no nos vamos a dormir hasta que no hayamos clavado esta preciosidad en la carne de uno de esos pobres malnacidos. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Ambos se dieron la mano para sellar su cometido y sonrieron con la boca y con los ojos.

Beca tenía dos cosas claras: una era que esa noche solo acababa de empezar. Y la segunda que cada vez sentía más conexión con Jorge que con Alfonso.

Capítulo 30.
Orgullo, prejuicio y sangre

A un kilómetro de distancia

Unas horas antes de que Luis desapareciera, Nerea, Laura, Mercedes y Mario llegaban a la manifestación del Día del Orgullo. Emocionados, se encontraron con amigos y conocidos del colectivo y, juntos, ondearon con fuerza sus banderas y pancartas.

El corazón de Mercedes estaba más acelerado que de costumbre. Era un día muy importante y a la vez triste, porque desde que su hijo le confesó su orientación sexual no se había perdido ninguna manifestación. Era la primera sin su hijo y no porque no hubiese podido ir, sino porque un canalla, que aún seguía en libertad, había decidido quitarle la vida.

—¿Estás bien? —le preguntó Laura arrastrándola de golpe a la realidad.

Mercedes solo asintió con la cabeza y continuó agitando la bandera que llevaba agarrada con fuerza y con las dos manos.

La música se detuvo por un momento y fue sustituida por un triste silencio. Una chica joven, de unos veinticinco años, con el pelo de colores y gafas de pasta negra, se subió a un escenario y, colocando el micro a su altura, comenzó a leer un pequeño texto.

Mercedes y los demás escucharon atentamente las palabras de aquella chica que, a pesar de ser una desconocida, consiguió emocionarlos. Quizá fue porque aquel día era especial y tenían sus emociones a flor de piel o tal vez porque la voz de la chica emocionaba.

—Estamos hartos de que nos señalen —decía la chica pronunciando las últimas palabras de aquel texto—. Estamos hartos de que nos discriminen y que nos humillen. Y sobre todo estamos hartos de escuchar noticias en las que nos persiguen e incluso nos matan. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo amar a alguien dejará de ser un delito? Necesitamos justicia. Y la necesitamos urgentemente. Hasta que eso llegue solo nos queda seguir luchando. ¡Por nuestros derechos!

Terminó el discurso con el brazo en alto y la acompañaron los gritos de todos los presentes. Mientras la chica bajaba del escenario, Mercedes abrazó uno a uno a los amigos de su hijo. Y no pudo evitar mirar hacia el cielo, llorando.

Nerea intentó sacar a sus amigos de la tristeza y los llevó a comprar unas cervezas. La música volvía a ser la protagonista en las calles y todo el mundo cantaba, bebía y bailaba sin cesar.

A novecientos metros

Esperando en la cola para pedir las cervezas, Mercedes volvió a encontrarse con el padre de Álvaro. Ambos se miraron fijamente a los ojos, pero no dijeron nada. No hacía falta. Los dos sabían perfectamente por qué estaban allí: luchaban por los derechos del colectivo y para que a nadie más le ocurriera lo mismo que le ocurrió a Álvaro.

—¿Quién es? —preguntó Laura picarona.

—Es el padre de Álvaro.

—¿En serio?

Laura gritó tan fuerte que superó el volumen de la música. El alcohol que había bebido anteriormente empezaba a afectarla. Laura siempre se emborrachaba muy fácilmente.

—Deja de mirarle. No seas tan descarada —le rogó Mercedes.

—Es bastante guapo, la verdad.

—Lo es.

—¿De qué habláis? —Nerea y Mario entraron en la conversación acompañados de cervezas que habían conseguido en otro local.

—Nada, nada. —Mercedes intentó cambiar de tema, pero Laura se encargó de que fallase en su misión.

—Aquel señor de allí, el de la camisa azul claro, es el padre de Álvaro.

Mario y Nerea se quedaron sorprendidos y empezaron a mirarle de nuevo y a cotillear.

—¿Habéis hablado? —preguntó Nerea antes de llenarse los labios de espuma.

—No, solo nos hemos saludado levemente y ya. No hay nada más que hablar. Aunque me alegro de verle hoy en este día tan importante.

Mientras lo observaban, se dieron cuenta de que Julio empezaba a poner rumbo hacia donde estaban ellos. Tuvo que atravesar un mar de gente ebria que no le ayudaba en nada a llegar a su destino.

—¡Creo que viene hacia aquí! —le gritó Laura a Mercedes.

—¿Qué? —Mercedes estaba aterrada y no pudo evitar ponerse nerviosa.

Intentó mirar para todos lados menos en esa dirección buscando una excusa para no hablar con él. Pero cuando quiso darse cuenta ya estaba allí.

—¿Qué tal? —Se acercó sonriente y le dio dos besos a Mercedes con un toque de incomodidad y una pizca de vergüenza—. Me alegro de verte por aquí.

Ellos son mis amigos: Nerea, Mario y Laura. Bueno, eran amigos de nuestro… de Álvaro.

Todos le saludaron con una sonrisa pícara. Nerea se llevó a Laura y a Mario en busca de algo para picar. Antes de irse, le guiñó un ojo a

Mercedes.

A pesar de toda la gente que había en ese momento en la calle, Mercedes sintió que se quedó a solas con su primer amor. Fue como si todo el mundo se hubiera evaporado para dejarlos en total intimidad. Se sintió un poco mareada y no sabía decir muy bien si era por culpa de las cervezas o por la tensión de ese fortuito encuentro.

Mantuvieron una conversación bastante corta y con huecos cargados de silencios incómodos, pero había algo que Julio necesitaba decirle. Algo que la vez anterior, en aquella heladería, no se atrevió a decir.

—¿Me darías tu teléfono? —le susurró acercándose peligrosamente a su oído.

Mercedes no esperaba aquella pregunta y abrió la boca por unos segundos sin emitir sonido alguno. No sabía qué responder en absoluto. Lo único que supo hacer fue buscar a los demás desesperadamente.

«Tierra trágame», era lo único que se le pasó por la cabeza.

—¡Lo siento! No quería importunarte… —Su aliento demostraba que también había bebido bastante y quizás por eso su exceso de valentía.

—No te preocupes, es que no me lo esperaba. Apúntalo.

Quizá fue el alcohol el que la ayudó a dar el paso. ¿Para qué quería su teléfono? ¿Intentaba recuperar el tiempo perdido? ¿La muerte de su hijo había ocurrido para que ellos volvieran a estar juntos? Miles de preguntas revolotearon por su cabeza en escasos segundos.

Julio le hizo una llamada perdida para que también guardase el suyo. Parecían dos tímidos adolescentes que acababan de conocerse.

—Si necesitas algo o si te apetece tomar un café no dudes en llamarme.

Julio le agarró la mano con ternura y le dio un suave beso en la mejilla.

—Solo quiero ser tu amigo.

—Y desapareció entre el bullicio de la gente.

Mercedes no estuvo mucho tiempo sola ya que los demás aparecieron enseguida, curiosos.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó primero Nerea.

—Poca cosa. Me ha pedido el teléfono.

—¡Qué fuerte! —Laura estaba bastante borracha—. ¿Se lo has dado?

—Al principio me pilló desprevenida, pero luego me dio vergüenza no dárselo.

—¿Pero le has dado el tuyo de verdad o uno falso? —preguntó Nerea algo pícara.

—El de verdad. Y menos mal porque me ha hecho una llamada perdida para que guardase el suyo. Imagínate que me pilla en la mentira. Ahí sí que me hubiera puesto roja como un tomate.

—¡Qué fuerte! —Laura parecía haber entrado en bucle.

—Pero vaya… no creo que le llame nunca. No tiene sentido que volvamos a mantener una amistad justo ahora.

—Nunca digas nunca —respondió Nerea apuntándola con su índice.

Mario entró en acción para rescatar a Mercedes de aquella situación tan incómoda. Mientras bailaban, avanzaban hacia el otro lado de la calle en busca de aire fresco y de un espacio menos lleno.

A ochocientos metros

Mercedes no podía evitar sentir un dolor en el pecho al ver a su primer amor. ¿Por qué había tenido que reencontrarse con Julio después de tanto tiempo? El pasado se había removido como la arena en la playa al ser arrastrada por las olas.

La fiesta continuó por todo lo alto, aunque Mercedes amenazaba con marcharse pronto a casa porque estaba agotada. Todos estaban en un estado de embriaguez bastante importante. Las risas se mezclaban con las lágrimas en una especie de montaña rusa emocional. Y es que, a pesar de aparentar estar felices, el alcohol les recordaba que faltaba una persona muy importante entre ellos y los malos recuerdos acechaban en las sombras de la noche.

Por un lado, Laura y Mercedes habían entrado en un bucle de lágrimas del que no podían separarse. Y por el otro, Mario se enfadaba con Nerea por haberle derramado la cerveza en su camiseta favorita por segunda vez.

—¡Ten un poco más de cuidado, coño!

—No pasa nada, mañana te compro otra. —A Nerea le costaba cada vez más vocalizar.

De repente, Mario le dio un abrazo a Nerea y se dieron varios picos en la boca en señal de paz. Era algo que les encantaba hacer cuando salían de fiesta.

—¡Te quiero, tía!

—Yo también te quiero, tonto.

Bailaron una canción entera sin despegarse uno del otro, fundidos en un abrazo irrompible. Es lo que tienen las borracheras de fiesta, que te une a personas que normalmente no suelen ser tan importantes en tu vida. Nerea y Mario estaban dentro de un mismo grupo de amigos, pero no se podía decir que fueran superíntimos. Nerea estaba más unida a Álvaro, pero después de lo que estaban viviendo, sentía poco a poco una conexión mayor con Mario. Y quizás era el momento de que fuesen mejores amigos.

—¡Me estoy meando que flipas! —dijo Nerea rompiendo por fin el abrazo—. ¿Me acompañas?

—¡Sí, por favor! Yo también me meo mucho.

A quinientos metros

Después de avisar a Mercedes y a Laura de que iban al baño, Nerea y Mario pusieron rumbo a una odisea para intentar vaciar sus vejigas.

Como era de esperar, los baños portátiles estaban hasta arriba de gente, tanto el de chicos como el de chicas, aunque, en realidad, eran más mixtos que de costumbre. No podían esperar tanto tiempo y decidieron probar suerte en los baños de los bares cercanos, pero encontraron la misma respuesta. Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para ir a mear.

—Separémonos un poco y meamos entre los coches —decidió Nerea desesperada.

—Yo no puedo, tía.

—¡Venga, ya! Uno vigila mientras el otro mea y ya está.

—¡Que no! ¡Que con los nervios no sale nada!

—¡No seas nenaza, maricón! ¡Busquemos una calle más apartada que no haya tanta gente y ya está!

Nerea se llevó a rastras a Mario y no se detuvo hasta encontrar una zona tranquila.

A doscientos cincuenta metros

—¿Quién mea primero? —preguntó Mario nervioso agarrándose la polla para evitar mearse encima.

—Nos la jugaremos a piedra, papel o tijera.

—¡Vale! Pero rápido, que me meo.

—Piedra, papel o tijera. Uno, dos… ¡Tres!

Nerea siempre tenía mucha suerte en el juego, pero aquella noche le tocaba perder y esperar un poco más hasta poder liberarse.

Mario se escondió entre unos contenedores e intentó concentrarse para que saliese algo.

«Que no nos vea nadie, por favor», pensaba con los ojos cerrados y la bragueta abierta. «Espero que no pase la policía y me multe», pensó esta vez en voz alta.

—¡Venga! Relájate y mea. No viene nadie.

Mario comprobó que la calle estaba desierta, respiró profundamente y por fin lo consiguió. No lo hizo porque estuviera relajado, sino porque llevaba tantas cervezas encima que su cuerpo estalló. Cerró la bragueta con otro suspiro y fue la sensación más aliviada que había tenido en mucho tiempo. Era sorprendente lo maravillosa que estaba siendo aquella noche. Estaba llena de risas y

emociones que le hicieron olvidar por un momento el infierno que estaba viviendo.

A cincuenta metros

—¿Y mi gorra? —gritó desesperado—. ¡La he perdido!

—¡Que no! ¡Que la tiene Laura! —le respondió Nerea con paciencia mientras se preparaba para descargar.

Le dio su bolso a Mario después de coger un pañuelo y se bajó los pantalones para mear entre varios coches. Mario vigilaba un poco más tranquilo. Divisó a unos metros a un chico y a una chica que se acercaban a paso ligero.

—¡Date prisa que viene una pareja! —susurró Mario con más preocupación de la que la situación merecía.

—¡Me la suda!

Lo siguiente que ocurrió pasó demasiado rápido para ser conscientes. Mario miraba su móvil, mientras la pareja pasaba detrás de él. Una voz le susurró rápidamente al oído algo que no había entendido muy bien. Cuando se giró, la pareja salió corriendo por el otro lado de la calle y su visión empezó a ponerse un poco borrosa. No entendía absolutamente nada de lo que había pasado. Primero pensó que el alcohol le estaba jugando una mala pasada. No fue consciente de la situación hasta que su móvil y el bolso de Nerea se le escaparon de las manos y acabaron estampándose contra el asfalto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Nerea entre los coches mientras la envolvía una extraña sensación.

Pero no recibió respuesta. Mario no podía articular palabra y lo único que hizo antes de caer desplomado al suelo fue ver cómo su camiseta de tirantes blanca que le había regalado Álvaro estaba impregnada en una gran mancha de sangre.

Antes de atacar a Mario, la extraña pareja formada por Jorge y Beca estaban bastante cabreados y cansados porque no habían podido conseguir nada en una noche con tantas expectativas. La caza había sido un fracaso y el único que había hecho algo en condiciones había sido Alfonso. Resulta que el que pensaban que se había acobardado les había ganado aquella partida, porque además de ser un día de caza seguía siendo un juego para ellos.

—¿Tú crees que es verdad lo que nos ha contado Alfonso? —preguntó Jorge de golpe y sin anestesia.

—No creo que se lo haya inventado, aunque el único supuesto testigo que existe ha salido corriendo como un gallina.

—Pienso darle una paliza cuando pille a ese cabrón. ¿Se piensa que esto es un juego?

—En realidad, sí. —Beca y Jorge estallaron en risas y, por un momento, la situación se relajó.

—¿Nos vamos? —A Jorge le pilló por sorpresa esa pregunta.

A pesar de que le costó mucho aceptarlo, Jorge pensó que lo correcto era rendirse por ahora y eso era algo que le jodía de verdad.

—De todas formas, a lo mejor de camino a casa encontramos algo. —Beca no quiso tirar la toalla del todo.

Y con esa pequeña gota de esperanza, pusieron rumbo a sus respectivas casas. Mientras charlaban, llegaron hasta la calle donde estaban Mario y Nerea. Beca llevaba la navaja cerrada en la mano.

—¡Qué pena no haberle dado ningún uso esta noche! Espero que por lo menos mi padre no descubra que me la he llevado. ¿Me estás escuchando?

Jorge se había detenido por un momento y parecía hipnotizado.

—¿Ese no es…?

—¿Qué ocurre? —preguntó Beca confusa.

En su caso era difícil que hubiese reconocido a Mario, ya que prácticamente lo había visto en fotos o vídeo. Miró fijamente a Jorge y vio cómo su cara se enfurecía. Entendió que la situación iba a ponerse interesante cuando Jorge le arrebató el arma blanca de las manos y, abriendo la navaja, puso rumbo muy decidido hacia el chico. Beca entendió rápidamente que ese chico que permanecía de pie con un bolso y con pinta de marica era uno de sus pacientes.

Jorge murmuraba mientras cada vez se acercaba más a aquel pobre desgraciado. Cuando estaba justo detrás de él vio que había alguien más detrás de los coches. Así que tenía que actuar rápido. Beca también aceleró el paso al darse cuenta de que iban a tener que correr en breve.

—¡Te lo advertimos, marica! —le susurró al oído.

En ese momento, y con gran satisfacción, Jorge clavó completamente la navaja con puño militar en el costado de Mario. La hoja rasgó la carne para dar paso a una gran corriente de sangre. Salieron corriendo de aquella calle oscura y con el ruido de la música de la fiesta de fondo.

Huyeron entre risas y vítores. Miraron hacia atrás y al ser conscientes de que se habían alejado lo suficiente de aquel delito, relajaron el paso.

—¡Qué fuerte! ¿Qué has sentido? —preguntó Beca muy ilusionada.

—¡No tengo palabras, joder! Esta noche creo que no voy a poder dormir. Estoy como si me hubiese metido un par de rayas. Eso le pasa por tomarse esto en broma…

—¿Crees que estará muerto? —Beca parecía esperar una respuesta afirmativa.

—Me da exactamente igual. Supongo que mañana nos enteraremos viendo las noticias. Se lo merecía.

—Creo que deberíamos hacer lo mismo con los demás experimentos. No creo que sirva para nada lo que estamos haciendo. Se burlan de nosotros y necesitan que les demos mano dura.

—Mañana hablaremos con el Ente Oscuro y propondremos un nuevo comienzo. —Los dos rieron.

—Mañana tendremos que hacer una reunión urgente para decidir el futuro de Luis y el futuro de nuestra misión. Estoy segura de que estamos aproximándonos a un gran cambio.

—Yo también. Tu gran idea sobre el vídeo va a petarlo. Fue cojonuda.

Beca y Jorge se miraban sonrientes el uno al otro. Sus respiraciones eran largas y profundas acompañadas de un suave brillo en sus ojos. Radiaban de felicidad por haber compartido un momento tan especial aquella noche. Les faltó muy poco para agarrarse las manos y juntar sus labios con fuerza. Si eso hubiera dependido de Beca habría ocurrido, pero fue Jorge el que rompió la unión de sus miradas. Era la novia de su mejor amigo y jamás sería capaz de hacerle eso.

Se despidieron de una manera un tanto incómoda sin perder la sonrisa. Jorge puso rumbo a su casa mientras Beca permanecía estática, mirando cómo se marchaba.

Beca intentó limpiar toda la sangre que abrazaba la hoja de la navaja con un pañuelo. Si su padre la encontraba manchada, la mataría. Como el pañuelo no había sido suficiente, aprovechó para limpiarla en una de las fuentes que encontró en la calle. Sin ningún testigo que pudiera culparla de lo que había ocurrido, la dejó totalmente impecable. Empezó a cuidarla como si fuera un pobre animal malherido.

Después de secarla, Beca decidió quemar con su mechero los pañuelos que había utilizado para limpiarla. Fuego y sangre se fundían para convertirse en tristes cenizas que fueron arrastradas por un viento cálido.

De camino a casa, seguía dándole vueltas al posible beso con Jorge y se autoconvenció de que ese impulso se debía al éxtasis de emoción que sentía. Cuando entró en su cama, no podía conciliar el sueño. El vídeo, la navaja manchada de sangre, Luis y cientos de pensamientos la volvían loca entre sudores. Cerró los ojos y comenzó a respirar profundamente. Solo consiguió quedarse dormida gracias a la ilusión que tenía de volver a ver a Jorge al día siguiente.

Capítulo 31.
Otra vez no…

Nerea se quedó extrañada cuando escuchó algo caer al asfalto. Se subió las bragas y el pantalón y, al ver a su amigo tirado en el suelo, pensó que se había dormido a causa del alcohol y por eso se había caído. Sabía que se trataba de un pensamiento absurdo, pero era lo que tenía estar borracha. Estuvo a punto de reírse justo antes de ver un buen charco de sangre. Tragó saliva en estado de *shock* sin entender lo que había ocurrido. Los recuerdos del día en que encontró el cadáver de Álvaro aparecieron en su mente a cámara rápida y le provocaron unas enormes náuseas. No pudo evitar vomitar en mitad de la carretera.

Después de unos segundos, consiguió recomponerse y, como arte de magia, su borrachera fue desapareciendo para estamparse de frente con la realidad en la que se encontraba: alguien había atacado a Mario.

Por fin salió del estado de *shock*, sacó el móvil del bolso que yacía al lado del cuerpo… ¿inerte?… de Mario y consiguió marcar el ciento doce con unas manos temblorosas que parecían querer separarse del resto del cuerpo.

—¡Por favor, vengan enseguida! —comenzó a decir entre lágrimas—. Alguien ha atacado a mi amigo y se está desangrando en mitad de la carretera.

—Enseguida enviamos a alguien —dijo una mujer de unos cuarenta años al otro lado del teléfono—. ¿Dónde se encuentra?

Nerea se acercó hacia la esquina de la calle y comprobó su ubicación.

—Es calle del olivar número doce.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

—No lo sé. Yo estaba… —Nerea sintió vergüenza por lo que estaba a punto de confesar—. Estaba entre dos coches meando y mi amigo vigilaba que no pasase nadie y… De pronto escuché un ruido y… mi amigo ya estaba tirado en un charco de sangre. ¡Por favor, vengan rápido!

Nerea siguió dando indicaciones desde el móvil e informó a la mujer de que le habían apuñalado en el costado.

—Tienes que tapar la herida con una camiseta o algo parecido hasta que llegue la ambulancia. —Le ordenaron al otro lado de la línea—. ¿Tu amigo está consciente? ¿Tiene pulso?

Ni siquiera se había atrevido a comprobarlo. ¿Y si ya estaba muerto? No podía soportar otra vez aquella situación. Otra vez no…

Colocó sus dedos en el cuello de su amigo y encontró un pulso bastante débil.

—¡Vengan ya, por favor! ¡Se está muriendo!

Permaneció sentada a su lado agarrándole la mano hasta que llegó la ambulancia. Por suerte, estaban en una calle poco transitada y llegaron bastante rápido. No quería ni pensar lo que habría ocurrido si el ataque se hubiera producido en mitad de la manifestación. La ambulancia no hubiese llegado a tiempo y Mario hubiera muerto desangrado.

Nerea entró por primera vez en una ambulancia y por un momento pensó que estaba en una película de terror. El camino hacia el hospital se hizo eterno. No le soltó la mano en todo el trayecto esperando a que Mario abriese los ojos.

—No te mueras tú también, por favor —susurraba una y otra vez.

Sus piernas bailaban al son de la impotencia que sentía al no poder hacer absolutamente nada. Esta vez tenía un poco de esperanza. A Álvaro lo encontraron muerto, frío y demasiado tarde. Mario no podía pasar por lo mismo.

Por mucho que lo intentaba, no conseguía entender lo que había ocurrido. ¿Por qué le habían apuñalado? Parecía que no le habían robado ni nada por el estilo… Le costaba entender que algún jodido loco había pasado por allí y lo había atacado porque sí. Estaba harta de ver asesinatos sin sentido en los telediarios, pero tenía que haber alguna explicación. La gente a veces mata por matar como si fuera algo natural. En el fondo eran animales, pero ¿de verdad la sociedad se estaba yendo a la mierda a ese nivel?

Ya en el hospital se sentó sola en una sala de espera. No le quedaba más remedio que confiar en los médicos y esperar. Por un lado, quería avisar a Mercedes y a Laura, pero por otro no quería darles esa noticia. Aún no se habían recuperado de la espantosa muerte de Álvaro. ¿Y si esperaba a que el médico le informara de cómo estaba Mario? ¿Y si cuándo llegasen era demasiado tarde? No se lo perdonarían.

Agarró su móvil con fuerza y decidió llamar a Laura. Sabía que su amiga había sufrido una especie de trauma al enterarse del asesinato de Álvaro, pero no le quedaba otra opción. Tuvo que elegir destrozar de nuevo la mente de Laura ya que no era capaz de darle esa noticia a Mercedes. Estaba a punto de revolver toda la mierda de nuevo.

Llamó a Laura varias veces, pero no fue hasta la cuarta vez que pudo contactar con ella.

Mercedes y Laura esperaban con impaciencia que sus amigos volvieran del baño.

—¿Qué te parece que vayamos nosotras también? —propuso Laura dando a entender que no podía aguantar mucho más.

Mientras Laura había conseguido entrar a un baño portátil asqueroso, como era de esperar, Mercedes buscaba a un lado y a otro con la esperanza de encontrar a Mario y a Nerea. No quería aceptarlo, pero notó un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad.

—¡No seas exagerada! —pensó—. Seguro que se han encontrado a alguien y están por aquí cerca.

Lo que le recorría todo su cuerpo era muy parecido a lo que sintió el día que encontró a su hijo sin vida. Laura le dio un susto de muerte cuando salió del baño ya que estaba hipnotizada con sus propios pensamientos.

—Voy a llamar a Nerea para decirle que estamos aquí en los baños —dijo Mercedes ya con el teléfono en la mano.

—¡Suerte! —respondió Laura con ironía.

Mercedes lo intentó un par de veces, pero no consiguió lo que quería. Y empezó a agobiarse. Sentía cómo una mano gigante le apretaba la garganta y necesitaba salir de todo aquel tumulto de gente.

Esperaron sentadas en un banco unos minutos para ver si los demás daban señales de vida. Laura estaba tranquila gracias a todo el alcohol que había bebido. Estaba tan tranquila que se le cerraban los ojos mientras esperaba. Para evitar dormirse rebuscó en su memoria algún tema de conversación. El elegido no fue el más acertado.

—Bueno… ¿Y qué tal con el padre de Álvaro? ¿Cómo se llamaba?

—Julio. Se llama Julio. —Mercedes intentó no responder demasiado borde—. Y no hay nada especial que mencionar.

—Bueno, si te sientes incómoda hablando de él será mejor que dejemos el tema. Lo siento, estoy muy borracha y no tenía que…

—No pasa nada —le cortó Mercedes—. Creo que me viene bien hablar del tema. Me duele no haberle dicho que viniera a lanzar las cenizas de su hijo… En ese momento sentía que no se merecía estar allí.

—Yo también lo creo. —Laura apoyó su mano en el hombro de Mercedes y la acarició con suavidad—. Entiendo lo duro que debe ser todo esto…

—No te haces una idea. Y me duele mucho que una parte de mí quiera que vuelva a entrar en mi vida. Me jode que una parte de mí aún le quiera.

—¿Le darías otra oportunidad?

Mercedes tardó unos segundos en contestar.

—No puedo. No quiero. Y mucho menos después de lo que le ha

pasado a Álvaro.

—¿Crees que Álvaro querría que volvieras con él? —Laura se arrepintió en ese mismo instante de lo que acababa de preguntar.

Y se formó un silencio tan denso como la niebla. Un silencio que duró varios minutos.

Aquella pregunta no paraba de taladrar el cerebro de Mercedes una y otra vez. Aunque tenía claro que no iba a volver con Julio. Ese amor estaba muerto desde hacía mucho tiempo. Se formó un denso silencio.

—Me da a mí que ya no vamos a saber nada de ellos hasta mañana —dijo Laura.

—No pienso irme a casa sin encontrarlos. No dormiría tranquila, la verdad.

Y fue en ese momento cuando Laura sacó su móvil y vio varias llamadas perdidas de Nerea.

—¡Anda! Nerea me ha llamado tres veces, pero como lo tenía en silencio…

—¡Llámala para ver dónde están! —Mercedes consiguió liberarse de aquella presión, de aquella mano gigante, aunque por poco tiempo.

Antes de que Laura consiguiera devolver la llamada a Nerea, esta volvió a llamar.

—¿Dónde estáis? —gritó Laura exageradamente y poniéndose de pie para ver si alcanzaba a encontrarlos.

Unos segundos después, Laura y Mercedes volvían a llorar destrozadas. Muy alteradas consiguieron parar un taxi y pusieron rumbo al hospital con auténtico terror a encontrarse otro cadáver.

Capítulo 32.
La caja de Pandora revienta en mil pedazos

El hospital estaba lleno de adolescentes y no tan adolescentes con comas etílicos, puñaladas o llenos de moratones por peleas leves, pero Nerea, Mercedes y Laura no prestaban atención a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Sin saberlo, tenían muy cerca a una de las víctimas del asesino de Álvaro. En concreto, a un chico que recibió una paliza de muerte dentro de un portal. Por suerte, estaba fuera de peligro.

Nerea permanecía de pie de un lado para otro, mientras las demás estaban sentadas en la sala de espera. A Mercedes comenzaban a temblarle las manos y el corazón intentaba escapar de su pecho.

Nerea pensaba en mil cosas a la vez sin llegar a nada en concreto, mientras por la cabeza de Laura revoloteaba la idea de la muerte que pensaba que ya estaba superando.

—¿Has llamado a sus padres? —preguntó a Mercedes.

—No, aún no —respondió Nerea.

—Hay que llamarles —sentenció Mercedes sin evitar ponerse en su lugar.

—Yo creo que es mejor que esperemos a que salga el médico —dijo Laura que había permanecido callada hasta aquel momento.

—¡Pero cómo vamos a esperar! ¡Tienen que saberlo!

Mercedes perdió los nervios y gritó más de la cuenta. Las personas que permanecían en la sala la miraron de reojo. Pero eso no le impidió seguir alterada.

—¿Y si no vuelven a ver a su hijo con vida? —Mercedes parecía una fiera—. ¡Tendremos la culpa si no vuelven a verlo! ¿No lo entendéis?

Mercedes se sentó de nuevo y rompió a llorar. Laura y Nerea se sentaron junto a ella para consolarla. Un nudo en la garganta intentaba asfixiarlas.

—Te entiendo perfectamente —comenzó a decir Laura—. Pero los padres de Mario no saben nada de su vida aquí.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mercedes secándose las lágrimas con un pañuelo que le había dado Nerea.

—Sus padres no saben ni que es gay ni que estuvo con tu hijo, Mercedes —continuó Laura—. Nunca se ha atrevido a contárselo por miedo al rechazo.

Mercedes tardó en conseguir articular palabra alguna.

—Pero… No tienen que saber sobre su sexualidad. Solo hay que informarles de que está en el hospital.

—Ya, pero sabrán que le apuñalaron en la fiesta del orgullo y de ahí empezarán a hacer preguntas. Sigo pensando que no es buena idea.

Mercedes se negaba a creer lo que estaba oyendo.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Y si se complica la situación?

—El médico no debe tardar en salir —dijo Nerea—. Esperemos para ver qué nos dice y si la cosa se pone fea, yo misma llamo a sus padres.

Como por arte de magia el doctor apareció de la nada. Las tres mujeres se levantaron de golpe como si estuviesen programadas.

—Doctor, ¿cómo está? —Nerea fue la primera en preguntar.

—Por ahora está fuera de peligro. Tuvimos suerte de atenderlo a tiempo. Lo vamos a dejar en observación esta noche para que descanse.

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó Laura ansiosa y con una sonrisa esperanzadora en la boca.

—Si mañana se encuentra mejor, probablemente puedan verle. Pero ya les digo que depende de cómo pase la noche. Ha perdido mucha sangre y aún está muy débil. Su amigo es fuerte y saldrá de esta, ya lo verán.

Antes de que el médico se marchase, Mercedes se acercó y le dio dos besos.

—Gracias por salvarle la vida.

Mercedes no pudo evitar pensar en que ojalá ese doctor hubiese salvado también la vida de su hijo.

Se abrazaron con intensidad celebrando que Mario estaba fuera de peligro. El abrazo, por desgracia, fue interrumpido por un par de policías que querían hablar con Nerea sobre lo ocurrido. En esos casos era normal que el hospital avisase a la policía de aquella situación.

Nerea acompañó a los agentes a otra sala para tener algo de intimidad en aquella noche llena de altercados. Los puso al corriente de lo ocurrido, de que todo pasó rápido y no consiguió ver nada claro. Solo que a lo lejos vio a una chica y a un chico correr. Huyendo.

Los agentes apuntaron los datos más significativos en una libreta azul y le preguntaron sobre cualquier pista o detalle de esos chicos que vio huir. Nerea no podía parar de pensar que era inútil hablar con ellos porque no conseguirían nada. Igual que aún no habían encontrado al asesino de Álvaro. Y tampoco pudo evitar recordar lo que escuchó en aquella comisaria.

Los policías, hambrientos de respuestas, quedaron satisfechos y se marcharon con los pocos datos que Nerea les había proporcionado. Al verlos marchar, los imaginó disfrazados de cerdos monstruosos que caminaban de manera extraña.

Nerea quiso pasar la noche con Mario, pero Mercedes la

convenció para que se fueran a casa a darse una ducha y descansar. Al día siguiente debían estar lo mejor posible para estar con su amigo.

El miedo y la furia se fueron con ellas a casa y apenas las dejó dormir. *La Muerte* durmió junto a Mercedes y Laura, pero junto a Nerea pasó la noche *la Rabia*. No podía parar de ver a los atacantes corriendo y riéndose.

A la mañana siguiente, Nerea escapó de una pesadilla de manera brusca. Había soñado que los atacantes habían ido al hospital a rematar a Mario. Así que, sin probar bocado, se vistió deprisa y condujo hasta el hospital. Los latidos de su corazón corrían casi tanto como su coche. Siempre le había gustado pisar el acelerador más de la cuenta y estuvo a punto de tener un accidente aquella mañana. Aparcó el coche en segunda fila y puso el intermitente. Necesitaba relajarse antes de seguir conduciendo. No podía permitir tener un accidente.

—Mario está a salvo en el hospital, no pueden hacerle daño —dijo para sí misma con intención de tranquilizarse.

Minutos después, puso de nuevo rumbo al hospital.

Sus amigas llegaron una hora después y en sus ojos podía ver que tampoco habían dormido demasiado. Comieron unos sándwiches en el hospital contando las horas para poder ver a Mario. Necesitaban verle para asegurarse de que estaba bien y, sobre todo, necesitaban que les diera alguna pista de sus atacantes.

—Mario ha tenido que ver algo —pensó Nerea.

A la una y media de la tarde, Mario despertó y el médico permitió a las chicas que entrasen a visitarlo.

—No le agobiéis mucho. Tiene que descansar aún —dijo el doctor.

Estuvieron un rato las tres juntas, sobrepasando el límite de visitas que podía tener. Todas querían hacerle miles de preguntas, pero debían esperar.

Esa noche, Nerea decidió que se quedaría a dormir en el hospital con Mario. En parte lo hacía porque se sentía culpable por lo que le había ocurrido a su amigo delante de sus narices, pero también porque no se le quitaba de la cabeza que esos desgraciados podían intentar rematarle.

Para que la noche se le hiciera más amena, decidió llevarse un libro. Hacía muchísimo que no dedicaba tiempo a la lectura y tenía varios libros pendientes. Quizá era buen momento para retomar viejas costumbres.

Mario durmió durante toda la noche, pero Nerea no le quitaba el ojo. Apenas podía concentrarse en el libro que acababa de empezar. Intentó dar un par de cabezadas, pero en cuanto Mario se movía lo más mínimo, Nerea se despertaba dando un brinco. Nunca se había

sentido tan asustada. Estaba muy sensible últimamente y odiaba mostrarse tan débil. Aunque con todo lo que había ocurrido últimamente no era para menos.

Aproximadamente a las tres y cuarto de la madrugada, ocurrió algo que la dejó preocupada durante el resto de la noche e hizo imposible que pudiera volver a pegar ojo.

Mario parecía tener una pesadilla y no paraba de dar patadas y a hablar en sueños. Al principio, Nerea pensó que volvía a hablar con Álvaro como lo hacía continuamente, aunque no tardó mucho en darse cuenta de que no era así. A veces solo gritaba levemente o gemía. De todas las palabras que logró entender, a Nerea se le quedó grabada una frase en concreto: *Son ellos. Los extraños*.

El sol empezó a calentar desde bien temprano aquella mañana. Sobre las nueve y media llegaron Mercedes y Laura. Esperaban impacientes ver a Mario despierto y poder preguntarle qué tal se encontraba. Aunque Nerea estaba deseando que Mario despertarse para hablar con él y preguntarle sobre esos *extraños*.

—¿Quieres ir a casa a descansar? —dijo Mercedes acariciando la espalda de Nerea con suavidad.

—No, estoy bien. Me iré después de que despierte, no te preocupes.

Las tres sonrieron amargamente.

—¿Has desayunado? ¿Quieres que baje a por algo? —preguntó Mercedes.

Justo antes de que a Nerea le diese tiempo a contestar, Mario abrió los ojos.

—Buenos días —dijo con una voz débil e intentando sonreír.

Sus amigas se volvieron locas de felicidad y se acercaron de golpe para besarle y abrazarle con mucho cuidado. Todos se emocionaron con aquel momento. Mario estaba claramente fuera de peligro y solo tenía que guardar reposo.

—¿Cómo estás, cariño? —Mercedes le acarició dulcemente el pelo.

—Bien. Me duele un poco aún.

Le habían dado un día para descansar y ahora necesitaban empezar su interrogatorio personal.

—¿Qué pasó? ¿Lo recuerdas? —Laura no pudo evitar lanzar las preguntas sin anestesia.

—El médico nos dijo que no le agobiásemos mucho. —Mercedes, a pesar de que también tenía la necesidad de saber los detalles, intentó no forzar la situación.

—Tranquilas, estoy bien. No recuerdo gran cosa. Todo fue muy rápido. Nerea estaba meando entre los coches y de repente alguien me susurró algo al oído. Eran un chico y una chica. Eso es lo último que

recuerdo. Después todo es oscuridad.

Mario se puso triste al recordar cómo había acabado su camiseta favorita. Había reconocido perfectamente quién era la persona que le había susurrado al oído aquella frase antes de apuñalarle por la espalda. La policía vendría a interrogarle cuando menos lo esperase y tenía que estar preparado para contar la misma versión. No se veía capaz de culpar a los agresores y pretendía seguir con sus mentiras. No podía perder a sus amigas ahora que volvían a estar unidos. ¿Pero qué iba a pasar cuando saliera de aquel hospital? ¿Iba a seguir escondiéndose toda su vida? No le quedaría más remedio que volver a casa de sus padres por un tiempo. O quizás para siempre.

—Hay algo que necesito preguntarte… —comenzó a decir Nerea —. Anoche, mientras tenías una pesadilla, dijiste algo que me llamó la atención. Dijiste algo así como: *Son ellos. Los extraños*. ¿A quién te referías exactamente?

Mario se puso pálido mientras su cabeza maquinaba rápidamente una salida.

«MALDITOS SUEÑOS», PENSÓ.

Hubo un largo silencio en la habitación y Mario sintió las miradas de sus amigas clavadas en su rostro. Los segundos pasaban lentamente y se hacían cada vez más densos.

—No recuerdo nada de ese sueño, la verdad. —Fue la única excusa triste que se le ocurrió decir.

—¿Seguro? —Nerea atacó de nuevo acorralando a Mario contra las cuerdas.

Mario sentía que no tenía escapatoria y que era el momento de destapar toda la verdad.

—¡No lo sé! Estoy muy cansado y no recuerdo nada.

Además de cansancio su cara reflejaba terror.

—No tengas miedo —dijo Laura—. Estamos contigo. Lo único que queremos es que pillen a esos desgraciados.

—Lo sé y os lo agradezco mucho.

—¿Crees que te conocían de algo? —preguntó Nerea.

—No los vi. ¿Cómo quieres que lo sepa? —Mario empezaba a sentirse acorralado entre tres fieras, y cuando un animal herido siente miedo… ataca —. Necesito descansar si no os importa.

Le dejaron solo en la habitación para que durmiera un poco. Sus amigas se sintieron culpables por haberle forzado más de la cuenta. Mercedes no paraba de darle vueltas a la pesadilla de Mario y esos extraños.

Decidieron ir a tomar algo a la cafetería ya que Nerea se negaba a volver a casa para descansar un poco. Mientras saboreaban aquellos deseados cafés y unas tostadas, Laura se dio cuenta de un dato curioso al ver las noticias en la pequeña televisión de la cafetería.

—¿Puedes darle un poco más de volumen? —le preguntó al camarero mientras se ponía de pie.

En las noticias informaban de varios altercados a la comunidad LGTB en las fiestas del orgullo. No solo hablaban del apuñalamiento que sufrió Mario, sino también de la brutal paliza que sufrió un chico en el portal de su casa. Laura se llevó las manos a la cabeza al pensar que habían sido los mismos autores que atacaron a Mario. Estaban entrevistando al chico en directo y descubrieron que estaba en el mismo hospital.

—Creo que deberíamos hablar con ese chico, o por lo menos intentarlo.

—¿Por? ¿Crees que tiene algo que ver con los atacantes de Mario? —preguntó Mercedes dando el último sorbo a su café.

—No perdemos nada al intentarlo —dijo Nerea con esperanza.

Abandonaron la cafetería con decisión y pusieron rumbo a una nueva pista.

La entrevista en directo había terminado hacía escasos minutos. En la puerta de la habitación número ciento seis se encontraba un hombre de unos cincuenta años con gafas y totalmente calvo. Tenía cara de tener pocos amigos.

—Buenos días —comenzó a decir Laura—. Mi nombre es Laura. Ellas son Mercedes y Nerea.

Saludaron con un leve gesto con la mano mientras el hombre las miraba de manera seca.

—Muy bien. ¿Y? ¿Qué quieren?

—Queríamos saber si podíamos hablar con el chico que hay dentro.

—¿También son periodistas?

—No, en absoluto. Aunque nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Entren si quieren. Es mi hijo. No creo que le pase nada porque le hagan hoy más preguntas.

Por suerte, la conversación con ese señor fue corta y hablar con el chico fue más fácil de lo que pensaron.

—¿Quiénes son? —preguntó el chico al ver a aquellas tres mujeres al lado de su cama.

—No nos conocemos. —Esta vez empezó la conversación Mercedes—. Seremos breves para que puedas descansar.

—Ante todo, ¿qué tal te encuentras? —preguntó Nerea.

—Me duele todo. Como si me hubiera atropellado un camión. Aunque tengo suerte de estar vivo. Ese cabrón casi me mata.

—Exactamente de eso queremos hablar —continuó Mercedes —. Tenemos a un amigo en este mismo hospital al cual también agredieron anoche.

—Lo apuñalaron —matizó Laura.

—¡Lo siento! —contestó el joven tocando suavemente su abdomen.

—Lo que queremos saber es si se trataba del mismo agresor. Puede que estemos ante un asesino en serie o algo por el estilo —dijo Laura con los pelos de punta.

—Hace unos meses asesinaron a mi hijo. La policía no tenía muchas pistas y aún no han cazado al asesino, pero estaban convencidos de que podía tratarse de un crimen homófobo. Por favor… Si recuerdas el más mínimo detalle de lo que te pasó… Es muy importante.

—Siento mucho lo de tu hijo. ¡Qué horror! Solo de pensar que yo podría haber sido asesinado ayer…

—No pienses en eso —dijo Laura.

—Ya le he contado todo a la policía y me han entrevistado en televisión. Todo pasó muy rápido. Entré al portal de casa y un tío se me echó encima. Y juraría que había otro más vigilando en la calle. Pero no pude ver nada. En mi cabeza todo son sombras violentas que me golpean sin parar.

Frustradas, salieron de la habitación ciento seis con las manos vacías. Pusieron de nuevo rumbo a la habitación de Mario.

No dejaban de darle vueltas a la idea de que podían ser las mismas personas que actuaban en aquellos ataques a la comunidad LGTB. Los cuatro amigos no paraban de hablar sobre el tema. Mercedes no paraba de ver cómo Mario esquivaba el tema y vio cómo su mirada guardaba algún secreto. En su cabeza se unieron dos conceptos: extraños y asesinos.

—¿Tú sabes quién mató a mi hijo, Mario? —soltó Mercedes de repente como si se tratase de una enorme bomba nuclear—. ¿Los conoces? ¿Sabes quiénes pueden ser?

Ahora las miradas se clavaron en el rostro de Mercedes mientras la frente de Mario sudaba a borbotones y tragaba una intensa saliva.

—¿A qué viene eso? —dijo Nerea intrigada.

—Chicas, creo que deberíamos hacerle caso al médico y dejar descansar un poco más a Mario. —Laura, como siempre, intentó poner paz de por medio porque empezaba a respirar algo turbio en el ambiente.

—¿Qué dices, Mercedes? —preguntó Mario con falsa ofensa.

—No sé… Hay algo que se me escapa. He imaginado cómo la misma persona que mató a mi hijo atacaba al pobre chico que ha salido en televisión y te atacaba a ti. No sé ni lo que estoy diciendo… Perdóname, cielo.

«¡VENGA! ¡DÍSELO DE UNA PUTA VEZ, CERDO!», AHORA ERAN CINCO EN LA HABITACIÓN, CUATRO PERSONAS Y UN FANTASMA.

Nerea confesó que llevaba tiempo convencida de que eran varios los culpables. Mencionó la palabra secta varias veces y todos

empezaron a horrorizarse.

—¿Quiénes son esos *extraños*, Mario? —le volvió a preguntar Nerea.

De pronto, Mario se rompió en miles de lágrimas. Todas se quedaron sorprendidas y, atentas, se sentaron en la cama junto a Mario. Cada una de ellas le acariciaba con suavidad una parte de su cuerpo para intentar calmarlo. Aunque no estaban preparadas para lo que se les venía encima. El fantasma de Álvaro se sentó en la butaca que había al lado de la entrada y fingió comer palomitas con los ojos bien abiertos.

—Yo tengo la culpa de todo. —Mario consiguió destaponar toda la suciedad que sentía en su interior. Solo era el principio de su confesión—. Lo mataron por mi culpa.

Nadie se atrevió a decir nada. Necesitaban que continuase hablando.

—No sé ni cómo seguir…

—Cuéntalo todo —dijo de pronto Mercedes con un tono bastante grave.

—Esos hijos de puta me atacaron en mi propia casa hace unos meses. Uno de ellos… —Mario tuvo que hacer una leve pausa porque el llanto le ahogaba completamente—. Uno de ellos me contactó a través de Grindr haciéndose pasar por gay poco después de que Álvaro me dejara.

Mercedes no pudo evitar sentir un nudo en el estómago y otro en la garganta. Tenía miedo por lo que pudiera escuchar.

—Cuando quise darme cuenta, el chico no venía solo. Había otro apoyado en la puerta de la entrada con una sonrisa siniestra. Los dos se acercaron poco a poco amenazantes y pensé que querían robarme. Ojalá hubiera sido eso.

Laura fue la única que se acercó a Mario y le agarró la mano con delicadeza mientras las demás seguían congeladas como si fueran gárgolas de piedra.

—Me torturaron, me insultaron, me grabaron… —De nuevo tuvo que parar unos breves segundos—. Según ellos querían curarme. Querían que dejase de ser gay.

—Hijos de puta… —Nerea no podía contener su ira y agarró con fuerza las sábanas de la cama.

Mercedes se echó las manos a la cabeza sin dar crédito a lo que escuchaba y se acercó a Mario para consolarle. No pudo evitar quererle como a su propio hijo.

—¿Y qué más pasó? —Mercedes necesitaba que Mario fuera directo a contar qué había ocurrido con su hijo.

Me amenazaron y me vigilaban tanto en casa como en el trabajo. Algunas noches daban golpecitos en la puerta de mi casa y susurraban

para acojonarme.

—¡Joder! ¿Por qué no nos contaste esto antes? —Nerea se puso de pie impulsada por la rabia y la impotencia.

—¡Estaba aterrorizado! ¡Y tampoco podía hablar con la policía! Me dijeron que en la policía había gente como ellos y que se iban a enterar de que me había chivado.

Fue inevitable que Nerea recordase a ese cerdo riéndose de que a Álvaro le metiesen el consolador por el culo antes de matarlo. Sentía tal rabia que en cualquier momento podía entrar en erupción. Necesitaba reventar a puñetazos un buen saco de boxeo.

—La cosa no quedó ahí… —continuó Mario—. Volvieron de nuevo a visitarme a mi casa y se les ocurrió que sería buena idea que yo les pusiera en bandeja a más chicos… como yo. Y eso tuve que hacer.

Mercedes se llevó la mano a la boca y todas, con lágrimas en los ojos, se temían que lo peor estaba por ser contado.

Mario agachó la cabeza avergonzado y sin fuerzas para poder continuar. Sus amigas no estaban seguras de querer escuchar lo que se acercaba.

—¿Qué pasó con mi hijo, Mario? —Mercedes parecía una fiera a punto de atacar.

Las manos de Mario empezaron a temblar y entraron en bucle durante unos minutos. El llanto le impedía sacar la mierda que llevaba meses callando. Hasta que estalló.

—Vi a Álvaro liarse con otro chico en una discoteca. Yo había bebido y no estaba preparado para verle con otro. Me enfurecí y … —Sentía que su corazón iba a estallar en mil pedazos—. Les di todos sus datos a esos monstruos. Les dije que vivía solo, sus redes sociales, todo.

Laura soltó un sonido hueco por su boca antes de tapársela con su propia mano. Nerea y Mercedes estallaron en lágrimas.

—¡Yo no sabía que le iban a hacer daño! ¡Te lo juro! Pensaba que iban a darle un susto como a mí… No sé lo que ocurrió. No debían…

—¡Cállate! —Todos se sobresaltaron al escuchar a Mercedes tan alterada—. No puedo seguir escuchándote. Necesito salir de aquí.

Y con esas últimas palabras, Mercedes cogió el bolso y salió de la habitación.

—Yo también necesito irme… —dijo Nerea apretando sus puños con tanta fuerza que dejó unas pequeñas marcas en las palmas de sus manos—. No soy capaz de permanecer en esta habitación sin darte una paliza.

Nerea salió rápidamente con la intención de alcanzar a Mercedes. Del cielo empezaban a caer gotas frías como el hielo. Bajo

el comienzo de la lluvia, Mercedes marcaba el teléfono de la policía con rabia. Necesitaba que todo terminara, necesitaba hacer justicia. Antes de que respondieran la llamada, Nerea le quitó el teléfono de las manos.

—¿Qué haces, Nerea? ¡Devuélvemelo! ¡La policía tiene que interrogar a Mario! ¡Tienen que coger a esos asesinos hijos de puta! ¡Necesito que acabe esta pesadilla, por favor! —. Nerea abrazó a Mercedes.

Una vez resguardadas de la lluvia, hablaron tranquilamente.

—¡Escúchame! —Nerea le agarró la cara con las dos manos—. Si se supone que la policía está metida en el ajo debemos tener mucho cuidado.

—¡Pero cómo va a ser eso verdad, por el amor de Dios! ¡Eso tiene que ser mentira! ¿Cómo va a ser así?

—¿De qué te extraña? ¿Acaso no ves la mierda de justicia que hay en este país? Y no solo en este país… ¡En el jodido puto mundo entero!

—¿Entonces qué hacemos si ni siquiera podemos contar con la policía? ¿Quién nos ayuda entonces?

—No lo sé, cariño. No lo sé. Cuando Mario nos dé más información ya veremos qué hacemos. Por favor, no hagas nada aún. Vete a casa que yo me ocupo de todo.

—Está bien… No llamaré por ahora a la policía. Pero esto no puede quedar así.

—Por supuesto que no, Mercedes. Nosotras somos las personas que más queremos a Álvaro y nosotras conseguiremos justicia.

Mientras Nerea encontraba a Mercedes en el aparcamiento del hospital, Laura y Mario permanecían en silencio.

—¿Tú no te vas? —preguntó Mario, hundido.

—¡No hables! ¡No hagas que me arrepienta de quedarme contigo!

Laura se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación hasta detenerse en la ventana. La llovizna había oscurecido el día como un escenario tétrico. Pudo ver a Nerea y a Mercedes manteniendo una fuerte discusión.

—Voy a avisar a mi abuelo de que voy a quedarme esta noche contigo en el hospital.

Laura salió al pasillo y llamó a su casa mientras Mario permanecía tumbado en la cama.

—¡Bravo! ¡Bravo! —Álvaro aplaudía con fuerza—. Me ha encantado cómo lo has contado, de verdad. ¡Qué intriga! ¡Qué pasión le has puesto! Mi más sincera enhorabuena.

—¡Vete a la mierda! —dijo Mario antes de lanzarle la almohada.

En aquel momento quería morirse. Se sentía más liberado por

contar la verdad, pero tenía claro que, aunque Laura pasase la noche con él, se había quedado completamente solo. Cada vez tenía más claro que era el momento de abandonar la ciudad y volver a casa de sus padres. Era como dar un paso atrás en su vida, pero no se le ocurría un plan mejor. Al principio sería doloroso, como cualquier cambio importante, pero era lo mejor. Necesitaba escapar de aquella pesadilla. Eso si la policía no le detenía por cómplice de asesinato. Ese pensamiento le llenó de ansiedad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Laura preocupada al ver cómo le temblaban las manos.

—Tengo mucho miedo, Laura. No quiero ir a la cárcel o que intenten matarme otra vez.

Permanecieron en silencio a pesar de que sus mentes no paraban de gritar. Necesitaban hablar de demasiadas cosas, pero prefirieron darse un respiro.

Capítulo 33.
El Ente Oscuro

Habían pasado varios días desde la gran noche y Luis no había cogido ninguna de las llamadas de sus amigos ni contestaba a los mensajes. Todos estaban entre cabreados y preocupados, sobre todo Beca que no paraba de pronunciar insultos y palabras malsonantes sobre Luis.

—¡Ese gallina nos va a joder! ¡Ya veréis cómo llevo razón!

—¡Tranquila, joder! Démosle un respiro, verás como aparece. —Jorge intentó calmar la situación que cada vez se tensaba más—. ¡Termínate la birra, anda!

—¡Callaos! ¡Que ya empieza! —Alfonso había permanecido delante de la televisión, pasando por todos los canales que existían, esperando que apareciera algo sobre su gran noche. Esta vez había decidido ver las noticias con sus amigos para demostrarles su fortaleza.

Los tres amigos fijaron sus ojos en las noticias del mediodía como si estuviesen viendo una película que llevaban esperando muchísimo tiempo. Al principio del telediario hablaban de nuevo de las agresiones homófobas que habían ocurrido en el centro de la ciudad el día del desfile del orgullo. Beca y Jorge saltaron de alegría, pero Alfonso los mandó callar rápidamente.

Jorge y Beca se miraron cómplices y escondieron una leve risa. Para su desgracia, el presentador del telediario informaba de que las dos víctimas permanecían en el hospital sanos y salvos.

—Tenía que haberle clavado la navaja varias veces más a ese cabrón.

—No hace falta matar a nadie. Espero que con ese susto se le quiten las tonterías.

—Espero que no se le ocurra delatarnos porque si no la próxima vez que le pille, acabará bajo tierra y no en una cama de hospital.

Beca no pudo evitar excitarse al escuchar a Jorge hablar de esa manera.

—Iremos improvisando sobre la marcha —dijo Alfonso—. Pero pronto viene la segunda parte del plan, no lo olvidéis.

—¿Cuándo vamos a subir el vídeo? —dijo Beca estrujando con fuerza la lata de cerveza.

—En un par de días como mucho —informó Alfonso—. Espero que ese sea otro gran paso para encontrar apoyo en todas las partes del país.

—Seguro que sí. —Jorge chocó la mano de su mejor amigo con

efusividad—. ¿Y el Ente Oscuro? ¿Ha dado alguna orden más?

—Por ahora me está dejando a mí al mando —dijo Alfonso.

—A ver si se digna a venir a alguna reunión, que nos está dejando solos en momentos muy importantes de la misión —dijo Beca molesta.

—Ya sabes que trabaja mucho y no tiene tiempo —defendió Alfonso.

—Ya…

—Bueno, chicos, os dejo solos en vuestro nidito de amor para que lo celebréis en condiciones —dijo Jorge con picardía.

Se despidió de sus amigos y justo al salir del local intentó llamar de nuevo a Luis. No consiguió respuesta.

—Maldito cabrón —pensó enfurecido—. Mañana pienso pasarme por su casa.

Guardó su móvil en el bolsillo y pocos segundos después, mientras esperaba en un semáforo que justo se había puesto en rojo, su móvil empezó a vibrar sin descanso. Lo sacó del estrecho bolsillo derecho de sus vaqueros con dificultad confiado en que Luis le devolvía la llamada. Pero se llevó una tremenda sorpresa al leer el nombre del contacto que aparecía en la pantalla del móvil. Era el Ente Oscuro.

Beca vio a su novio cerrar la persiana del local y acto seguido se quitó la camiseta. Estaba enamorada de la espalda de Alfonso y el ambiente no tardó en caldearse.

—Habrá que celebrar lo que estamos consiguiendo, ¿no?

Alfonso se quedó en calzoncillos y se acercó sensualmente a Beca. La desnudó lentamente y con la agresividad que les caracterizaba. La agarró fuerte del pelo provocando que Beca abriese un poco la boca. Alfonso le escupió en los labios y la empujó hasta la pared. Le agarró las muñecas y comenzó a lamerle el cuello hasta aterrizar en los pezones. Beca le dio unos pequeños mordiscos a la lengua húmeda de Alfonso. Con fuerza, la giró de cara a la pared consiguiendo que Beca se excitara en su máximo esplendor.

—Vas a flipar… —le susurró al oído.

Y sin avisarla, empezó a penetrarla mientras los dos permanecían de pie junto a la pared. Estuvieron a punto de tirar la estantería donde guardaban los informes de sus pacientes.

Beca empezó a gemir con fuerza y su novio le tapó la boca, lo que le provocó el primer orgasmo de varios que iban a tener aquella noche. El sexo entre ellos dos era maravilloso y de lo poco que aún los mantenía juntos después de más de un año.

Estaba siendo el mejor polvo de su relación hasta que Beca giró la cara para mirar a Alfonso. Su sorpresa fue que no vio el rostro de su novio, sino el de Jorge. Fueron escasos segundos y consiguió romper

esa imagen cerrando fuertemente los ojos. Le pasaba una y otra vez.

—¿Se excitaba más porque pensaba en Jorge? —pensó.

Después de quince minutos y de unas cuantas posturas imposibles más, la pareja permaneció un buen rato en el sofá acompañados por un cigarro.

Beca suspiraba apoyada en el torso de Alfonso. Aún estaban cachondos, desnudos y no descartaban volver a repetir.

No podía parar de darle vueltas a la cabeza mientras oía a su novio hablar, pero sin escucharle. Estaba empezando a obsesionarse con Jorge y si Alfonso lo descubría se liaría bien gorda.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Alfonso un poco molesto.

—Sí, sí, perdona.

—A ver… ¿Qué te estaba diciendo?

Al ver en el rostro de su chica que no sabía la respuesta, Alfonso pasó de estar serio a empezar a hacerle cosquillas donde más efecto le hacía: en la cintura. Las risas rebotaban en las paredes del local y sus ojos conectaron como nunca lo habían hecho.

«Ojalá siempre estuviéramos así», pensó Beca.

Pero su relación siempre estaba llena de altibajos. ¿Era demasiado tarde y ya no estaba enamorada de Alfonso? ¿Solo les unía el sexo?

Las cosquillas pasaron a ser risas y las risas dieron pie a otro momento de sexo salvaje. Esta vez en el sofá y mucho menos efusivo que la primera vez.

Al terminar el segundo asalto, Alfonso miró su reloj y se sorprendió al ver lo tarde que era y comenzó a vestirse.

—¿Dónde están mis putos calzoncillos? —dijo buscándolos desesperado.

—¡Aquí! —gritó Beca rescatándolos detrás del sofá y lanzándoselos a su dueño.

Beca permaneció desnuda un rato más mirando a su novio y fumando otro cigarrillo.

—¿Tú no te piensas vestir?

—No tengo prisa. Estoy encantada de la vida.

—¿No ibas a comer con tus padres?

—Sí, pero que se jodan y me esperen.

Se puso de pie al lado de su novio con una sensualidad que no era normalmente característica en ella. Permaneció a la altura de Alfonso con una presencia increíble.

—¿Qué? —preguntó Alfonso con un tono vacilante—. ¿Quieres más?

—Me has dejado bastante satisfecha —dijo dándole un beso —. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti y espero que siga siendo así—. Sin pretenderlo, sus palabras sonaron amenazantes.

—Esto es solo el principio.

—Te quiero —dijo Beca llevada más por la emoción del momento que por otra cosa.

Alfonso eligió responder con un beso antes que con otro te quiero y eso, en el fondo, le jodió a Beca.

—Como te dije hace unos días, tenía una pregunta reservada para cuando estuvieras mejor, algo que no me cuadra de tu versión.

—A ver… ¡Dispara! —Alfonso se sentó en una de las sillas haciéndose el interesante y esperando la pregunta con intriga.

Beca le siguió el juego y se sentó también interpretando a una periodista y olvidándose por completo que seguía desnuda. Agarró una lata de cerveza vacía que había en la mesa y la utilizó como micrófono.

—¡Hoy, en nuestro programa, vamos a entrevistar al gran cazador de maricas! Cuéntenos… ¿qué tal fue la experiencia? —Acercó el falso micrófono a su novio.

—Bueno… A pesar de que al principio me sentía raro, enseguida tuve la necesidad de repetir.

Beca empezó a reírse al darse cuenta de lo surrealista que parecía la situación.

—¿Cómo es quitarle la vida a un paciente? Supongo que estarás un poco frustrado por no haberle curado, ¿no?

—Siento más rabia que frustración, la verdad. Me duele que sean tan desagradecidos y no acepten nuestra ayuda.

—¿Crees que ya no tienen salvación y que directamente deberías ir a por ellos?

—Aún me cuesta tirar la toalla. Por lo menos debemos dejarles claro que vamos en serio.

Beca empezó a notar algo de frío y se levantó un momento a coger su camiseta. Sus pezones se habían puesto más duros que nunca. Volvió a sentarse para retomar la falsa entrevista.

—Y, antes de marcharnos a publicidad, me gustaría hacerte la pregunta estrella que tanto tiempo llevo deseando hacer. —Alfonso esperaba intrigado.

«Seguro que es una gilipollez», pensó, pero estaba realmente equivocado porque esa pregunta lo cambiaría todo.

—¡Venga! ¡Suéltalo ya y déjate de jueguecitos! —Alfonso tiró la lata de cerveza que usaron como micro porque estaba cansado y quería irse a casa.

—Nuestro invitado parece impacientarse… No le haré esperar más. —Beca habló mirando a la pared como si hubiese allí un público expectante—. ¿Por qué no nos contaste lo del cojín?

Alfonso no entendía nada.

«¿De qué estaba hablando?».

—Deje que le formule la pregunta de nuevo. ¿Por qué nos dijiste

que lo habías matado con un jarrón enorme, cuando la policía contó en televisión que había muerto por asfixia causada con un cojín?

—Creo que se está confundiendo, señorita. —Volvió a entrar en el juego—. Yo no le asfixié con ningún cojín. El marica se atrevió a hablar de mi padre, me tocó los cojones y, como acto reflejo, le reventé el jarrón en la cabeza. Al principio pensé que sería menos pesado y que solo le haría un rasguño, pero el muy idiota se quedó tirado en el suelo y empezó a sangrar por la cabeza. Ahí fue cuando… —Alfonso paró en seco porque no quería confesarle a su novia que se asustó de verdad.

El juego de la periodista y el entrevistado desapareció de golpe y la pareja empezó a tomarse la conversación en serio.

—¿Nunca llegaste a ver las noticias? —Beca no podía creerlo.

—No… Ya sabes que lo evitaba a toda costa. En aquel momento pensaba que lo había echado todo a perder y que la policía vendría a por nosotros en cualquier momento.

—En la televisión decían una y otra vez que había recibido un fuerte golpe con ese jarrón, sí, pero la causa de la muerte fue asfixia. ¿Qué pasó entonces?

—No lo entiendo…

Alfonso se puso de pie de golpe y con tanta fuerza que tiró la silla al suelo. Beca se asustó al ver aquella reacción de su novio.

—Ya sé lo que ha pasado.

Alfonso agarró su chaqueta y salió disparado del local sin despedirse siquiera de su chica. Beca estuvo a punto de salir detrás de él, pero no tardó en darse cuenta de que solo llevaba puesta una camiseta ancha. Cerró rápidamente la persiana del local evitando que el frío recorriese todo su cuerpo.

«AHORA SÍ QUE ESTOY INTRIGADA», PENSÓ MIENTRAS BUSCABA SUS BRAGAS POR TODO EL LOCAL.

En la mayoría de las casas de la ciudad, justo a las dos de la tarde, sintonizaban el mismo canal de televisión donde entrevistaban en directo a la madre de un pobre chico que fue asesinado, supuestamente, por homofobia. A Mercedes, la madre, se la notaba nerviosa y emocionada. Después de pelear tanto por esa entrevista, por fin lo había conseguido y estaba ya preparándose para entrar en plató.

Por suerte, no fue sola, ya que Julio se ofreció a acompañarla. Habían hablado por teléfono y Mercedes le había contado que le harían por fin una entrevista. El canal era uno de los más importantes y vistos del país. Necesitaba que el asesinato de su hijo siguiese en la boca de todos y no quedase en el pasado.

Julio la apoyaba detrás de las cámaras y era una sensación demasiado extraña. Era casi como si se tratase de un desconocido. ¿Por qué Julio había vuelto a su vida justo ahora y parecía tan

interesado en apoyarla? Álvaro también era su hijo, aunque no tenía el mismo derecho que ella. Mercedes estaba convencida de que Julio intentaba arreglar el destrozo que hizo en el pasado. Y era muy tarde para eso.

En lugar de Julio, Mercedes deseaba ver a sus amigos, pero Nerea trabajaba y no podía faltar, Mario seguía en el hospital y no quería verlo ni en pintura y de Laura no sabía nada desde que salió disparada del hospital. Suponía que seguía cuidando de Mario.

Por un momento, Mercedes quiso contactar con los padres de Mario para contarles la verdad sobre su hijo y así hacerle daño. Pero en el mismo momento que lo pensó se sintió sucia. Ella no era esa clase de persona. Odiaba a Mario con todas sus fuerzas por lo que había hecho, pero no quería dejarse llevar por ese sentimiento. Aún no le había denunciado a la policía, pero ganas no le faltaban. Le hervía la sangre el no haber hecho nada después de la confesión de Mario. No podía creer que la policía estuviera en el ajo.

Todo se había ido a la mierda. Como mucho mantendría la amistad de Nerea porque no tenía muy claro si Laura volvería a hablar con ellas. Estaban divididos en dos equipos rivales.

—Mercedes, ¿se encuentra bien? —le preguntó la periodista arrastrándola a la realidad.

—Sí, sí, disculpa. —Su frente empezó a sudar más de la cuenta y al mirar a Julio, este le hizo un gesto levantando los pulgares para animarla.

En una de las casas donde estaban viendo la entrevista se encontraba Mayte, la madre de Alfonso. Tenía la televisión encendida de fondo. Miró el reloj de pared que había en la cocina y pensó que su hijo no debería tardar en llegar para comer.

No solía preocuparse demasiado porque le pudiera ocurrir algo. Ella misma se había encargado de enseñarle a defenderse y a ser un hombre fuerte. Nunca le pasaría nada. En esta vida o comes o te comen. Y estaba segura de que su hijo era un buen depredador.

Cogió un marco con una foto de Alfonso en la que tendría aproximadamente ocho años. Tenía una sonrisa preciosa, a pesar de que le faltaban un par de dientes. Mayte no pudo evitar sonreír también y a la vez sentirse orgullosa de su hijo y de lo que había conseguido, a pesar de haberse quedado viuda tan joven.

Algo le llamó la atención. Estaba de espaldas y se giró lentamente aún con la foto de su hijo en las manos. La soltó con delicadeza y subió el volumen de la televisión.

En el telediario, entrevistaban a una mujer de la misma edad que Mayte y no tardó en reconocer lo que estaban hablando. Era la madre del chico que habían asesinado hace unos meses.

Mayte decidió sentarse en la mesa del comedor para escuchar la

entrevista entera. Mercedes hablaba con firmeza a pesar de que las lágrimas dirigían sus ojos.

—Yo solo pido que se siga investigando, que no se olvide el asesinato de mi hijo —decía.

Mayte tragó saliva y sintió lástima de aquella mujer.

«UNA MADRE NUNCA DEBERÍA VER MORIR A SU HIJO», PENSÓ.

Se puso por un momento en su lugar y al pensar que a Alfonso podría pasarle algo en cualquier momento… Y empezó a preocuparse. La idea de que su hijo era un depredador quedó atrás de repente. Y no se calmó hasta que escuchó el portazo.

—¡Mamá! ¡Tenemos que hablar! —Alfonso entró furioso.

—¡Estoy aquí, cariño! —dijo sin apartar la mirada de la televisión—. ¡Mira!

Alfonso siguió con la mirada el dedo índice de su madre que señalaba a la televisión. Vio que se trataba del telediario y que estaba hablando la presentadora.

—¿Qué pasa? —Alfonso no entendía nada.

—¡Escucha, joder! —gritó Mayte intentando que su hijo no perdiera detalle.

Alfonso miró deprisa la pantalla y vio a una mujer que para él era desconocida.

—¿Quién es? ¿Debería conocerla? —dijo aún furioso.

—¿De verdad no sabes quién es? ¿No has visto la televisión? —preguntó Mayte extrañada y con una pizca de ironía.

—Paso de la televisión. No hay nada más que mierda.

—Deberías ver algo más que fútbol. A veces hay cosas muy interesantes.

—¿Quién es esta tía? —preguntó Alfonso molesto y pasota mientras se dirigía a la cocina a por un vaso de agua.

—Es una mujer a la que le mataron el hijo. Lo encontraron desnudo tirado en el salón de una casa en pleno centro de la ciudad. La policía creía que se trataba de un crimen homófobo… ¿Te suena de algo?

Alfonso volvió al salón con el vaso de agua medio lleno y los labios empapados.

—¿Y de qué hablan?

—La mujer ha vuelto a la carga para hacer justicia. No quiere que la muerte de su hijo caiga en el olvido. Pobre mujer…

—¡No seas cínica!

—¡Eh! ¡No me hables en ese tono! Esa pobre mujer no tiene culpa de lo degenerado que era su hijo. Ella es una víctima más. Déjame que me sienta identificada con ella como madre. Además, ella también tuvo que sacar adelante a su hijo sola. Tenemos muchas cosas en común ella y yo.

—¡Pues hazte amiga suya! Seguro que está encantada de conocerte.

Alfonso cogió rápidamente el mando de la televisión y apretó con fuerza el botón para apagarla.

—¡Déjame ver la puta entrevista! —Mayte se puso de pie.

Alfonso no estaba acostumbrado a escuchar a su madre decir palabrotas y estuvo a punto de acojonarse y de encender de nuevo la televisión, pero no lo hizo. Había ido a casa a aclarar las cosas y necesitaba hacerlo ya.

—Tenemos que hablar.

—¿No puede ser después de la entrevista?

—No. Tiene que ser ahora.

Madre e hijo tenían el mismo carácter y si se enfrentaban sería el comienzo de una gran guerra.

—¿Qué quieres, hijo mío? —dijo Mayte con mucha paciencia.

—¿Es verdad lo que me ha dicho Beca? ¿Dijeron en las noticias que ese *paciente* murió por asfixia?

Mayte estuvo en silencio unos segundos sin dejar de mirar a su hijo.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Pensé que ya lo sabías?

—No, ya te he dicho que no me gusta ver la televisión y mucho menos quería ver nada al respecto de lo que ocurrió aquella noche…

—¿Por qué no querías ver nada?

—¿Qué pasó en realidad, mamá?

—Aquella noche…

Ø

—¡Por fin has llegado!

Mayte empezó a ponerse unos guantes de limpieza mientras recorría el pasillo hasta el salón.

—¿Qué ha pasado?

—Se puso un poco chulo, agarré ese jarrón y se lo estampé en la cabeza. ¡Lo he matado!

—¿Seguro que está muerto?

—No le he encontrado pulso y lleva sin moverse bastante rato. —Alfonso no quería temblar de miedo delante de su madre, pero su cuerpo estaba descontrolado.

—No te preocupes que yo me encargo de todo. Lo más importante es que me enumeres todas las cosas que has tocado.

Alfonso escenificó su entrada a aquella desconocida casa y le señaló a su madre todos los objetos que había tocado, desde la cartera hasta el maldito consolador rojo.

—¡Joder! ¿Y si la policía nos pilla?

—No quiero que estés asustado —sentenció Mayte—. Recuerda

que eso es de ser débil. Y tú no eres débil, ¿verdad? —Alfonso negó con la cabeza como un niño pequeño—. Así solo vas a ser un estorbo para mí, cariño. Vete a casa y te llamo cuando lo haya limpiado todo, ¿de acuerdo? Escúchame. La policía no te va a pillar porque no te tienen fichado. No podrán cotejar tus huellas de ninguna manera. Deja que tu mami se encargue de todo.

Alfonso salió con mucho cuidado para que nadie le viera y cerró la puerta con delicadeza. Bajó por las escaleras deprisa y con los pulmones a punto de salírsele por la boca.

Mayte, de pie y al lado del cuerpo de aquel joven, miró a su alrededor y comenzó a limpiar. No podía darle la espalda al cadáver porque sentía que en cualquier momento se levantaría y la agarraría por el cuello. Le entraron ganas de tapar el cuerpo desnudo e inerte con alguna manta, pero no debía entretenerse más de la cuenta.

Mayte repasó todos los objetos que Alfonso le había dicho y, si no se equivocaba, lo había dejado todo impoluto. Dando el último repaso antes de salir, escuchó un ruido a sus espaldas. Al principio pensó que se trataba de su traicionera imaginación hasta que giró sobre sí misma.

El cuerpo, supuestamente inerte, empezaba a moverse entre leves gruñidos y se llevaba la mano a la herida de la cabeza. Las yemas de los dedos quedaron impregnadas de sangre. Álvaro no entendía qué había ocurrido y al levantar la mirada vio a una extraña mujer en el salón de su casa. Su instinto de supervivencia le llevó a lanzar un leve grito que amenazaba con crecer de volumen. Mayte miró a su alrededor y solo se le ocurrió agarrar uno de los cojines que decoraban las sillas y lo estampó contra la cara de Álvaro. Las manos, que aún seguían envueltas en guantes de limpieza rosa chicle, apretaron el cojín contra la cara del paciente.

Álvaro, con las pocas fuerzas que le quedaban, intentaba escapar sin éxito mientras sus pies descalzos se escurrían en el suelo y sus manos agarraban los brazos de Mayte.

Hasta que por fin dejó de moverse. Mayte soltó un fuerte suspiro y descansó. Por fin había terminado lo que su hijo había empezado. Ni siquiera se molestó en quitarle el cojín de la cara. Estuvo unos segundos sentada en el suelo hasta que por fin se levantó.

Ahora sí, echó un último vistazo al salón y se dio por vencida. Sin razón aparente, quizás por el *shock* del momento, Mayte cerró la persiana, dejando entrar una leve pizca de luz. Los edificios de enfrente estaban lo suficiente alejados como para que algún vecino cotilla los hubiera visto. Pero por si acaso.

Igual que su querido hijo, salió de aquella casa con la suerte de que nadie la vio.

Ø

—Entonces… ¡lo mataste tú!

—¡Qué querías que hiciera! ¡Tenía que salvarte el culo! Te recuerdo que gracias a mí no te pillaron.

—La culpa fue de ese maricón que se atrevió a hablar mal de papá.

—¿Qué te dijo? —Mayte parecía aterrada.

—Nada. Solo gilipolleces. Que si yo era un marica reprimido y que si mi padre me pegaba de pequeño y mierdas así.

—Menudo hijo de puta. Eso le pasa por hablar mal de los muertos. No te preocupes hijo que no ha pasado nada. La policía no tiene nada en contra nuestra y podremos seguir con nuestra misión. Cuando acabe la tormenta, subiremos ese vídeo. Menos mal que Beca ha tenido una gran idea.

Parecía que todo se había calmado entre madre e hijo hasta que Alfonso volvió a abrir la boca.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Quería que el mérito fuera tuyo para que pudieras vacilar con tus amigos! ¡Pensé que te haría ilusión, vida mía! Pero acabo de darme cuenta de que no es así… —El tono de voz de Mayte cambió drásticamente—. Te miro a los ojos y no te reconozco. ¡Eres una nenaza! Ahora entiendo todo. Ahora entiendo por qué estabas tan deprimido los primeros días. No era por tu relación con Beca… ¡Era tu conciencia! Cuando llegué a aquella casa te vi temblar, pero pensé que serían los nervios del crimen o algo por el estilo. No imaginé que fueras a estar tan asustado. Como una niñita. Se ve que has salido a tu padre. —Mayte se arrepintió de su última frase.

—¡Pues no sé cómo era mi padre, la verdad! ¡Porque nunca hablas de él!

—Te he dicho mil veces que no se habla de los muertos.

Mayte hizo el amago de dirigirse a su habitación, pero no podía dejar así la conversación.

—¡Eres un puto desagradecido, hijo! Todo esto lo empezasteis vosotros como un estúpido juego y yo os di una idea genial para que os divirtieseis y a la vez hicierais un bien al barrio, a la ciudad.

Mayte miró fijamente a los ojos de su hijo y le agarró la cara con desprecio.

—Dime que mi hijo no es un cobarde. Dime que mi hijo no es un marica como esos pobres desgraciados… ¡Dímelo!

—¡Claro que no! ¡Claro que no soy uno de ellos! Pero para mí fue impactante acabar con la vida de alguien. Aunque todo ha sido en vano porque yo no maté a ese chico. Pero… ¿sabes qué, mamá? Estoy preparado para que no me tiemble la mano nunca más. Pienso continuar con lo que hemos empezado. Vas a estar muy orgullosa de

mí. Te lo prometo.

—Ese es mi niño —dijo Mayte saboreando cada palabra.

Y con un beso, Mayte y Alfonso dieron por terminada aquella loca conversación.

Capítulo 34.
¡Suéltalo todo!

Mario seguía en el hospital. Normalmente siempre estaba acompañado por Laura, pero aquel día su acompañante era otro.

Laura no se separaba de su mejor amigo a pesar de lo que acababa de descubrir. Hacía días que no le miraba con los mismos ojos de siempre. A pesar de eso, no podía dejar de preocuparse por él. No tenía muy claro si su amistad sería la misma después de que le dieran el alta y escapase por fin de aquel hospital. Lo que sí tenía claro era que necesitaba ir a casa a darse una buena ducha. Estaba cansada, pero había caído en la cuenta de que tener la mente ocupada le había hecho despejar su cabeza de pensamientos sexuales con su actor porno favorito. Sabía que, en el fondo, el miedo a la muerte y su extraña adicción estaban acechándola y a la espera de días débiles, pero no le importaba. Su abuelo había contactado con una psicóloga, al parecer bastante buena, e iba a empezar muy pronto la terapia. Tenía miedo y curiosidad al mismo tiempo, aun así, sabía que pedir ayuda era un gran paso y que saldría adelante. Tenía que hacerlo para escapar del gran pozo en el que se había caído.

—¡Adiós, abuelo! Gracias por quedarte con Mario —le susurró al oído—. Eres el mejor. Te prometo que estaré aquí antes de las ocho.

—No tengas prisa, cariño. Descansa.

Agustín se había llevado consigo un periódico y un libro de unas cuatrocientas páginas para pasar el día con el amigo de su nieta. Odiaba los hospitales, en concreto ese mismo en el que se encontraba, ya que había perdido a demasiados familiares en aquellos muros.

Mientras Agustín devoraba el periódico, Mario permanecía dormido y no abrió los ojos hasta las diez de la mañana. Al despertarse, se sintió un tanto incómodo al ver allí a Agustín. No tenían demasiada confianza el uno con el otro y era extraño a pesar de que Mario y Laura eran íntimos amigos.

—¿Qué tal te encuentras, muchacho? —preguntó Agustín mientras la enfermera traía el desayuno.

—Bastante mejor. Espero que pronto me den el alta. Necesito salir de esta cama.

Mario quería salir de allí, pero en el fondo le seguía aterrando la idea de tener que decidir qué hacer. Cada vez tenía más claro que le quedaba una sola opción: volver a casa de sus padres y abandonar la ciudad que tanto daño le estaba causando.

—¿Has pensado lo de hablar con la policía? —Agustín vio claramente la expresión de sorpresa de Mario—. Mi nieta me lo ha

contado todo. Siempre nos contamos todo. Y si te sientes incómodo hablando de esto conmigo lo puedo entender. Podemos hablar de cualquier otra cosa si lo prefieres…

—Sí, prefiero no hablar del tema. Ahora mismo mi cabeza está saturada de voces. Lo siento.

—No te preocupes, muchacho. Lo entiendo perfectamente. Ahora debes centrarte en recuperarte y en vencer esas voces. Verás cómo pronto atrapan a esos canallas.

Y fue en ese momento, mientras Mario escuchaba a Agustín, cuando se dio cuenta de que llevaba unos días sin ver aparecer a Álvaro. ¿Se había librado de ese fantasma para siempre? ¿Desapareció porque ya había confesado a sus amigas lo que estaba ocultando desde hacía meses? Bastante tenía encima como para escuchar la voz de su ex torturándole.

Las horas pasaban lentamente y los rayos de sol empezaban a calentar el gran ventanal de la habitación. Agustín cerró un poco las persianas y estiró la espalda que ya empezaba a molestarle de estar tanto tiempo sentado.

—Voy a bajar un segundo a la cafetería, ¿quieres algo? —preguntó Agustín.

—No me apetece nada, gracias. Lo único que quiero es salir un rato de esta habitación.

—Ya va quedando menos.

—Eso espero. ¿Me presta su libro? Me gustaría echarle un vistazo.

Agustín le acercó el libro antes de salir de la habitación.

Mario no quería ver malas noticias. En aquel momento necesitaba sumergirse en alguna historia ficticia para evadirse de la mierda de mundo en el que vivía.

Mario observó con detenimiento el título del libro. No lo conocía. Nada más abrirlo, le embargó el olor a páginas nuevas. Seguramente Agustín acababa de comprarlo con la intención de leerlo en el hospital. Pensó que no debía ser él quien tenía que empezarlo. Sentía que estaba traicionando a aquel pobre hombre de alguna manera. La inseguridad le atacaba constantemente hiciera lo que hiciese.

A pesar de llevar solo cinco páginas, el libro comenzó a engancharle. Al apartar la mirada, se llevó un buen susto al ver a alguien entrar en la habitación. Era la última persona que esperaba ver allí.

—Hola —dijo mientras sonreía y se incorporaba en la cama.

—No creas que te he perdonado.

Las palabras de Nerea eran frías y afiladas como pequeñas estalactitas. Entró en la habitación y permaneció de pie. Miró hacia el

sillón que había situado a un lado de la cama y vio un periódico y una chaqueta gris.

—¿Quién está contigo? —preguntó con curiosidad.

—Agustín. Laura ha ido a descansar un rato.

—¡Ah! Veo que Laura no se ha podido separar de ti…

—¿A qué has venido? —Mario comenzaba a impacientarse.

—Seré rápida —dijo mientras sacaba una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta vaquera—. He venido para que me des toda la información que recuerdes sobre esos hijos de puta.

—¿Qué vas a hacer con eso? No quiero que te metas en ningún lío y tampoco quiero hablar con la policía. Ya os dije que…

—Recuerdo perfectamente lo que nos dijiste, créeme. Lo tengo grabado con fuego en la puta cabeza. Tú solo tienes que decirme cómo eran, de qué color era su pelo, sus ojos, estatura, edad… todo.

—No te diré nada, lo siento.

Nerea estaba empezando a cansarse de que Mario no soltase la información que ella iba buscando. Su mente calculaba rápidamente la mejor estrategia, la mejor amenaza para que le diese lo que necesitaba. Lo primero que se le ocurrió era que le contaría todo a la policía, pero no tardó en ocurrírsele algo mucho mejor.

—Mira, Mario… Tienes suerte de que esos cerdos te hayan apuñalado y que el día que nos contaste la verdad estuvieses en esta jodida cama porque si no hubiera sido así, yo misma te hubiera dado la paliza de tu vida por lo que le hiciste a Álvaro. Mercedes por ahora tampoco va a hablar con la policía, pero no sé cuánto tiempo puedo retenerla. Tu única salvación es ayudarnos a encontrar a los asesinos. Si es verdad que la policía está metida en esto significa que solo nosotros podemos hacer justicia.

Mario intentó pronunciar palabra, pero Nerea no se lo permitió.

—¡Cállate y escúchame! Si no me cuentas todo lo que sabes ahora mismo llamo a tus padres y se lo cuento todo.

—No serás capaz… —Mario se arrepintió de lo que acababa de decir en el mismo momento en que lo había dicho porque sabía que era perfectamente capaz de hacerlo.

Sin mediar palabra, Nerea cogió el móvil de Mario que estaba encima de la cama e hizo el amago de llamar a su madre.

—¡Vale, vale! —Mario se sentó en la cama con las manos extendidas en señal de rendición—. Te diré todo lo que sé. Pero prométeme que no vas a meterte en ningún lío.

—¿De verdad crees que yo sola voy a ir a por esos cerdos? ¡No estoy tan loca! —En ese momento parecía estarlo completamente —. Mercedes y yo vamos a contratar a un detective privado y queremos saber todos los datos necesarios. Cuesta una pasta y necesitamos que los encuentre lo antes posible.

—¿Y una vez que los encuentre? —le interrumpió Mario.

—Una vez que los encuentre buscaremos precios de sicarios —dijo bromeando.

Mario notaba superextraña a su… a Nerea. Ya no se atrevía a llamarla amiga porque en el fondo su amistad se había hecho añicos. Parecía que estaba fumada o incluso un poco borracha.

Nerea apuntaba sin parar todos los datos que Mario le proporcionó, que no eran pocos. Al terminar, Nerea hizo un breve repaso.

—Así que mínimo tú has visto a tres de ellos. Dos chicos y supuestamente hay otra chica la cual viste de pasada el día que te apuñalaron en mis narices. Por físico es complicado encontrarles y dices que no recuerdas nada significativo. Ningún tatuaje, ni marca… —Nerea parecía una detective bastante profesional.

Hubo un dato que marcó con un círculo. Lo subrayó tanto que la hoja cuadriculada estuvo a punto de rasgarse. Eran los números de una matrícula de coche. Mario la había memorizado el día que *los extraños* lo llevaron a la discoteca a cazar, por si se atrevía a denunciarlos alguna vez. No tenía la matrícula completa, pero sabía que el número era capicúa y acababa en *B* o *V*. Y además le contó que era un Renault blanco bastante viejo.

—Esto ya es otra cosa, amigo. Ya tengo por dónde empezar. El detective tiene por dónde empezar, quiero decir. Bueno… pues ya no te molesto más. ¿Cuándo te dan el alta?

—Espero que en unos días.

—¿Y qué vas a hacer cuando salgas de aquí? Porque no creo que te atrevas a volver a tu casa, ¿no?

—Puede que vuelva a casa de mis padres.

—Bueno, eso ya lo veremos. Lo mismo te necesitamos en la ciudad hasta que cojamos a esos cerdos. Luego, puedes desaparecer si quieres. No nos importa.

Y sin más, Nerea salió de la habitación. Por el pasillo se cruzó con Agustín que quedó sorprendido al verla. Se saludaron cordialmente y se dieron un par de besos. Agustín intentó iniciar una conversación, pero la chica dejó claro que no era su intención.

—¿Todo bien? —preguntó Agustín curioso.

—Sí, pero no le diga a Laura que Nerea a estado aquí. ¿Puede hacerme ese favor?

—Por supuesto. Te lo prometo, muchacho.

Agustín se sentó de nuevo en el sillón, miró su reloj y calculó las horas que le quedaban en aquel hospital. Tenía ganas de volver a casa y se sentía mal por ello.

Mario miraba hacia la ventana intentando buscar algo de luz en sus pensamientos. No podía dejar de pensar que Nerea planeaba algo

peligroso. Tenía miedo de que se metiera en problemas.

Capítulo 35.
Al borde del precipicio

Yolanda caminaba por la acera con su pequeña de cinco años, Adriana. Eran aproximadamente la una del mediodía y volvían de visitar al médico, ya que la niña llevaba unos días que no se encontraba bien. El día era bastante soleado, como le gustaba a Yolanda.

Acababa de comprarle un globo rojo, el color favorito de Adriana y celebraban que el médico les había dado buenas noticias: la pequeña solo tenía un ligero resfriado y nada más.

Recorrían la tranquila calle cantando y saltando entre los charcos de la pasada tormenta y Yolanda buscaba el momento de comunicarle a su hija que iba a tener un hermanito o una hermanita. En un despiste, el cordel escapó de la mano de la niña y consiguió volar hacia el cielo, siendo libre para siempre. Aunque los globos tienen un tramo de vida demasiado corto.

La niña lloraba desconsolada y con impotencia por haber perdido su recién comprado globo rojo. Con lágrimas en los ojos, la niña empezó a gritar sin quitarle el ojo de encima.

—No te preocupes, cariño —dijo Yolanda mientras se agachaba para estar a la altura de su hija—. Mañana te compro muchos globos rojos, ¿vale?

—¡Pero yo quiero ese! —gritaba la niña sin parar de llorar—. Pobrecito… va a morir allí arriba solo. Sin nadie que lo cuide.

Fue inevitable que aquellas palabras emocionasen a Yolanda. Sonrió y pensó que estaba más sensible de lo normal.

—¡Ojalá aquella mujer pueda salvarlo! —dijo Adriana de pronto esperanzada y secándose las lágrimas.

Yolanda siguió con la mirada al globo rojo y vio a la mujer de la que hablaba su hija.

—¡Dios mío! —susurró llevándose la mano a la boca.

Aquella mujer estaba en el filo de la cornisa de una de las azoteas. Y no cabía duda de que estaba decidida a saltar al vacío.

—¡No lo hagas! —gritó Yolanda antes de llamar a la policía.

Ø

Mercedes permanecía sentada en el sofá con el teléfono en la mano dispuesta a escribir un mensaje. Tenía muy claro lo que quería poner desde un principio, pero no dejaba de ser doloroso. El pasado

había llegado de nuevo a su vida para intentar quedarse y ella no quería, no podía, dejarle entrar.

Abrió WhatsApp y escribió a Julio para poner fin a la historia que intentaba crecer a toda costa.

Hola Julio
Llevo tiempo queriendo decirte esto, pero no sé ni como empezar
Es mejor que sea directa
No tengo muy claro cuáles son tus intenciones
Y no quiero remover el pasado, no tengo fuerzas para afrontar eso otra vez
Te agradezco muchísimo todo tu apoyo en estos momentos tan difíciles
Ojalá esto no hubiera ocurrido nunca
Me hubiese encantado cambiar el pasado y que fuésemos una familia feliz
Nuestro hijo, tú y yo
Pero no ha podido ser…
Es mejor que no volvamos a hablar y que no nos veamos de nuevo
Por eso he decidido bloquearte
Espero que todo te vaya bien
Un beso. Te quiere, Mercedes.

Al bloquearlo, un vacío demasiado triste la dejó rota. Y fue así como Mercedes cortó de golpe la nueva relación que estaba naciendo entre Julio y ella.

La lavadora terminó y emitió un molesto sonido que sobresaltó a Mercedes. Miles de recuerdos que se entrelazaban con los pensamientos actuales se disiparon rápidamente.

Aquel día el sol brillaba con fuerza y era buen día para tender la ropa en la azotea del edificio.

Mientras el ascensor cumplía la misión de llegar hasta la azotea, Mercedes no podía parar de pensar en los amigos de su hijo. Le dolió mucho pensar así. Parecía que ya no eran sus amigos. Sus caminos se habían separado sin esperarlo. Llevaba días sin saber nada de Nerea, pero había tenido un leve contacto con Laura. Le dolía que ella hubiese permanecido al lado de Mario después de lo que había confesado, pero no podía reprochárselo…

Laura conocía perfectamente a Mercedes y sabía que necesitaba saber el estado de salud de Mario a pesar de todo. Le contó que ya había salido del hospital y que había decidido volver a casa de sus padres por el momento. Muy a su pesar, Mercedes le pidió a Nerea que no dejase que Mario se marchase, así como así, pero no sabía lo que iba a ocurrir.

Comenzó a tender la ropa lentamente. Por un momento cerró los ojos y respiró profundamente. Le entraron ganas de tomar el sol y poner la mente en blanco por completo. Mientras tendía con delicadeza su blusa blanca favorita, recordó algo importante que le había contado Laura.

«He comenzado a ir a terapia y me he sentido mucho mejor. Al principio era raro contarle mis cosas a un extraño, pero creo que poco a poco

PODRÉ ABRIRME MÁS. TE RECOMIENDO QUE VISITES A UN PSICÓLOGO. TODOS LO NECESITAMOS. ES HORA DE QUE EMPECEMOS A PREOCUPARNOS POR NUESTRA SALUD MENTAL PARA SEGUIR ADELANTE CON ESTA PESADILLA QUE NOS HA TOCADO VIVIR».

Y llevaba toda la razón. Debía continuar su vida, por muy duro que fuera, y tenía que encontrar un nuevo camino.

Las últimas prendas que le quedaban por tender era su ropa interior. Con dos calcetines y dos pinzas en la mano, cogió el móvil del bolsillo del pantalón que vibraba con desesperación. Era Nerea.

Siento mucho haber desaparecido estos días.
Y siento muchísimo más tener que ser yo la que te envíe esto.
Pero lo vas a ver tarde o temprano…

Nerea envió un enlace a un vídeo. Con miedo, Mercedes hizo clic y tuvo que esperar unos minutos a que se descargara. Nerea seguía escribiendo.

Ahora mismo tengo un ataque de ansiedad y siento mucha rabia
No he sido capaz ni de llamarte por teléfono
Lo siento, de verdad…
¡No puedo más con esta situación!
¿Es que nadie va a hacer nada, joder?

Mercedes no entendía nada de lo que escribía Nerea y una mala sensación recorrió todo su cuerpo. El vídeo por fin se descargó y Nerea había parado de escribir para esperar alguna respuesta. Mercedes, con miedo, pulsó el *play* y no tardó en reconocer el lugar y a la persona que aparecía en él. Alguien grababa a Álvaro mientras estaba atado a una silla, llorando. Las voces del vídeo habían sido sustituidas por una música un tanto tétrica. Las manos de Mercedes comenzaron a temblar y no fueron capaces de sostener las pinzas y los calcetines que se estrellaron contra la cesta de la ropa antes de caer al ardiente suelo. Agarró el móvil con las dos manos para evitar que el aparato tuviese el mismo destino que los demás objetos y se sentó al lado de la cesta de la ropa. El sol la abrasaba.

El vídeo duraba dos minutos y trece segundos. Mercedes apartó la mirada varias veces sin evitar derramar sus lágrimas. Por desgracia, no se perdió el final en el que un texto con letras llamativas animaba a todas las personas que lo habían visto a acabar con esa lacra de maricas.

Mercedes apagó el teléfono y ni siquiera fue capaz de responder a Nerea. Lo guardó en el bolsillo a pesar de que su conciencia la animaba a estrellarlo contra el suelo o a lanzarlo al vacío.

Prácticamente hipnotizada, la idea de lanzar el móvil al vacío la llevó a avanzar hacia el precipicio. Mercedes permaneció allí unos minutos mirando hacia abajo. Su cabeza no paraba de dar vueltas a veinte metros de altura. En la acera, una niña lloraba mientras su

globo rojo se escapaba de sus manitas.

Mercedes vio cómo el globo se elevaba hasta pasar por delante de ella y faltó muy poco para haberlo agarrado. Sin embargo, el globo siguió subiendo y explotó varios segundos después de pasar por la azotea donde Mercedes tenía que elegir qué hacer: saltar o no saltar. Acabar con todo el sufrimiento o continuar luchando. El globo murió y unos pequeños trozos rojos caían hacia el asfalto sin conocer la decisión final de Mercedes.

Ø

En la acera, Yolanda gritaba desesperada para que la mujer de la azotea no se lanzase al vacío. Al mismo tiempo llamaba a la policía e intentaba taparle los ojos a su hija por si acaso. No podía dejar de mirar hacia arriba y rezaba para que aquella mujer no acabase con su vida.

La policía y los bomberos llegaron enseguida y Mercedes seguía sin tener claro lo que iba a hacer. Tenía demasiadas frases en su cabeza que revoloteaban sin parar como si tratasen de volverla loca. Le daba rabia que hubiera gente tan mala y que se hubiesen atrevido a subir ese maldito vídeo humillando más a su hijo. No dejaba de pensar en la justicia, en las palabras de Nerea con respecto a vengarse y a encontrar al asesino o asesinos.

Las puntas de las zapatillas de Mercedes empezaban a salir del borde y temían caer al vacío. Mercedes miró hacia el cielo como si intentase encontrar en alguna parte a su hijo mientras cada vez escuchaba más voces que provenían de abajo. Al mirar hacia arriba sufrió un ligero mareo.

Mientras Mercedes elegía vivir o morir, Laura acompañaba a Mario a la estación de autobuses. La estación estaba a rebosar de personas deseosas de embarcarse en un viaje para ver a familiares y amigos. Había algunas caras tristes, entre ellas la de Mario y Laura. Iba a ser un viaje complicado, y se iba a poner más difícil cuando llegase a la ciudad que lo vio nacer. Sus padres no sabían que iría y se llevarían una grata sorpresa. Lo más importante que debía hacer Mario era asegurarse de que no descubrieran la herida que tenía en el costado.

—Sigo pensando que no deberías viajar aún —insistía Laura—. Puedes quedarte en mi casa unos días, ya lo sabes.

—No hay vuelta atrás Laura. Necesito salir de aquí.

El conductor del autobús esperaba en la puerta del vehículo y revisaba los billetes de algunos de los pasajeros. En la fila había gente de todo tipo, un surtido de personas con miles de historias diferentes.

Aunque ninguna de esas historias superaba a la de Mario.

—¿Sabes qué? —dijo Laura. Nerea me preguntó hace unos días por ti y le dije que hoy te marchabas.

—¿Y qué te contestó?

—Nada en concreto. Pero se le notaba que estaba… dolida.

—Está obsesionada con encontrar a esos cerdos y me preocupa que acabe mal. Prométeme que cuidarás de Mercedes y de Nerea.

—Te lo prometo —dijo Laura con tristeza al sentir que aquello era una despedida.

—Mario… Tú vas a volver, ¿verdad?

Antes de que Mario llegase a contestar, el conductor gritó que faltaban menos de diez minutos para salir. Laura le dio un abrazo a Mario con delicadeza para no hacerle daño. Pero aquel abrazo dolía demasiado. Suspiró y tuvo que luchar con sus lágrimas para no llorar como un niño pequeño.

—Llámame cuándo llegues, ¿vale? —dijo Laura llorando desconsolada.

Mario afirmó con la cabeza y le lanzó otro beso antes de subir al bus.

Si Laura no hubiera estado mirando su móvil, habría visto cómo Nerea se cruzaba con ella en la entrada de la estación. Nerea sí la vio, pero tenía un objetivo más urgente que saludarla. Miró en los carteles y no tardó en encontrar el bus dónde estaba Mario. Faltaban cinco minutos para salir.

Nerea se puso al lado de la ventanilla dónde estaba su… examigo. Mario se había colocado los auriculares y se preparaba para un viaje bastante largo.

«Ojalá pudiera permitirme viajar en AVE», pensó.

Nerea hizo bastantes gestos intentando contactar sin éxito con Mario. Miró hacia el suelo y, justo antes de que lanzase una piedrecita a la ventanilla, la persona que había detrás de Mario le avisó de que le estaban llamando. Mario se quitó los auriculares y vio a Nerea fuera. Faltaban cuatro minutos para salir.

Mario se bajó rápidamente del bus para ver qué quería Nerea, aunque no contaba con que fuera algo bueno.

—Espero que no hayas venido para obligarme a quedarme. Te aseguro que no hay vuelta atrás.

—No, tranquilo. Te dejo marcharte porque sé que volverás.

—No sé aún qué será de mi vida.

—Te juro que, si no vuelves, iré a casa de tus padres.

—¿Para esto has venido? ¿Para amenazarme?

El conductor, con muy mala cara, le dijo a Mario que tenía que subir al bus si no quería quedarse en tierra.

—¡Ya, sube! —dijo Nerea aún más enfadada—. He venido para

enseñarte algo que ha salido hoy a la luz. Tuve que enviárselo a Mercedes con todo el dolor de mi corazón. Espero que esto te motive a volver.

Nerea, enfurecida, buscó en la carpeta de su móvil y le enseñó el vídeo que no paraba de recibir visitas a lo largo del día. Un vídeo aterrador que iba a destrozarles más aún.

—Tienes que volver. Tenemos que acabar con estos hijos de puta. Se lo debes a Álvaro.

La cara de Mario quedó por un momento congelada en una forma espantosa entre el dolor y el miedo. El conductor empezó a pitar y le dio el último aviso.

—¡Sube! —sentenció Nerea—. Recarga las pilas unos cuantos días y vuelve. Yo voy a remover cielo y tierra para encontrar el coche de esos asesinos.

Su despedida carecía de besos y abrazos. Mario se giró sin pronunciar palabra y subió lentamente al autobús. El pasillo que le conducía a su asiento se le hizo eterno mientras los demás viajeros le miraban molestos.

Una vez en su asiento ni siquiera volvió a escuchar música, simplemente lloraba a mares mientras el trozo de vídeo que acababa de ver se reproducía una y otra vez en su mente. Álvaro atado a una silla, Álvaro llorando, el pie de Álvaro junto a unos alicates… El bus se puso en marcha y Mario fue consciente de que por mucho que se alejara aquella pesadilla le perseguiría hasta el final de sus días.

El bus dio marcha atrás para poner rumbo hacia la salida. Mario miró por la ventana una última vez y vio a Nerea que seguía allí de pie sin apartarle la mirada. Sus ojos gritaban de nuevo que debía volver para arreglar lo que había empezado.

Al otro lado de la ciudad, Mercedes continuaba en aquella cornisa. Por suerte, se recuperó de aquel leve mareo. Miró hacia abajo y comprobó que una multitud de personas esperaban atentos a que tomara una decisión. La policía y los bomberos acababan de llegar y, con un megáfono, intentaban convencerla para que no lo hiciera.

Aquella mañana parecía una mañana cualquiera. No esperaba que al mediodía su mundo explotase en mil pedazos. Tenía claro que quería cortar de raíz su relación con Julio, pero ¿estaba preparada para acabar con su vida?

Volvió a mirar hacia abajo y vio a un bombero entrar en su portal. Si iba a lanzarse al vacío tenía poco más de un minuto para hacerlo antes de que llegase el bombero. Su corazón latía desesperado.

Una fuerte brisa trajo consigo a un puñado de nubes que eclipsaron el sol por unos segundos. Y fue esa pequeña brisa la que ayudó a Mercedes a tomar su decisión final. En el edificio de enfrente, una bandera con los colores del arcoíris se levantó y comenzó a

ondearse con más fuerza que nunca. La bandera tenía los colores desgastados a causa del sol y del tiempo.

Mercedes sintió que aquella bandera era su hijo que le gritaba que no lo hiciera. No pudo evitar romperse en lágrimas y con mucho cuidado, primero con un pie y luego con el otro, Mercedes salió de aquella cornisa con más fuerzas para seguir buscando justicia para su niño. Cuando el bombero llegó a la azotea, Mercedes ya estaba fuera de peligro.

Epílogo.
Un nuevo reflejo

Unos meses después…

Completamente desnuda, Nerea miraba fijamente a sus propios ojos reflejados en un espejo de una casa extraña en la que jamás había puesto un pie. No había ni una mancha, pero una de las esquinas del espejo estaba gastada y rota.

«NADA ES PERFECTO», PENSÓ.

Por un momento se sintió como aquel desconocido espejo. Aunque existía una gran diferencia: ella estaba rota en mil pedazos más.

El cuarto de baño donde se encontraba estaba perfectamente limpio, aunque en el lavabo había varios pelos cortos, como si un hombre acabase de afeitarse.

Al lado del lavabo había una estantería llena de colonias, tanto de hombre como de mujer. Justo debajo de aquella estantería había una báscula. Estuvo tentada a subirse, aprovechando que estaba totalmente desnuda, pero sabía que había perdido bastante peso y prefería no conocer el resultado.

Había algunas cosas, como la que acababa de hacer, de las que no se sentía orgullosa. Pero como siempre decía su madre: *todo éxito tiene un sacrificio*.

Apenas reconocía su mirada en aquel espejo casi perfecto. Tenía una mirada más fría, calculadora y sin escrúpulos. En el fondo sentía que el demonio en el que se estaba convirtiendo había estado en su interior desde que era niña. Y ahora estaba tomando el control absoluto de su cuerpo y de su mente.

«DEBEMOS CUIDAR NUESTRA SALUD MENTAL, CHICOS».

Era la última frase que recordaba de su amiga Laura antes de cambiar de móvil. Para no preocupar a sus amigas, les dijo que haría un viaje largo para desconectar de aquella pesadilla que habían vivido. Esperaba volver a verlas pronto.

Nerea intentó alejarse de sentimentalismos y se refugió en su nuevo reflejo. Tenía el pelo teñido de un azul que odiaba y amaba por partes iguales y uno de los laterales de su cabeza estaba rapado al uno. Unos pendientes de aro se columpiaban en sus orejas y también tenía algún tatuaje nuevo con mensaje secreto incluido.

Había pasado mucho hasta llegar allí. Seguía llamándose igual, pero físicamente estaba mucho más fibrada. El deporte había sido su manera de escape y su ayudante en la nueva aventura.

Su madre seguía viviendo fuera de casa y no tenía fecha de

vuelta. En el fondo, Nerea sabía que su madre no volvería a aquella casa en la que tanto había sufrido y en la que aún seguía deambulando la energía de su padre, el cual permanecía en prisión.

Una canción a todo volumen provenía de otra habitación. A pesar de que sonaba bastante alta, no reconoció ni la canción ni a los cantantes. El chico que la escuchaba se había animado más de la cuenta y había empezado a cantarla a gritos por toda la casa para dejar constancia de su felicidad.

Escuchó los pasos del chico muy cerca de la puerta del baño, la cual estaba encajada, y aprovechó para cerrarla rápidamente. Dejó claro que no quería que el chico la interrumpiese.

Empezaba a notar un poco de frío y sus pezones luchaban por no ponerse cada vez más duros. La primavera ya había llegado a la ciudad, pero aún refrescaba y si no se ponía algo de ropa en breve cogería un buen catarro. Y tenía que estar fuerte.

«Ahora es un buen momento», pensó mirando hacia el lavabo.

Contó hasta tres mientras la música se entrelazaba con los números en su cabeza. Acto seguido introdujo en su boca el dedo índice y corazón de su mano derecha y no paró hasta llegar al vómito. Las arcadas fueron más fuertes de lo que esperaba y permaneció quieta sin hacer ruido hasta asegurarse de que fuera no la hubieran escuchado.

Poco después, abrió el grifo y enjuagó su boca por completo. No tenía cepillo para liberar su boca de aquella tortura, por lo que untó un poco de pasta de dientes en el otro dedo índice y los cepilló con fuerza.

No podía quitarse el sabor asqueroso de su lengua, y no era precisamente el del vómito. Todo su cuerpo estaba contaminado y necesitaba una ducha.

—¡Voy a ducharme! —gritó para que la escuchara el chico.

Pensó que el receptor no había captado el mensaje hasta que le respondió con un largo *Vaaale*.

Abrió el grifo y, antes de que el agua llegase a salir caliente, el chico abrió la puerta del baño e introdujo ligeramente la cabeza.

—¡No te limpies tanto! —dijo asustando a Nerea—. Todavía no he terminado contigo.

El chico cerró la puerta mientras volvía a empalmarse pensando en el segundo asalto.

Al quedarse sola de nuevo respiró profundamente y si no fuera por lo sucia que se sentía, hubiera disfrutado al máximo de aquella ducha caliente.

Llenó la palma de su mano de gel y empezó a limpiar con furia su boca, su cuello, sus pechos, su vagina… Intentaba borrar las huellas de la persona que acababa de follarla. Mientras frotaba todo su cuerpo

con sus propias manos, sintió un escalofrío al recordar las palabras de aquel cerdo: *Todavía no he terminado contigo*.

Nerea descorrió la cortina e hizo el amago de agarrar una toalla para secarse. Le dio asco usar una toalla ajena y decidió esperar en la ducha un rato más hasta secarse un poco. Esta vez no le importaba pasar un poco de frío.

El volumen de la música bajó de golpe.

—¿Por qué tardas tanto? —gritó el chico impaciente.

—¡Ya voy! —respondió Nerea con una falsedad más fría que aquel cuarto de baño.

Salió de la ducha y recuperó el personaje que había creado antes de salir a escena. Por su cuerpo aún resbalaban gotas de aguas perladas que competían por llegar a los pies.

Descalza, embarcó su viaje hasta la puerta del dormitorio en la que el chico le esperaba desnudo y tumbado en la cama. Tenía los brazos detrás de la cabeza en una postura bastante sexy, muy a su pesar.

—Espero que hayas cogido fuerzas, muñeca —dijo Alfonso rompiendo su pose sexy y sentándose en la cama.

Nerea permaneció unos segundos apoyada en la puerta con una sonrisa. Esta vez no era una sonrisa falsa, sino bastante natural. Alfonso pensaba que sonreía de manera pícara, pero en realidad sonreía al pensar que faltaba muy poco para destruir a todos esos hijos de puta que habían matado a Álvaro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Agradecimientos

En primer lugar, te quiero agradecer a ti, lector, por confiar en mí para añadir este libro a tu fantástica estantería. Espero que hayas sentido muchas emociones distintas y que hayas imaginado todo con la mayor claridad posible.

A Azahara, por ser de nuevo la creadora maravillosa de la portada y, seguramente, de las próximas que vendrán. Gracias por estar siempre ahí.

A Sergio, mi editor, por volver a acompañarme en esta nueva aventura, mi segundo *bebé*.

Agradecer en especial a Rocío y a Tania, no solo a su trabajo como psicólogas que han estado conmigo en el proceso, sino por su ayuda personal. Sin ellas seguiría encerrado en aquel pozo oscuro.

Por favor, cuidad vuestra salud mental por encima de todo.

Ojalá esperéis con ansias la segunda parte. Mientras tanto, podemos comentar este libro en Instagram (@ActorUrbano).

Biografía autor

Jose Urbano

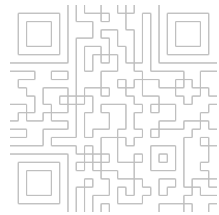
Nació en Córdoba. Allí se licenció en Arte Dramático (2007-2011).

Llegó a Madrid en 2011 y desde entonces ha trabajado en publicidad y en varias compañías de teatro.

A partir de 2014, comenzó a escribir y dirigir sus propias obras de teatro y microteatro, siendo este su primer libro de relatos.

En noviembre de 2020 publicó su primer libro de relatos de terror: *A través de la mirilla*, el cual también se puede conseguir en Amazon en todos los formatos: tapa dura, tapa blanda y Kindle.

Si te ha gustado la primera parte de *Nunca Digas Nunca* también te gustará *A través de la mirilla*, del mismo autor.



https://amzn.to/3kdjLXz

Jose Urbano

A TRAVÉS DE LA MIRILLA

11 Relatos + 1

Índice

Prólogo por Carlos Luengo
Capítulo 1. Un puzle de rosas rojas
Capítulo 2. Los borrachos siempre dicen la verdad
Capítulo 3. Al final todo se acaba jodiendo
Capítulo 4. En un campo de minas
Capítulo 5. No juegues con la vida
Capítulo 6. ¿Quién ha muerto?
Capítulo 7. Un hijo jamás debería morir antes que su madre
Capítulo 8. La rabia arrasa con todo
Capítulo 9. La culpa devora la carne
Capítulo 10. ¡Vamos a jugar a un juego!
Capítulo 11. Los extraños
Capítulo 12. Un helado con sabor a pasado
Capítulo 13. Autodestrucción
Capítulo 14. El gran Jhonny Dick
Capítulo 15. ¡Ya os tengo, cabrones!
Capítulo 16. La gran discusión
Capítulo 17. ¡Adiós, cariño!
Capítulo 18. Noche de caza
Capítulo 19. Beca y Jorge
Capítulo 20. La piedad de Miguel Ángel
Capítulo 21. La noche de los malos recuerdos
Capítulo 22. Escaleras abajo
Capítulo 23. Bagheera
Capítulo 24. ¡Es hora de actuar!
Capítulo 25. ¡Sorpresa!
Capítulo 26. Cuidado con la noche
Capítulo 27. Como un chaleco antibalas
Capítulo 28. Solo es un juego
Capítulo 29. Una conexión muy especial
Capítulo 30. Orgullo, prejuicio y sangre
Capítulo 31. Otra vez no…
Capítulo 32. La caja de Pandora revienta en mil pedazos
Capítulo 33. El Ente Oscuro
Capítulo 34. ¡Suéltalo todo!
Capítulo 35. Al borde del precipicio

Epílogo. Un nuevo reflejo
Agradecimientos
Biografía autor
Índice